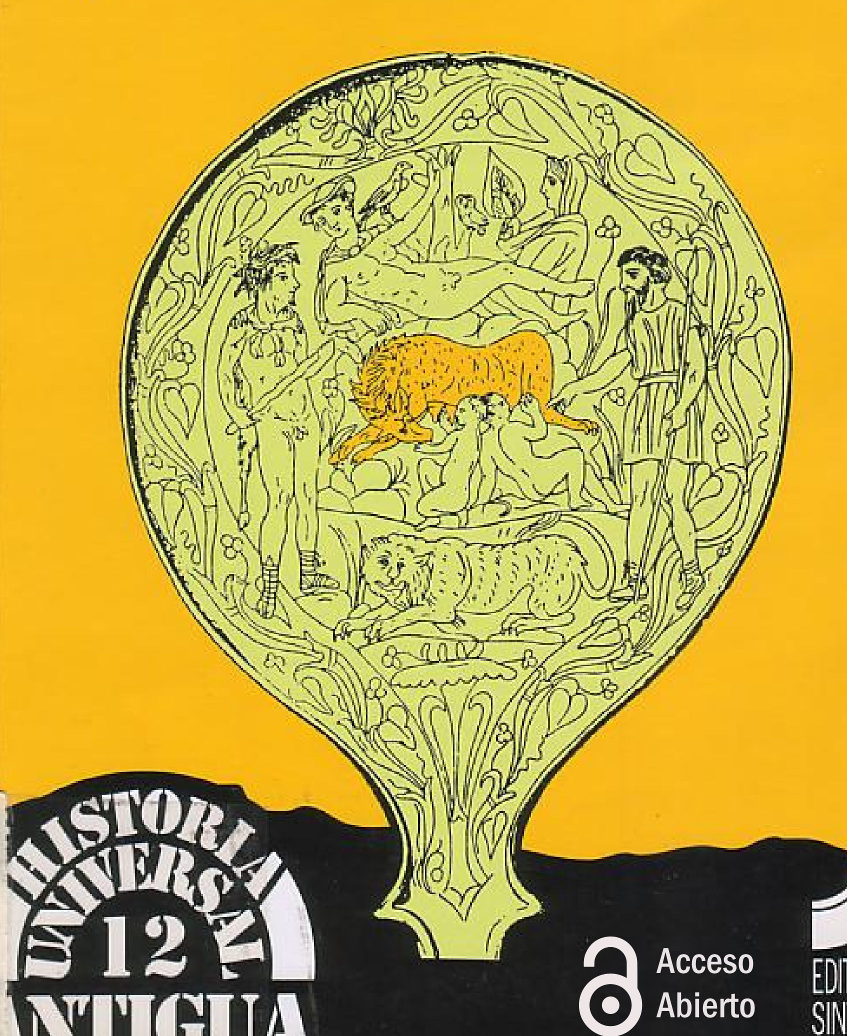
LOS ORÍGENES DE ROMA

Jorge Martínez-Pinna



Acceso Abierto

EDITORIAL SINTESIS

LOS ORÍGENES DE ROMA

Jorge Martínez-Pinna




HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono 91 593 20 98
http://www.sintesis.com

ISBN: 84-7738-674-9
Depósito legal: M. 26.113-1999

Impreso en España. Printed in Spain

Índice

Introducción

Era una regla casi general, tanto para griegos como para latinos, identificar el origen de su civilización con el nacimiento de la ciudad. En otras palabras, la historia nace con la ciudad, y esto es precisamente lo que distingue a un pueblo civilizado de otro que no lo es. Así, como dice Catón refiriéndose a los ligures, los bárbaros se señalan por su incapacidad para recordar sus orígenes (fr.31 *HRR*), para poder narrarlos de acuerdo con ciertos criterios, que naturalmente no son otros que aquellos propios de las civilizaciones clásicas. Pero situar la ciudad en el principio de la historia requiere en consecuencia indagar sobre su origen y aquí se impone el criterio griego: la ciudad es siempre producto de un acto fundacional cumplido por un héroe.

En el caso de Roma, la necesidad de buscar un fundador se convierte en una preocupación no sólo historiográfica, sino también ideológica, pues la aceptación del mencionado principio griego llega a crear un conflicto en la mentalidad romana. El papel del fundador recayó finalmente en el héroe indígena Rómulo, aunque para ello tuvo que competir con otros personajes inventados por los griegos. Pero si bien al cabo se impuso Rómulo, que fue incluso aceptado en los círculos historiográficos helénicos, no por ello se soluciona el problema, ya que la figura del fundador no es una creación latina. De aquí surgen nuevas dudas, pues, como veremos en su momento, es muy probable que Roma fuese objeto de una fundación ritual, simbólica, cumplida según la costumbre etrusca y por un personaje histórico que naturalmente no es Rómulo. Así se pueden explicar las contradicciones que con frecuencia se detectan en la tradición romana a propósito de determinados hechos que, por su carácter "fundacional", los antiguos dudaban en atribuir a Rómulo o a otros monarcas. Y en efecto, Roma se va "fundando" de manera continua,

ya que junto a Rómulo sobresalen otros reyes, como Numa Pompilio, Tarquinio Prisco o Servio Tulio, que, por haber realizado reformas de gran importancia para la ciudad, asumen al momento un carácter fundacional. Pero esta misma sensación se descubre al leer el relato tradicional sobre los comienzos de la República, totalmente repleto de hechos fundacionales, tanto desde una perspectiva ideológica como por el protagonismo que asumen algunos personajes, especialmente creados para la ocasión y configurados según el esquema tradicional del héroe latino.

Para los modernos, el concepto de los "orígenes de Roma" es otro, pero no necesariamente muy diferente de aquel que subyace en el relato tradicional. Demostrada la falsedad de Rómulo, y contando con la ayuda de la arqueología y de una crítica histórica más rigurosa, la idea del origen se transforma en otra, más apropiada, que contempla un largo proceso de formación salpicado por hitos de gran incidencia. Así, se hace necesario elevarse a aquella lejana época, en las postrimerías del II milenio a. C., cuando por vez primera es posible definir étnica y culturalmente una esencia latina, de la cual participan los más antiguos pobladores del solar de Roma. El punto final de nuestro camino se fija en la caída del último de los reyes, que da lugar al nacimiento de la República, según la tradición en el año 509 a. C. Entre estos dos extremos, los acontecimientos van pasando ante nuestros ojos sin que en numerosas ocasiones podamos siquiera percibir su presencia. Como es común a toda época relativa a los *primordia*, esto es así por las condiciones de la documentación disponible, según comprobaremos en el primer capítulo. Para salvar el obstáculo y llenar los grandes vacíos existentes, unas veces se recurre a reconstrucciones por completo hipotéticas, por no decir fantásticas. Otras se intenta a través de nuevos planteamientos metodológicos, sobre todo desde el campo de la arqueología, si bien el resultado no es siempre satisfactorio. Véase por ejemplo la reciente tendencia a subdividir cada vez más los períodos que señalan la evolución de la cultura lacial (y en definitiva la historia de los primitivos pobladores de Roma), con la intención última de aprehender, mediante la definición de unidades culturales cada vez más precisas, las claves que expliquen el proceso histórico. Sin duda se trata de una aspiración legítima en la perspectiva de la metodología arqueológica, pero cuya aplicación en la tarea de la interpretación histórica levanta serias dudas, pues como dice M. Pallottino se puede llegar a la paradoja de que una simple tumba llegue a constituir un momento cultural en sí mismo y por tanto susceptible de definir una fase propia.

A pesar de las grandes dificultades existentes, los avances conseguidos en los últimos decenios no han sido escasos. Sin embargo, el camino siempre se antoja tortuoso y titubeante, pues no sólo se ha progresado gracias a nuevos hallazgos documentales o a la utilización de un método más apropiado, sino también reconociendo errores, algunos de gran envergadura.

Recuérdese por ejemplo la interpretación de la Roma arcaica propuesta en 1965 por A. Alföldi, que tanta influencia tuvo, sobre todo en la historiografía francesa y alemana (y por tanto también en la española), hasta el punto de incorporar sus conclusiones a los manuales universitarios; afortunadamente poco permanece ya de esta falsa visión de Roma como una pequeña ciudad, víctima de las sucesivas hegemonías que se destacan en Etruria. En la actualidad casi nadie duda sobre la existencia de una Roma poderosa en el siglo VI, la "grande Roma dei Tarquini" en la feliz expresión de G. Pasquali. Lo mismo puede decirse sobre sus reyes, situación que ha favorecido especialmente a Tarquinio Prisco, cuya historicidad e importancia emerge cada vez con mayor fuerza. Las condiciones ya no son las mismas cuando nos referimos a las fases más antiguas del poblamiento romano, cuando éste adquiere por vez primera conciencia de su propia identidad. Aquí reina todavía una gran confusión, se avanza verdaderamente a ritmo muy lento y con la inseguridad de no saber si el camino elegido es el adecuado. Por un lado, gracias a la perfección alcanzada por la investigación arqueológica, se han conseguido notables resultados, como los proporcionados por el estudio sobre la necrópolis protohistórica de Osteria dell'Osa, junto a la antigua ciudad de Gabii, que ha permitido penetrar con mayor firmeza en la estructura social y cultural de las primitivas comunidades latinas. Sin embargo, en el polo opuesto, tenemos el magnífico hallazgo de un muro del siglo VIII en el Palatino romano, descubrimiento que verdaderamente todavía no se digiere con facilidad.

Como tema de investigación histórica, los orígenes de Roma permanece más en el lado de las tinieblas que en el de la luz, lo que condiciona muy seriamente todo intento de síntesis, como el que pretende ofrecer este libro. Con los mismos datos en la mano, dos especialistas de prestigio pueden llegar a conclusiones diametralmente opuestas. Esta situación entra en la lógica de la investigación histórica, en especial cuando se trata de cuestiones particulares o hechos concretos, pero ya no tanto cuando afecta de lleno a la visión general, como sucede en todo intento de explicar los orígenes de Roma. Así las cosas, es inevitable que a lo largo del discurso se haga continua referencia a las distintas opciones propuestas acerca de un determinado problema, abriéndose la posibilidad a inclinarse por cualquiera de ellas (o por ninguna). Sabemos que toda conclusión no puede ser sino provisional. En un tema de estudio como éste, caracterizado por la movilidad de los conocimientos, lo que hoy se cree tener por seguro mañana puede demostrarse falso, y a la inversa, lo que explica los continuos vaivenes que ha sufrido la investigación. Además las posibilidades de nuevos descubrimientos, especialmente en los campos arqueológico y epigráfico, están tan latentes que el futuro que se nos ofrece es totalmente imprevisible. A la vista de todo ello, no se puede sino pedir al lector comprensión y el beneficio de la duda

hacia el historiador que se aventura a través de una época como la que aquí se presenta, dominada por la incertidumbre y la oscuridad.

No quisiera finalizar estas palabras de introducción sin justificar brevemente las pautas que han guiado la redacción de este libro. En él no se pretende fijar un estado de la cuestión; pero tampoco es una obra meramente expositiva a partir de aquellas tendencias, opiniones o planteamientos que más agradan al autor. La Historia no es sólo narración de los acontecimientos, sino que fundamentalmente persigue la interpretación de los mismos, de manera que incluso en una síntesis histórica no pueden ocultarse las inquietudes de aquel que la realiza. Por tanto, aunque *stricto sensu* no es posible catalogarlo como labor de investigación, pues carece de elementos fundamentales exigibles en una obra con tales pretensiones, el libro que el lector tiene en sus manos sí es producto de la reflexión y en muchos aspectos de la propia investigación del autor. Por ello no ha de sorprender encontrar a lo largo del texto planteamientos que no se adaptan con facilidad a las tendencias dominantes, y que incluso en ocasiones puedan quizá resultar excesivamente personales para una obra de estas características; pero actuar de otra manera no sería honesto. En aquellos casos en que pudiera suscitarse un conflicto de interpretaciones, siempre se ha procurado exponer los diferentes puntos de vista y en la bibliografía final el lector interesado podrá saciar con creces su curiosidad, hallando lo que aquí se echa en falta. Las referencias –siempre en texto– se han limitado, y únicamente en los casos necesarios, a las fuentes literarias antiguas. Las menciones a autores modernos se han incluido tan sólo a efectos de opinión, por lo que en ningún momento pretenden sustituir a las citas críticas que sirven de apoyo a los argumentos desarrollados en la exposición. No se trata por tanto de justificar una afirmación, sino exclusivamente de reconocer las ideas ajenas.

A pesar de todos los errores que sin duda el lector atento descubrirá en su lectura, el autor confía en que este libro cumpla el mínimo objetivo propuesto. No se pretende convencer de las interpretaciones defendidas, sino simplemente iniciar en el estudio y despertar la inquietud por el apasionante tema sobre los orígenes y primeros tiempos de Roma, tan presente en numerosas universidades de Europa como ignorado en las nuestras.

1.

Fuentes y método

En una frase ya proverbial, A. Momigliano consideraba el tema de los orígenes de Roma una escuela ideal del método histórico, pues permite como en muy pocas otras parcelas de la Historia Antigua contrastar y combinar el análisis crítico de las fuentes literarias con los datos arqueológicos. Y en efecto, el estudio de la Roma primitiva parte de una situación documental bastante singular. Por un lado se dispone de una tradición literaria que, dentro de las carencias propias de épocas "oscuras", no puede tenerse por escasa, aunque cierto es que sí está sometida a unas condiciones que exigen un mayor esfuerzo de crítica. A su lado, una documentación arqueológica en continuo crecimiento, que por su propia definición sigue un camino diferente y que por ello mismo no tiene necesariamente por qué confirmar o rechazar lo que nos llega a través de la información literaria, pero –y éste es quizá el punto de mayor interés– tampoco está siempre en contradicción abierta con ella. Y algo similar cabe decir de las escasas pero importantes inscripciones de época arcaica recuperadas en el subsuelo de Roma y del Lacio. Por tanto las posibilidades de interpretación histórica, y que ésta se ajuste a unas condiciones de verificación aceptables, son cada vez mayores, aunque siempre debe anteponerse la prudencia y la conciencia de que tales interpretaciones por lo general se limitan a perspectivas relativamente amplias, no siendo apenas posible descender al detalle. Pero antes de intentar valorar hasta dónde estos documentos pueden ser verdaderamente útiles para la investigación histórica, veamos sus características a partir de su catalogación en tres tipos principales: literarios, arqueológicos y epigráficos.

1.1. Las fuentes literarias

1.1.1. Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso

Las fuentes literarias para el estudio de los orígenes de Roma son de dos tipos principales, según procedan de historiadores o de anticuarios, pero en ningún caso se elevan más allá del siglo I a. C. En el primer grupo se encuentra lo poco que dice Cicerón en su tratado *De re publica* y sobre todo los extensos relatos de Tito Livio y de Dionisio de Halicarnaso, mientras que en el segundo se cuentan Varrón, el resumen redactado por Festo sobre la obra de Verrio Flaco y la información proporcionada por algún poeta, en especial Ovidio en sus *Fasti*. Estos autores de épocas tardorrepublicana y augustea constituyen la base para los historiadores posteriores, como Floro, Plutarco, Dion Casio (que hay que manejar a través de un epitomista bizantino, Zonaras) y Eutropio, así como para otros escritores que se adaptan mejor a la tradición anticuaria (Plinio, A. Gelio, Macrobio, Servio, Solino), en los que asimismo se detectan influencias de los analistas republicanos.

Entre anticuarios e historiadores, son estos últimos los que proporcionan mayor información, pues ofrecen una narración continua de los acontecimientos, mientras que en los anticuarios, por el propio carácter de sus obras, sólo se encuentran noticias puntuales sobre los aspectos más diferentes, como pueden ser los relativos a la religión, la topografía, las instituciones, referencias a hechos históricos, etc. Su interés es sin embargo muy notable, pues dependen de fuentes más variadas y no sometidas a la presión de una tradición oficial. Esto les permite hacerse eco de tradiciones en gran parte desconocidas por los historiadores, al tiempo que al no verse constreñidos por la necesidad de ajustarse a un rígido esquema diacrónico, pueden expresarse con mayor libertad.

Livio y Dionisio, ambos de la época de Augusto, son los historiadores más antiguos cuyo relato sobre la Roma monárquica ha llegado prácticamente íntegro hasta nuestros días. Aunque con sensibles diferencias en cuanto a planteamiento y objetivos, uno y otro son herederos de una misma tradición, representando en definitiva la culminación de la historiografía analística, en vigor durante los dos últimos siglos de la República. Al contrario de Dionisio, Livio es un historiador más conciso en su estilo, menos propenso a florituras y discusiones, de donde nace la opinión bastante extendida, aunque no satisfactoriamente demostrada, sobre la "fuente única", esto es, que Livio sólo utilizaba una fuente para cada episodio. Su concepción de la historia de Roma es más bien nacionalista, en consonancia con la tradición analística, pero al mismo tiempo no dejan de observarse profundas influencias del pensamiento helenístico. Según defiende G. B. Miles, en la visión de Livio la evolución histórica de Roma avanza impulsada por un ritmo cíclico que la hace decaer y

levantarse, apareciendo en el inicio de cada nuevo ciclo, y en una posición de protagonismo, un personaje que asume connotaciones fundacionales: así sucede con la invasión de los galos a comienzos del siglo IV a. C. y la acción salvadora de Camilo, "segundo fundador" de Roma, y también con Augusto, quien se presenta como última personificación de la figura del fundador mediante una profunda labor de reforma tras la crisis de las guerras civiles. Desde esta perspectiva, es legítimo pensar que la época monárquica encierra uno de estos ciclos, el primero en la historia de la ciudad: se inicia con Rómulo, el fundador de Roma, alcanza su punto culminante con Servio Tulio y decae vertiginosamente con Tarquinio el Soberbio, el último de los reyes. La institución de la República significa entonces una repetición del acto fundacional y de ahí la fuerza con la que Livio destaca, en los comienzos del libro II, el surgimiento de una nueva Roma en un momento también protagonizado por nuevos héroes.

Dionisio se sitúa en un plano distinto al de Livio, no sólo en cuanto al estilo –más retórico y recargado–, sino sobre todo en aspectos que afectan al significado profundo de su obra. Ante todo hay que tener presente que Dionisio es un griego que escribe sus *Antigüedades romanas* para un público asimismo griego, y esto condiciona en gran medida su actitud. Su finalidad casi obsesiva es demostrar que Roma es una ciudad griega desde sus más remotos orígenes, con lo cual da a entender el sentido político que subyace en su obra: entre griegos y romanos no puede darse una oposición y por tanto el dominio sobre la Grecia helenística impuesto por Roma no es sino la expresión de una recuperada unidad histórica y cultural. Para cumplir este objetivo, Dionisio se ve forzado a realizar un gran esfuerzo, pues no dispone de antecedentes, viéndose determinado además por dos corrientes distintas, la tendencia helenocéntrica por un lado y la dependencia hacia la analística romana por otro. Frente a Livio, que dedica un solo libro a la época monárquica, Dionisio necesita cuatro para exponer su visión sobre la Roma más antigua, pues al contrario del anterior ofrece un desarrollo muy extenso de la prehistoria mítica del Lacio, que prácticamente ocupa el libro I y resulta una admirable tarea de investigación. Además frecuentemente Dionisio recurre a la comparación con el mundo griego, para facilitar al lector la comprensión de situaciones romanas, y a la vez siente la necesidad de justificar sus opiniones, lo que le lleva a citar a un elevado número de autores, tanto griegos como latinos, y a discutir diversas tradiciones relativas a un mismo asunto, aspecto este último que en Livio se encuentra en muy contadas ocasiones.

A pesar de estas sustanciales diferencias, si descendemos al detalle del relato sobre los diferentes reyes de Roma, las discrepancias entre Livio y Dionisio son casi inexistentes. Quizá tan sólo en el tratamiento de la figura de Rómulo como fundador de la ciudad, mucho más extenso en Dionisio, pue-

de observarse cierta distancia entre uno y otro, aunque sin alterar en ningún caso la esencia del personaje. Las posibilidades que se le ofrecían a Dionisio en el libro I para llevar a cabo una investigación original, desaparecen de hecho a partir del libro II, cuando la dependencia hacia la analística romana es ya prácticamente irremediable. La tradición histórica sobre la Roma arcaica estaba organizada por los primeros historiadores romanos, de forma que a finales del siglo I a. C., cuando escriben nuestros autores, existía una versión canónica que no era posible modificar. Las licencias permisibles se reducen a aspectos concretos y puntuales, sobre los que podía haber versiones discrepantes, pero que nunca alteran el sentido general de la narración. De aquí la sustancial coincidencia entre Livio y Dionisio, pues de hecho ambos dependen de la misma tradición.

Sin embargo, sí era posible adoptar una actitud más o menos crítica respecto a las fuentes utilizadas, y en este ámbito encontramos otra ocasión para constatar diferencias entre un historiador y otro. En el prefacio de su obra, Livio hace una declaración de principios en la que descubre las dudas que le suscita lo relativo a los orígenes de Roma, en especial todo aquello que se suponía que sucedió con anterioridad a la fundación de la ciudad e incluso durante este mismo hecho. De nuevo advierte sobre lo inseguro de la historia más antigua de Roma en el primer capítulo del libro VI, que se inicia con el relato de los acontecimientos que siguen a la invasión de los galos en el año 386 a. C., pues afirma que tal incertidumbre no se deriva tanto de la antigüedad de tales sucesos sino sobre todo de la escasez de documentos escritos, en alusión sin duda al siglo V a. C., pero también y especialmente a la época monárquica. Esta ausencia de información directa obliga a Livio a ofrecer una narración escueta sobre la monarquía en la que subyace un espíritu no exento de crítica, que no se manifiesta claramente, rechazando los hechos que no le parecen históricos y adoptando más bien una actitud de protesta callada. Así, prefiere los silencios a las discrepancias abiertas, elude las discusiones y opta con frecuencia por la versión más racionalista, aunque no siempre fuese lo suficientemente apropiada para la dignidad de Roma. Dionisio por el contrario aparece más apegado a sus fuentes y en general se muestra menos crítico que Livio, salvo naturalemnte en todas aquellas cuestiones que puedan afectar al objetivo fundamental que persigue: demostrar los orígenes griegos de Roma.

Como subraya E. Gabba, esta dependencia explica en gran medida la mayor extensión de su relato, pues incorpora gran parte del material analístico que utiliza, ampliándolo incluso con aportaciones procedentes de autores griegos, al tiempo que a través de su obra se puede descubrir, mejor que en ninguna otra, las características de la analística romana tardía y los intereses políticos e ideológicos que esta última trasladó a la Roma primitiva, como en seguida veremos.

1.1.2. La historiografía analística

Así pues, tanto Livio como Dionisio son herederos directos de la historiografía romana republicana, en cuyas obras encontraron ya organizada la narración histórica sobre la Roma primitiva. Esta historiografía se conoce con el nombre de analística y a sus historiadores con el de analistas, denominación que surge por la forma de estructurar sus obras, en las que por lo general los acontecimientos se narran por años según una concepción del pasado acorde con la propia constitución republicana, es decir, conforme al ritmo anual de la magistratura suprema. La historia literaria nace en Roma en fecha relativamente avanzada, a finales del siglo III a. C., probablemente como reacción frente a los historiadores griegos procartagineses durante la segunda guerra púnica. Por esta razón, los primeros analistas escriben en lengua griega, pues su obra va dirigida sobre todo a un público internacional con un fin propagandístico, que no es otro que limpiar la imagen de ciudad "bárbara" que sus enemigos prestaban a Roma. La serie de los analistas se inicia con Fabio Pictor, el primer historiador romano, seguido poco después por Cincio Alimento, Postumio Albino, C. Acilio y otros; de todos ellos, que escribieron una historia de Roma desde sus orígenes, quedan muy pocos fragmentos, salvo quizá de Fabio, quien poco antes del año 200 a. C. publicó su obra con un carácter ciertamente apologético y aplicando métodos griegos.

Dentro de este primitivo panorama historiográfico cabe destacar dos excepciones de singular importancia, un historiador, Catón, y un poeta, Ennio, ambos de la primera mitad del siglo II. La obra histórica de Catón se conoce con el título de *Origines* y está redactada en latín, siendo ésta la primera vez que se utiliza en prosa la lengua latina. En ella Catón rompe la monotonía del relato analístico y amplía el horizonte de la historia romana incluyendo el mundo itálico, del que proporciona abundante información; además Catón une las tradiciones que le llegan a datos positivos de carácter etnográfico y geográfico, proporcionando a su obra unas perspectivas hasta entonces desconocidas. Por su parte, Ennio escribió una composición épica que significativamente lleva por título *Annales* y que consiste en una crónica versificada de la historia de Roma desde Eneas hasta las guerras púnicas. Aunque de carácter poético, esta obra tuvo gran repercusión historiográfica, denunciando a la vez cómo la primitiva poesía latina se fijó en la historia más antigua de Roma como fuente de inspiración, llevando por tanto un camino paralelo al de los escritos propiamente históricos. No muy diferente es el panorama que encontramos en el antecesor de Ennio, el campano Nevio, quien redactó su poema *Bellum punicum* centrado en las guerras púnicas, pero que se eleva a los orígenes de la ciudad y establece la causa primera de la enemistad entre Roma y Cartago en el desaire que Eneas hizo a la reina Dido al rechazar sus propuestas amorosas.

La segunda mitad del siglo II a. C. y comienzos del siguiente asiste al desarrollo de la llamada analística media o primera analística, de la cual forman parte entre otros Casio Hémina, Calpurnio Pisón, Cn. Gelio, Sempronio Tuditano, C. Fannio, Celio Antípater y Sempronio Aselio. Excepto los dos últimos, los restantes se caracterizan en general por perseverar en un encadenamiento analístico riguroso, adornado con un estilo bastante adusto, lo que provocó las críticas de Cicerón, quien no les tenía por escritores sino por simples cronistas *(narratores)*. Una tercera fase en la historiografía republicana está representada por la analística moderna o segunda analística, fechada en la primera mitad del siglo I a. C. Sus componentes más significativos son Rutilio Rufo, Sisenna, Claudio Cuadrigario, Valerio Antias, Licinio Macer y Elio Tuberón. Se cree que estos autores tenían una preferencia mayor que sus antecesores por la historia más antigua de Roma, de manera que habría sido entonces cuando muchas tradiciones sobre los orígenes alcanzaron su forma definitiva. Es más probable sin embargo, como sugiere T. J. Cornell, que estos últimos ampliaran, dándoles una apariencia literaria más adecuada, los relatos de los historiadores de las fases anteriores, convirtiéndose por ello en auténticos escritores, aunque también es cierto que en muchos casos incrementaron sus conocimientos mediante la utilización de nuevas fuentes de información, como esos *libri lintei* consultados por Licinio Macer en el templo de Juno Moneta.

Los fragmentos conservados de los analistas son muy escasos. Esto quiere decir que fueron olvidados con cierta rapidez, pues al ser ampliamente superados por Livio y Dionisio, en posesión de un concepto de la Historia mucho más desarrollado, el interés en época imperial por la Roma más antigua se saciaba a través de estos dos últimos autores. Durante el Imperio se recurría a los analistas en muy contadas ocasiones, para la redacción de algunos escritos monográficos de carácter histórico, como las biografías de Plutarco, y sobre todo tratados gramáticos o de anticuariado en general. Las obras propiamente históricas se nutrían casi exclusivamente de Livio y de Dionisio, el primero en lengua latina y el segundo en la griega, de forma que si Livio es fuente fundamental para Floro, Eutropio y Orosio, a su vez Dionisio lo es para Dion Casio. Esta situación se debe en gran parte a que los analistas no eran auténticos investigadores, sino que todos ellos proporcionaban relatos muy similares al reflejar una historia canónica, aceptada por todos y convertida en "oficial". Hasta donde puede saberse, las diferencias entre ellos eran sobre todo de detalle, bien por la posibilidad de optar entre diferentes versiones sobre hechos y personajes legendarios, o bien por interés familiar o ideológico. En este último aspecto, los analistas de la fase más reciente, aquellos que se supone más influyeron sobre Livio y Dionisio, interpretan un papel muy destacado. Por una parte, está claro que algunos analistas como Licinio Macer y Valerio Antias exageraban notablemente la par-

ticipación en la vida política de los antepasados de su respectiva *gens,* otorgándoles un protagonismo a veces excesivo en la historia de la ciudad. Pero asimismo existía una tendencia manifiesta a trasladar al pasado ideas y situaciones de su propio tiempo, con el fin de justificar determinadas actuaciones. Así los analistas de la época de los Graco situaban en el contexto de la lucha patricio-plebeya hechos propios del conflicto entre las facciones de la *nobilitas* bajorrepublicana, mientras que la implicación política de los analistas más recientes encuentra un perfecto reflejo en las diferentes apreciaciones de la figura de Rómulo. La propaganda de Sila forjó una imagen del fundador paralela a la de este dictador, que frecuentemente se presentaba como un nuevo Rómulo, lo que provocó que sus oponentes convirtieran a este último en un tirano, como se aprecia perfectamente en los fragmentos conocidos de Licinio Macer, partidario de Mario y furibundo antisilano.

1.1.3. Fuentes de los analistas

¿Cómo se forjó ese relato canónico sobre la Roma arcaica?, ¿cuáles fueron las fuentes que inspiraron a los primeros analistas? En honor a la verdad, no existen respuestas por completo satisfactorias a estas preguntas. Los autores antiguos esporádicamente dejan caer alguna señal, pero en el fondo reconocían que la oscuridad era la nota dominante. Dentro de la lógica del momento, podemos suponer que las posibilidades de información eran variadas, pero muy inseguras en su mayor parte, incrementándose la incertidumbre conforme nos elevamos en el tiempo. Por diferentes indicios, es posible identificar algunas de estas fuentes, pero de importancia muy desigual y no siempre aplicables en similar medida a la época monárquica y a la altorrepublicana.

Ante todo destacan las tradiciones orales, basadas en la extraordinaria fuerza de esta forma de transmisión, característica de sociedades iletradas o en las que la escritura se utiliza en círculos muy reducidos y sin un propósito literario. Junto a los relatos populares sobre acontecimientos de cierta importancia, en este grupo se encuentran también las tradiciones gentilicias, en estrecha relación con el carácter aristocrático de la sociedad republicana. Hay que tener presente que los primeros analistas pertenecían a familias nobles, de forma que podían incorporar a sus escritos recuerdos obtenidos de su propia familia o de otras próximas. Los nobles romanos conservaban una vigorosa tradición oral sobre sus antepasados, consecuencia de una necesidad social e ideológica de vincularse a las hazañas de los ancestros como justificación del poder político que disfrutaban, pues en definitiva éste les llega por linaje. La tradición familiar se manifiesta en dos ámbitos principales, el funerario y el simposíaco. El primero se plasma en los *elogia* pronunciados en el contexto de la *oratio funebris,* costumbre muy enraizada en la sociedad romana y que servía de motivo para exaltar las hazañas del difun-

to y de sus antepasados. Esta práctica estaba directamente vinculada al *ius imaginum*, esto es, el derecho de las familias aristocráticas a mostrar las imágenes de sus mayores en ocasión del funeral de uno de sus miembros. A este respecto, dice Polibio:

> El que pronuncia el discurso por el hombre que está a punto de ser enterrado, cuando ha terminado de hablar sobre éste, rememora los éxitos y las proezas de todos aquellos cuyas imágenes están presentes, comenzando por el más antiguo (6.54.1).

A nadie se le escapa que esta práctica se presta fácilmente a la falsificación, algo que no desconocían los propios antiguos como Cicerón y Livio, pues en palabras de este último, "las familias se esfuerzan con mendacidad por apropiarse de victorias y magistraturas" (8.40.4), lo que suscitaba graves confusiones a la hora de recordar los acontecimientos. Por tanto las posibilidades de información verídica a partir de las tradiciones gentilicias son muy limitadas y naturalmente menos fiables conforme se refieran a tiempos cada vez más antiguos. Así las cosas, los recuerdos que las grandes familias romanas podían conservar sobre la época monárquica debían ser muy tenues y más fantásticos que reales, si bien nunca se debe descartar la existencia de un núcleo de verdad. Sirva como ejemplo los llamados *elogia Tarquiniensia*, unas inscripciones del siglo I d. C. encontradas en el foro de Tarquinia y que mencionan hazañas de miembros de la familia etrusca de los Spurinna que probablemente se elevan a las postrimerías del siglo VI a. C. y comienzos del siguiente, cuyo contenido se adapta perfectamente a lo que por otras fuentes se conoce de la época.

En cuanto al ámbito simposíaco, las tradiciones gentilicias se expresaban en los *carmina convivalia*, canciones de mesa recitadas en los banquetes aristocráticos, en las que se glorificaban a los hombres ilustres y cuyo origen se situaba en tiempos del rey Numa. Catón se refiere a ellas como una costumbre de los antepasados, ya desaparecida en su época (siglo II a. C.). La importancia de las canciones de banquete como fuente histórica es muy difícil de precisar. Ya a comienzos del siglo XIX, B. G. Niebuhr las consideraba reflejo de una épica histórica y popular que habría servido de base para el relato sobre la época de los reyes, opinión que ya tuvo fuertes críticas por parte de Th. Mommsen y que en la actualidad se tienen como "fantasías románticas" (J. Poucet). Existen dudas sobre la fiabilidad del testimonio de Catón, en el sentido que quizá atribuiría a los antiguos romanos costumbres de la aristocracia ateniense del siglo VI a. C. Desde luego en la Roma arcaica se conocía y practicaba el *symposion*, pero no es menos cierto que la aristocracia republicana tenía un carácter austero y poco acorde con el boato de estas ceremonias arcaicas.

En segundo lugar hay que considerar los documentos oficiales, que para la época monárquica de hecho se reducen a los de procedencia sacerdotal. Con esto entramos en una de las cuestiones más espinosas acerca de la historiografía romana, a saber, la recopilación de carácter histórico realizada por los pontífices y conocida comúnmente con el nombre de *Annales maximi*. Existen al respecto problemas muy serios de interpretación, pues los antiguos proporcionan una información poco precisa y contradictoria, resultando en consecuencia muy difícil evaluar su exacta incidencia para la Roma arcaica. El punto de partida de la historiografía pontifical es la *tabula dealbata*. Se trata de una tabla blanqueada que anualmente se exponía en la pared de la residencia oficial del pontífice máximo y que contenía información muy puntual sobre los acontecimientos ocurridos ese año: elección de los magistrados, cambios institucionales, consagración de templos, guerras, epidemias, hambres, prodigios, etc. Según una parte de la investigación, ante la imposibilidad de archivar las *tabulae*, su contenido se trasladaba a un soporte más cómodo (*liber annalis, libri annales pontificum maximorum*), formándose de esta manera una colección histórica continua, que se enriquecía con las sucesivas aportaciones de la *tabula*. En un momento determinado, a finales de la República –para los más el pontificado de P. Mucio Escévola *ca.* 123 a. C., para otros (B. W. Frier, C. Letta) finales del siglo I a. C.– se procedió a la publicación definitiva de toda esa información, apareciendo los *Annales maximi* estructurados en 80 libros. Tampoco existe acuerdo sobre cuándo se inició la costumbre de redactar la *tabula*, si en los comienzos de la República o en el año 400 a. C., aunque parece asumido que nunca en época monárquica. Sin embargo, los *Annales maximi* narraban también la historia de los reyes, si bien tal relato fue redactado según los criterios de la historiografía analística y en un momento muy avanzado, quizá en el siglo I a. C. Pero si no de los *Annales*, sí era posible obtener información válida sobre la epóca monárquica a partir de otras fuentes sacerdotales, como los *Commentarii Augurum* o los *Commentarii Pontificum*, escritos que se centraban en cuestiones sacras relativas a la actividad de los colegios de los augures y de los pontífices, pero que asimismo contenían datos muy útiles desde el punto de vista histórico.

Un carácter público tienen también los monumentos e inscripciones que fueron erigidos por los reyes. Como veremos en su momento, la Roma del siglo VI gozaba de un nivel de urbanización bastante avanzado, algo de lo que los autores antiguos eran conscientes, como se observa en el relato sobre los tres últimos reyes, y que la arqueología en ningún momento desmiente. Sin duda alguna, todos estos monumentos debieron despertar la imaginación y el recuerdo de los romanos de épocas posteriores, cuando nacieron las primeras preocupaciones historiográficas. Ahora bien, es éste un aspecto que debe manejarse con cuidado, pues no siempre fue utilizado de forma

consecuente. Así, C. Ampolo ha señalado la fantástica interpretación que los analistas hicieron de la inscripción del *lapis niger* y del monumento en el que se encontraba, que en nada coincide con lo que dice el epígrafe. Sin embargo, no es menos cierto que Polibio nos ha transmitido un texto del primer tratado romano-cartaginés, fechado en el año 509 a. C., que responde por completo a la realidad histórica.

También las fuentes literarias extranjeras interpretan su papel en la formación del relato analístico, tanto si proceden del ámbito griego como del etrusco. Pero se trata de informaciones de valor desigual y no de carácter general, pues normalmente se refieren a las relaciones de esos pueblos con Roma. Con razón afirma E. Gabba que los primeros analistas disponían de noticias griegas sobre la Roma de los reyes en mayor cantidad que para el siglo V. Y en efecto, ya desde una época relativamente antigua, Roma pasó a formar parte del universo histórico-legendario de los griegos, quienes en un primer momento parecen especialmente interesados por los orígenes de la ciudad, como veremos inmediatamente. Este interés fue creciendo en los siglos sucesivos, conforme se intensificaba la presencia de Roma en Italia y en general en el Mediterráneo, lo cual favoreció un contacto cada vez más estrecho con el mundo griego. Fueron sobre todo los historiadores griegos occidentales los que más se preocuparon por Roma, destacando al respecto Timeo de Tauromenion († *ca.* 260 a. C.), autor de una historia que englobaba a los pueblos de Occidente y de una monografía dedicada a la guerra de Pirro. Es una opinión muy extendida considerar la pérdida de la obra de Timeo como una auténtica calamidad para la investigación sobre los orígenes de Roma, puesto que, se supone, contendría noticias muy valiosas procedentes de diferentes círculos historiográficos griegos, además de la información que el propio Timeo obtuvo durante su estancia en el Lacio. Pero no conviene exagerar, pues si bien Timeo fue quizá el gran historiador griego de Occidente, sus ideas sobre la Roma arcaica no debieron gozar de mucho crédito en la Antigüedad, a juzgar por los escasos fragmentos transmitidos sobre el particular y las críticas que acerca de los mismos le dirigen historiadores posteriores, especialmente Polibio y en menor medida Dionisio. De todas maneras, no debemos creer que los historiadores griegos de los siglos IV y III a. C. escribiesen *in extensis* sobre Roma, sino que su interés se centraba preferentemente, como ya se ha dicho, en la fundación de la ciudad y en la historia contemporánea. Aun así, se pueden encontrar noticias sueltas relativas a algunos reyes romanos o a determinados episodios históricos, como sucede con la célebre "crónica cumana" (en Dionisio, 7.3.11), que proporciona una interesante visión sobre la época de transición en Roma de la Monarquía a la República.

Junto a las fuentes griegas hay que situar las de procedencia etrusca, de gran importancia pero de muy difícil identificación. El relato tradicional sobre

los tres últimos reyes presenta un fuerte colorido etrusco, lo cual no siempre significa que la fuente sea etrusca, sino sobre todo el recuerdo de una situación real. Roma mantuvo siempre contactos muy estrechos con las ciudades de la Etruria meridional, de donde recibió numerosas y profundas influencias. Los etruscos tenían también una literatura histórica, de la que por desgracia apenas quedan restos y en la que las referencias a Roma tenían que ser continuas. Esta historiografía llegó a conocimiento de los romanos en época bastante temprana, puesto que Livio afirma que los nobles romanos tenían la costumbre de enviar a sus hijos a estudiar a Caere, donde aprendían la lengua y la cultura etruscas. Este hecho tiene su importancia, pues coincide con una época (siglo IV a. C.) de gran trascendencia en la formación de las tradiciones sobre la Roma arcaica. Es por tanto muy probable que los primeros analistas conocieran con facilidad tradiciones sobre Roma forjadas en Etruria. Otro momento de interés es el siglo I a. C., cuando la cultura romana vive una situación de efervescencia etruscológica, manifestada entre otras cosas en la traducción al latín de diversas obras de la literatura etrusca, incluidas naturalmente algunas de carácter histórico, como unas *Tuscae historiae* mencionadas por Varrón. Todo ello favoreció la redacción en lenguas más conocidas, como el latín y el griego, de obras de asunto etrusco, tales como las *Res Etruriae* de Verrio Flaco o las *Tyrrhenika* del emperador Claudio, sin contar esa historia de los etruscos que Dionisio promete escribir. Pero las noticias sobre Roma que llegan en esta segunda tanda parece que no entraron en el relato analístico, puesto que éste ya estaba formado, sino que su utilización quedó relegada sobre todo al ámbito de los anticuarios. El propio Claudio lo expone de manera muy clara a propósito del origen del rey Servio Tulio, al contraponer lo que dicen los autores latinos con los etruscos, resultando dos versiones por completo diferentes, siendo la etrusca la que ofrece mayores visos de historicidad, como comprobaremos en un próximo capítulo.

1.1.4. Valor de las fuentes literarias

La actitud de los investigadores modernos ante el relato tradicional sobre los orígenes de Roma oscila permanentemente entre dos posiciones contrarias: aceptación o rechazo. Surgen así dos tendencias, a cuyos partícipes se les ha dado en llamar "tradicionalistas" e "hipercríticos", o mejor, como sugiere J. Poucet, "creyentes" y "agnósticos". Consideradas en sus extremos, ambas posturas son de entrada igualmente rechazables, pues o bien se incurre en un estado de ingenuidad por completo inadmisible, o por el contrario se renuncia a una comprensión del problema en toda su magnitud.

Los primeros aceptan de forma implícita los datos de la tradición siempre y cuando no se demuestre que sean falsos y, como es natural, no dudan en

atraer hacia sus posiciones documentos arqueológicos de difícil interpretación pero que pueden ofrecer cierta relación con lo que dice la tradición. En los últimos años se ha asistido a dos de estos casos, referentes ambos al relato sobre Rómulo. El primero se basa en las excavaciones dirigidas por A. Carandini en la ladera septentrional del Palatino, en Roma, que han puesto al descubierto un muro cuya fase más antigua se fecha en el tercer cuarto del siglo VIII a. C.: inmediatamente ha sido interpretado como resto de la muralla de Rómulo y por tanto evidencia clara de la fundación de Roma sobre el Palatino tal y como narra la tradición. En segundo lugar tenemos una inscripción que parece griega sobre un vaso procedente de la necrópolis de Osteria dell'Osa, en la antigua Gabii, datado en la primera mitad del siglo VIII, lo cual confirmaría la leyenda sobre la educación griega recibida por Rómulo y Remo en la ciudad latina de Gabii, así como la cultura helenizante de esta localidad. Pero tanto en un caso como en otro, las cosas no son tan sencillas.

Por su parte, los agnósticos hacen un planteamiento a la inversa: el relato tradicional no puede ser tenido por histórico si no se desmuestra mediante vías externas al mismo. En opinión de los defensores de esta corriente, al aplicar a la tradición los criterios del método histórico, no se encuentra en ella elemento alguno que avale su consideración como historia auténtica, al menos en lo relativo a los cuatro primeros reyes de Roma (Rómulo, Numa Pompilio, Tulo Hostilio y Anco Marcio), situación que cambia en un sentido ligeramente positivo a partir del primero de los Tarquinios. Ciertamente no faltan motivos para adoptar una postura como ésta. Según acabamos de ver, entre los primeros analistas y los hechos que narran existe un largo espacio de tiempo que no se salva con un eficaz soporte documental, pues las fuentes que les inspiraron distan mucho de ser seguras. Además, y esto va especialmente dirigido a los historiadores de la segunda analística en el siglo I a. C., el texto recibido fue ampliado con todo tipo de recursos, como el embellecimiento puramente retórico, los anacronismos, las preocupaciones etiológicas, etc. Sin duda alguna, todo esto merma la confianza que nos merece la narración tradicional.

Para una exacta valoración de la tradición literaria es necesario tener presente las fundadas objeciones de los agnósticos, pero ya no tanto elevarlas a una categoría absoluta. La precaución como norma debe sustituir al escepticismo total. Una confirmación del relato tradicional por vía externa, sobre todo arqueológica, no siempre es posible, puesto que en numerosos aspectos ambas fuentes de información siguen caminos diferentes, con objetivos individualizados. Las investigaciones arqueológicas muy difícilmente podrán confirmar –o negar– la historicidad de la reforma sacerdotal de Numa o la llegada de Tarquinio a Roma, por poner sólo dos ejemplos. Pero quizá más importante es que en aquellos casos en que existe la posibilidad, los datos proporcionados por la arqueología apuntan en el mismo sentido que la tra-

dición, o en todo caso no desmientan lo que dice esta última. En otras palabras, desde el punto de vista metodológico es mucho más rentable la convergencia de datos que no su confirmación. Por otra parte, si nos fijamos en las críticas de los agnósticos hacia el relato de los antiguos, la mayor parte de las mismas se alimentan en la figura y la gesta de Rómulo, personaje que, como veremos, no puede ser tenido por histórico y cuyos hechos responden principalmente a criterios ideológicos e historiográficos. No todo debe juzgarse utilizando idénticos parámetros.

Si la tradición sobre la Roma monárquica estaba ya formada, o al menos definida en sus puntos esenciales, con los primeros analistas, puede surgir la tentación de cargar sobre Fabio Pictor, como primer historiador romano, la responsabilidad de su autoría. Así lo planteaba A. Alföldi en una célebre monografía publicada en 1965, donde dibujaba a Fabio como un historiador sin escrúpulos, que ideó toda la historia de la Roma primitiva de forma por completo arbitraria, en función de sus intereses personales y familiares, pues al carecer de predecesores, las posibilidades de invención eran casi ilimitadas. Pero verdaderamente no hay razones de peso para afirmaciones de este tipo, como en su momento ya objetaron a Alföldi sus críticos, pues el hecho de que Fabio fuese el primer historiador no implica por fuerza que pudiera escribir lo que quisiera.

Con razón afirma T. J. Cornell que no tiene sentido pensar que en Roma no hubo la más mínima preocupación por el pasado de la ciudad hasta el año 200 a. C. Sin duda alguna, en la Roma del siglo III, e incluso con anterioridad, circulaban tradiciones ya asentadas que trataban sobre la historia de la ciudad, al menos en sus puntos básicos, y así puede explicarse que tanto Fabio Pictor como sus inmediatos seguidores, excepto Catón, escribiesen en griego y no en latín: la justificación para no ofrecer a sus compatriotas sus escritos sobre la historia de Roma era muy probablemente el que éstos ya la conocían. Y desde luego se dispone de pruebas que certifican que determinados elementos de la tradición se encontraban ya definitivamente fijados mucho antes de Fabio Pictor. Así, y como veremos en capítulos sucesivos, la leyenda troyana estaba admitida en Lavinium y en Roma al menos en la primera mitad del siglo III; aquella otra relativa a los gemelos Rómulo y Remo, se encuentra en representaciones iconográficas de finales del siglo IV y comienzos del siguiente; la relación del rey Servio Tulio con la diosa Fortuna está documentada en una *sors* de Fiesole fechada en el siglo III. Por otra parte, los historiadores griegos que escribieron sobre Roma en los siglos IV y III a. C., como Teofrasto, Jerónimo de Cardia o Timeo, difícilmente hubieran podido hacerlo sin contar con datos romanos (recuérdese por ejemplo el fragmento de Timeo sobre Servio Tulio).

No sería aventurado pensar que la tradición sobre la Roma monárquica se estuviese ya formando en la segunda mitad del siglo IV, si bien no recibió

una apariencia literaria hasta las postrimerías del siglo III. Esta sugerencia cronológica no es un capricho, sino que una serie de hechos da pie a tal propuesta. Fue en el siglo IV cuando Roma se integró definitivamente en un contexto internacional, anudando estrechas relaciones con el mundo griego. Éstas se traducen no sólo en el campo económico y social, donde se producen cambios muy profundos que alteran notablemente las tradicionales estructuras romanas, sino también en el cultural e ideológico. Roma vive en esa época momentos de gran efervescencia cultural. Tras los primeros balbuceos del teatro romano, que Livio (7.2.4-13) data en el año 364 a partir de la influencia etrusca, los decenios finales del siglo IV e iniciales del III asisten a fuertes impulsos en el desarrollo cultural: sirvan como ejemplos el nacimiento de una pintura y una escultura propiamente romanas, la primera además con un decidido carácter histórico en sus más antiguas manifestaciones; la aparición del primer auténtico literato romano en la persona de Ap. Claudio Caeco, censor en el 312; una importante extensión del derecho con la publicación de las fórmulas orales relativas a la *legis actio* por parte de Flavio, etc. Todo ello parece indicar que nos encontramos en un momento muy propicio para que los romanos se pregunten ya con cierta insistencia sobre su pasado, dando por buenos ciertos principios griegos –como la idea del fundador– y a la vez escarbando en su propia memoria.

Esta tradición histórica se asienta sin duda sobre recuerdos verdaderos, aunque no sistematizados según una secuencia diacrónica. Debían centrarse en acontecimientos de señalada importancia, lo suficientemente significativos para haber permanecido vivos en la memoria colectiva y capaces por tanto de proporcionar un esqueleto sobre el que a continuación intervienen las inquietudes de los analistas. Estos completan su formación a partir de datos procedentes de fuentes más concretas, cuya fiabilidad depende del informador: tradiciones gentilicias, documentos sacerdotales, narraciones extranjeras, etc. Sobre este conjunto así ampliado, se ejercen luego operaciones muy diversas determinadas por el interés de cada analista, como la amplificación narrativa, la manipulación ideológica, la preocupación etiológica, etc. Será en consecuencia obligación del investigador despojar al relato tradicional de todos estos aditamentos, que sólo sirven para conocer la mentalidad de la sociedad que los creó, y recuperar el núcleo de verdad histórica que subyace en el mismo.

1.2. La documentación arqueológica y epigráfica

A la vista de la situación en que se encuentran las fuentes literarias, la arqueología pasa pues a ocupar un lugar de excepción en nuestros conocimientos sobre los orígenes de Roma. Los datos obtenidos por esta vía son

de hecho los únicos testimonios directos disponibles sobre la protohistoria latina y romana, susceptibles por tanto de proporcionar una información viva sobre los más variados aspectos relativos a los primitivos romanos. Además, la arqueología es asimismo el único medio capaz de aumentar la documentación disponible, bien sea mediante la recuperación de aquellos elementos de la cultura material que constituyen el objeto mismo de la arqueología en sus diversas técnicas y métodos, bien porque a través de ella es posible adquirir nuevos testimonios escritos en forma de inscripciones. Esto es sin duda alguna enormemente ventajoso, pues permite incrementar los datos y sentar bases más firmes para la investigación. Pero tiene también su lado oscuro, pues en su aplicación concreta a los orígenes de Roma, la arqueología demuestra la movilidad de nuestros conocimientos, de forma que lo que hoy se tiene por cierto, mañana y a la luz de nuevos hallazgos puede ser desechado como falso. Por tanto, toda la labor de interpretación y de reconstrucción históricas han de ir marcadas con el sello de la provisionalidad. La historia de la arqueología en Roma y en el Lacio, con sus continuos vaivenes según las modas y las tendencias del momento, es buena prueba de todo ello.

1.2.1. La arqueología en Roma y en el Lacio

Las modernas excavaciones en Roma comienzan con la conversión de la ciudad en la capital del recién creado Estado italiano tras la unificación de 1870. La actividad que se desarrolló por entonces fue tan intensa e ilusionante que en pocos años vieron la luz señeras publicaciones periódicas todavía en vigor: *Notizie degli Scavi di Antichità* (1871), *Bullettino della Commissione Archeologica Comunale di Roma* (1872) y *Bollettino di Paletnologia Italiana* (1875), esta última creada por L. Pigorini, fundador de la prehistoria científica en Italia. Por lo que se refiere a la arqueología protohistórica y arcaica, es decir, aquella relativa a los orígenes de Roma, comenzó a dar frutos por esos mismos años, impulsada en gran medida por un doble motivo, consecuencia siempre de la recién adquirida capitalidad. Por un lado, el ensanche urbanístico, algo común en las ciudades europeas del último tercio del siglo XIX y que en Roma respondía a la necesidad de albergar a la nueva población que debía instalarse en la ciudad. Esta empresa se realizó sobre la meseta del Esquilino, sede entre otras cosas de una riquísima necrópolis perteneciente a la cultura protohistórica lacial, que en parte fue recuperada. Por otro lado, se plantea la necesidad de integrar en la ciudad su centro histórico, esto es el Foro, que fue objeto de intensas investigaciones arqueológicas. Al frente de estas últimas fue situado G. Boni, quien ofreció al mundo científico espectaculares hallazgos, como la célebre inscripción del *lapis niger*, la más antigua de Roma redactada en latín, descubierta en 1899, y tres años más tarde vio la luz el "sepolcreto" junto al templo de Antonino y Faustina, una pequeña necrópolis con restos de las primeras fases laciales.

Estos descubrimientos, completados con otros realizados en los años sucesivos tanto en Roma como en el Lacio (en 1907 aparecieron fondos de cabañas en el Palatino romano), suscitaron reacciones que en general significaron una vuelta a la tradición y la espalda a aquellas tendencias que, originadas en la Alemania del siglo XIX y que en Italia tenían una autorizada opinión en E. Pais, se manifestaban muy críticas hacia el relato tradicional. En otras palabras, los hallazgos arqueológicos venían a confirmar la tradición, y no sólo la existencia de los diferentes reyes e incluso de Rómulo, cuyos hechos no eran ya considerados una mera invención de los antiguos, sino que también Evandro y sus arcadios o Eneas y sus troyanos podían ser aprehendidos a través del material arqueológico. A pesar de algunas voces más propensas a la crítica, como la de G. de Sanctis, puede decirse que el primer tercio del siglo XX asiste a un triunfo casi total de las tendencias tradicionalistas, que basadas no sólo en la arqueología, sino también en los avances de la lingüística, proponían una visión de los orígenes de Roma en la que nada de lo que dicen los antiguos por fuerza ha de quedar fuera. Aquí se incluía también ese pasado más legendario, en el que junto a figuras de la mitología griega, como los mencionados Evandro y Eneas, desfilan pueblos de origen peninsular, históricos o no (aborígenes, ligures o sículos), pero que en todo caso tienen su papel en la reconstrucción de la prehistoria mítica del Lacio que encontramos en el relato de los antiguos.

Las excavaciones arqueológicas prosiguieron tras el término de la segunda guerra mundial, con mayor intensidad que antes y naturalmente utilizando técnicas más avanzadas. El material recuperado y los conocimientos que se obtienen de su análisis convierten a la arqueología en la fuente principal para el estudio de los orígenes de Roma. Esta situación de predominio se aprecia perfectamente en los dos grandes monumentos de la arqueología romana de la segunda mitad de este siglo, la célebre obra *Early Rome* del sueco E. Gjerstad y las monografías sobre la Roma primitiva del alemán H. Müller-Karpe, dos autores que utilizando los mismos materiales llegan sin embargo a conclusiones por completo diferentes. Las excavaciones se llevan a cabo fundamentalmente en el centro histórico, esto es, el valle del Foro y el Palatino, pero ya comienzan a extenderse sobre otras áreas llamadas a proporcionar interesante información, como aquélla situada junto a la iglesia de Sant'Omobono en el Foro Boario. A pesar de las dificultades que entraña realizar este tipo de investigación en una ciudad con una historia tan viva y dinámica como Roma, los descubrimientos no cesan, como lo demuestran los recientes y excepcionales hallazgos resultantes de las excavaciones de A. Carandini en la vertiente septentrional del Palatino. Por tanto, debemos permanecer continuamente expectantes a qué nuevas sorpresas nos deparará el futuro.

Pero no sólo Roma, sino que toda la región latina se ha visto beneficiada de este afán arqueológico. Aunque con antecedentes que se elevan a finales

del siglo XIX, el gran avance de la arqueología lacial se ha producido sin duda en fecha reciente, a partir de la década de los setenta. Las expectativas que despertó esta actividad propiciaron que ya en 1976 se celebrase en Roma una grandiosa exposición, en la que al tiempo que se mostraban recientes y viejos materiales, se sentaban las bases de una nueva proyección científica para el estudio de la protohistoria latina. Los descubrimientos se realizaron tanto en el solar de las ciudades históricas, como en centros que no llegaron a cuajar un estadio urbano y cuyos nombres antiguos en muchos casos se desconoce. En el primer grupo, junto a los materiales ya conocidos desde hace un siglo y ahora incrementados mediante excavaciones en Praeneste, Velletri, Lanuvium o Ardea, se añaden los magníficos hallazgos procedentes de Satricum, Lavinium y Gabii, mientras que respecto a los centros menores deben destacarse los recientes descubrimientos en La Rustica, Acqua Acetosa Laurentina, Ficana y Castel di Decima, que se añaden a los ya conocidos de antiguo en el área de los Colli Albani y otros lugares. Asimismo conviene señalar, por los frutos que ya proporcionan, las prospecciones de superficie que de acuerdo con las técnicas englobadas en el concepto de arqueología del paisaje se están llevando a cabo en el Lacio en el seno de diversos proyectos. Entre éstos hay que mencionar el aplicado al territorio situado al noreste de Roma y limitado por los ríos Tíber y Aniene, o el "Pontine Region Project" en el área meridional latina, a los que hay que añadir, en su parte correspondiente al Lacio, el proyecto de ámbito italiano *Forma Italiae*.

La principal manifestación arqueológica es la que procede del ámbito funerario. Son las tumbas las que proporcionan mayor información y además de manera más continua, pues se dispone de ejemplos que ininterrumpidamente se extienden desde el siglo X hasta el VI a. C. Las necrópolis presentan un gran interés arqueológico, pues al fin y al cabo el mundo funerario no es sino un reflejo del de los vivos, con la diferencia que el primero se conserva mejor que el segundo. A través de los objetos depositados en la tumba y que forman el ajuar funerario, del tipo de sepultura (pozo, fosa, cámara, etc.) o de la propia disposición topográfica de las tumbas en el interior de la necrópolis, se pueden obtener valiosos datos acerca de la comunidad a la que pertenece, sobre las creencias de sus miembros y ciertas características de la vida económica, social y política. Por otra parte, y dada la cualidad de "depósito cerrado" que ofrece el ajuar, el mundo funerario es asimismo aquel que mejor sirve para la fijación de un esquema cronológico. Más difícil resulta identificar las áreas de habitación, especialmente por lo que se refiere a las fases más antiguas, cuando sólo se utilizaban unas simples cabañas. En algunos casos ha sido posible localizar en la roca original los agujeros en los que se hincaban los postes que sujetaban el armazón, pudiéndose formar una idea sobre los diferentes tipos de cabañas –en general tenían una estructura similar a las que todavía a principios de este siglo utilizaban

los pastores en la Italia central– e incluso sobre la organización de los poblados. Por último, los lugares de culto son conocidos, en sus fases más antiguas, a través de los depósitos votivos, esto es, fosas en las que se echaban objetos de culto ya inservibles y ofrendas entregadas por los devotos, que por su carácter sacro no podían ser libremente destruidas.

En el último tercio del siglo VII a. C. tienen lugar en todo el Lacio cambios muy profundos en la apariencia externa de los poblamientos. Aunque de todo ello se hablará en un capítulo más avanzado, conviene saber desde ahora que en esta época se produce el paso de una arquitectura de cabañas a otra que utiliza la piedra y el ladrillo, por lo que las posibilidades de información arqueológica se incrementan. Sea a través de la estructura arquitectónica de los edificios, de sus elementos decorativos, de su ubicación topográfica, es posible distinguir su carácter sacro o profano, si están destinados al culto, si son construcciones civiles o si por el contrario tienen un destino privado. Todo ello en su conjunto, unido a la presencia de otros elementos como calles, plazas o cloacas, permite apreciar la existencia de unas nuevas condiciones urbanísticas que hablan ya de la presencia de la ciudad. Dentro de este panorama, una posición destacada la ocupan las terracotas arquitectónicas, es decir, aquellos elementos que, fabricados en arcilla, servían para cubrir las partes lígneas de los edificios y también como esculturas acroteriales y tejas terminales, proporcionando por tanto una vistosa decoración. Las terracotas ofrecen un alto valor por su significado iconográfico, ya que en ellas se representan figuras y escenas susceptibles de transmitir un mensaje, reflejando en consecuencia no sólo los niveles culturales en vigor y las influencias externas, sino también el contenido ideológico que subyace en tales representaciones.

Los avances en la actividad arqueológica han proporcionado nuevos e importantes elementos de juicio para comprender mejor el complejo problema de los orígenes de Roma. En primer lugar, muestran que Roma no debe tratarse como un caso independiente, sino que necesariamente ha de ser integrado en el contexto general del Lacio. Roma era una comunidad partícipe de la cultura lacial, con un panorama arqueológico no muy diferente de lo que se documenta en otros centros latinos contemporáneos. Por tanto, la evolución histórica y cultural que se observa en el Lacio debe ser aplicada asimismo a Roma, que si bien en algunos aspectos muy concretos, pero de no escasa importancia, ofrece una acusada personalidad, esto no es suficiente para aislarla del conjunto latino. De esta forma, se puede disponer de una perspectiva mucho más amplia, más rica desde el punto de vista documental y en consecuencia más integradora. Pero al mismo tiempo, la arqueología enseña la fortaleza de los vínculos culturales que Roma y otros centros latinos mantenían con ambientes extranjeros, tanto peninsulares (culturas protovillanoviana, villanoviana y orientalizante en el norte, "Fossakultur" en el sur), como

ultramarinos, sobre todo de procedencia egea. En este sentido especial importancia revisten las relaciones con la Etruria meridional, cuyos principales centros (Caere, Veyes, Tarquinia) necesariamente presentan estrechos paralelos con Roma, en situación fronteriza entre latinos y etruscos.

Otro importante aspecto donde la arqueología ha contribuido de manera determinante ha sido el cronológico. La primera organización sistemática de los datos arqueológicos obtenidos en las excavaciones romanas fue realizada por G. Pinza, quien publicó los resultados en 1905. Pinza ordenó el material disponible, por lo que se refiere a la época que aquí interesa, en dos grandes períodos, denominados primera y segunda edad del hierro respectivamente, terminología que en cierto sentido todavía se utiliza. La primera corresponde a las fases más antiguas, con una cronología absoluta aproximada entre los años 900 y 700 a. C., mientras que la segunda coincide con las fases orientalizante y arcaica, es decir, hasta finales del siglo VI a. C. Esta periodización estuvo en vigor hasta que en 1956 E. Gjerstad dio a conocer sus conclusiones acerca de la cuestión. Tomando como criterio la evolución de las formas cerámicas, Gjerstad estableció un nuevo esquema cronológico, con unas fechas absolutas precisas, que comprendía las siguientes fases:

- I. *(expansive impasto):* 800-750 a. C.
- II. *(normal impasto):* 750-700 a. C.
- III. *(contracted impasto):* 700-625 a. C.
- IV. *(advanced impasto):* 625-575 a. C.

El sistema de Gjerstad, aplicado poco después por P. G. Gierow al conjunto del Lacio, fue objeto de fuertes críticas, que a su vez sirvieron de motor para la elaboración de nuevas propuestas. Estas últimas siguieron los criterios utilizados por las escuelas protohistóricas centroeuropeas, que tenían en cuenta no sólo la evolución en sí misma de los diferentes objetos, tanto cerámicos como de metal, sino también cómo esos mismos objetos aparecían asociados en las tumbas, permitiendo así la configuración de unas tablas en las que se puede apreciar la evolución cultural. A partir de estos principios, el primero en presentar un nuevo cuadro cronológico fue R. Peroni, quien de momento limitó su análisis a las tumbas romanas, pero fue inmediatamente superado por los trabajos de H. Müller-Karpe, quien al resguardo de la experiencia adquirida con sus estudios de prehistoria centroeuropea fijó las líneas maestras de la cronología lacial. El nuevo esquema queda de la siguiente manera: la fase I ocupa el siglo X; la II se subdivide en "a" y "b", situándose una en la primera mitad del siglo IX y la otra en la segunda mitad; la fase III se desarrolla a lo largo del siglo VIII y la IV en el siglo VII e inicio del siguiente.

Los trabajos posteriores siguieron las pautas marcadas por Müller-Karpe, corrigiendo sus defectos y perfilando las características de cada fase. A

ello contribuyó notablemente el enorme avance llevado a cabo en el ámbito de la arqueología lacial, lo que ha permitido subdividir la última de las fases (IV) en "a" y "b" y establecer una cronología absoluta más perfeccionada. Así las cosas, en los dos últimos decenios se ha adoptado un cuadro que mantiene el esquema de Müller-Karpe, con las correcciones oportunas y las fechas absolutas propuestas por G. Colonna, resultando lo siguiente:

- I. Bronce final: 1000-900 a. C.
- IIa. Inicio edad del hierro: 900-830 a. C.
- IIb. Desarrollo edad del hierro: 830-770 a. C.
- III. Edad del hierro avanzada: 770-730/20 a. C.
- IVa. Orientalizante: 730/20-630/20 a. C.
- IVb. Orientalizante reciente: 630/20-580 a. C.

En los últimos años este esquema ha comenzado a sufrir modificaciones, tanto en la periodización como en la cronología absoluta. El estudio de la necrópolis gabina de Osteria dell'Osa, uno de los hallazgos más importantes en la arqueología lacial, ha propiciado la partición de algunas de las fases anteriores, de manera que, según propone A. M. Bietti Sestieri, convendría distinguir las subfases IIa1, IIa2, IIb1, IIb2, IIIa y IIIb, subdivisión que parece haber encontrado una general aceptación en los círculos de la arqueología protohistórica italiana. Respecto a las fechas absolutas, las técnicas dendrocronológicas aplicadas en el último decenio sobre la cultura de los campos de urnas en la Europa central han provocado el establecimiento de una nueva cronología de las culturas del bronce y del hierro europeas que ya ha comenzado a repercutir en la protohistoria italiana. Los estudios más recientes (R. Peroni, M. Bettelli) tienden a elevar la cronología tradicional, de manera que la fase I se adentra en el segundo milenio, mientras que el inicio de la edad del hierro, identificado con la fase IIa, se situaría hacia el año 1020 a. C., en correspondencia con el período Hallstatt B2; la IIb1 comenzaría en torno al 950 a. C., la IIb2 y la IIIa se extenderían entre el 880 y el 810 a. C. y la IIIb llegaría hasta el 750/40. M. Pacciarelli por su parte rebaja esta cronología fijando los siguientes intervalos: IIa, 960-890; IIb1, 890-850; IIb2-IIIa, 850-780; IIIb, 780-725 a. C. Pero quizá estamos todavía lejos para que estas nuevas perspectivas sobre la periodización y la cronología tengan una incidencia profunda en las condiciones que marcan la interpretación histórica. En la presente obra se utilizará el esquema corregido de Müller-Karpe, aunque tan sólo como marco general de referencia.

1.2.2. Iconografía

En páginas anteriores se resaltaba la importancia de las terracotas arquitectónicas como un elemento susceptible de proporcionar información his-

tórica, pues al tener un carácter público por estar expuestas a la vista de todos, las representaciones que contienen pueden implicar un mensaje o reflejar una ideología. Para el período que nos interesa, el siglo VI a. C., las terracotas se distribuyen en dos fases muy bien diferenciadas. La más antigua se desarrolla a lo largo de la primera mitad del siglo VI, mientras que la más reciente tiene una presencia más intensa entre los años 540-510 a. C. aproximadamente. Los ejemplares conocidos de la primera fase se concentran casi en su totalidad en Roma (Regia, Comicio, Capitolio) y consisten en antefijas con cabeza de Gorgona y lastras de revestimiento con dos motivos principales, por un lado jinete armado y por otro teoría de felinos con presencia de Minotauro y de ave; a esto hay que añadir algunos fragmentos de destino acroterial, entre ellos quizá una estatua sedente, y otros frontonales. Los motivos se inspiran en gran parte en el repertorio orientalizante y suelen tener un referente en Etruria, excepto la figura del Minotauro, desconocida en ambientes etruscos y que denota un fuerte rasgo de personalidad de la coroplástica romano-latina (según parece, existe un ejemplar similar en Gabii). En la segunda fase, la decoración de los edificios, realizada según modelos etruscos, es más compleja y variada, al tiempo que se dispone de una documentación más abundante en Roma y en el resto del Lacio. Las antefijas responden a tipos diferentes, algunos de gran calidad artística; las esculturas exentas alcanzan mayor perfección técnica, como se observa en el grupo romano de Hércules y una diosa armada; las lastras de revestimiento, en último lugar, representan varios motivos, como carrera de carros, jinetes armados, procesión con carro, banquete y asamblea.

Los estudios iconográficos están consiguiendo en los últimos tiempos un notable impacto, especialmente en el campo de la etruscología, pero que por influencia de lo etrusco sobre lo latino afectan también a la Roma arcaica. En el núcleo del debate se sitúa el método iconológico. Existen dos modos complementarios de acercarse al estudio de las representaciones artísticas. Por un lado la iconografía, que persigue un fin descriptivo, esto es, analizar el objeto en cuestión en sus aspectos formales: cronología, tipología, modelos, influencias, etc. Pero se hace necesario ir más allá, apareciendo entonces la iconología, forma de estudio que se impone como objetivo los contenidos y argumentos de la representación iconográfica, lo que exige situar el objeto en relación directa con su época, con el resto de la producción artística, incluidas las artes menores, y literaria, en definitiva con el ambiente social y cultural del cual emerge. Este modo de entender el arte surge a partir de los trabajos de E. Panofsky y de la escuela de Warburg sobre el significado de las imágenes. A partir de los mismos se deduce que el arte no es una actividad libre, sino que se encuentra determinada por las influencias políticas y sociales. De ahí la importancia que adquiere el concepto de programa figurativo, que revela la intencionalidad de la obra manifestada tanto en relación

a la función que cumple, como respecto a la ideología de quien ha encargado la obra. Por tanto a través de las imágenes se puede conocer la sociedad que las creó, apareciendo consecuentemente como una fuente de información histórica de primera magnitud.

Cierto es que los estudios sobre iconografía han dado fruto, especialmente en referencia a Etruria, donde la documentación es muy rica. Pero, como en todo, conviene no excederse y dejarse caer ciegamente en los brazos de la iconología. Ésta nos enseña cómo las imágenes pueden convertirse en instrumento del poder, como medio de expresión y propaganda de una determinada ideología. Así, desde los primeros balbuceos del arte figurativo, la iconografía está al servicio de la clase dirigente, que la utiliza para exaltar la figura del noble a través de las funciones que cumple. No es diferente lo que se observa en algunas terracotas arquitectónicas laciales, donde se representan escenas características de la vida aristocrática, como los jinetes armados, carreras de carros, banquetes, etc. Pero no todos los casos se deben interpretar en el mismo sentido, pues en ocasiones los motivos pueden ser simplemente decorativos (probablemente así suceda con las teorías de felinos, propias del estilo orientalizante) o estar en relación, si el edificio en cuestión es un santuario, con la divinidad propietaria del mismo.

Dentro de este panorama cobra especial relieve un aspecto muy señalado: la influencia del mito griego. Se trata de un elemento ciertamente notable en el proceso de aculturación que sufre el mundo etrusco-latino durante las épocas orientalizante y arcaica, como bien puede comprobarse por la multitud de representaciones míticas griegas realizadas por artesanos locales. El problema radica en valorar el grado de aceptación de tales leyendas y de su iconografía en ambiente indígena, lo que ha llevado a posturas encontradas entre los especialistas. Para unos, el mito griego no es representado en estado puro, sino manipulado; el artesano local no participa de la cultura griega, sino que sólo tiene ante sí unos modelos que reelabora sin comprender su significado originario. Otros, por el contrario, proponen interpretar la iconografía indígena a la luz de las fuentes literarias griegas. No se trata entonces de una cuestión de carácter figurativo, sino sobre todo cultural, pues para los últimos el mito griego se perfila como una componente cualificada de la cultura etrusco-latina, mientras que para los primeros sólo tiene un valor ornamental, sin capacidad para evocar nuevos ideales.

Con el desarrollo del método iconológico las perspectivas anteriores se modifican, en el sentido que se rebasa el ámbito cultural para entrar de lleno en una relación entre política y mito: en otras palabras, las imágenes pasan a ser consideradas expresión de las directrices socio-políticas dominantes. Si se vuelve el argumento, se concluye entonces que conociendo el significado de la imagen, se puede saber también qué tendencia política subyace en su creación. A partir de estós presupuestos se ha constituido en la actual

investigación una fuerte corriente de trabajo, según la cual el mito griego constituye un referente insustituible para la exacta interpretación de toda imagen susceptible de transmitir un significado. Así las cosas, el mundo etrusco-latino no sólo admitiría el mito griego en cuanto tal, sino también su contenido ideológico, de forma que la situación o la idea representada en Grecia por un héroe o un mito, se traslada a Italia con el mismo significado.

Si bien el debate ha resultado en general fructífero, el enfrentamiento entre las tendencias opuestas ha provocado en ocasiones agrias e inútiles discusiones, auténticos diálogos de sordos donde el dogmatismo se ha impuesto a la razón. Al enfrentarse al estudio de las épocas arcaicas el radicalismo no es buen consejero, pues los apoyos documentales son tan menudos que nunca serán suficientes para mantener una postura a ultranza. Con razón se ha criticado a los "iconologistas" respecto a que la imagen no es el único medio de expresión de los valores culturales y que sin testimonios literarios contemporáneos, como los que tenía Panofsky en sus estudios sobre el arte renacentista, la interpretación de esa imagen ha de ser muy prudente. Además, tal interpretación ha de estar de acuerdo con el contexto histórico-arqueológico del cual procede la imagen, aspecto que se olvida con frecuencia al estudiarla como un objeto aislado al faltar otros documentos contemporáneos. Desde esta perspectiva, es muy fácil incurrir en excesos.

Donde mejor se aprecia el debate es en referencia al arte etrusco, como antes se avanzaba, pero fácilmente se desplaza hacia el Lacio. Así puede verse en la lastra de la Regia romana en la que aparece un Minotauro (figura 1.1). Inconscientemente esta figura se vincula al héroe griego Teseo, cuya

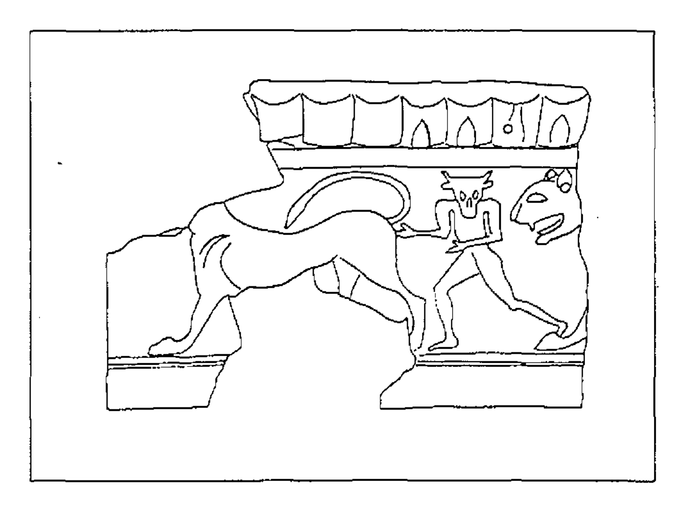


Figura 1.1. Lastra arquitectónica de la tercera fase de la Regia. Roma.

leyenda es alzada a la categoría de mito dinástico y convertida en soporte ideológico de la monarquía romana. El rey de Roma se presentaría entonces ante sus conciudadanos como un nuevo Teseo, quien tras salvar las pruebas iniciáticas del laberinto, accede a la realeza y funda Atenas. Pero esta visión choca con algunas dificultades serias, pues por un lado Teseo no se convierte en fundador de Atenas, como muy pronto, hasta finales del siglo VI a. C., es decir, en fecha muy posterior a esta terracota romana, y por otro no existe en la tradición literaria latina el menor rastro de tal ideología. En consecuencia, otros prefieren por el contrario ver en el Minotauro un "Mischwesen", un ser monstruoso mitad hombre y mitad bestia con funciones apotropaicas.

Pero quizá el caso más elocuente sea el de Hércules/Heracles. Partiendo de un conocido pasaje de Heródoto (1.60) sobre la entrada triunfal de Pisístrato en Atenas (561 a. C.), en la que se escenificó la apoteosis de Heracles, J. Boardman defendía que aquél legitimó su poder identificándose al héroe: éste por tanto pasa a representar la figura del tirano. Inmediatamente la idea fue aplicada a la Italia central, donde la figura de Heracles se había asentado con gran éxito en la segunda mitad del siglo VI a. C., de forma que la identificación del héroe griego conlleva automáticamente la admisión de los ideales tiránicos y el triunfo de tendencias isonómicas. Sin embargo, se aprecia la siguiente paradoja: mientras que para la historia de Grecia la teoría de Boardman fue sometida a debate y entró en crisis, respecto a Italia se ha instalado como un dogma que no admite réplica. De esta forma, allí donde se documenta una representación de Heracles, inmediatamente se habla de la existencia de un gobierno tiránico, ignorando por un lado el carácter multifacético del héroe, y por otro que gran parte de su iconografía se enmarca en un contexto aristocrático, puesto que las hazañas de Heracles se convierten en ideal de la nobleza.

1.2.3. Las fuentes epigráficas

La escritura fue introducida en el Lacio en fecha relativamente temprana, si bien no puede precisarse por el momento con mayor detalle dado que las dos inscripciones supuestamente más antiguas se encuentran bajo sospecha. Ambas proceden de Praeneste y están datadas en el primer tercio del siglo VII a. C. Sobre una de ellas, la célebre fíbula, pesan dudas en cuanto a su historicidad, mientras que sobre la segunda, inscrita en un cuenco de plata de la tumba Bernardini, se discute si es etrusca o latina. Los ejemplos siguientes son bastante posteriores, pertenecientes ya al orientalizante reciente a finales del siglo VII. Aun así, y puesto que en la vecina Etruria las inscripciones más antiguas conocidas se elevan a las postrimerías del siglo VIII a. C., es posible que en el Lacio la escritura fuese conocida hacia esas mismas fechas.

La tradición transmite dos versiones acerca del origen de la escritura en el Lacio, remontándose ambas a una época mítica y a un ambiente griego. En la noticia recogida por Tácito *(Ann.,* 11.14) –también conocida por otros autores anteriores: Catón, Varrón, Livio, Dionisio– se establece un claro distanciamiento entre Etruria y el Lacio: en la primera la escritura habría sido introducida por el corintio Demarato, mientras que los latinos la conocieron gracias al arcadio Evandro. Esta tradición pretende no sólo desvincular a los romanos de un posible préstamo cultural etrusco al reconocer orígenes diferentes en relación a ambos pueblos, sino sobre todo asentar una primacía de los latinos sobre los etruscos, al menos en este aspecto. En efecto, mientras que Demarato es un personaje real y situado en un tiempo histórico (mediados del siglo VII a. C.), pues era considerado padre del rey romano Tarquinio Prisco, Evandro se localiza en un lejano y legendario pasado y su acción civilizadora se ejerce no sobre el pueblo latino, todavía inexistente, sino sobre los aborígenes, pueblo que habría sido el primero en habitar el Lacio, como veremos en otro capítulo. La segunda tradición aparece en Plinio *(Nat. Hist.,* 7.56) y en Solino (2.7) y atribuye la introducción de la escritura en el Lacio a los pelasgos, mítico pueblo griego que participó asimismo en la etnogénesis latina. Aquí nos situamos también en un momento muy anterior a la existencia de los latinos como pueblo histórico.

Pero si nos fijamos en los datos epigráficos, necesariamente hay que admitir, en contra de los antiguos, una intervención etrusca en la difusión entre los latinos de la escritura. Ésta fue introducida en Italia por los griegos, como es de todos conocido, y sus alumnos más avantejados fueron probablemente los etruscos. Sin embargo, se duda si en el Lacio la escritura fue dada a conocer por los etruscos o directamente por los griegos, o quizá por ambos a la vez. Algunas letras del primitivo alfabeto latino no eran utilizadas por los etruscos (D, O, X) y en latín tienen un valor fonético similar al griego, lo que parece indicar que tales signos sólo pueden explicarse mediante una intervención griega. Sin embargo, el sistema latino de las velares (C, K, Q) exige un intermediario etrusco, al tiempo que la forma de las letras remite al ambiente epigráfico de las ciudades etruscas de Caere sobre todo y en menor medida de Veyes. Por estas razones, se ha pensado que la escritura fue introducida en el Lacio desde Etruria, aunque con una mediación griega en el sentido de que se trataría de etruscos con conocimiento del valor fonético de las letras griegas. Pero por otra parte, no se puede descartar la idea de varias influencias actuando simultáneamente, de manera que antes de nada existiría una fase de transición, experimental, en la que la práctica va poco a poco imponiendo un sistema.

El repertorio epigráfico disponible es muy escaso y bastante uniforme, pero variado en cuanto a la lengua de las inscripciones, pues hay latinas, etruscas y griegas. Estas últimas son muy escasas y denuncian la presencia

de elementos griegos en el Lacio, como la que se encuentra sobre una olpe corintia, del último tercio del siglo VII, hallada en la tumba 125 del Esquilino, en Roma. Un caso muy singular es el de esa otra inscripción, ya mencionada, incisa sobre un vaso de impasto de producción local depositado en la tumba 482 de Osteria dell'Osa, en Gabii (figura 1.2), en una fecha aproximada hacia el año 770 a. C. El hecho no deja de ser sorprendente, pues si la cronología propuesta es la correcta, y todo parece indicar que así es, esta inscripción sería contemporánea a los primeros testimonios escritos griegos y anterior a los grafitos más antiguos conocidos en Ischia, en la Italia griega. La lectura más probable es ευλιν, pero su significado sigue siendo muy enigmático, e incluso se duda sobre la lengua en que está redactado el epígrafe. Una interpretación muy sugestiva, aunque por completo hipotética, la pone en relación con el hilado, una actividad propia del universo femenino latino, donde en época más reciente la matrona es cualificada como *lanifica* (en este caso se ha sustituido la lana por el lino), lo que por otra parte estaría en consonancia con el hecho de que la tumba pertenecía a una mujer.

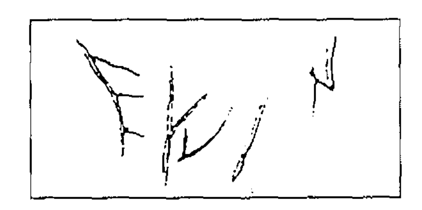


Figura 1.2. Inscripción sobre vaso de la tumba 482 de Osteria dell'Osa. Gabii.

Las inscripciones etruscas son más abundantes y remarcan la idea, conocida por otros datos, de la existencia de una comunidad cultural etrusco-latina. Unas señalan a etruscos asentados en diferentes ciudades del Lacio, bien en una posición social destacada, o por el contrario pertenecientes a esas clases "medias" atraídas por el desarrollo económico que vivía la región. En el primer caso se encuentra el personaje reflejado en el epígrafe *vetusia* de Praeneste, ya mencionado, que si verdaderamente es etrusco, como parece probable, hace referencia a un rico individuo llamado Vetus. Los segundos son detectados por inscripciones sobre soportes más comunes, algunas llegadas a nosotros en estado fragmentario, otras –las menos– enteras, como el caso de *ni araziia laraniia*, inscrita sobre una copa hallada en la ladera del Capitolio romano. Otras inscripciones denuncian la presencia de etruscos con una función comercial, como el ceretano Laris Velkhaina, quien realizó una ofrenda en el santuario de Mater Matuta en Satricum. En el templo de la

misma divinidad pero en Roma, en el área sacra de Sant'Omobono, en el Foro Boario, también se comprueba la presencia epigráfica de etruscos, como un *uqnus[...]* que vivió a finales del siglo VII. Pero el ejemplar más importante es sin duda una plaquita de marfil con un león grabado en una de sus caras, mientras que sobre la otra, lisa, corre la inscripción *araz silqetenas spurianas*. Se trata de una *tessera hospitalis*, un documento de finalidad mercantil que involucraba a dos individuos, siendo uno de ellos probablemente miembro de la poderosa familia etrusca de los Spuriana o Spurina, propietaria de la tumba de los Toros en Tarquinia.

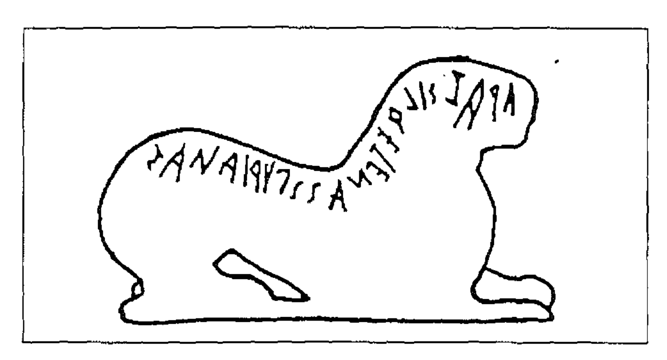


Figura 1.3. Inscripción etrusca sobre león de marfil. Roma, San't Omobono.

Un caso muy interesante, descubierto en fecha reciente, lo representa una inscripción etrusca sobre un ánfora de bucchero depositada en una rica tumba de cámara, fechada en el siglo VI a. C. y situada en la necrópolis de Lavinium. El texto especifica que se trata de un regalo entregado al noble lavinate por Mamarce Apunie, nombre que ya era conocido como el del autor de una ofrenda en el santuario del Portonaccio en la ciudad etrusca de Veyes. Este documento refleja los vínculos que existían entre miembros de las aristocracias latina y etrusca, cuya amistad se cimentaba en los obsequios que se realizaban entre sí, relación imprescindible para comprender la movilidad social entre ambas regiones característica de las épocas orientalizante y arcaica, fenómeno al que habrá ocasión de referirse en capítulos sucesivos.

Las inscripciones etruscas encontradas en Roma presentan algunas peculiaridades lingüísticas y epigráficas, que han llevado a G. Colonna a pensar en la existencia de un dialecto etrusco hablado en Roma. Quizá la hipótesis sea un poco frágil, pues con los escasos datos disponibles es difícil llegar tan lejos. Pero en todo caso, estos hechos denotan la presencia de etruscófonos en Roma, que se han ido asentando a lo largo del período orientalizante y que por el tiempo transcurrido han adquirido algunos hábitos lingüísticos

nuevos. Las relaciones entre ambos mundos, el etrusco y el latino, eran pues muy intensas, impresión que se refuerza, siempre en el ámbito epigráfico, si tenemos en cuenta el argumento inverso, es decir, la presencia de latinos integrados en ambiente etrusco. A finales del siglo VII fue enterrado en la tumba 17 de la necrópolis de Picazzano, en Veyes, un individuo llamado Tite Latine, personaje que había transformado en *nomen* su propio étnico. Por las mismas fechas se documenta en Caere a un tal Phapena, forma etrusquizada del gentilicio latino *Fabius,* una de las *gentes* patricias más importantes de Roma. Años atrás, en el primer cuarto de ese mismo siglo VII, una mujer de origen latino llamada Hustilei (=Hostilia) aparece en Vulci, donde probablemente acude para contraer matrimonio con un noble etrusco.

Como es natural, el mayor número de las inscripciones conocidas está redactado en lengua latina. Predominan las instrumentales, situadas sobre pequeños objetos transportables, respecto a las monumentales, muy escasas. En su mayoría se trata de pequeños fragmentos, que en el mejor de los casos sólo proporcionan información onomástica, dándonos a conocer a individuos como Kanaios en Ardea, Karkavaios en Laurentina o Ououios en Roma, nombre este último de origen itálico. Otro pequeño testimonio, pero de gran valor documental, es el grafito con la palabra *rex* que se lee en el fondo de un vaso encontrado en la Regia de Roma, referencia directa a uno de los últimos monarcas romanos, muy probablemente Tarquinio el Soberbio.

Dentro del ámbito privado, algunas inscripciones tienen un desarrollo más amplio y ofrecen indicios sobre el estilo de vida y la ideología de la clase aristocrática. En primer lugar, la fíbula de oro de Praeneste, cuya autenticidad sigue sin embargo suscitando algunas dudas. Es la primera manifestación conocida de la lengua latina y dice lo siguiente: *manios med vhevhaked numasioi.* Se trata de una inscripción de donación, parlante, en la que habla el objeto y dice que fue dado por Manios –que no es el nombre del artesano– a Numasios. Estos dos personajes son nobles, que intercambian regalos para reafirmar su amistad, según un mecanismo no muy diferente al que practicaban los héroes homéricos. El mundo etrusco contemporáneo ofrece bastantes ejemplos epigráficos de este uso, que como en el presente caso, suele utilizar objetos de prestigio al limitar su utilización al círculo de las clases superiores. Probablemente pertenecientes también al ámbito de la donación son dos inscripciones sobre vaso en las que las protagonistas son mujeres. Una es conocida por el nombre de la propietaria del objeto, Tita Vendia, inscripción tenida por algunos como falisca, y la segunda fue hallada en la tumba 115 de Osteria dell'Osa. Ambas están sobre el mismo tipo de vaso, una olla de impasto rojo de producción lacial; se fechan hacia la misma época, el orientalizante reciente, y tratan sobre el mismo asunto, donación de carácter nupcial en relación con prácticas conviviales. Estas dos inscripciones hacen pues referencia a un aspecto fundamental del estilo de vida aristocrá-

tico, el banquete, actividad a la que la mujer no parece ser extraña, como sucedía en Etruria pero no así en Grecia. Un último documento a tener en cuenta es el famoso vaso de Duenos (figura 1.4), compuesto por tres pequeños recipientes unidos entre sí y con una inscripción relativamente larga que corre por la pared exterior. El vaso procede de un depósito votivo hallado en el Villino Hüffer, en el Quirinal romano, y se fecha en la primera mitad del siglo VI. La inscripción ha sido objeto de diversas traducciones y comentarios, pero posiblemente haya que interpretarla en un sentido nupcial, reflejando la promesa de matrimonio de aquel que hace obsequio del vaso hacia quien lo recibe, cuyos nombres sin embargo no figuran en el texto. Se trata de un objeto destinado a circular entre los nobles, cuya cualificación como grupo aparece en el término *duenos,* interpretado como forma arcaica de *bonus* y expresión por tanto de la superioridad social de la aristocracia.

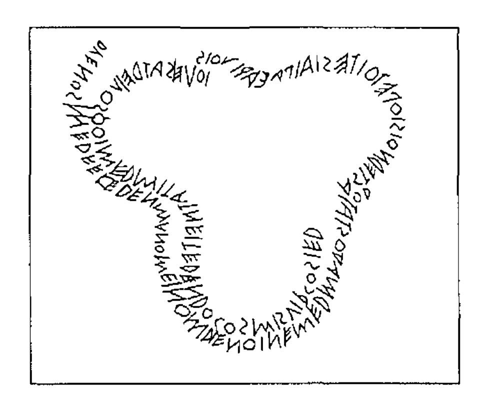


Figura 1.4. Inscripción latina sobre el vaso de Duenos. Roma, Villino Hüffer.

Si ahora consideramos los ejemplos pertenecientes al ámbito público, su número se reduce notablemente. En primer lugar está el cipo del Foro, hallado bajo el *lapis niger* en el Comicio romano. Se fecha a mediados del siglo VI y la inscripción grabada en sus caras, muy fragmentaria, contiene una *lex sacra,* en cuyos términos se aludía a la acción del rey y de otras instancias públicas. Fuera de Roma, hay que recordar una base de una estatua procedente de Tivoli, la antigua Tibur, de finales del siglo VI, que porta una inscripción que se refiere a la donación hecha por un tal Kavios a una divinidad desconocida. Se duda si la lengua es sabina o latina (esta última con mayor probabilidad), pero sí presenta relaciones paleográficas y lingüísticas con ambientes itálicos, redundando en la impresión que se obtiene por otros datos

sobre la influencia y presencia de elementos itálicos en el área tiburtina. También referida a tema religioso es la inscripción contenida en una lámina de bronce (figura 1.5), de la segunda mitad del siglo VI, encontrada en el santuario de los trece altares de Lavinium. Se trata de una dedicatoria a los Dióscuros griegos, Cástor y Pólux, cuyo culto, que pocos años después se introducirá en Roma, llega a ambientes etruscos y latinos desde la colonia griega de Tarento. Constituye por tanto un claro ejemplo del grado de helenización que habían alcanzado algunas comunidades latinas. Por último, existe un documento histórico de enorme importancia conocido con el nombre de *lapis Satricanus.* Se trata de una inscripción, de finales del siglo VI, situada sobre un bloque de piedra reutilizado en una fase posterior del templo de Mater Matuta, en la ciudad latina de Satricum. El texto hace mención a una dedicatoria a Marte realizada por los compañeros, *suodales,* de un tal Publio Valerio. Por la cronología de la inscripción, inmediatamente surge la tentación de identificar a este personaje con P. Valerio Publícola, uno de los protagonistas tradicionales de la incipiente República romana. Pero en todo caso, el documento viene a mostrar la existencia de formaciones militares privadas, así como ciertas tendencias centrífugas de la aristocracia respecto a la ciudad.

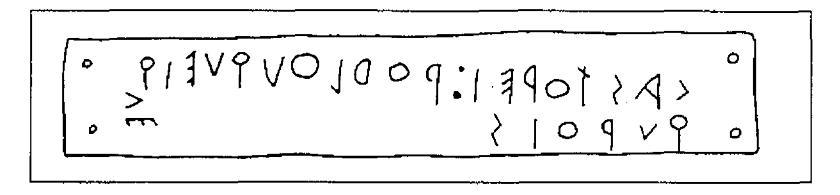


Figura 1.5. Inscripción latina sobre lámina de bronce. Lavinium.

1.3. Cuestiones de método

Teniendo en cuenta las condiciones que envuelven a las fuentes literarias, la arqueología se presenta en principio como el instrumento más adecuado para comprender e interpretar el problema de los orígenes de Roma. Los nuevos datos que se incorporan por esta vía crecen continuamente, las posibilidades de interpretación son cada vez más seguras porque mejores son las técnicas de hallazgo y recuperación de los materiales, así como los planteamientos metodológicos con los que el especialista encara su estudio. En definitiva, a nadie se le escapa que la arqueología constituye en la actualidad una guía necesaria e imprescindible, sin la cual difícilmente podría asegurarse el camino de la investigación histórica.

Pero aun reconociendo sus enormes ventajas, no conviene olvidar que la arqueología no es una panacea. En lo que se refiere a la época que tratamos, la documentación arqueológica tiene también sus problemas y algunos tan difíciles como los que suscita la tradición literaria. En un trabajo aparecido en 1960, M. Pallottino escribía, en referencia a los conocimientos sobre la protohistoria italiana, que "no parecerá exagerado afirmar que lo que ignoramos es la regla y lo que conocemos es la excepción", por lo que "todo intento de sistematización y de reconstrucción debería tener en cuenta esta realidad negativa como un dato concreto". Muchas cosas han sucedido desde entonces, numerosas las novedades y un enriquecimiento muy considerable del patrimonio arqueológico. Pero en lo sustancial, tales palabras siguen teniendo validez en la actualidad, y no en vano el propio Pallottino, en su última gran contribución científica al problema de los orígenes de Roma, se reafirma en la misma idea advirtiendo contra posibles excesos de las recientes tendencias arqueológicas en su interpretación de los hechos históricos. En efecto, por mucho que se incremente en cantidad y en calidad, la documentación arqueológica tiene sus propios límites, que no son otros que la parcialidad en los conocimientos que transmite, por lo que nunca podrá por sí sola satisfacer las necesidades de información histórica. Sin el apoyo de otro tipo de fuentes, la arqueología puede convertirse en maestra de errores y de ahí la necesidad de utilizarla al unísono con otros documentos.

Así las cosas, nuestra mirada ha de dirigirse por fuerza hacia las fuentes literarias, cuyo valor suscita, como sabemos, posturas muy diferentes. Ciertamente extraña que un historiador como M. I. Finley, tan exacto en sus apreciaciones y medido en sus juicios, adopte una postura tan sumamente crítica hacia el relato que los antiguos nos dejaron acerca de la Roma primitiva, hasta el punto que parece renunciar al estudio de esta época: "Por ello no es sorprendente que los mejores tratados modernos pasen rápidamente de la cuestión de los orígenes de Roma al ámbito [...], de la historia intelectual e ideológica de la República romana", afirma en un trabajo sobre el historiador de la antigüedad y sus fuentes. Tal postura está determinada por la ausencia de fuentes literarias directas, a lo que otros historiadores próximos a esta actitud, como J. Poucet, añaden la carencia de un método crítico frente a la tradición. Los antiguos y la mayor parte de los modernos actúan, pues, movidos por similar preocupación, el vacío que inevitablemente se presenta si el pasado no se llena con hechos, auténticos o no. Sin embargo, surge la duda sobre dónde se encuentra verdaderamente este temor al vacío, si en la posición hipercrítica o en la contraria. Estos autores aducen numerosos ejemplos en los que la versión de los antiguos resulta muy poco –por no decir nada– fiable, y no se les puede reprochar; pero no es menos cierto que también es posible oponer otros tantos casos en los que la historicidad del relato tradicional está avalada. Si hemos de juzgar el todo por la parte, nunca existirá la

posibilidad de establecer puntos de acuerdo. Por ello la constante dialéctica entre seguidores y detractores de la tradición, como anteriormente veíamos, puede y debe ser superada.

Desde sus respectivas posiciones de estudio y análisis, autores tan distintos en formación y objetivos como A. Momigliano, M. Pallottino, J. Heurgon, F. Coarelli o T. J. Cornell reclaman la validez de las fuentes literarias para nuestro conocimiento sobre la Roma primitiva y arcaica. Naturalmente no se trata de aceptar la tradición en bloque, pero tampoco se ven razones suficientes para rechazarla en su totalidad. En la medida de lo posible, es por tanto necesario eliminar todos aquellos elementos fantásticos, falsos o simplemente anacrónicos que con el paso del tiempo se han ido acumulando sobre unos recuerdos cada vez más lejanos. En algunos ámbitos, como la religión y la topografía de los cultos, la memoria colectiva es más conservadora y en consecuencia se puede evocar el pasado con mayor facilidad; en otros, por el contrario, como es el caso de la narración de los hechos, la "histoire événementielle", las posibilidades de falsificación se incrementan notablemente, lo que obliga a agudizar la atención y profundizar en la crítica.

Podemos entonces finalizar este capítulo retornando a la frase con la que comienza. En palabras de A. Momigliano, "donde hay una tradición literaria, ésta se convierte en una guía más segura para una civilización del pasado que no sólo la arqueología; pero obviamente la arqueología puede servir como excelente medio de control de una tradición literaria". Siempre la cautela y la conciencia de que la documentación disponible nos impone unos límites muy difíciles de sobrepasar deben ser las premisas fundamentales que guíen todo intento de interpretación y reconstrucción histórica de los orígenes de Roma. Hay que admitir que nos situamos sobre unos conocimientos móviles que avanzan, pero despacio y a ritmo incierto, de forma que lo que hoy se tiene por seguro mañana puede ser desechado a la luz de nuevos descubrimientos.

2.

El entorno físico

2.1. El Lacio

Como ya sabemos, Roma se incluía en los tiempos antiguos en el concepto étnico y cultural latino, que tenía en la región del Lacio su entorno geográfico natural. Sin embargo, lo que en la actualidad se entiende por Lacio no se corresponde con el significado geográfico que este término tenía en la antigüedad, pues entonces ni la Etruria meridional ni la Sabina estaban comprendidos dentro de sus límites. Los antiguos denominaban *Latium* a la región que se extendía al sur del bajo curso del Tíber, encerrada por el mar en el oeste y las estribaciones de los Apeninos en el este. Hacia el sur, en dirección a Campania, el límite del territorio latino se presenta más difuminado, pues no existe un accidente natural que señale con claridad la idea de separación. Por este motivo, con el paso del tiempo la definición territorial del Lacio se fue ampliando en sentido meridional, estableciéndose una distinción entre *Latium vetus* o *antiquum* y *Latium adiectum* o *novum*. Según el naturalista Plinio *(Nat. Hist.,* 3.56), el primero llegaba hasta el promontorio Circeo, mientras que el segundo abrazaba la línea costera hasta la desembocadura del Garigliano, es decir, los territorios conquistados por Roma a volscos, hérnicos y auruncos. El que interesa a la época que tratamos aquí es naturalmente el *Latium vetus*.

2.1.1. Morfología de la región latina

Puede decirse que la morfología del Lacio, tal como la contemplamos en la actualidad, es reciente, pues su formación tuvo lugar sobre todo durante

el período cuaternario. Entonces se produjo la emersión de vastas extensiones sumergidas en las etapas anteriores, cuando la línea de costa llegaba casi hasta el Apenino, aunque sin duda el fenómeno más destacado fue el vulcanismo. La actividad volcánica en el Lacio tenía su epicentro en los montes Albanos, cuyo comportamiento sigue la misma pauta que afectó a toda la fachada tirrénica de la Península Itálica. A las manifestaciones volcánicas de los montes Sabatini, en la Etruria histórica, cuyos aportes afectaron a la derecha del curso del Tíber y a las primeras franjas de la izquierda, se añaden las de los montes Albanos, cuyas erupciones crearon nuevas colinas y cubrieron de cenizas amplísimas extensiones, cambiando por completo la configuración morfológica del Lacio. Las explosiones de los volcanes proyectaron a su alrededor, en ocasiones a grandes distancias, enormes cantidades de cenizas que luego se solidificaron, formando unas rocas llamadas "pozzolane" y tobas. Las primeras, menos consistentes, sufrieron la acción ejercida por los agentes de erosión, ofreciendo como resultado un paisaje dulce y ondulado, tal como se puede apreciar en la Campagna di Roma. Las tobas, por el contrario, dieron lugar a impresionantes riscos cuya configuración morfológica favoreció notablemente el asentamiento humano. El ejemplo quizá más representativo de este último paisaje no es otro que el formado por las colinas romanas.

En los albores de la edad histórica, a finales del segundo milenio, el aspecto de la región latina aparecía prácticamente como se presenta en los tiempos modernos. Existen sin embargo algunas diferencias, provocadas por la acción tanto de los agentes naturales como sobre todo del hombre. Así, el clima era ligeramente más frío y húmedo, a lo que contribuía una mayor abundancia de agua y sobre todo una vegetación extraordinariamente rica. Los bosques eran muy frondosos y se extendían por toda la región, descendiendo sin apenas interrupción desde las cimas de los montes hasta las áreas costeras. Prueba de ello son por un lado los restos toponímicos, numerosos incluso en el sitio de Roma, y por otro las noticias literarias, que mencionan esta riqueza boscosa no sólo en referencia a los tiempos primitivos, sino también a épocas recientes, cuando la intervención del hombre estaba modificando sensiblemente las condiciones naturales. Así, Teofrasto (*Hist. plant.*, 5.8.2) recuerda cómo los bosques latinos proporcionaban en el siglo IV la madera para la industria naval etrusca, lo que parece indicar que en la región vecina las formaciones boscosas comenzaban ya a escasear.

Otra diferencia notable entre el Lacio antiguo (figura 2.1) y el moderno es la línea de costa, que con el paso del tiempo ha sufrido importantes modificaciones. Durante la edad arcaica no era infrecuente la presencia de lagunas costeras, alimentadas por los ríos, en la actualidad inexistentes, y por el propio mar. Tales lagunas tenían gran utilidad para la navegación al ser empleados como fondeaderos, que en cierta medida suplían la carencia de puer-

tos naturales. De hecho tan sólo Antium, en el Lacio meridional, gozaba de un buen puerto, pero a pesar de ello no era la única ciudad volcada hacia el mar, pues las mencionadas lagunas servían también como punto de penetración de la influencia marítima hacia las ciudades del interior. La costa ha cambiado asimismo de forma notable en la desembocadura del Tíber, a lo que han contribuido y no en escasa medida las aportaciones aluviales del río. Estas modificaciones afectan a la visión que ahora se tiene de las estructuras portuarias antiguas, pues no sólo la localización del primitivo asentamiento de Ostia, sino también la del puerto construido en época imperial, nada tienen que ver con la situación actual de la costa.

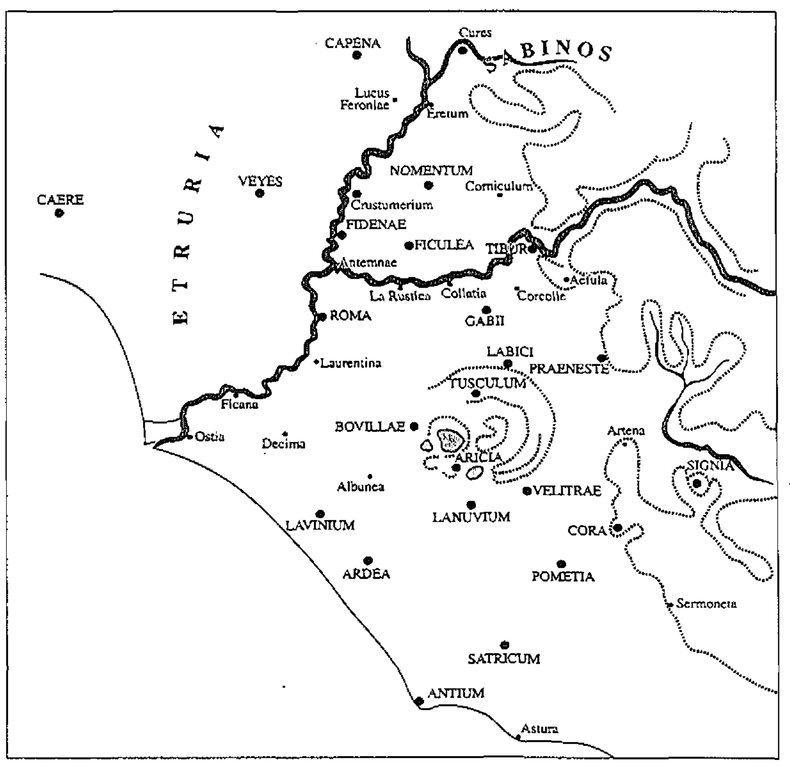


Figura 2.1. Mapa del Lacio arcaico.

La región latina está definida fundamentalmente por una vasta llanura, como parece indicarlo su nombre, si verdaderamente *Latium* está en relación con el adjetivo *latus*, según pensaban ya los antiguos. Esta llanura está

constituida por diversas unidades limitadas por macizos montañosos. En el área más meridional se encuentra el Agro Pontino, llanura costera que durante los tiempos más antiguos era en gran parte de carácter pantanoso; hacia el oeste, y separada del anterior por el macizo de los Lepini, se localiza la llamada "valle Latina", definida por el río Sacco. Una tercera unidad es la Campagna romana, que se extiende desde los montes Albanos y Tiburtini hacia el norte, atravesando incluso el río Tíber; se trata de una región formada por una espesa costra de roca volcánica, producto de las erupciones de los volcanes Sabatini y Albanos y atravesada por una densa red de pequeños cursos de agua, que con el tiempo han ido excavando unos fosos en las partes más blandas de la roca y fabricando un paisaje muy característico alterado por relieves de pequeño tamaño. En cuanto a las áreas de montaña, hacia el noreste se encuentran las estribaciones del Apenino, como antes se indicaba, en concreto los montes Palombara, Tiburtini y Prenestini, mientras que en el sur se alza la barrera de los montes Lepini, que separa el valle del río Sacco de la franja costera. El principal macizo montañoso de la región no se localiza sin embargo en área periférica, sino en el centro. Se trata de los montes Albanos, de altitud más modesta que los anteriores (sus cimas más elevadas no alcanzan los 1.000 m) pero de gran importancia en la formación geológica del Lacio, según acabamos de ver, y sobre todo en su evolución cultural. Este pequeño macizo está definido por un grupo de volcanes extintos, algunos de cuyos cráteres se convirtieron en lagos de los que todavía existen el Albano y el de Nemi.

El sistema hidrológico gira en torno a dos ejes principales, el del Tíber y el del Sacco, si bien tan sólo el primero tiene verdadera importancia en el contexto histórico-geográfico del *Latium vetus*. El Sacco, antiguo Trerus, tiene su nacimiento en los montes Prenestini, corre paralelo a la línea de costa, de la que le separan los montes Lepini, y se une al río Liri, el cual poco más adelante gira bruscamente hacia el oeste, en dirección al mar, cambiando su nombre en Garigliano. Este conjunto fluvial definido por el Sacco-Liri-Garigliano tiene gran importancia en el mapa de las comunicaciones de la Italia tirrénica, pues constituye un corredor natural que une el mundo etrusco-latino con Campania, como veremos inmediatamente.

El Tíber es sin duda el gran curso de agua del Lacio, si bien en ningún momento río y región pueden identificarse de la misma manera que el Nilo con Egipto. Se trata también del río más largo de la Península Itálica, con su nacimiento al pie del monte Fumaiolo, en las montañas que separan las actuales Umbria y Emilia. El Tíber tenía en la Italia prerromana un carácter fronterizo muy destacado, pues constituía el límite natural en el este y sur del territorio de los etruscos, a los que separaba primero de los umbros y más adelante de los sabinos y los latinos. Tras superar mediante un recorrido tortuoso los montes Sabini, el Tíber entra en el Lacio dando lugar a un valle rela-

tivamente amplio, que de nuevo se encajona entre las colinas romanas para abrirse a continuación en una extensa llanura formada por sus propios aluviones. El único afluente de importancia que tiene el Tíber en su trecho latino es el Aniene, que nace en los montes Sambruini, en el límite del actual Lacio con los Abruzzi, uniéndose con el Tíber en Antemnae, antigua localidad ya englobada en el entramado urbanístico de la Roma contemporánea.

De todos los aspectos referidos al Tíber, hay dos que tienen quizá mayor interés histórico: la navegabilidad y las inundaciones. El Tíber se rige por un régimen bastante irregular, como es característico de casi todos los ríos mediterráneos, con un máximo de aguas en febrero y un mínimo en agosto. Como el río recoge el agua de numerosos afluentes alimentados por las precipitaciones del Apenino, fácilmente alcanza un caudal muy superior al normal, de manera que en los meses de invierno puede desbordarse causando inundaciones. Este problema era ya sentido con grave inquietud por los antiguos, que con frecuencia dan noticia sobre desbordamientos que causaban grandes perjuicios económicos y situaciones calamitosas. Una preocupación constante del poder público era precisamente la realización de obras para contener las crecidas del río, que cuando rebasaban su cauce ocupaban amplias áreas de Roma, llegando a cubrir el Campo de Marte, el Foro y el valle del Circo Máximo. Esto propició la creación por el emperador Tiberio en el año 15 d. C. de la *cura alvei Tiberis et riparum,* oficina encargada del cuidado del lecho del río y de sus orillas.

El Tíber era navegable en numerosos trechos de su recorrido, pero cambiando el tipo de embarcación según el caudal. Algunos de sus afluentes, como el mencionado Aniene, también se prestaban a la navegación, aunque por embarcaciones de menor tamaño. En su sector latino, el Tíber gozaba de mejores condiciones para la navegabilidad, no sólo por la mayor cantidad de agua que llevaba, sino también por la ligerísima pendiente de su cauce. De todas formas, algunas noticias de los antiguos hacen referencia a las dificultades de navegación por el río, sobre todo para barcos de gran tamaño y en el trayecto entre Roma y el mar. Así, en el relato sobre la entrada de Cibeles en Roma en el año 205 a. C., cuenta Ovidio *(Fast.*, 4.299-300) cómo a causa de la sequía el barco que transportaba el betilo de la diosa fue atrapado por el lodo y terminó por encallar, siendo liberado prodigiosamente por Claudia Quinta. Por su parte Estrabón (5.3.5) hace referencia a las aportaciones aluviales del Tíber como impedimento a la navegación, y dice que los barcos que llegaban por mar debían trasladar la carga a otros mejor adaptados al río para llevarla hasta Roma, o bien aligerar el peso desprendiéndose de parte del cargamento. Pero en un sentido contrario, tenemos asimismo noticias que hablan sobre la gran capacidad del Tíber para la navegación, y así Plinio *(Nat.Hist.*, 36.70) llega a decir que las aguas del río romano no son menos profundas que las del Nilo, pues por ellas también se desplazó un barco que transportaba un obelisco.

De todas maneras, cuando nos referimos a la época primitiva, hay que tener en cuenta que las condiciones del río no eran las mismas, así como tampoco las características técnicas de los barcos, de manera que la navegación debía encontrar menos dificultades. Así Dionisio (3.44.2) dice que en tiempos del rey Anco Marcio, en la segunda mitad del siglo VII, llegaban a Roma barcos de cierta capacidad, lo cual no parece un anacronismo. Sin estar situada en la costa, Roma no dejaba de ser una ciudad marítima considerada como "cabeza de estuario", según la expresión de J. Le Gall. Pero si ahora nos centramos en el tráfico estrictamente fluvial, no podemos alejar la imagen del Tíber como una auténtica "autopista" por las facilidades que ofrecía para la comunicación con la Italia central. En este sentido, no sólo las fuentes literarias recuerdan con frecuencia la utilización del río como vía de tránsito, que en más de una ocasión salvó del hambre a Roma haciendo llegar el grano etrusco; también la arqueología muestra la proliferación de instalaciones portuarias en las ciudades surgidas a orillas del Tíber. Los cursos fluviales constituyen, pues, un lugar atractivo para el asentamiento humano.

2.1.2. Los recursos naturales

Frente a las otras dos regiones históricamente más señaladas de la fachada tirrénica de la península, Etruria y Campania, el Lacio no se vio favorecido por la naturaleza en cuanto a recursos naturales, pues excepto las salinas de la desembocadura del Tíber, no poseía minas –Etruria era uno de los paraísos metalíferos del Mediterráneo antiguo– y su suelo no gozaba de la fertilidad del campano o del etrusco. Por ello, no sería exagerado aplicar al Lacio la expresión que Heródoto dedica a Grecia, al decir que ésta "siempre se crió sin lujo y con pobreza" (7.102). Pero de la misma manera que sucede con los griegos, esta escasez de recursos naturales no sólo no fue un impedimento, sino que por el contrario sirvió de estímulo para intentar alcanzar un lugar preminente.

La actividad económica de los primitivos latinos se encaminó hacia la explotación del suelo mediante prácticas agrícolas y ganaderas. Las principales formaciones edafológicas están constituidas por unas tierras rojas de origen calcáreo, suelos pobres que en época antigua eran destinados fundamentalmente a cultivos cerealistas, de bajo rendimiento y que exigen períodos de descanso mediante el barbecho. Este tipo de suelo aparece sobre todo en la franja costera y en la región situada inmediatamente al interior, así como en otras zonas donde se ha formado por degradación del bosque. En la Campagna Romana prevalece la costra constituida por el "cappellaccio", recubierta por una débil capa de humus de difícil cultivo, por lo que se prestaba con mayor facilidad a actividades de pastoreo. Los suelos más fértiles son aquellos de origen volcánico, producto de la descomposición de tobas poco

consistentes, aptos tanto para cultivos arbustivos (viñedo) como cerealistas y de leguminosas. Estas formaciones se encuentran sobre todo el área de los montes Albanos y en algunas zonas de llanura, donde se han acumulado por arrastre.

En la época arcaica las condiciones naturales del suelo eran menos desfavorables, en cuanto que la acción negativa del hombre todavía no se había hecho sentir con fuerza. De todas maneras, la situación tampoco era muy halagüeña. En general no se daban condiciones apropiadas para cultivos de alto rendimiento, mientras que por el contrario había superficies relativamente amplias para el pastoreo. Además existían notables extensiones de bosque y de pantanos, especialmente en la región costera, que impedían una explotación adecuada con fines agrícolas. Por otra parte, los conocimientos técnicos no eran muy avanzados y tan sólo en el siglo VI puede suponerse una mejor disposición del suelo para el cultivo mediante la construcción de canales, especialmente en la Campagna Romana.

Th. Mommsen afirmaba que la vida de los primitivos latinos se basaba en una economía mixta, opinión que estudios recientes, como los de C. Ampolo, han confirmado en sus líneas maestras. En efecto, aunque los datos disponibles no son abundantes ni explícitos, contemplando la situación que existía en la vecina Etruria, donde las investigaciones reposan sobre mejores apoyos, se puede suponer con cierta seguridad que en la época más antigua debía predominar un sistema que comprendía el cultivo de cerales y de algunas leguminosas y al tiempo la práctica del pastoreo, sobre todo de ganado menor (ovino, caprino y porcino). Aunque no existe un acuerdo absoluto, es probable que el problema del agotamiento del campo se resolviese con el método más elemental, ésto es, abandonando la tierra después de recoger la cosecha, esperando a que con el descanso se recuperase; mientras tanto se ampliaría la tierra cultivable mediante la destrucción del bosque a través del fuego, obteniendo así un campo rico y nuevo. Estas prácticas suelen estar vinculadas a formas de propiedad colectiva, o en todo caso a sistemas de explotación que demandan la colaboración de varios grupos. Un sistema que ya debía ser utilizado en esta época primitiva, y que continuaría en siglos sucesivos, es lo que los antiguos denominaban *farrago,* esto es, el cultivo simultáneo en la misma tierra de diversos tipos de cereales e incluso de otras plantas. Así se pretendía asegurar un rendimiento mínimo, aunque fuese de baja calidad, y por ello constituye un claro reflejo de una economía de subsistencia, mediante la cual se pretende satisfacer exclusivamente las necesidades alimenticias.

El siglo VIII asiste a un cambio notable, que no es otro que los comienzos del paso del sistema mixto anterior al policultivo mediterráneo, en el que junto a los cereales y las leguminosas aparecen el olivo, la vid y diversos frutales, aunque no todo a la vez. Al mismo tiempo, se mejoran las técnicas de cul-

tivo con la práctica del barbecho y de la rotación bienal. Las nuevas especies, sobre todo la vid y el olivo, eran ya conocidas en estado silvestre e incluso se cultivaban, pero ahora experimentan un nuevo impulso a instancias de las conocimientos introducidos desde el exterior. Este cambio significa asimismo que la anterior economía de subsistencia es sustituida por otra más compleja, que implica unas nuevas relaciones sociales. Los productos de esta agricultura sirven para realzar las diferencias de clase y proporcionan a las elites un excedente económico que permite consolidar su poder.

El cultivo principal en el Lacio más antiguo era el cerealista. Los restos paleobotánicos muestran la presencia de diversos tipos de cereal, caracterizados todos por ser de cariópside vestida y por tanto de bajo rendimiento. Según Verrio Flaco (en Plinio, *Nat. Hist.*, 18.62), durante los primeros trescientos años de su historia los romanos sólo utilizaban el cereal llamado *far*. Se duda si este término se refiere al *triticum dicoccum* o al *triticum spelta*, pero como ambos poseen características muy similares no sería extraño que los antiguos confundiesen los dos tipos. Tanto el uno como el otro, al igual que la cebada, se documentan en las tumbas protohistóricas romanas como restos de comidas funerarias. Pese a su inferior calidad, estas variedades eran las que mejor se adaptaban a las condiciones del suelo, explicándose así el retraso de la agricultura latina frente a la de otras regiones de la Italia central, donde se cultivaban especies más productivas. En efecto, los agrónomos antiguos aconsejaban sembrar granos vestidos por su mejor adaptación a suelos húmedos y duros, mientras que para la cebada se preferían terrenos más secos, aunque como veíamos antes, debía sembrarse todo junto.

Los cereales vestidos ofrecen la peculiaridad de no poder ser trillados, pues el revestimiento está muy unido al grano. Por esta razón se hace necesaria la torrefacción, mediante la cual se eliminaba la cascarilla del grano y éste perdía la humedad, favoreciéndose así su conservación. Esta operación se realizaba varios meses después de la cosecha, durante la festividad denominada por esta razón *Fornacalia*, en el mes de febrero. A continuación el grano se molía y se fabricaba una harina que no era panificable, sino que con ella se preparaban unos platos semilíquidos, como el *puls*, una especie de papilla o de gachas muy celebrada por los romanos y que, al decir de Plinio (*Nat. Hist.*, 18.83), había sido durante mucho tiempo su alimento fundamental. Todas estas prácticas se conservaban en época histórica, ya que todavía las seguían utilizando las vestales para la preparación de ciertas comidas rituales.

En cuanto a las leguminosas, los restos paleobotánicos recuperados atestiguan una no escasa presencia de habas y guisantes. Estos vegetales formaban parte importante en la dieta alimenticia, pero eran asimismo utilizados en rituales religiosos arcaicos. Desde luego no se puede afirmar si, en referencia a la época que tratamos, se tenía conocimiento de la propiedad de las leguminosas para regenerar el suelo, algo que sí figura en los trata-

dos sobre agricultura redactados siglos después. Sin embargo, es probable, como antes se señalaba, que imperase un cultivo mixto de cereales y leguminosas, pues sus restos arqueológicos siempre aparecen asociados; además existía la costumbre de mezclar las respectivas harinas.

La vid era conocida en la Península Itálica en estado silvestre y su cultivo está documentado en Etruria al menos desde el siglo IX a. C. Sin embargo, es a partir del orientalizante, en el último tercio del siglo VIII, cuando su uso experimenta un notable auge. Las investigaciones arqueológicas en el Lacio sitúan en los comienzos del siglo VII los primeros indicios de la cultura relativa al vino, como son el hallazgo de pepitas de uva en algunas tumbas y de ánforas vinarias de origen fenicio o etrusco. A partir de estos datos, se supone que la viticultura fue introducida en el Lacio como consecuencia de la importación de vino extranjero, habiendo sido los fenicios o los etruscos aquellos que enseñaron a los latinos las nuevas técnicas aplicadas a la vid silvestre, ya conocida con anterioridad. El conocimiento del cultivo de la vid en una época relativamente reciente era incluso contemplado por los propios antiguos, quienes atribuyen a Rómulo libaciones de leche, no de vino, y concentran en la figura de Numa la legislación más antigua acerca del vino (Plutarco, *Num.*, 25.10; Plinio, *Nat. Hist.*, 14.88). Fijándose precisamente en estas tradiciones, M. Gras localiza en la época del rey Numa la transición de una práctica de recolección de la uva a una auténtica viticultura. Sea como fuere, lo cierto es que los suelos volcánicos del Lacio se prestaban al cultivo de la vid y esto debió favorecer su expansión, aunque se desconoce hasta qué punto. Se sabe que el consumo del vino se incrementó durante la época arcaica, a juzgar por el aumento de los vasos relacionados con esta bebida y las prácticas sociales que implicaba. Sin embargo, no es menos cierto que el vino era considerado un elemento "precioso", expresión clara de los gastos de prestigio que son característicos del *potlatch,* por lo que su utilización podía ser exclusiva de la clase aristocrática. Sirva como ejemplo de esta "preciosidad" del vino la leyenda etiológica sobre el origen de la fiesta de los *Vinalia,* según la cual a cambio de apoyar a Turno en la guerra contra Eneas, el rey Mecencio de Caere exigió toda la producción vinícola del Lacio, promesa que fue burlada por Eneas al dedicar tal producto a Júpiter. La difusión de la viticultura es reflejo de los cambios que se están produciendo en el régimen de propiedad de la tierra y del poder económico de la aristocracia en el ámbito agrícola.

Algo similar ocurre con el aceite, producto vinculado asimismo a los círculos de la nobleza. El olivo se conocía también en estado silvestre, pero las noticias más antiguas sobre su cultivo no se elevan más allá del siglo VII a. C. En un fragmento transmitido por Plinio *(Nat. Hist.,* 15.1), dice Fenestella que la olivicultura fue introducida en Italia durante el reinado de Tarquinio Prisco, esto es, en el paso del siglo VII al VI a. C., afirmación que parece exacta

en referencia al Lacio pero no así a Etruria, donde el olivo se cultivaba con anterioridad. Sin duda la olivicultura fue introducida desde ambientes griegos, como se observa perfectamente en la terminología tanto latina como etrusca. El aceite no se usaba para la alimentación (sí las aceitunas), sino principalmente para la elaboración de ungüentos y perfumes, indicio asimismo de su principal destinatario, la clase aristocrática. El hallazgo de lucernas indica que también se utilizaba para la iluminación.

La cría de ganado era una actividad de gran importancia en el Lacio primitivo, de donde surge la idea, muy extendida entre los autores modernos, de considerar a los antiguos latinos un pueblo fundamentalmente de pastores. Pero sin duda se trata de una exageración, como recientemente ha subrayado C. Ampolo, quien sitúa el pastoreo en el lugar que verdaderamente le corresponde, esto es, en una asociación estrecha con la agricultura, lo que implica una dependencia recíproca entre ambas actividades.

Los restos faunísticos recuperados proceden sobre todo de tumbas y de lugares de culto, por lo que son indicios de comidas funerarias y de sacrificios. En Roma, la mayor cantidad de huesos identificables corresponde al cerdo y a continuación vienen los de oveja y cabra; por el contrario, en la necrópolis gabina de Osteria dell'Osa predominan los últimos frente a los de cerdo, situación que se repite en la localidad falisca de Narce y en la sabina de Cures. El motivo de estas variaciones es algo que se escapa, contando además que los datos estadísticos son aún muy incompletos, pero probablemente sean consecuencia de las diferentes condiciones naturales. El territorio latino se prestaba a la cría del cerdo por los bosques de encinas que lo poblaban, a lo que se añade que en aquellas áreas más próximas a las montañas el ganado menor encontraba un ambiente natural muy propicio a sus necesidades de alimentición. Tanto los cerdos como las cabras y las ovejas constituían un complemento imprescindible en la dieta alimenticia humana, a la que aportaban grasas y proteínas a través de la carne y de los productos lácteos. Otro aprovechamiento nada despreciable se encuentra en la lana y en las pieles, de cuya utilidad existen testimonios en relación a la época arcaica. Valga a título de ejemplo la ciudad de Lanuvium, cuyo nombre deriva de su vocación lanera, o la mención de los curtidores entre los *collegia* profesionales creados, según la tradición, por Numa (Plutarco, *Num.*, 17.3).

Otra especie animal de señalada importancia en la ganadería latina es la bovina, cuyos restos sin embargo aparecen con bastante menos frecuencia que los anteriores. Esto se debe a que la ley prohibía consumir su carne con el fin de proteger a los bueyes que araban, y con ello a la agricultura cerealista, por lo que la muerte de este animal por mano del hombre era considerada delito de gran relevancia. En consecuencia, el hallazgo de huesos bovinos en contextos funerarios es muy raro, mientras que tampoco se encuentran con frecuencia en lugares de culto, ya que estos animales sólo eran víc-

timas sacrificiales en los rituales más señalados. Pero de su importancia hablan otros testimonios, como la toponimia. Así, la puerta Mugonia, uno de los primitivos accesos al Palatino, recibe este nombre por los mugidos de los bueyes que la atravesaban, dice Varrón *(L.L.*, 5.164); también existían mercados de bueyes, como el Foro Boario en Roma o la propia ciudad de Bovillae, en la región de los montes Albanos.

Un aspecto discutido sobre la ganadería en el Lacio arcaico hace referencia a la transhumancia. Tradicionalmente se ha defendido que ésta era una práctica muy asentada en la Italia central desde la edad del bronce, atribuyéndose incluso a la misma ciertos elementos característicos de la cultura apenínica durante el II milenio. No obstante, se carece de pruebas que demuestren desplazamientos de rebaños a larga o media distancia. En todo caso, es posible que el Lacio sirviera como lugar de destino de los ganados de las montañas sabinas, actuando como pastos de invierno cuando el Apenino se encontraba intransitable. Las condiciones naturales del Lacio permitían mantener una ganadería estable.

2.1.3. Vías de comunicación

Dada la escasez de sus recursos naturales, otros elementos tenían que intervenir para asegurar al Lacio y a Roma ciertas garantías de desarrollo. Y en efecto, éstas son proporcionadas por su situación geográfica, pues como señala R. Bloch el Lacio se presenta ante todo como una encrucijada de caminos, lo que en una Italia tan compartimentada constituía un precioso factor de progreso. El Lacio se encuentra flanqueado por las dos regiones de riqueza y nivel cultural más importantes de la Península Itálica, como eran Campania y Etruria, de forma que necesariamente se convierte en lugar obligado de paso y por tanto se sitúa en disposición de recibir múltiples influencias. Pero al mismo tiempo, por la región corre el río Tíber, el más importante de la península, y ofrece diversas posibilidades de comunicación hacia el interior, tanto por su carácter de vía fluvial como por los corredores que él y sus afluentes abren entre las montañas.

En sentido norte-sur, uniendo Etruria con Campania, existían dos rutas principales, activas desde la edad del bronce y que en época histórica darían lugar a las llamadas vía Apia y vía Latina. La primera corría más próxima a la costa, entre los montes Lepini y el mar, mientras que la segunda aprovechaba el valle del Sacco. El Tíber se cruzaba en tres puntos principales, a saber, Fidenae, Roma y Ficana, que recogían las rutas procedentes de Etruria. Por Fidenae pasaba la vía procedente de Veyes, que a continuación cruzaba el Aniene en Collatia y por Gabii se dirigía a Praeneste, donde enfilaba el alto curso del Sacco. Por su parte, Ficana servía a la ruta que procedía de Caere, que inmediatamente atravesaba Lavinium, Ardea y Satricum para entrar en la franja

costera. Roma era el paso intermedio, utilizado por las rutas procedentes tanto de Caere como de Veyes; a través de Gabii (vía Praenestina) o de Labici (vía Labicana) se llegaba a Praeneste, y por Lavinium o siguiendo el itinerario de la posterior vía Apia (Bovillae, Lanuvium, Pometia) se enlazaba con la ruta costera.

En sentido transversal a las anteriores, es decir, que comunicaban el interior con la región costera, existían diversas rutas, entre las que destacaba una muy por encima de las demás: la vía Salaria. Como ya reconocían los antiguos (Festo, 327L), la Salaria recibía su nombre por la sal, que recogida en la desembocadura del Tíber era transportada hacia las regiones montañosas del interior siguiendo un camino que corría paralelo al río por su orilla izquierda. Sin embargo, el nombre de Salaria se aplicaba verdaderamente tan sólo al tramo que iba desde Roma hasta la región sabina, lo que viene a mostrar el importante papel de esta ciudad en el tráfico de la sal. Este producto llegaba a Roma desde las salinas bien a través del río y sobre todo utilizando el camino que iba por su orilla izquierda, que posteriormente dará lugar a la vía Ostiense, y no tanto por la orilla derecha, la vía Campana, como hasta hace poco se creía.

Otra importante ruta que se adentraba en los montes Apeninos era aquella que seguía el curso del río Aniene, camino que en época histórica daría lugar a la vía Valeria. Esta ruta penetraba en el Lacio a través de Tibur, desde donde se podía continuar hacia el mar siguiendo diversas opciones. Dentro del propio territorio latino existían dos rutas principales que unían la costa con el interior y que corrían respectivamente a ambos lados del macizo Albano. La más septentrional estaba jalonada por las ciudades de Labici, Tusculum y Bovillae, desde donde podía alcanzar la costa por Lavinium o Ardea. Por su parte, la meridional pasaba por Praeneste, Velitrae y Satricum para alcanzar por último el puerto de Antium. Naturalmente entre todas estas rutas existían múltiples conexiones, lo que proporcionaba al Lacio ya en época primitiva una red vial bastante densa.

2.2. Topografía de Roma

El lugar donde surgió Roma está definido por un conjunto de colinas de mediana altura, situadas en la orilla izquierda del Tíber a unos 30 km de su desembocadura. Las excelencias de esta situación ya eran cantadas por los antiguos, que veían en ella una de las causas de la grandeza de Roma. Cicerón (*Rep.*, 2.3.5-6; 5.10-6.11) y Livio (5.54.4) destacan las saludables condiciones del lugar, tanto por el clima como por su abundancia en fuentes, aunque sin duda lo más ventajoso era para ellos la situación junto al Tíber, que permite rápidas comunicaciones, y su relación con el mar, del que se encuen-

tra a una distancia óptima: lo suficiente cerca para recibir los productos necesarios a través del comercio, pero al tiempo lo bastante alejada para evitar toda contaminación moral propia de los puertos marítimos, según ideas de clara inspiración platónica. Todos estos principios acerca del emplazamiento de la ciudad reflejan una influencia de las teorías desarrolladas en ambientes helenísticos sobre el urbanismo ideal, como bien puede observarse leyendo a Vitruvio (1.4-5), y fueron utilizados por los téoricos latinos como explicación de la grandeza de Roma y para alabar el providencialismo divino en la elección del sitio.

Pero a pesar de todo no puede dejar de reconocerse que el lugar ofrecía ventajas muy positivas para el asentamiento humano: sistema de colinas que converge sobre el Tíber, en un lugar donde el río puede ser cruzado con relativa facilidad y accesible a la navegación marítima. Además todos estos factores coinciden en un área de excepcional significación en el mapa de Italia. Por su situación, Roma puede ser tenida como ciudad fronteriza, pues la orilla derecha del río pertenecía a Etruria. Si nos moviésemos en el ámbito de un Estado nacional, en este supuesto el latino, Roma ocuparía una posición marginal y por tanto difícilmente hubiera alcanzado la capitalidad. Sin embargo, éste no es el caso, ya que en la Península Itálica, al igual que en Grecia, predomina el Estado ciudadano, y desde este punto de vista Roma gozaba de mayores ventajas que los restantes centros del Lacio. Incluso la marginalidad geográfica se vuelve en su favor, pues tal situación le proporciona un estrecho contacto con el mundo etrusco que se revelará como un importante estímulo de desarrollo. Pero al mismo tiempo, la situación de Roma interpreta también su papel en las relaciones con el interior de la península, de forma que si destacada es la dirección paralela a la costa, no lo es menos la transversal, como lo prueba el comercio de la sal.

Desde el punto de vista topográfico, Roma se compone de unas colinas y los valles intermedios. Las primeras, según la sistematización tradicional, eran siete, a saber el Palatino, el Capitolio, el Quirinal, el Viminal, el Esquilino, el Celio y el Aventino. No se considerarán aquí el Pincio y el Janículo, situados uno al norte de la ciudad y otro en la orilla derecha del Tíber, incorporados a la ciudad en fechas más recientes. El paisaje que se observa en la actualidad no coincide naturalmente con el relieve originario, pues después de una ocupación continua por el hombre durante más de dos milenios, las condiciones originales se han alterado de manera muy sustancial. Los estudios modernos sobre la topografía romana avanzan a un ritmo muy lento, pues resulta enormemente laborioso tratar de reconstruir el paisaje primitivo. Sin embargo, este aspecto es de gran importancia para comprender las características de los primeros asentamientos y en definitiva del proceso de formación de la ciudad, siendo además de extraordinaria utilidad para una mejor interpretación de los datos arqueológicos. La visión hasta hace poco

dominante sobre el paisaje originario de Roma está cambiando, pues recientemente se han retomado con gran fuerza las investigaciones sobre el particular, dotadas ahora de mejores medios técnicos y más enfocadas a una utilización arqueológica. La exposición que sigue es pues provisional y en parte basada todavía en datos anticuados, si bien puede ser de utilidad para proporcionar una idea general sobre la topografía romana (figura 2.2).

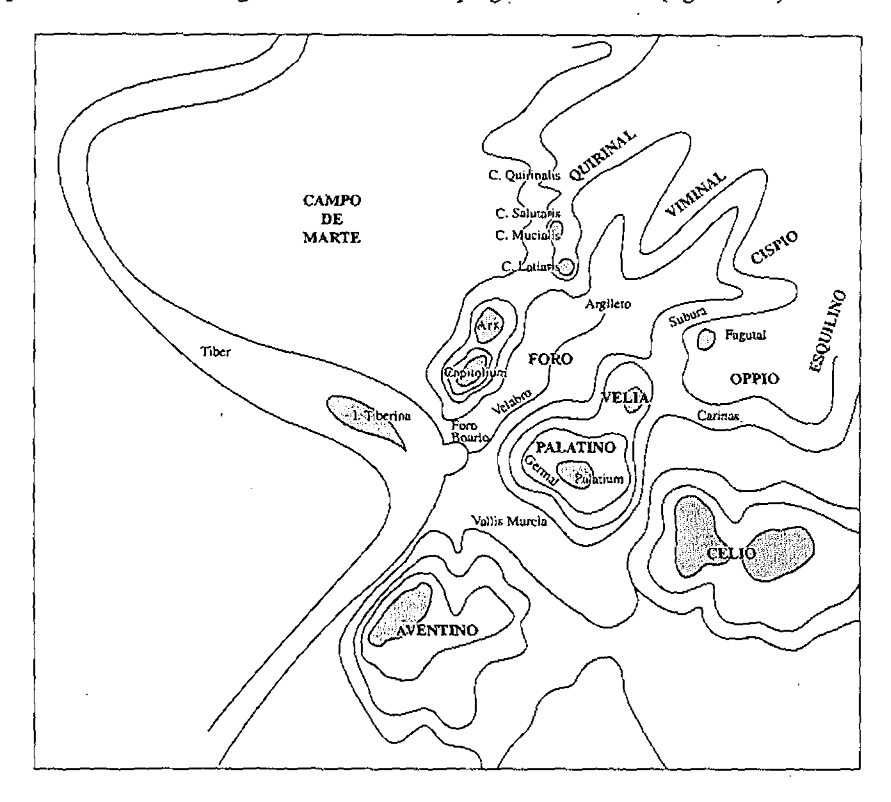


Figura 2.2. Plano topográfico de Roma.

El Palatino ocupa una posición central en el conjunto de los montes romanos. Presenta un aspecto cuadrado y macizo, con una forma característica de gran dado y con las caras bastante escarpadas. La discusión sobre si contenía una o dos cumbres se ha resuelto finalmente a favor de la primera propuesta. El punto culminante, llamado Palatium –nombre del cual deriva el de toda la colina *(mons Palatinus)*–, estaba situado en el atrio de la *domus Augustana* (45 m) y a su alrededor se extendía una amplia superficie muy apro-

piada para el asentamiento humano. Dentro del Palatino se identificaba un área llamada Germal, una plataforma situada en el sector suroccidental y en la ladera que por ese lado cae hacia el Velabro. Allí se localizaban elementos topográficos relacionados con la historia más antigua de Roma, como el *tugurium Romuli*, o cabaña que se creía que había pertenecido a Rómulo, y las *scalae Caci*, un acceso al Palatino en forma de escalera que llegaba hasta el lugar donde supuestamente había habitado Caco, una figura legendaria de época muy anterior a la fundación. El acceso natural a la colina se situaba en la esquina noreste, donde se encontraba la puerta Mugonia, a la que se llegaba por un camino en pendiente que nacía en el área donde se encuentra el arco de Tito. Además de ésta, la tradición recuerda también la puerta *Romana* o *Romanula*, que permitía la entrada desde el valle del Foro.

A través de la Velia, el Palatino se unía a la meseta del Esquilino. La Velia se ha visto muy transformada en su morfología originaria, pues ya las obras realizadas en época imperial romana modificaron notablemente su aspecto, hecho que se acentuó con la apertura de la moderna vía dell'Impero a comienzos de los años treinta en el presente siglo. Según parece, el vínculo entre el Palatino y la Velia no era continuo, pues recientemente se ha podido averiguar que en origen existía entre ambos montes una depresión más profunda de lo que en principio se creía, lo cual reafirma aún más el aislamiento del Palatino. Algunos autores modernos consideran a la Velia más vinculada al Esquilino, pero cuando el rey Servio Tulio dividió la ciudad en *regiones*, Palatino y Velia formaron un mismo distrito. Originariamente la Velia tendría una altitud máxima en torno a los 40 m y una superficie muy escasa, con pendientes más suaves en dirección al Palatino y al Esquilino y más rápidas en los otros lados.

El Esquilino, que limitaba la ciudad por el este, era una especie de meseta que se proyectaba hacia el valle del Foro a través de dos lenguas, el Cispio y el Oppio, separadas por el *clivus Suburanus*. Su nombre, *Esquilinus mons* o *Esquiliae*, se explica por lo general a partir de *excoluere*, por lo que significaría "fuera del asentamiento", dando a entender que se trata de un área situada en el exterior de la ciudad primitiva, que no sería otra que la del Palatino. Pero sin duda es una etimología falsa, si bien en la actualidad es veladamente aceptada para reafirmar la cualidad del Palatino como núcleo originario del poblamiento romano. Sin embargo, el propio Varrón *(L.L.*, 5.49) se inclinaba por una derivación a partir de *aesculi*, a causa de las encinas que poblaban el lugar, opinión posiblemente más cercana a la realidad. La prolongación meridional del Esquilino era el Oppio, cuya cumbre principal, en Sette Sale, alcanzaba los 55 m. Pero su sector más interesante, y también más problemático, se localiza en el extremo occidental, donde el Oppio se volcaba hacia la Velia y el valle del Foro. Aquí se alzaba una cumbre menor (S. Pietro in Vincoli, 45 m), que probablemente haya que identificar con el Fagutal, y a sus faldas se extendía la Subura, otro topónimo de importancia

en el proceso de formación de la ciudad, como más adelante comprobaremos. En esta misma zona se encontraban también las *Carinae*, cuya localización exacta plantea ciertas dificultades. Las Carinas se identifican generalmente con el relieve que une el Oppio/Fagutal y la Velia, aunque quizá el topónimo se aplicaba a un área más extensa, que incluso podía ocupar, al menos en parte, las laderas meridional y occidental del Oppio. Este dato topográfico será de gran utilidad para comprender el proceso de formación de Roma.

En el recorrido alrededor del Foro, y sin apenas interrupción física, se encuentra el Viminal. Desde el punto de vista de la topografía histórica, sin embargo, el Viminal y su vecino el Quirinal se distancian de las anteriores colinas, pues forman un conjunto que recibe el nombre de *colles,* en vez de *montes,* como sucede con las restantes colinas romanas. No se trata simplemente de una diferencia terminológica, sino que probablemente conlleva implicaciones históricas, como veremos en su momento. La *collis Viminalis,* separada del Cispio por un pequeño valle, era una colina alargada, con un promontorio meridional que alcanzaba los 40 m de altitud. Poco se sabe de ella, salvo que su nombre parece proceder de *vimina,* nombre que hace alusión a los mimbres que crecían en el lugar.

Mayor importancia tiene el Quirinal, tanto topográfica como histórica, pues debió de interpretar un papel de cierta relevancia en los orígenes de Roma, aunque éste en gran medida se nos escapa. El Quirinal es quizá la colina romana cuya morfología más se ha modificado, pues a las intervenciones de época imperial se añaden otras más recientes y devastadoras durante el papado de Urbano VIII (siglo XVII) y por último en el siglo XIX, que en su conjunto han transformado la superficie de la colina en un plano ligeramente inclinado hacia el sur. La situación originaria era muy diferente a la actual. La colina tenía forma de "L" y sobre ella se alzaban cuatro cimas, caracterizadas también como *colles,* conocidas con los nombres de *Quirinalis, Salutaris, Mucialis* y *Latiaris;* más tarde el topónimo *Quirinalis* se extendería a toda la colina. De las cuatro cimas mencionadas, las tres primeras se encontraban en el lado occidental del Quirinal, sobre el Campo de Marte, mientras que sólo la Latiaris se asomaba directamente al valle del Foro.

A continuación del Quirinal, como su prolongación meridional, se encuentra el Capitolio, otra de las colinas más significativas de la antigua Roma. En origen el Capitolio estaba unido al Quirinal, pero exactamente no se sabe cómo, ya que el vínculo entre ambos fue destruido cuando Apolodoro de Damasco construyó los mercados de Trajano. Obras posteriores han convertido definitivamente al Capitolio en una colina aislada, tal como se aprecia en la actualidad. Su morfología originaria comprendía dos cumbres, la *Arx* (49 m) en el norte y el *Capitolium* (46 m) propiamente dicho en el sur; entre ambas había una pequeña depresión que recibía los nombres de *Asylum,* así llamado por el lugar de asilo que instituyó Rómulo cuando la funda-

ción de la ciudad, o *inter duos lucos,* en alusión al carácter boscoso de las dos cimas colindantes. Algunas partes de la colina tenían una roca poco consistente, lo que provocó que ya en época antigua se produjesen desmoronamientos de tierra hacia el valle del Foro. A pesar de ello, las laderas, y especialmente la occidental eran bastante abruptas, pues de hecho tan sólo en el lado del Foro se localizaba su único acceso natural, el *clivus Capitolinus.*

Todas las colinas vistas hasta el momento se vuelcan de una manera u otra hacia el valle del Foro, al que encierran en su interior. Pero sin relación alguna con el mismo existen otros dos relieves, que por ello mismo desempeñan una función menos señalada en la Roma de los orígenes. Se trata del Aventino y del Celio. De este último se tienen algunas noticias que lo incluyen en el proceso de formación de Roma, pero en un papel muy secundario. Según la tradición, el Celio recibió tal nombre por Celio Vibenna, un personaje etrusco que intervino en la Roma del siglo VI, pero su denominación originaria habría sido *Querquetulanus mons,* otro topónimo en referencia a los bosques. Situado al sur del Oppio y al este del Palatino, el Celio tenía una forma alargada y en su interior se distinguían varias alturas, una de las cuales, probablemente aquélla situada en la vertiente septentrional, era conocida con el nombre de *Caeliolus.*

Finalmente el Aventino apenas interviene en la historia más antigua de Roma, pero no por ello carece de interés, pues al estar situado en una zona periférica y junto al Tíber, su posición era funamental por motivos de seguridad, y de ahí que fuese incluido dentro del recinto amurallado levantado por Servio Tulio pero fuera del *pomerium.* Se trata de una colina de aspecto amazacotado, con pendientes muy rápidas en el sur y hacia el río, pero que hacia el este desciende con mayor suavidad, enlazando con otro relieve, de menor altura, conocido como Pequeño Aventino. Las fuentes literarias dan sobre el primitivo Aventino una imagen de colina muy boscosa y rica en pastos, deshabitada, aislada de los otros montes y de no fácil acceso, y en efecto parece que su ocupación definitiva no tuvo lugar antes de mediados del siglo V a. C.

Entre estos montículos se extendían unas depresiones atravesadas por pequeños cursos de agua tributarios del Tíber, que proporcionaban al lugar un carácter pantanoso. La principal de todas ellas era el valle del Foro, donde en época histórica se levantará el Foro Romano, centro de la vida ciudadana. Como acabamos de ver, este valle estaba rodeado por las principales colinas romanas (Palatino, Velia, Esquilino, Viminal, Quirinal y Capitolio) y su única salida era por el Velabro, entre el Palatino y el Capitolio, a través del cual se alcazaba el Foro Boario y el Tíber. El valle estaba atravesado por un curso de agua, llamado asimismo Velabro, que recogía las aguas procedentes de los montes situados alrededor. Como la pendiente era muy suave, las aguas discurrían con gran lentitud estancándose con facilidad; además, el

Foro estaba también expuesto a las inundaciones del Tíber, que en época de crecida invadía con sus aguas la mayor parte del valle. Por todo ello, el lugar era bastante inhóspito y las condiciones para el asentamiento humano resultaban difíciles, de forma que hasta que no se llevasen a cabo los trabajos oportunos de canalización y pavimentación, el valle no pudo ser ocupado en su totalidad y permanentemente. Con anterioridad a este hecho, los únicos puntos que reunían ciertas condiciones eran aquellos situados por encima de los 9-10 m, es decir, en los bordes de las laderas de los montes. Así, a los pies de la Arx, donde se destacaba un pequeño altozano, o en las faldas de la Velia.

El Velabro era la continuación natural de la depresión del valle del Foro, como se acaba de indicar, y dado el escaso desnivel existente, se formaba una especie de marisma que se mantuvo durante mucho tiempo después de la canalización, razón por la cual las primeras calles que se trazaron en la zona tenían que ir bordeando el pantano, a los pies de los respectivos montes *(vicus Iugarius* y *vicus Tuscus)*. El Velabro enlazaba en su sector meridional con la *vallis Murcia*, limitada por el Aventino y el Palatino y expuesta asimismo a las inundaciones, tanto por las crecidas del Tíber como por un curso de agua que la atravesaba en su totalidad y que tendía al empantanamiento. Este arroyo procedía de una cuenca ocupada en época histórica por el Coliseo, pero que en estos tiempos primitivos estaba formada por una laguna de cierto tamaño, entorpeciendo las comunicaciones directas entre el Celio y el conjunto Palatino-Velia.

A estas depresiones hay que añadir una llanura situada en la parte norte de la ciudad, el Campo de Marte, limitado por el Quirinal, el Capitolio y el Tíber. Era un lugar que ofrecía escasas condiciones de habitabilidad, completamente a merced de las crecidas del río. Además estaba atravesado por un pequeño curso de agua, el *Petronia amnis*, que nacía en las laderas del Quirinal, y albergaba una de las zonas pantanosas más extensas de Roma, la *palus Caprae*, posiblemente un antiguo meandro del Tíber y alimentado por arroyos procedentes de las colinas próximas.

Tal es a grandes rasgos la morfología originaria de Roma, un conjunto de relieves de pequeña altitud pero de aspecto escarpado, entre los cuales abundaban las aguas pantanosas; además por la toponimia se aprecia que los bosques debían cubrir gran parte de las colinas. Este sistema morfológico confiere a Roma un carácter bastante singular respecto a la topografía de los restantes centros latinos. En efecto, estos últimos –al igual que sucede en los asentamientos de la Etruria meridional– se sitúan sobre una única unidad geográfica, normalmente un altozano provisto de defensas naturales y, si es posible, con un solo acceso. Por el contrario, Roma presenta un relieve múltiple, de manera que cada una de las partes que lo componen constituye no sólo una unidad morfológica, sino que asimismo encierra posibilidades para

llegar a ser también una unidad histórica, siempre durante el proceso de formación de la ciudad. Pero además, el centro de gravedad de la ciudad no se sitúa en la colina principal, en continuidad con la tradición protohistórica, como ocurre en el resto del Lacio, sino que necesariamente ha de desplazarse hacia el área donde convergen todas las unidades anteriores, que renuncian a parte de su propia tradición en beneficio de un interés común. Por esta razón, Roma sólo puede definirse como ciudad cuando el valle del Foro se convierte verdaderamente en el centro del poblamiento, según veremos en su momento. La topografía será pues uno de los principales puntos de apoyo para acercarnos al problema de los orígenes de Roma.

3.

Los orígenes de Roma según los antiguos

A partir de las diversas influencias y componentes que van marcando la formación del relato analístico, se perfila una versión canónica sobre la historia más antigua de Roma, que como veíamos en un capítulo anterior es la que se puede leer en Livio y en Dionisio de Halicarnaso. Pero conviene distinguir dos partes bastante diferenciadas dentro del relato tradicional, dotada cada una de su propia personalidad. La primera agrupa lo que podemos denominar tradiciones legendarias, es decir, aquellas relativas al pasado mítico del Lacio en general y de Roma en particular, incluyendo las que tratan sobre la fundación de la ciudad. En este conjunto las variantes conocidas son muy numerosas, pues tiene lugar una fuerte implicación de la historiografía griega y en consecuencia la libertad de acción del historiador es prácticamente ilimitada, como se puede observar comparando los respectivos relatos de Livio y de Dionisio. Por el contrario, la segunda parte aparece más encorsetada. Es la tradición histórica acerca de los reyes de Roma, en la que existe una casi total dependencia hacia la historiografía analística, de forma que las posibilidades de innovación son muy reducidas. En la frontera entre ambas partes se sitúa la figura de Rómulo, el primer rey e iniciador de la historia de Roma *ab Vrbe condita*. Pero al mismo tiempo, Rómulo representa también el punto final del pasado mítico y es en sí mismo un personaje legendario, desprovisto de cualquier atisbo de historicidad. Por esta razón vamos a incluirlo en la primera parte, aunque tal actitud pueda suponer un quebranto de la tradición historiográfica antigua.

3.1. Las tradiciones legendarias

Para los antiguos era un hecho indiscutible que la historia de Roma se iniciaba con su fundación. Sin embargo, este acontecimiento no se cumplió sobre una región vacía y sin pasado, sino que Rómulo era un héroe indígena, con su propia ascendencia familiar e inmerso en un mundo ya organizado. Por tanto, los antiguos historiadores se veían en la necesidad de iniciar su relato con la descripción del pasado más antiguo del Lacio, una etapa que podemos considerar como una especie de "prehistoria" romana. Esta fase tiene una importancia nada despreciable, ya que asiste a un hecho fundamental como es la etnogénesis latina, es decir, la formación del pueblo latino, al cual pertenece Roma. Se trata de un proceso en el que participan diferentes pueblos e individuos, que de una u otra manera contribuyen a la definición étnica y cultural del Lacio, sumergido en un universo donde se desenvuelven los ascendientes de Rómulo, aquellos que garantizan la nobleza de su linaje. Esto tiene una lectura ideológica de gran trascendencia, pues viene a ser la carta de presentación de los romanos de cara al exterior. En otras palabras: sus orígenes y la estirpe de su fundador definen la esencia de Roma y la imagen que los otros pueblos se hacían de ella.

En esta visión del más lejano pasado de Roma, con sus implicaciones ideológicas y culturales, subyace una componente griega determinante. En un trabajo memorable, E. J. Bickerman demostró cómo los griegos consideraban la "arqueología" *(archaiología)* una ciencia, en virtud de la cual los relatos y figuras mitológicas se transformaban en acontecimientos y personajes históricos, creándose así una prehistoria científica sin parangón en todo el mundo antiguo. Pero como resalta Bickerman, siendo griegos tanto el material como el método, tal prehistoria se convierte en helenocéntica, de forma que el origen de un pueblo bárbaro necesariamente se integra en el sistema griego. Es una posición que no difiere mucho de la que adoptará posteriormente la historiografía judeo-cristiana y que se resume en un conocido principio: todos los pueblos descienden de Noé.

La integración de los bárbaros en este sistema se manifiesta a dos niveles, según afecte a una nación o a una ciudad. Respecto al primer caso, se daba por aceptado que todo pueblo –excepto los autóctonos– es producto de una migración guiada por un *archegétas* o conductor, quien suele convertirse en epónimo de dicho pueblo. En cuanto a la ciudad, su origen se vinculaba siempre a un héroe, quien mediante un acto consciente y voluntario procedía a su fundación. Por lo general el fundador daba nombre a la ciudad y a su muerte era objeto de culto. Nos encontramos en definitiva ante una repetición del mecanismo practicado en el establecimiento de las colonias griegas, por lo que el fundador no sólo lleva a cabo la creación física de la ciudad, sino que es también su primer legislador y en general ordenador del

sistema social y económico. Tanto en un caso como en otro, las posibilidades de variación son numerosas, pero siempre en torno a este núcleo principal y bajo un denominador común: el pueblo emigrante, su conductor o el fundador de la ciudad son de procedencia griega.

La respuesta de los pueblos afectados ante esta imposición griega no es uniforme. Es posible distinguir varias situaciones, aunque necesariamente no tienen por qué cumplirse todas ellas y siempre en el mismo orden. En primer lugar, la ignorancia: surgidas en ambiente griego, estas leyendas son desconocidas por los pueblos a los cuales se refieren. Se trata de tradiciones griegas destinadas a circular entre griegos y cuya invención se debe por lo general a fines propagandísticos para justificar determinadas actuaciones griegas respecto a tales pueblos. En un segundo momento tiene lugar la aceptación, es decir, los pueblos bárbaros admiten esta imposición cultural, puesto que un origen griego es sinónimo de nobleza. Por último se produce una adaptación, en el sentido de que se asume el principio en cuanto tal, pero no tanto el motivo concreto, de forma que personajes y situaciones indígenas sustituyen en lugares clave a los griegos.

Roma no constituye una excepción a este esquema general. Las noticias más antiguas sobre su origen conceden el protagonismo al héroe griego Eneas, sin que los romanos fuesen todavía conocedores de tan privilegiada ascendencia. En un segundo momento, este origen helénico fue aceptado por los romanos, que incluso lo asumieron en la ideología oficial. Pero al mismo tiempo desarrollaron una propia versión sobre el nacimiento de su ciudad, eligiendo como protagonista al héroe indígena Rómulo, que reviste la apariencia del fundador griego. Sin embargo, por razones políticas y culturales, a los romanos no les interesaba renunciar a sus orígenes griegos, por lo que sin ninguna dificultad aceptaron un vínculo entre Eneas y Rómulo, reservando al segundo el papel de fundador de Roma y al primero el de creador del pueblo latino y ascediente directo de Rómulo. Así, sin perder su identidad, Roma podía invocar siempre una lejana ascendencia helénica, aspecto muy importante en sus relaciones políticas con el mundo griego durante la época del imperialismo.

En el conjunto de las tradiciones legendarias relativas al Lacio, conviene distinguir tres capítulos, según se refiera a la etnogénesis, a los fundadores griegos o a los fundadores indígenas.

3.1.1. La etnogénesis latina

Los griegos imaginaban el origen de un pueblo de dos maneras principales, bien a través de una migración, existiendo al respecto modalidades diversas, bien mediante la autoctonía. Estas formas de etnogénesis fueron aceptadas entre los pueblos del Mediterráneo, los cuales, según las cir-

cunstancias del momento, se inclinaban por una u otra. Sin ser algo excepcional, los latinos definen sin embargo un caso un tanto singular, pues presentan su origen como una mezcla de los dos tipos anteriores: en otras palabras, el pueblo latino es el resultado de la fusión de dos elementos, uno indígena y otro extranjero. El primero estaba constituido por los aborígenes, a cuyo frente se encontraba el rey Latino, y el segundo por los troyanos, conducidos por Eneas. Este esquema aparece en los autores más antiguos llegados hasta nosotros, como los griegos Calias de Siracusa y Licofrón de Calcis, ambos de la primera mitad del siglo III a. C., aunque quizá no se observe todavía una preocupación etnogénica, sino que su interés se limitaba a destacar la presencia de un elemento originario troyano en la esencia de Roma. En todo caso, una afirmación rotunda sobre el origen de los latinos a partir de estas dos componentes, la aborigen y la troyana, se encuentra perfectamente expresada en Catón, en la primera mitad del siglo II a. C., por tanto en los mismos comienzos de la historiografía romana. Esta visión de la etnogénesis tuvo amplia repercusión en autores más recientes, de forma que historiadores como Salustio, Livio o Apiano no dudaron en hacerla suya.

A partir de esta idea originaria, se añaden nuevos elementos que complican extraordinariamente el proceso de la etnogénesis. Estas novedades son producto de la incorporación de tradiciones que, a partir de finales del siglo III, se han ido añadiendo al bagaje legendario sobre la Roma pre-romúlea. La necesidad de incluir todos los nuevos pueblos y personajes en una secuencia coherente, determina el nacimiento de una visión más extensa que la anterior y que por ello podemos denominar larga. Este nuevo esquema debe mucho al polígrafo latino Varrón, pero encuentra en Dionisio de Halicarnaso su mejor exponente. En opinión de este último, la población del Lacio se va formando mediante la acumulación de diferentes oleadas de emigrantes procedentes del mundo griego, que se instalan en el Lacio tras la expulsión de un pueblo autóctono e incivilizado, los sículos. Obsesionado por la idea de demostrar el originario carácter helénico de Roma, Dionisio no desperdició la ocasión que le ofrecían todas estas nuevas tradiciones, introducidas desde Grecia y aceptadas por los latinos, y elaboró un complejo cuadro según el cual el Lacio admitió sucesivamente cinco capas de población griega, a saber, los aborígenes, los pelasgos, los arcadios de Evandro, los peloponesios de Heracles y por último los troyanos de Eneas. Pero la diferencia entre ambos esquemas –el corto y el largo– es más aparente que real, pues de hecho en el segundo todo bascula sobre los aborígenes, ya que son éstos quienes sucesivamente reciben a los recién llegados, mostrando así que tan sólo son ellos los que constituyen la base de la población. Excepto los troyanos, los otros emigrantes griegos tienen una presencia escasa, limitándose en el mejor de los casos a una aportación cultural o religiosa, aspecto sin embargo de gran importancia en el pensamiento historiográfico de Dionisio.

En el centro de toda la reconstrucción se sitúan los aborígenes. Se trata de un pueblo legendario, pero sobre el que los mismos antiguos no se ponían de acuerdo en aspectos fundamentales de su definición. Así, unos defendían un origen transmarino, como Dionisio, quien afirmaba que eran griegos según una doctrina que encontró en autores del siglo II a. C.; por su lado, Catón (al menos en parte) y sobre todo Varrón situaban su origen en Sabina, en un intento por introducir en la Roma primitiva una mayor participación del pueblo sabino. Pero no son más que elucubraciones eruditas en función de intereses muy particulares. Al contrario de otros pueblos míticos que colonizaron el Lacio, los aborígenes no contribuyen con nada especial al desarrollo de la civilización; no se les relaciona con la fundación de ciudades o con la institución de algún culto. Su función es puramente etnogénica, es decir, fueron ideados como la población que habitaba en el Lacio a la llegada de los troyanos. Por tanto su aparición en el relato tradicional es ante todo resultado de una preocupación historiográfica, y menos consecuencia de la incorporación de antiguas leyendas a la prehistoria mítica del Lacio. Su carácter originario está implícito en su propio nombre, *Aborigines*, término formado a partir de la preposición *ab* y del sustantivo *origo*, dando a entender que habitaba en la región desde el comienzo de los tiempos. Por tanto es muy probable que los aborígenes fuesen creados en ambiente latino en la segunda mitad del siglo IV a. C., como una respuesta local a la idea de la autoctonía desarrollada con fuerza por Atenas algunos decenios antes.

Los aborígenes estaban gobernados por reyes, el último de los cuales es Latino, quien a su muerte entregó su reino a Eneas. Éste, por su parte, creó el pueblo latino mediante la fusión de aborígenes y troyanos y fundó la ciudad de Lavinium, así llamada en honor de su esposa Lavinia, hija de Latino. Pero antes de este último reinaron otros, formando una dinastía que se conoce como los reyes míticos del Lacio: se trata de Jano, Saturno, Pico, Fauno y Latino. A excepción de este último, los cuatro primeros son personajes civilizadores y fundadores, pues crean reinos, instituyen cultos, promulgan leyes, en definitiva instauran la civilización sobre una población semisalvaje. Sobre ellos nos ocuparemos en un próximo apartado acerca de los héroes indígenas.

3.1.2. Los fundadores griegos

El vínculo más fuerte existente entre Roma y el mundo griego se identifica con Eneas. Pero este héroe y los pueblos que contribuyeron a la etnogénesis no son los únicos elementos griegos presentes en el Lacio primitivo. Las leyendas griegas de fundación de ciudades latinas pueden agruparse en varios círculos, según el origen de procedencia de los protagonistas. Así, existe un grupo siciliano que reposa sobre héroes sículos, como Lanouios, fundador de Lanuvium, Sículo de Crustumerium, Arquíloco de Aricia y los

hermanos Galatio y Bío de Gabii. Se trata de leyendas creadas a partir de la integración de Sicilia en el mundo romano, en la segunda mitad del siglo III a. C., con el fin de establecer fuertes lazos con Roma. Otro círculo es el argivo, cuyos protagonistas proceden de la ciudad griega de Argos, como Diomedes, Dánae y Catilo, fundadores el primero de Lanuvium y el último de Tibur, mientras que Dánae aparece muy relacionada con Ardea, fundada por su esposo y héroe local Pilumno. Estas leyendas argivas tienen probablemente su punto de referencia en Juno, diosa con una fuerte presencia en la cuenca baja del Tíber, donde poseía importantes santuarios en los que desde fechas muy antiguas había sido asimilada a la diosa Hera de Argos. Pero por encima de los demás, mayor incidencia y continuidad presenta el círculo troyano, pues es el que se vincula a Roma.

El ciclo troyano en el Lacio tiene su centro y mejor expresión en Eneas, si bien junto a él figuran otros héroes cuya presencia no debe ser ignorada. En primer lugar Odiseo, cuya aparición en el Lacio es consecuencia de su viaje de retorno a Ítaca tras la guerra de Troya, encuadrándose por tanto en la tradición homérica. La noticia más antigua se halla en una interpolación, fechada hacia el año 600 a. C., a la *Teogonía* de Hesíodo (vv. 1011-1016), donde Odiseo se convierte en progenitor del pueblo latino como padre de Latino y de Fauno, personaje que se esconde tras el nombre griego de Agrios. La siguiente alusión a Odiseo aparece en un fragmento del historiador griego del siglo V a. C. Helánico de Lesbos *(vid. infra)*, donde el héroe itacense figura en extraña asociación con Eneas como fundador de Roma, aunque el verdadero protagonismo corresponde a este último. El papel de Odiseo en el Lacio forzosamente ha de ser secundario, pues su destino era regresar a Ítaca y por tanto no podía ser fundador. Su función se limita a dos aspectos, uno, ya mencionado, de progenitor del pueblo latino y otro de ascendiente directo de fundadores. Así, la ciudad de Praeneste se decía fundada por un tal Praenestes, hijo de Latino y nieto de Odiseo, o por el hijo de éste, Telégono; el mismo Telégono aparece también como fundador de Tusculum, mientras que una tradición recogida por Jenágoras dice que Odiseo y Circe tuvieron tres hijos, Rhomos, Anteias y Ardeias, fundadores respectivamente de Roma, Antium y Ardea.

En relación más concreta a Roma, las leyendas griegas conocidas sobre su fundación son muy numerosas, si bien en la mayor parte de las ocasiones se trata de leves referencias en las que ni siquiera se cita a su autor. Los protagonistas principales son dos, uno masculino, Rhomos, y otro femenino, Rhome, ideados *ex profeso* para el caso de Roma, y junto a ellos aparecen con cierta frecuencia figuras sacadas del fondo mitográfico indígena, como el mencionado Latino y sobre todo Rómulo. Rhomos es una típica creación griega, personaje inventado como fundador y epónimo, aunque no con sentido exclusivo, pues convive con otros que desempeñan la misma función. Rho-

mos aparece en ocasiones con una genealogía propia, pero normalmente figura inserto en los ciclos de los grandes héroes presentes en territorio latino, Eneas y Odiseo. También es mencionado con frecuencia unido a Rómulo, de donde algunos autores concluyen que Rhomos ha sustituido a Remo, hermano gemelo de Rómulo. Pero no parece que fuese así, pues Rhomos casi siempre aparece por delante de Rómulo y en varias ocasiones a éstos se unen otros hermanos. Hasta la total aceptación de la versión romana de Rómulo y Remo, los griegos preferían identificar en Rhomos al fundador de Roma y como tal figura en no pocas versiones, protagonizando una gesta en la que Rómulo siempre representa un papel secundario.

Rhome aparece por vez primera en Helánico como heroína epónima, pues Eneas y Odiseo, que actúan como fundadores, no sirven a tal fin ya que de sus nombres no se deriva el de Roma. A partir de aquí, Rhome va adquiriendo cada vez mayor prestancia, es incluida en diferentes árboles genealógicos y siempre en una relación de parentesco muy próxima al fundador. Durante mucho tiempo Rhome fue el elemento femenino del entorno del fundador y heroína epónima, hasta que esta última función fue monopolizada por Rómulo, y Rhome dejó de tener significado, siendo sustituida por Ilia, la madre de Rómulo en las tradiciones latinas más antiguas. Rhome e Ilia son dos figuras paralelas, pues la segunda no es sino la versión latina de la primera, y sirven para mantener un vínculo entre Troya (Ilion) y Roma. Además Rhome cumple otra importante función mítica. En el mencionado fragmento de Helánico de Lesbos, se dice que Eneas decidió quedarse en el Lacio y fundar allí Roma porque las mujeres troyanas que viajaban con él, incitadas por Rhome, quemaron los barcos impidiendo así la posibilidad de reanudar la navegación. Este motivo del incendio de los barcos se repite en otras tradiciones sobre la fundación de Roma, en ocasiones con variantes y casi siempre con Rhome como protagonista, y también en relación a otros lugares del Mediterráneo, con la singularidad de que siempre son mujeres troyanas. Probablemente se trate en origen de un mito de fundación y de regeneración del tiempo, en el que se expresa un retorno al punto de partida con la creación de una nueva Troya, en este caso Roma.

Aunque de origen dardanio, Eneas se distinguía entre los troyanos, si bien siempre por debajo de Héctor, por lo que en la *Iliada* de Homero era un personaje secundario. El rasgo más destacado es el de su supervivencia: hijo de Afrodita, Eneas es un protegido de los dioses, que velan por su vida y profetizan, a él y a sus descendientes, un dominio sobre la Tróade. Pero a pesar de la fuerza de la tradición homérica, por razones desconocidas para nosotros Eneas abandona la región, bien como prisionero de Neoptolemo, hijo de Aquiles, en el poema épico de Lesques (siglo VII a. C.), bien como fundador de la ciudad tracia de Enea, según se supone por unas monedas de finales del siglo VI. Así Eneas se convierte en un héroe errante, que bus-

ca su destino tras la caída de Troya sin encontrar hueco en el mundo griego, salvo en aquellas tradiciones que de acuerdo con la profecía de Poseidón le conceden un reino en la Tróade. Por esta razón, Eneas está dispuesto a viajar hacia Occidente, siguiendo la ruta ya marcada por otros héroes. No se puede asegurar con precisión cuándo se sitúa por vez primera a Eneas en Occidente. Algunos piensan en Estesícoro de Hímera, poeta siciliano de finales del siglo VI a. C., pero el testimonio de la llamada *tabula Iliaca,* término aplicado a unos relieves de época imperial romana, que supuestamente reflejarían el contenido de un poema de Estesícoro sobre la destrucción de Troya, no es en absoluto determinante. En el estado actual de la documentación, la primera noticia segura procede de Helánico de Lesbos, según un fragmento recogido por Dionisio de Halicarnaso que dice lo siguiente:

> El autor que compuso la historia de las sacerdotisas de Argos y lo que sucedió en la época de cada una de ellas, dice que Eneas llegó a Italia desde el país de los molosos y junto a Odiseo fundó la ciudad [Roma], y la llamó a partir del nombre de Rhome, una de las mujeres troyanas. Dice que esta mujer incitó a las otras troyanas y con ellas quemó los barcos, pues estaba cansada de errar. Damastes de Sigeo y algunos otros están de acuerdo con él (Dionisio, 1.72.2).

Helánico era portavoz de las ideas de Atenas, ciudad como se sabe opuesta a Esparta. Esta oposición se traduce en el plano mítico, de forma que aquellos elementos legendarios que mejor se identifican con Atenas son extendidos por ésta a sus aliados. Entre ellos se encuentra una proximidad a Troya y así se observa cómo aquellas ciudades de occidente con las que Atenas firma una alianza para aislar a Siracusa, son consideradas fundaciones troyanas. Roma se ve inmersa en este horizonte de forma involuntaria, probablemente por ser vista por los griegos como una ciudad etrusca, ya que según Tucídides los etruscos también se aliaron con los atenienses y participaron militarmente en la desgraciada expedición contra Siracusa. Sin duda alguna, los romanos vivían al margen de tales especulaciones, ignorantes del origen que les concedía Helánico. Pero aun así, la influencia de este autor fue muy profunda, creando una vía llamada a tener un enorme éxito: los orígenes troyanos de Roma.

La leyenda de Eneas en el Lacio sufre un cierto parón en el siglo IV, coincidiendo con la pérdida de interés de los atenienses por occidente, pero resucita a finales del mismo bajo otras condiciones. Sus portavoces son ahora los historiadores sicilianos, como Alcimo y Calias, y la función de Eneas se modifica, pues pierde el papel de creador de Roma, desplazado por Rhomos y otros, y se convierte a su vez en padre o abuelo del fundador de turno, mezclándose además con personajes indígenas como Latino y Rómulo. Aun así, su valor como prestigioso vínculo entre Roma y Troya se conserva

intacto y su leyenda va calando con mayor profundidad en ambientes latinos. En la primera mitad del siglo III Timeo certifica que la leyenda troyana se ha asentado en el Lacio, afectando no sólo a Roma sino también a Lavinium, ciudad ésta que se convierte abiertamente en fundación de Eneas en el poema *Alejandra*, de Licofrón de Calcis, hacia el año 270 a. C. La importancia que Eneas ha adquirido en las tradiciones romanas es tal que de nuevo se introduce en la esfera política, esta vez en ocasión de la conquista del mundo griego por parte de Roma, cuando ésta se presenta en oriente como heredera de Troya durante la primera mitad del siglo II a. C. La reacción de los griegos varía según la actitud política que convenga en cada momento, distinguiéndose dos posiciones, una contraria y otra favorable a los romanos. La primera tiene un completo representante en Demetrio de Skepsis, según el cual Eneas no sobrevivió a Troya y sus descendientes reinaron sobre Skepsis. Esta versión pretende negar el desplazamiento de los Enéadas hacia occidente y por tanto el origen troyano de Roma, que queda así como ciudad bárbara. Por el contrario, la postura favorable a los romanos remarca su ascendencia troyana a través de diversas variantes. Para unos, Eneas murió en el Egeo, pero su hijo Rhomos llega a Italia y funda Roma; según otros, Eneas se dirigió a Italia, pero su hijo Ascanio permaneció en la Tróade, y no faltan por último quienes defendían que Eneas viajó a Italia, aunque posteriormente regresó a la Tróade.

Como podemos comprobar, los romanos no se sentían a disgusto con un origen troyano, pues ello significaba una carta de nobleza en el mundo griego y poder jugar una baza ideológica y propagandística de no escasa utilidad. Así, la leyenda troyana, y Eneas a su cabeza, está presente ya desde las primeras composiciones literarias latinas, tanto poéticas como históricas. Ante todo conviene destacar a Nevio, primer autor que aborda el tema de Eneas en lengua latina en su poema *Bellum punicum*. Nevio retoma la tradición griega y con no escasa influencia de la *Odisea* homérica narra la caída de Troya y la marcha de Eneas, al que hace pasar por África y encontrar a la reina Dido, la cual pretende retenerle con artes mágicas, y por Campania, donde a imitación de Odiseo el héroe baja a los infiernos; por último desembarca en el Lacio y es recibido por los aborígenes, emparenta con la dinastía real y probablemente funda Lavinium. Según Nevio, quien es seguido por Ennio, Rómulo y Remo eran hijos de Ilia, hija a su vez de Eneas. Respecto a los historiadores, sabemos que Fabio Pictor hablaba sobre Eneas, pero son tan parcos los testimonios disponibles que no se puede avanzar gran cosa sobre el papel que el héroe desempeñaba en su relato. Ya no sucede lo mismo con Catón, quien procede a una conformación prácticamente definitiva de la tradición sobre los orígenes troyanos de Roma. Catón habla de la partida de Eneas de la Tróade, remarcando la *dignitas* del héroe; presenta a Latino, rey de los aborígenes, acogiendo a Eneas y dándole en matrimonio a su hija Lavinia, epó-

nima de la ciudad de Lavinium que funda su esposo; a continuación Catón describe las guerras, en cuyo curso muere Eneas y que finalmente terminan con el triunfo de su hijo Ascanio. Éste, que llega al Lacio ya adulto, entra en conflicto dinástico con Lavinia, quien huye y da a luz en el bosque a un hijo póstumo de Eneas llamado Silvio. Al cabo se reconcilian y Ascanio funda la ciudad de Alba, donde muere sin hijos sucediéndole Silvio. Así desaparece la rama troyana de Eneas y se confirma la indígena, copartícipe de los orígenes latinos. Esta versión de la historia de Eneas tendrá una gran influencia en los autores posteriores, constituyendo el núcleo de la *Eneida* de Virgilio.

3.1.3. Los héroes indígenas

Como veíamos con anterioridad, si bien la idea según la cual toda ciudad tiene su origen en la acción del fundador es de cuño griego, los latinos trasladaron esta función a héroes pertenecientes a su propia tradición. Así se observa que en algunas ciudades, junto a leyendas que atribuyen su fundación a personajes griegos, surgen otras en las que el protagonismo se desvía hacia figuras locales. Roma es el caso mejor conocido, pues además de numerosas versiones griegas de fundación, conocemos también con detalle las hazañas de su héroe local, Rómulo. Pero existen otros ejemplos, algunos vinculados a una ciudad en concreto, como Praeneste y su fundador Caeculo, y otros que nos retrotraen a un pasado mítico del Lacio en general, como los reyes de los aborígenes antes mencionados. Comencemos entonces por estos últimos.

A) Los reyes míticos del Lacio

Esta dinastía mítica estaba compuesta por cinco miembros, a saber, Jano, Saturno, Pico, Fauno y Latino. Los dos primeros ofrecen algunos rasgos comunes: ambos presentan una doble personalidad de dios y de rey; su vertiente humana se localiza en el solar de la futura Roma, hasta donde ambos llegan por mar, exiliados, y fundan sendas comunidades, uno en el Janículo y otro en el Capitolio, llamado por él *mons Saturnius;* por último, ambos eran tenidos como introductores de la agricultura. Pero al mismo tiempo tienen también aspectos negativos, sobre todo en su faceta divina, no tanto Jano, limitado a su teratomorfismo bifrontal, sino sobre todo Saturno. La fiesta consagrada a este dios, los *Saturnalia,* significa una suspensión temporal de los elementos que definen a la civilización, cuando todos los excesos están permitidos, de forma que Saturno participa activamente en la ruina del orden establecido. Sin embargo, este mismo dios representa la edad de oro, lo mismo que Cronos en la mitología griega, dando muestra de una completa ambigüedad característica por otra parte de los héroes.

Pico y Fauno se separan en algunos aspectos de los anteriores, están más inmersos en el fondo mitográfico latino, pero conservan otros rasgos comunes. Pico parece ser una figura estrictamente mitológica, pues no se conoce su culto, aunque san Agustín (*Civ. Dei*, 18.15) le incluye entre los dioses relacionados con la agricultura y la tradición y habla de un antiquísimo culto dedicado a él que habría sido introducido por Rómulo o por Fauno. En la mitología latina Pico es presentado como hijo de Saturno, a quien sin embargo no sucedió en la ciudad que éste había fundado sobre el Capitolio, sino que creó su propio reino en Laurentum, al sur de Roma, cuyo palacio describe Virgilio (*Aen.*, 7.170ss.). Diversas fuentes le mencionan como un famoso augur, aspecto que le vincula con la tradición de los reyes latinos. De todas formas, Pico era un personaje adiestrado en el arte adivinatorio, cualidad que se refleja también en su imagen de pájaro, perteneciente al círculo de Marte y dotado de virtudes oraculares. Una tradición tardía atribuía a la maga Circe, molesta porque su amor había sido rechazado por Pico, la transformación de éste en animal. Pero junto a todos estos elementos civilizadores, Pico es también definido como un ser *agrestis*, es decir, salvaje, incivilizado, habitante de los bosques y predispuesto a las metamorfosis.

Fauno es una figura en parte más compleja, pero también muy similar a Pico, de quien era considerado hijo y sucesor en el trono de Laurentum. Fauno tiene ya una vertiente divina y cultural mejor definida: se le identificó con el griego Pan y con Silvano y a él estaba consagrado el antiquísimo ritual romano de los *Lupercalia*, tan vinculado a Rómulo. Fauno es una divinidad agraria y protectora de los ganados, según se observa en el poema que le dedicó Horacio (*Carm.*, 3.18), y al igual que su padre también poseía dotes adivinatorias: se le identificaba con las voces invisibles que se oyen en el bosque, que se creían con valor ominal, y tutelaba en Albunea un oráculo en el que las profecías se manifestaban mediante el sueño, de ahí el nombre de *Incubus* con el que también se le conocía. Pero Fauno era sobre todo un personaje del bosque, representante de una cultura preurbana y salvaje, en ocasiones tramposo y violento, dotado de un insaciable apetito sexual que constituía una amenaza para las mujeres, lo que favoreció su identificación con Pan. Pero este carácter agreste de Fauno no impide su inclusión entre los héroes civilizadores, como lo indica su condición de rey de Laurentum y fundador de algunos cultos, y sobre todo el haber sido uno de los primeros legisladores del Lacio (véanse Gelio, *Noct. At.*, 16.10.6; Lactancio, *Inst.*, 1.22.9).

Como puede observarse, estos reyes míticos del Lacio son personajes muy ambiguos, en los que los aspectos positivos y negativos se mezclan en una permanente contradicción. Pero todo ello no representa, como llegó a ver A. Brelich, sino el tema mitológico del héroe civilizador, el cual desenvuelve su actividad en un plano anterior al establecimiento del orden. Es en definitiva el mismo universo en el que se sitúa la existencia de Rómulo.

Diferente es el caso de Latino, hijo de Fauno y de la ninfa Marica y último monarca de la lista. Su nombre indica que se trata de un héroe epónimo, por lo que debió de gozar de una gran importancia. Su origen se remonta al menos a finales del siglo VII a. C., pues se documenta por vez primera en una interpolación a la *Teogonía* de Hesíodo que habla de Agrios y Latino, hijos de Odiseo y de Circe, que reinan sobre los tirrenos. Es evidente que el redactor del catálogo ha recogido aquí una tradición indígena muy adulterada por los griegos (confusión entre latinos y etruscos, helenización de personajes locales), pero a pesar de ello sigue presentando un enorme interés. Es muy probable que Agrios, término griego que significa "agreste", sea la versión griega de un personaje indígena, posiblemente Fauno, vinculado por parentesco con Latino. Así las cosas, se puede pensar que hacia el año 600 a. C. ya existía, al menos en parte, una tradición sobre los reyes míticos del Lacio y que Latino había alcanzado un señalado papel como héroe epónimo. Todo viene a indicar entonces que a lo largo del siglo VII los latinos han ido tomando conciencia de su identidad étnica y cultural, proceso que se refleja en la importancia que asume su héroe nacional, Latino.

El destacado papel que Latino interpreta en la mitología latina se refleja también en las tradiciones griegas relativas a la fundación de Roma, en las que este personaje ocupa un lugar muy sobresaliente. Su función fundamental es la de rey indígena que enlaza el pasado latino con Eneas: con otras palabras, actúa como eslabón entre la "prehistoria mítica" y la "prehistoria histórica" del Lacio, representada la primera por los reyes legendarios y la segunda por Eneas y sus inmediatos sucesores. La profunda influencia griega alteró sensiblemente las características originarias de Latino, de manera que cuando éste reaparece en la historiografía latina ya desde Catón su papel se limita a recibir en primera instancia a Eneas, desapareciendo al momento. Su posición preponderante entre los indígenas parece que pasa a ser desempeñada por Turno, enemigo de Eneas y portavoz de los valores tradicionales frente a la presencia extranjera. Los elementos más antiguos que definían la personalidad de Latino se han evaporado.

B) La dinastía albana

Con Eneas se introduce una nueva etapa en la evolución mítico-histórica del Lacio. El héroe troyano es considerado fundador de la ciudad de Lavinium y ascendiente de una dinastía que culminará precisamente en Rómulo. En las versiones más antiguas, que incluso alcanzan a los primeros autores latinos que trataron estos temas, Rómulo y Remo son descendientes directos e inmediatos de Eneas, quien figura como abuelo o bisabuelo de los gemelos romanos. Pero esta proximidad parental entra en crisis a partir de las investigaciones cronológicas llevadas a cabo en ambien-

tes helenísticos durante la segunda mitad del siglo III, que fijaron la caída de Troya en un año equivalente al 1184 a. C. Con ello se crea un gran vacío cronológico entre este último acontecimiento y la fundación de Roma, que se suponía que había tenido lugar en el siglo VIII, y por tanto entre Eneas y Rómulo. Para llenar tal vacío se inventó la dinastía llamada albana o silvia (figura 3.1), según se tome como referencia el nombre de la ciudad, Alba, o el de su fundador, Silvio.

LIVIO	DIONISIO	DIODORO	OVIDIO	APIANO	CASIO DIO	OGR
Ascanio	Ascanio	Ascanio	Iulo/ Ascanio	Ascanio	Ascanio	Ascanio
Silvio	Silvio	Silvio	Silvio	Silvio	Silvio	Silvio
Eneas	Eneas	Latino		Eneas	Eneas	Tiberio
Latino	Latino	Alba	Latino	Latino	Latino	Arémulo
Alba	Alba	Epito	Alba	Capis	Capis	Aventino
Atis	Capis	Apis	Epito	Capeto	Tiberino	Proca
Capis	Capeto	Calpeto	Capis	Tiberino	Amulio	Amulio
Capeto	Calpeto	Tiberio	Calpeto/ Capeto	Agripa	Aventino	Númitor
Tiberino	Tiberino	Agripa	Tiberino	Rómulo	Amulio	
Rómulo	Agripa	Arramulio	Agripa/ Rémulo	Aventino		
Aventino	Allodio	Aventino	Rémulo/ Acrota	Proca		
Proca	Aventino	Proca	Aventino	Amulio		
Amulio	Proca	Amulio	Proca	Númitor		
Númitor	Amulio	Númitor	Amulio/ Númitor			
	Númitor					

Figura 3.1. La dinastía albana.

La dinastía albana es una construcción ficticia. No se articula sobre puntos fijos, sino que existen algunas divergencias entre los diferentes autores que han transmitido la lista, tanto en el número de los reyes como en el orden de sucesión, aspectos en los que nunca se observa una coincidencia absoluta; incluso Ovidio proporciona dos listas diferentes (en *Met.*, 14.609ss., y en *Fast.*, 4.61ss.). *Lo mismo* sucede con la cronología absoluta, que varía entre los aproximadamente trescientos años que sugieren Livio o Virgilio y los más de cuatrocientos que Catón fijaba entre la caída de Troya y la fundación de

Roma. Los nombres de los reyes que la componen han sido elegidos de acuerdo con diferentes criterios, lo que reafirma su carácter artificial. Por un lado, se encuentran aquellos vinculados a la tradición latina de Rómulo, es decir, que existían con independencia de la dinastía y que fueron unidos a ella, como Númitor y Amulio, que cierran la lista, y su padre Proca, que significa "el más antiguo"; pero además aquí también se incluyen nombres que son una amplificación de otros ya existentes, como otro Amulio y otro Rómulo, mencionados además de diversas formas (Rémulo, Arémulo, Arramulio). En segundo lugar, algunos son explicativos de topónimos y étnicos, caso de Alba, Aventino, Latino y Tiberino. Por último, y en claro predominio, se encuentran ejemplos tomados de la onomástica griega, como son Eneas y Capis (copiados de los antepasados de Ascanio); Atys, Apis y Epytus (en relación a la familia real lidia y por tanto vinculados a Troya); Capeto (nombre de un pretendiente de Hipodamia) y quizá también Agripa, probable latinización de la forma griega Acrotas.

Mucho se ha discutido sobre la paternidad de la lista. Una opinión muy asentada se inclina por concedérsela a Fabio Pictor, pero tal atribución no está clara; lo mismo puede decirse respecto a Catón, uno de cuyos fragmentos hace alusión a la dinastía silvia, pero con razón se duda si tal referencia es verdaderamente de Catón o si por el contrario representa un añadido del transmisor del fragmento (Servio, *Aen.*, 6.760). Ciertamente Fabio y Catón son conscientes del largo espacio de tiempo que media entre Eneas y Rómulo, pero no sabemos cómo lo rellenaron. Un dato significativo es que poetas contemporáneos, como Nevio y Ennio, mantenían que Rómulo era hijo de Ilia, hija a su vez de Eneas, lo que prueba que la dinastía albana no existía o que en todo caso estaba naciendo. De hecho, la primera vez –hasta donde sabemos– que la madre de Rómulo posee el *nomen* de Silvia se documenta en un fragmento de Arístides de Mileto, a finales del siglo II a. C. Diversos indicios llevan por el contrario a pensar en autores griegos como creadores de la dinastía: las peculiaridades onomásticas y sobre todo el hecho de que la lista está elaborada aplicando un cálculo de generaciones, método tan apreciado por los griegos como alejado de las concepciones romanas. Incluso se piensa en nombres concretos, como Cástor de Rodas y Alejandro Polihistor, expertos genealogistas y seguidores de las doctrinas generacionales. En conclusión, podemos aceptar que la dinastía albana debió de nacer a lo largo del siglo II a. C. por necesidades cronológicas, pero que nunca llegó a cuajar en una lista definitiva, prueba del escaso interés que despertó y de su nula funcionalidad, salvo, claro está, la de salvar la distancia de tiempo entre Troya y Roma. Tan sólo Latino Silvio parece cumplir un papel cuando se le atribuye la fundación, aplicando el mecanismo colonial, de no pocas ciudades del Lacio (Diodoro, 7.5.9).

C) Rómulo

Muy pocos dudan en la actualidad sobre el carácter legendario de Rómulo, si bien recientes hallazgos arqueológicos han levantado ciertas ilusiones acerca de su historicidad. Pero Rómulo es una figura muy compleja, sobre la que han incidido influencias diversas a lo largo de varios siglos y con aspectos que no se explican con facilidad. Aun a riesgo de simplificar, es posible considerar dos facetas fundamentales en nuestro personaje, correspondientes a dos etapas de su vida, la de su infancia y juventud por un lado y la de fundador y primer rey por otro. La primera de ellas muestra un Rómulo más auténtico, integrado en un universo salvaje y mítico y partícipe de unas características que asimismo se encuentran en otros héroes latinos. La segunda fase por el contrario presenta a Rómulo en un mundo civilizado y ordenado, como un monarca "constitucional", lo que le predispone a ser manipulado y utilizado con fines propagandísticos. Pero quizá sea conveniente, antes de nada, exponer brevemente lo que los antiguos dicen sobre el fundador de Roma.

La leyenda de Rómulo comienza antes de su nacimiento. Según la tradición canónica, tras haber expulsado a su hermano Númitor del trono de Alba y dado muerte al hijo de éste, Amulio obligó a su sobrina Rea Silvia/Ilia a entrar en el colegio de las vestales, lo cual le aseguraba que por la obligación de estas sacerdotisas a mantenerse puras, su sobrina no tendría descendencia que pudiera disputarle el poder. Sin embargo, Marte se encargó de frustrar sus deseos, pues violó a Rea y concibió en ella a los gemelos Rómulo y Remo. Otra tradición, atribuida por Plutarco a un tal Promathion *(Rom.,* 2.4-8), narra la concepción de los gemelos de forma muy diferente. En el hogar del palacio de Tarquetio, rey de Alba, apareció un falo, de cuya semilla nacería un niño fuerte y valeroso, según le comunicó al rey un oráculo etrusco; Tarquetio indicó a una de sus hijas que se uniera al falo, pero ésta sintió escrúpulos y se lo ordenó a su vez a una esclava. Cuando el rey supo el engaño, quiso matar a ambas, pero Vesta se le apareció en sueños y se lo prohibió, por lo que las dos jóvenes fueron recluidas con la orden de tejer un tapiz que por la noche era deshecho. Al cabo del tiempo, la esclava dio a luz dos gemelos, a los que el rey ordenó exponer, pero fueron salvados por una loba, y cuando crecieron dieron muerte a Tarquetio. En un capítulo posterior nos ocuparemos más de cerca de este episodio.

Retornando a la tradición canónica, cuando sucedió el alumbramiento, Amulio ordenó dar muerte a los niños, pero el criado encargado de la misión les depositó en una balsa, con la esperanza de que la naturaleza llevase a cabo lo que él no quería realizar. Siendo entonces la estación del año en la que el Tíber baja crecido, las aguas desbordadas arrastraron la balsa y la

depositaron suavemente al pie del monte Palatino, en un lugar situado junto a la higuera Ruminal y muy próximo a la cueva Lupercal. Atraída por el llanto hambriento de los niños, una loba se acercó y les ofreció sus mamas para que se alimentasen, tarea a la que con sus limitados medios también contribuyó el pico, pájaro de Marte. Así pasaron unos días hasta que apareció Faustulo, un pastor que cuidaba los rebaños de Amulio, el cual recogió a los gemelos y se los entregó a su esposa Acca Larentia para que los criase. La tradición sitúa la juventud de Rómulo y Remo en un ambiente silvestre, pastoril; su padre adoptivo y sus compañeros son simples pastores que cuidan los rebaños en el monte y en el bosque, lejos de la civilización. Los gemelos se rodearon de un grupo creciente de jóvenes, formando una banda a cuyo frente se pone Rómulo. Así organizados, protegen su ganado, persiguen a los ladrones y en ocasiones ellos mismos actúan también como cuatreros. Llegados a la mayoría de edad, los gemelos conocen su origen y preparan un golpe de mano contra Amulio, al que expulsan de Alba, liberan a su madre y devuelven el trono a su abuelo Númitor.

Entonces les entró el deseo de fundar una ciudad allí donde habían sido amamantados por la loba, por lo que abandonaron Alba y, al frente de sus seguidores, se dirigieron al lugar elegido. Para decidir cuál de los dos hermanos actuaría como fundador, consultaron a los dioses, para lo cual Remo se situó en el Aventino y Rómulo en el Palatino. Remo fue el primero en divisar las aves, pero inmediatamente a Rómulo se le presentaron en mayor cantidad. Surgió la discusión sobre qué debía prevalecer, si la primacía o el número, a lo que siguió una pelea que se tradujo en la muerte de Remo, Faustulo y otros más. Según una variante, el conflicto se habría producido al violar Remo la línea del *pomerium* trazada por Rómulo, siendo éste quien por propia mano habría dado muerte a su hermano. En todo caso, la desaparición de Remo dejó a Rómulo como único protagonista de la fundación de Roma. Ésta se llevó a cabo de acuerdo con el *Tuscus ritus,* para lo cual Rómulo hizo venir de Etruria a sacerdotes especializados en estos rituales. La Roma de Rómulo tiene pues su referente en el monte Palatino, a cuyo alrededor el fundador trazó el *pomerium* y levantó una muralla.

A partir de estos momentos, Rómulo asume la apariencia de un *oikistés,* es decir, de un fundador griego en el momento de dar nacimiento a una colonia. Así, Rómulo no sólo crea la ciudad físicamente, sino que también le proporciona su primera constitución, de forma que él mismo asume la función real, instituye un Senado y divide al pueblo en tres tribus y treinta curias para que cada cual pudiera ejercer sus derechos de ciudadano. A él se atribuía también la creación del primer ejército romano, formado por tres mil infantes (cien por curia) y trecientos jinetes (cien por tribu). Desde el punto de vista social, Rómulo entresacó de la muchedumbre que le seguía a los cien individuos más destacados, a los que llamó *patres* e introdujo en el Senado;

a sus descendientes les dio el nombre de "patricios" *(patricii)* y con ellos creó la aristocracia, relegando al resto de la población a la condición de "plebeyos", la *plebs.* Asimismo ideó la institución de la clientela, fijando las obligaciones y derechos del patrono y del cliente. En definitiva, todas las instituciones civiles y militares eran atribuidas a Rómulo, puesto que él había fundado la ciudad dotada ya de todos los instrumentos necesarios para su gobierno y organización.

Pero esta ciudad naciente adolecía de falta de población, por lo que Rómulo instituyó un lugar de asilo en el Capitolio, el llamado *Asylum.* Allí acudieron gentes procedentes de todo el Lacio, pero sobre todo personas de baja extracción, esclavos fugitivos y en general elementos marginados y fuera de la ley. Ahora bien, la mayor parte de los pobladores de Roma eran hombres, por lo que existía el peligro de que, pasada esta generación, la ciudad desapareciese por falta de ciudadanos. Por ello se decidió que había que atraer a las mujeres, estando aquí el origen del rapto de las sabinas: durante las fiestas dedicadas a Consus, que concentraron en Roma a gentes llegadas de todas las regiones, los romanos secuestraron a las jóvenes sabinas con la intención de hacerlas sus esposas. Esta acción desencadenó el conflicto con los sabinos, conducidos por su rey Tito Tacio, que se enfrentaron a las fuerzas de Rómulo en una batalla sobre el valle del Foro. El conflicto finalizó gracias a la mediación de las mujeres y a la constitución de una "doble monarquía" con la asociación al poder de Tito Tacio, asesinado poco después en la ciudad de Lavinium.

El reinado de Rómulo se caracteriza también por asistir al inicio de la expansión romana. Rómulo es un rey guerrero, que conquistó diversas plazas e impuso la superioridad de su ciudad sobre parte del Lacio, adelantándose así a la realidad de la hegemonía histórica de Roma. Sobre la muerte y desaparición de Rómulo existían dos versiones, que muestran otras tantas facetas por completo diferentes de la figura del fundador. La primera y más antigua cuenta cómo Rómulo fue envuelto en una nube y elevado al cielo, por lo que se creía que había sido admitido entre los dioses, identificándose a Quirino. La segunda versión presenta a Rómulo como un tirano, protegido por una guardia personal de trescientos jinetes, los *celeres,* y por tanto opuesto a los senadores, quienes le asesinaron en el Comicio y descuartizaron su cuerpo, haciendo correr la voz de que había sido llamado entre los dioses.

La tradición sobre Rómulo es antigua, anterior en todo caso a los primeros analistas, quienes ya la encontraron totalmente definida en sus líneas maestras. A pesar de ello, no es menos cierto que la leyenda evolucionó por la influencia de varios factores, como muestran perfectamente los trabajos de J. Poucet, y así puede observarse un mayor desarrollo en Plutarco que en Dionisio, mientras que Livio ofrece una visión muy sintética. Además, sobre la figura de Rómulo inciden de manera muy especial los criterios políticos e

ideológicos, desde el momento en que, por influjo helenístico, el fundador se convierte en modelo de gobernantes durante la fase final de la República, sobre todo desde Sila. En un capítulo anterior veíamos cómo la imagen tiránica de Rómulo se debe a la propaganda antisilana del siglo I a. C.; de igual manera sucede con la llamada constitución de Rómulo, para cuya redacción Dionisio (2.7-29) utilizó un panfleto político de la época de Sila, de César o de Octavio, según las opiniones, pero que en todo caso refleja sobre la figura del fundador una problemática característica del último siglo republicano. En síntesis, estos grandes personajes del siglo I a. C. demostraron gran interés en apropiarse de la figura de Rómulo, pues al presentarse como salvadores de la patria y en definitiva como nuevos fundadores de Roma, nada mejor que identificarse con el verdadero fundador.

Por distintas vías se ha intentado demostrar un origen griego de la tradición sobre Rómulo. El punto de partida lo ofrece la multitud de leyendas griegas en las que el héroe, recién nacido, es abandonado en la naturaleza salvaje y sobrevive gracias a los cuidados de un animal; además, en la lista no faltan ejemplos en los que el protagonismo corresponde a dos hermanos gemelos. Los candidatos favoritos serían para unos Mileto, fundador de la ciudad homónima y amamantado por las lobas, cuyo conocimiento habría llegado a los romanos a través de los etruscos, y para otros Pelias y Neleo, hijos de Poseidón y de Tiro, criados por una yegua. Incluso se llega a dar el nombre del responsable de tal invención, el historiador griego Diocles de Pepareto (*ca.* 200 a. C.), quien o bien se habría inspirado en la tragedia *Tyro* de Sófocles, o bien habría adaptado al caso de Roma la tradición de su ciudad natal, fundada también por dos gemelos divinos. En su narración sobre los orígenes y juventud de Rómulo y Remo, Plutarco menciona como referencia a Diocles y a Fabio Pictor (*Rom.*, 3.1, y 8.9), de donde se deduce que el analista romano habría copiado a Diocles. Pero es una suposición cuanto menos aventurada, pues en el relato de Plutarco aparecen mezcladas tal cantidad de fuentes, que verdaderamente resulta imposible tratar de sacar algo en claro. Cierto es que hacia el año 200 a. C. la leyenda de la fundación de Roma ya se conocía en ambientes griegos, como lo demuestra una inscripción de Quíos (*SEG*, XVI 486) en la que se hace referencia a la misma. Pero no existen razones de peso para volver la vista al mundo griego, ya que toda la leyenda se desenvuelve en un ambiente latino, así como latinos son también los testimonios más antiguos.

Las primeras menciones conocidas de Rómulo proceden de autores griegos occidentales, como Alcimo y Calias, en cuyos relatos sobre la fundación de Roma aparecen mezclados personajes griegos con otros indígenas. Tales referencias permiten suponer que estos historiadores, que escribieron en la segunda mitad del siglo IV y comienzos del siguiente, conocían las tradiciones latinas, si bien prefirieron seguir sus propios criterios y otorgar el pro-

tagonismo a figuras griegas. Pero lo que interesa destacar es que entonces ya existían versiones indígenas sobre los orígenes de Roma, como lo desmuestran además otros testimonios, esta vez de procedencia local. Livio (10.23.12) recuerda que en el año 296 a. C., los ediles curules Cn. y Q. Ogulnio situaron junto a la higuera Ruminal un conjunto escultórico con la loba y los gemelos, motivo que se reproduce asimismo sobre un espejo prenestino de fecha contemporánea o ligeramente anterior (figura 3.2). En conclusión, podemos aceptar que la leyenda de Rómulo y Remo estaba perfectamente asentada a comienzos del siglo III a.C., lo que significa que se formó en los decenios anteriores. Con esto no se quiere decir que la figura de Rómulo fuese inventada en el siglo IV, como defendía H. Strasburger, sino tan sólo que fue entonces cuando se convirtió en el fundador de Roma. Muy probablemente Rómulo existía con anterioridad, pues como antes se avanzaba, su personalidad contiene elementos que nos conducen al fondo mitográfico latino y que se manifiestan no en su actividad como fundador, sino en la etapa previa, es decir, en los acontecimientos relativos al nacimiento, infancia y juventud.



Figura 3.2. Espejo prenestino con representación de Rómulo y Remo.

Según la tradición canónica, Rómulo y Remo eran hijos de Marte y de Rea Silvia. La paternidad de Marte era algo comúnmente reconocido, hecho que se veía avalado por el importante papel que en la primera fase de la crianza de los gemelos representaron la loba y el pico, dos animales pertenecientes al séquito de este dios. Sin embargo, la intervención de Marte acabó suscitando serias dudas (cf. por ejemplo Cicerón, *Rep.*, 2.2.4), lo que provocó la aparición de nuevas versiones en un intento por racionalizar la leyenda, aunque ciertamente no dejaron de ser secundarias. La presencia de Marte es antigua, elevándose a los primeros estratos de la leyenda, a pesar de opiniones modernas que pretenden situarlo en un momento más reciente. Marte era una divinidad de gran peso en la primitiva religión itálica, lo que le llevó a convertirse con relativa frecuencia en padre de héroes fundadores o de reyes primigenios, como ha mostrado U. W. Scholz, función que se extiende a un plano étnico cuando este mismo dios puede convertirse en guía y fundador de naciones a través del ritual del *ver sacrum,* origen tradicional de numerosos pueblos itálicos.

La personalidad de la madre de Rómulo es única en toda la tradición latina, si bien existen variaciones acerca de su nombre. La forma más antigua es Ilia, tal como aparece en Nevio y en Ennio. Se trata de un nombre griego, derivado de Ilion y que significa "la troyana", aunque Ilia no vio la luz en Troya, pues nació de Eneas y de una hija de Amulio. En páginas anteriores veíamos que el personaje de Ilia deriva del de Rhome, pues sustituye a ésta en su papel de madre del fundador y vínculo entre Roma y Troya, pero perdiendo la función eponímica, que claramente ahora corresponde a Rómulo. Por otro lado, Ilia se distancia de Rhome al sumergirse en un transfondo indígena, asumiendo entonces la apariencia de vestal de acuerdo con los criterios míticos latinos. En un segundo momento, que se sitúa en los últimos decenios del siglo II a. C., Ilia amplía su fórmula onomástica con la adopción del sobrenombre de Silvia, en relación, como veíamos, con la dinastía albana. Posteriormente aparece el nombre de Rea como alternativa al de Ilia, lo cual no crea conflicto alguno, pues ambos coexisten e incluso con cierto predominio del segundo, ya que Rea debe su fortuna sobre todo a Varrón y a Livio. Este nombre se documenta por vez primera a mediados del siglo I a. C., en un fragmento atribuido a Cástor de Rodas, y su creación probablemente haya que ponerla en relación con Rhea/Cibeles, la gran diosa frigia madre de Zeus introducida en Roma a finales del siglo III a. C. La aparición de Rea no significa una ruptura con lo anterior, pues este nombre cumple también el papel de vínculo con Troya: Rhea tenía un lugar de culto en el monte troyano de Ida y en la *Eneida* de Virgilio la diosa Cibeles es uno de los principales apoyos de Eneas. La conversión de Rhea/Cibeles en madre de Rómulo, aunque sólo sea a un nivel onomástico y no mitológico, es sintomática del importante lugar que Cibeles ha ocupado en Roma, inicio de un proceso que culminará años más tarde cuando Augusto

haga de la diosa uno de los baluartes de la ideología imperial, en la que Cibeles se identifica con la emperatriz Livia de la misma forma que el propio Augusto toma la apariencia de un nuevo Rómulo. La familia del *princeps* se presenta hasta cierto punto como una repetición de la familia del fundador.

Además de por su nombre, Ilia/Rea Silvia destaca por el escaso papel que le adjudica la leyenda. Parece como si su única misión fuese la de dar a luz al fundador, de forma que una vez que se produce este hecho su presencia carece ya de importancia. Así se explica el desinterés por la suerte que habría sufrido al haber violado el estatuto de vestal, lo que dio lugar a diversas variantes sin concluir en una definitiva, y sobre todo acerca de su actuación en la fundación de Roma, donde su figura brilla por su ausencia. Ya el hecho de que se desconozca su originario nombre latino, muestra la poca consistencia del personaje. Su característica más señalada es la condición de vestal, elemento que nos lleva a un lejano pasado en el que los héroes aparecen estrechamente vinculados al fuego creador, representado sobre todo por Vulcano y por Vesta.

El episodio más famoso de la infancia de Rómulo y Remo es sin duda el de su exposición. Ya se sabe que el motivo de la loba y los gemelos no es un *unicum* en el repertorio mitográfico antiguo, pero necesariamente no hay por qué buscar el caso originario del que los demás no serían sino derivaciones. Como ha demostrado G. Binder, el mito de la exposición del niño de oscuro nacimiento real y los cuidados que le presta un animal para su inmediata supervivencia es universal, no pertenece al patrimonio legendario de una cultura específica. Se trata de la expresión mítica de un ritual de iniciación, en el que el héroe, todavía niño, se ve inmerso en un mundo salvaje, al margen de la civilización y del orden, para que una vez superada esta etapa, adquiera las aptitudes necesarias para realizar el alto destino que le estaba predestinado. Sargón de Akkad y Ciro el Grande se presentan, entre otros, como ilustres antepasados de Rómulo.

Otra cuestión es la presencia de la loba. Rechazada la idea de una influencia externa, la explicación más aceptada es la que utiliza una clave religiosa, en el sentido que la leyenda se inscribe en el ámbito de la "religión del lobo", cuya expresión fundamental no es otra que los *Lupercalia,* antiquísima festividad estrechamente relacionada con la gesta de Rómulo y Remo. Encuadrada en este contexto, la loba de la leyenda significa el desorden primordial, ese universo marginal y salvaje previo a la civilización representada por la ciudad, en cuyo seno los jóvenes se introducen a través del rito iniciático que les llevará al estado adulto. También en este mismo plano habría que situar, aunque en una vertiente simbólica, a la madre adoptiva de los gemelos, Acca Larentia, quien, en palabras de Livio, "habiendo prostituido su cuerpo, era llamada loba entre los pastores" (1.4.7). La presencia de la prostituta, vinculada por otra parte al mundo de los muertos (Acca

Larentia dio nombre a la fiesta funeraria de los *Larentalia),* reforzaría entonces la propia idea de la loba como símbolo de la marginalidad y de la barbarie. Sin duda todas estas interpretaciones ayudan a comprender mejor la mentalidad arcaica, creadora de esta leyenda, pero existen también otras explicaciones más sencillas, más lógicas, que no deben ser despreciadas, pues también es posible que la loba fuese incluida en la leyenda de Rómulo y Remo por ser un animal perteneciente al círculo de Marte, lo mismo que el pico.

Otro aspecto de interés es la educación de los gemelos, que según la tradición se desarrolla en un ambiente silvestre, pastoril. Su padre adoptivo, Faustulo, y sus compañeros son simples pastores que cuidan los rebaños en el monte y en los bosques, fuera de la civilización representada sobre todo por la ciudad de Alba, donde reina el tirano Amulio. Livio retrata perfectamente el género de vida que practicaban Rómulo y Remo:

> Este ejercicio [la caza] fortificó su cuerpo y su espíritu y pronto, no contentos de hacer frente sólo a las fieras, se lanzaron sobre los ladrones cargados de botín, se lo quitaban y lo repartían entre los pastores; y con éstos, asociados a sus trabajos y a sus juegos, formaron un grupo de jóvenes cada día más numeroso (1.4.9).

Los jóvenes se educan pues en el vigor del cuerpo y en la fortaleza del espíritu, buscando siempre desarrollar aquellas virtudes que son imprescindibles para el liderazgo, dentro de una sociedad en un nivel todavía muy primitivo. Además de éste, dos son quizá los rasgos que más sobresalen en este texto de Livio: la asociación de jóvenes por un lado y el latrocinio por otro.

Todas las fuentes están de acuerdo en que los gemelos se rodearon de un grupo creciente de jóvenes, constituyendo una banda a cuyo frente se sitúa Rómulo, quien ya daba muestras de superioridad sobre su hermano. Estas asociaciones o "Männerbünde" son un fenómeno muy frecuente en las culturas primitivas. En el caso itálico, algunas son conocidas a través de su vertiente religiosa, como era el caso de los *luperci* romanos, dos colegios formados por doce jóvenes cada uno de ellos, y el de los *hirpi Sorani* de la vecina Sabina, estrechamente emparentados con los mencionados lupercos. Pero también tenemos noticia, en un tiempo más propiamente histórico, de otra manifestación de este mismo signo. Según se lee en el epítome de Trogo Pompeyo (Justino, 23.1), los lucanos enviaban al monte a sus hijos en el inicio de la pubertad, donde convivían con los pastores en unas condiciones muy duras, dedicándose entre otras cosas al saqueo y al robo como medio de subsistencia. Se trata de un fenómeno de carácter iniciático, en el que los jóvenes tienen que demostrar sus aptitudes para ser considerados hombres, guerreros, por tanto no muy diferente a otras prácticas

en vigor entre los griegos, sobre todo los dorios, como perfectamente se refleja en la *krypteia* lacedemonia. En este mismo contexto se puede comprender la infancia y la juventud de Rómulo y Remo, desarrollada al margen de la civilización y del orden, entre las bestias que pueblan ese universo primitivo que define el mundo del dios Fauno, patrono de los lupercos y muy vinculado a nuestros héroes.

Respecto al latrocinio, las fuentes no son muy explícitas, ya que suelen presentar a Rómulo combatiendo a los ladrones de ganado, sin actuar él mismo como tal. Quizá tan sólo Eutropio (1.1.2), de una manera taxativa, acusa a los gemelos de abigeato, lo que hay que entender como expresión de hostilidad de los autores cristianos hacia Rómulo y los primitivios pobladores de Roma. También Plutarco se refiere al bajo nivel social de los compañeros de Rómulo, razón por la cual los habitantes de Alba no quisieron mezclarse con ellos *(Rom.,* 9.2). El robo de ganado entre sociedades pre-urbanas, basadas en una economía con una fuerte componente pastoril, no era una actividad extraña, ni tampoco infamante para el que la practicaba, hasta el punto de que se introdujo entre las "disciplinas" para la educación de los jóvenes. Así lo hemos visto en el caso de los lucanos y sin duda también estaba en vigor en el mundo homérico, a juzgar por lo que cuenta Néstor sobre su juventud *(Il.,* 11.670ss.); también entre los germanos existían prácticas similares (César, *Bell.Gall.,* 6.23). Bajo este mismo prisma ha de entenderse, pues, la actividad de Rómulo como ladrón de ganado, que con tanto miramiento intenta ocultar la tradición canónica. Se trata sin duda de un elemento muy antiguo en la tradición, reflejo de una sociedad primitiva, de un mundo previo al nacimiento de la ciudad.

Esta apariencia de Rómulo, que inmediatamente veremos repetida en otros héroes latinos, se transforma en la segunda parte de su leyenda. En cuanto asume el papel de fundador, Rómulo se aproxima al tipo del *oikistes* griego. Por un lado, procede a la fundación física de la ciudad, con la delimitación del espacio urbano y la organización del territorio. Respecto a esto último, Rómulo concede a cada poblador una extensión de tierra similar, los *bina iugera,* dos yugadas de terreno que se suponía que bastaban para la alimentación de una familia; de igual manera, el fundador griego repartía entre los primeros colonos unas parcelas de tierras, los *kleroi.* En segundo lugar, Rómulo asume también las funciones de primer rey y otorga a la ciudad su primera constitución. De acuerdo con la idea griega, a su muerte Rómulo es objeto de culto, al igual que el *oikistes* alcanzaba la heroicización. Otra componente griega se identifica en la institución del *Asylum.*

Pero junto a esta influencia griega, y en ocasiones mezclándose con ella, Rómulo conserva y desarrolla rasgos indígenas. Uno de ellos es el ritual de fundación de la ciudad. Ante todo, Rómulo actúa como un augur romano, pues se sitúa sobre el Palatino, en un lugar llamado *Auguratorium* en

época histórica, y consulta a la divinidad sobre la conveniencia del acto a realizar, obteniendo una respuesta favorable a través del vuelo de las aves. A continuación viene la fundación en sí, que se cumple según las prescripciones de los libros sagrados etruscos. El *Tuscus ritus* era el ritual que se seguía en la fundación de las colonias romanas, de manera que se trasladaba a los orígenes una costumbre de época republicana. Pero en esta elección también hay que tener en cuenta el deseo y la necesidad de atribuir a Rómulo todos los aspectos fundacionales y, como veremos en su momento, es posible que Roma fuese simbólicamente fundada *Tusco ritu*. Una vez instalado en el trono, Rómulo actúa en todo como un personaje latino y su reinado prefigura en gran parte el de sus sucesores. Sobre el mismo se acumulan acontecimientos e innovaciones que verdaderamente corresponden a otros, pero que son trasladados por la necesidad de justificar el mismo hecho fundacional.

Un elemento problemático en la leyenda de Rómulo lo constituye su mismo hermano gemelo, Remo. Éste no desempeña ningún papel de importancia, no tiene autonomía propia (siempre aparece vinculado a Rómulo) y su presencia realmente resulta más molesta que necesaria. ¿A qué se debe entonces? La verdad es que la respuesta no es sencilla. La cuestión ya fue planteada por B. G. Niebuhr a inicios del siglo XIX y hace escasos años ha sido objeto de una brillante monografía de T. P. Wiseman. Entre uno y otro se han propuesto todo tipo de soluciones, pero ninguna por completo satisfactoria. Unos ven aquí la versión romana de un mito indoeuropeo; para otros sería reflejo de una dualidad originaria, pues Roma habría nacido de la unión de dos comunidades; hay quien también defiende la dualidad, pero trasladada al conflicto patricio-plebeyo; Mommsen lo veía desde el punto de vista constitucional, como explicación de la colegialidad de los dos cónsules republicanos; incluso no falta quien, como P. Kretschmer, propone no sin buenos argumentos una prioridad de Remo sobre Rómulo, de forma que el primero habría sido desplazado por el segundo como fundador de Roma.

La solución sólo puede encontrarse en la propia leyenda y en su evolución. Según hemos visto, la tradición sobre Rómulo se divide en dos etapas separadas por la fundación y con cronologías diferentes. Cuando Rómulo fue elevado a la cualidad de fundador de Roma, su leyenda había recorrido ya un largo camino. La imagen más antigua de Rómulo es la que le presenta como un héroe, quizá vinculado a la mítica ciudad de Alba y cuya gesta es muy similar a la de otros personajes legendarios. Probablemente en el siglo IV a. C., por influencia de la historiografía griega, Rómulo fue convertido en fundador y su imagen se transforma. Remo pertenece a la primera fase, de forma que los protagonistas de la primera parte de la leyenda son los dos hermanos. Cuando Rómulo es captado como fundador

por homonimia con Roma, Remo tiene que ser desechado, pues necesariamente el fundador es el primer rey y una monarquía compartida es impensable. Así se podría explicar por un lado el supuesto predominio originario de Remo, porque afectaría al estrato más antiguo de la leyenda, y por otro su desaparición, condición necesaria para que Rómulo pueda cumplir su destino fundacional.

D) Caeculo

La proximidad entre Rómulo y los héroes del Lacio se observa muy bien contrastando su figura con la de Caeculo, el legendario fundador de Praeneste. Según la leyenda, tras haberse quedado embarazada por una chispa que saltó del hogar, una mujer dio a luz un niño y le abandonó junto al fuego, al lado de un templo, donde fue encontrado por unas vírgenes que iban a buscar agua. Éstas le consideraron hijo de Vulcano, le llamaron Caeculo por sus ojos empequeñecidos a causa del humo y confiaron su educación a unos pastores. Al hacerse joven, Caeculo se rodeó de un grupo de jóvenes y se dedicó al bandidaje, hasta que finalmente fundó la ciudad de Praeneste. Durante una celebración religiosa, el héroe invitó a las gentes allí convocadas a permanecer en la nueva ciudad, y para persuadirles les dice que es hijo de Vulcano, pero, ante la incredulidad general, el dios se manifiesta envolviendo la cabeza del héroe en una corona de fuego.

Tres componentes fundamentales definen el relato tradicional: el nacimiento y exposición, la educación y por último la fundación de Praeneste. La primera está caracterizada sobre todo por el papel destacado que interpreta el fuego, reflejo de la estrecha unión del héroe con las divinidades pertinentes, Vulcano sobre todo y también Vesta. En la leyenda de Rómulo esta connotación se observa en la cualidad de vestal de Ilia, según veíamos en su momento, mientras que en el caso de Caeculo aparece magnificada, pues por una parte el héroe es hijo de Vulcano y por otra son vestales las jóvenes que le recogen tras ser expuesto.

La segunda parte del relato sobre Caeculo, referente a su educación y juventud, presenta todavía mayores similitudes al de Rómulo. Caeculo fue criado entre pastores y su educación fue dirigida por los hermanos de su madre, los *Depidii* o *Digidii*, personajes desconocidos que desempeñan la misma función que Faustulo en la leyenda de Rómulo. Al igual que éste, Caeculo se rodeó también de un grupo de jóvenes con los que se dedicaba al latrocinio. Virgilio introduce a Caeculo como uno de los que apoyaron a Turno contra Eneas y proporciona una imagen muy sugestiva de las fuerzas que acompañaban al héroe prenestino *(Aen.*, 7.678-690): se trata de una banda de pastores *(legio agrestis)*, armados de hondas y dardos, cubiertos con una piel de lobo y con la peculiaridad de llevar el pie izquierdo descalzo. Todos estos elementos no hacen sino recalcar el carácter iniciático del grupo, que se define como un

"Männerbund". Al frente de esta banda de pastores, ladrones de ganado y gente marginal, Caeculo funda la ciudad de Praeneste. El paralelismo con la figura de Rómulo es evidente, reafirmándose además a través del medio elegido para resolver el problema demográfico: la convocatoria de unas fiestas y la invitación a los participantes a permanecer en la nueva ciudad.

Relación con los dioses del fuego, exposición, crianza y educación entre pastores, jefe de un "Männerbund", actividad dirigida al latrocinio, fundador de una ciudad con elementos socialmente marginados, carencia de elemento femenino y convocatoria a las gentes de los alrededores, son factores que se repiten en las respectivas leyendas de Rómulo y de Caeculo. Pero esto no quiere decir que una derive de la otra, sino que son coincidentes porque ambas proceden del fondo tradicional latino y responden a idénticos estímulos. Al igual que Roma, Praeneste conoce también fundadores de origen griego, como un tal Praenestes, hijo de Latino y nieto de Odiseo (Solino, 2.9), y asimismo Telégono, hijo de Odiseo y de Circe (Pseudo-Plutarco, *Parall. min.*, 41). Pero al final prevaleció la tradición local, protagonizada por Caeculo, conservada según dice Solino en unos *Praenestini libri*, esto es, una compilación histórica similar a los anales romanos y de probable redacción sacerdotal.

E) Caco

Caco es otro héroe latino de características similares a los anteriores, pero su leyenda siguió una evolución negativa que le distanció de ellos. En los ambientes mitográficos del siglo XIX y comienzos del XX, Caco era tenido por una antiquísima divinidad vinculada al fuego, que habría experimentado una irreversible decadencia hasta llegar a encarnar una representación del mal. En el extremo opuesto, recientemente J. P. Small ha defendido que Caco tuvo una existencia histórica en la segunda mitad del siglo VI, ascendido a la categoría de héroe en el siglo IV para luego decaer. Pero ambas posturas son igualmente rechazables, pues los datos disponibles no permiten ver en Caco a un dios, pero tampoco a un personaje histórico.

La versión conocida más antigua sobre la leyenda de Caco se encuentra en Diodoro (4.21.2), donde es presentado como un príncipe del Palatino que recibe y agasaja a Hércules, probable reflejo de una visión evemerística sobre un personaje local realizada por un autor griego. Quizá vinculada a este mismo tronco de tradición, pero modificada en sus detalles y significado, es la versión que ofrece Dionisio (1.42.2-3). Aquí Caco se nos muestra también como un jefe local, que tiene su sede en el Palatino, pero que a diferencia del anterior practica sistemáticamente el latrocinio, enfrentándose finalmente a Hércules, quien le mata; a continuación algunos compañeros del héroe griego, entre los que se encontraba Evandro, ocupan el lugar de Caco. Esta versión parte de los mismos principios que la de Diodoro, pero pre-

sentando al protagonista de una manera más descarnada y sin duda también más real.

El siguiente testimonio sobre Caco proviene de fuentes etruscas y se encuentra representado sobre un espejo de Bolsena (siglo III) y sobre cuatro urnas clusinas (siglos III-II a. C.). Este Caco "etrusco" (Cacu) es muy diferente del que se describe en fuentes latinas, pues aquí asume rasgos apolíneos: Cacu es un *vates* que enseña su arte adivinatorio a un muchacho sentado a sus pies, Artile, mientras que en el fondo de la escena, escondidos entre los árboles, acechan los hermanos Caile y Avle Vipinas (los Vibenna latinos) con intención de apoderarse del adivino. Si bien los documentos son etruscos y algunos personajes también, es sin embargo muy posible que se refiera a una tradición latina, pues los Vibenna desarrollaron la mayor parte de su actividad como compañeros de Servio Tulio en la turbulenta historia de Roma en el siglo VI. Esta escena reflejaría entonces una reinterpretación etrusca de un personaje romano, del cual se toma uno de sus aspectos más sobresalientes, su cualidad de adivino, razón por la cual los Vibenna pretenden apoderarse de él y arrancarle determinados secretos. Generalmente se vincula a estos mismos ambientes etruscos una tradición transmitida por Solino (1.8-9), que procede del analista Cn. Gelio (siglo II a. C.) y en la que se mezclan personajes indígenas con otros etruscos y griegos. Caco es enviado por el etrusco Tarchon al reino de Marsias, pero, habiendo fracasado en su misión, funda un reino en las orillas del Tíber, donde entra en conflicto con Evandro y encuentra la muerte a manos de Hércules. De nuevo intuimos la presencia de un Caco adivino y cuya esfera de acción se sitúa en el Lacio tiberino, de acuerdo con los documentos etruscos anteriores.

A partir de la segunda mitad del siglo II a. C. las opiniones sobre Caco se modifican en un sentido negativo, de forma que es privado de su originaria condición de príncipe o jefe de una banda y su carácter cambia interpretado a través del griego *kakós*, "malo". La primera manifestación se encuentra en el analista Casio Hémina (en *OGR*, 6), donde Caco es presentado como un esclavo de Evandro, que roba el ganado a un tal Trecarano, huésped de su señor, y es castigado por éste, quien restituye lo robado a su propietario. La definición negativa de Caco se incrementa en los autores de época de Augusto. Según Livio (1.7.4-7) y Dionisio (1.39), Caco era un pastor, dotado de una gran fuerza física que utilizaba con fines egoístas, pues no era apreciado por sus vecinos; su empresa más sobresaliente fue robar los bueyes de Hércules, acción que provocó su muerte a manos del héroe griego. Los historiadores describen a Caco como un ladrón de mal carácter, pero mantienen su condición humana. Los poetas sin embargo avanzan un poco más en esa tendencia hacia su degradación, pues si bien admiten el mismo argumento, la imagen que proporcionan de Caco varía notablemente. Según Virgilio *(Aen.*, 8.190ss.), y tras él Ovidio *(Fast.*, 1.543ss.) y Propercio (4.9.1ss.),

Caco es un monstruo, *semihomo* (Propercio le describe con tres cabezas), hijo de Vulcano, que echa fuego por la boca y habita en una horripilante cueva; se dedica a atemorizar a las gentes del lugar y robarles su ganado, hasta que finalmente Hércules, víctima también de sus tropelías, le da muerte.

Es una opinión muy extendida que la fama del episodio de Hércules y Caco alcanzó en época de Augusto un punto culminante, debido a que este conflicto legendario servía a los intereses ideológicos del *princeps*, cuyo régimen se había establecido tras una guerra civil. La grandeza de Roma hundía sus raíces incluso antes de la existencia de la ciudad, con una victoria sobre el mal, la soberbia y la barbarie, hecho que se repite en esta refundación de Roma que se encarna en la "restauración" de la República por obra de Augusto y cuyos protagonistas son asimilados a los personajes de la leyenda. Pero si los autores de la época augustea defensores de la ideología oficial, especialmente Virgilio, pretendían utilizar la leyenda con fines propagandísticos, no es menos cierto que para ello rebuscaron en lo más profundo de la tradición hasta definir a un Caco que, aunque radicalizado en sus aspectos negativos, se inserta en lo más puro de la mitología latina. Ante todo Caco se nos presenta íntimamente vinculado al fuego, no sólo por ser hijo de Vulcano, sino que también está relacionado con Vesta a través de su hermana, Caca, conocida por un texto de Servio (*Aen.*, 8.190) que la convierte en protagonista de un antiquísimo culto perteneciente al entorno de Vesta. Caco es también definido como un pastor, un ser *agrestis*, vive en una cueva y practica el robo de ganado: pertenece por tanto a ese mismo universo salvaje e incivilizado característico de los héroes del Lacio. Pero a la vez posee algunos aspectos positivos, que con el paso del tiempo van desapareciendo pero cuya presencia se documenta en los estratos más antiguos de la leyenda, como su cualidad de adivino. Al mismo tiempo, Caco da su nombre a antiguos elementos topográficos del Palatino, como las *scalae Caci*, uno de los primitivos accesos a esta colina, y el *atrium* y la *regia Caci*, que le incluyen en la esfera de la soberanía. Además, en este mismo lugar se han encontrado fondos de cabañas pertenecientes a uno de los asentamientos más antiguos de Roma. En conclusión, Caco debió de ser un antiguo héroe vinculado al solar de Roma, un fundador frustrado que no alcanzó a culminar su destino, cuyas gestas no cuajaron desde el momento en que fue víctima de un proceso de degradación que le convirtió en un antihéroe.

3.2. La tradición histórica

Todas nuestras fuentes son unánimes al reconocer una lista de los reyes de Roma compuesta por siete miembros, que se suceden siempre según el mismo orden: Rómulo, Numa Pompilio, Tulo Hostilio, Anco Marcio, Lucio Tar-

quinio Prisco, Servio Tulio y Lucio Tarquinio el Soberbio. A ellos no cabe añadir ningún otro nombre, ni siquiera aquel Tito Tacio, rey de los sabinos, que durante cierto tiempo compartió el trono de Roma con Rómulo. El número de siete monarcas se estableció definitivamente en fecha bastante temprana, como parecen mostrarlo las estatuas arcaicas de estos reyes que, junto a la del Bruto que expulsó al último Tarquinio, se alzaban en el Capitolio (Dion Casio, 43.45.3-4). El relato sobre la gesta de cada uno de ellos es bastante uniforme en toda la tradición, no observándose más que pequeñas diferencias de detalle que no alteran el significado final. Éste es a grandes líneas un resumen del mismo.

Tras la muerte de Rómulo se decretó el *interregnum,* hasta que al cabo de un año fue elegido un nuevo monarca. Este honor correspondió a Numa Pompilio, un sabino residente en Cures y famoso por sus virtudes, pues personalizaba esa educación severa y austera característica de este pueblo. Pero Numa no quiso aceptar el trono sin antes contar con el beneplácito de los dioses, creándose para la ocasión el mecanismo de la investidura real. El reinado de Numa se extiende, según la tradición, entre los años 715 y 673 a. C. y es un complemento a la obra fundacional de Rómulo. En efecto, si el primer rey fundó Roma desde el punto de vista urbanístico y político, Numa hizo lo propio en el ámbito de lo sagrado. Todo el esfuerzo del rey se dirigió a proporcionar a Roma un soporte religioso y moral, imprescindible para que la ciudad tuviese una relación legítima con los dioses, así como suavizar el carácter de los primitivos romanos, demasiado habituados a la guerra, inculcándoles los valores del derecho y del respeto hacia los dioses. Para ello, Numa rompió con la política de su antecesor e inauguró una época de paz: firmó tratados con todos los pueblos vecinos y elevó un templo a Jano, cuyas puertas permanecerían cerradas cuando Roma gozase de paz exterior. Si a Rómulo se le atribuye la creación de casi todas las instituciones civiles, a Numa corresponden las religiosas. Además de la creación de algunos cultos y rituales, dos son las principales reformas que introdujo el nuevo monarca. En primer lugar, un calendario de doce meses, que con ligeras variantes posteriores estuvo según la tradición en vigor hasta la reforma de César en el siglo I a. C. Se trata de una institución fundamental en la vida de la ciudad, ya que a través del calendario se regulan las relaciones de los hombres entre sí y de estos con los dioses. A continuación reorganizó todo el sistema sacerdotal, creando algunos colegios y sistematizando otros de acuerdo con las nuevas circunstancias, y en todos los casos reguló las funciones y actividades de cada sacerdocio.

Frente al pacifismo de Numa, el nuevo reinado, personificado en Tulo Hostilio (672-641 a. C.), supuso un regreso a las prácticas de Rómulo. Tulo es caracterizado sobre todo como un rey belicoso, y en efecto al poco tiempo de sentarse en el trono, inicia una guerra contra Alba. El conflicto no se resol-

vió en batalla campal, como era lo normal, sino que de común acuerdo romanos y albanos designaron sendos campeones que combatieran por su respectiva ciudad. En uno y otro lado la responsabilidad cayó sobre tres hermanos gemelos, los Horacios por Roma y los Curiacios por Alba, para que mediante un combate singular decidieran la suerte de la guerra. El único superviviente de la lucha fue un Horacio, quien dio la victoria a Roma, de forma que Alba quedó vinculada a su enemiga. Pero el dictador albano, Metio Fufetio, no se resignó y en la inmediata guerra contra Veyes traicionó a Tulo. A pesar de ello, éste alcanzó la victoria y ordenó la ejecución de Metio, quien fue descuartizado. A continuación Tulo decidió destruir Alba y trasladar a sus habitantes a Roma, incluyendo a su aristocracia entre el patriciado y al resto entre la plebe. La última guerra de Tulo fue contra los sabinos y supuso una nueva victoria romana, lo cual enalteció todavía más el carácter del rey, ya preso de la soberbia, hasta el punto de que había descuidado cumplir sus deberes religiosos. Fue precisamente en estas circunstancias, mientras celebraba un ritual en honor de Júpiter sin observar todos los requisitos, cuando este dios, encolerizado, le mató con el rayo.

Si bien Tulo destacó sobre todo por sus hazañas guerreras, a él se vinculaban algunos aspectos jurídicos de importancia, como la regulación de los tratados internacionales con la participación de los feciales y ciertas prácticas procesales con intervención de los *duumviri perduellionis;* asimismo se le atribuía la construcción de la primera *curia Senatus,* edificio para las reuniones del Senado, engrandecido con la inclusión de las *gentes* albanas y que en su honor fue llamado Curia Hostilia.

A la muerte de Tulo, el poder pasó a Anco Marcio (640-617 a. C.), según las normas de investidura establecidas desde Numa. La elección no fue mal vista por ningún sector de los ciudadanos, cansados ya de la actitud y los modos de Tulo. Además, Anco era por su madre nieto de Numa, lo que daba esperanzas de retorno a una situación más equilibrada. Y en efecto así sucedió, pues el nuevo monarca representa una mezcla del espíritu guerrero de su antecesor y de la piedad de su abuelo. Sus primeras medidas fueron sistematizar las leyes de Numa, cuya custodia confió a los pontífices, y restablecer las ceremonias públicas, para a continuación defender la ciudad frente al ataque de los latinos. En esta ocasión, Anco instituyó el ritual de declaración de guerra, en el que asimismo el protagonismo correspondía a los feciales, tras lo cual entró en conflicto con los latinos. El rey conquistó las plazas de Politorium, Tellenae, Ficana y Medullia y trasladó sus habitantes a Roma. Para albergar esta nueva población, incorporó a la ciudad nuevos distritos añadiendo el Aventino, la *vallis Murcia* y el Janículo. Otro importante hecho del reinado de Anco fue la extensión del territorio romano hasta el mar y la fundación de Ostia, apropiándose de las salinas situadas en la desembocadura del Tíber.

Con Anco Marcio finaliza una etapa en la historia de la monarquía romana, pues su sucesor incorpora a la ciudad nuevos planteamientos. Tarquinio Prisco, como se llamaba el nuevo rey, era un etrusco que había llegado a Roma durante el reinado de Anco. Su padre era un griego, Demarato, un noble corintio miembro de la familia de los Baquíadas, que cuando se produjo la instauración de la tiranía de Cipselo en su patria emigró con los suyos, estableciéndose en la ciudad etrusca de Tarquinia, donde fue admitido como un ciudadano más. Aquí tuvo dos hijos, Arrunte y Lucumo, de los que sólo le sobrevivió el segundo, que se convirtió en heredero universal de una fabulosa fortuna. Lucumo sin embargo no fue bien visto por sus conciudadanos, que le reprochaban ser hijo de un griego exiliado, por lo que empujado por su esposa Tanaquil se dirigió a Roma, ciudad que acogía a todos los emigrantes. Así lo hizo, y cuando ya tenía la ciudad a la vista, sobre el monte Janículo, un águila descendió repentinamente sobre su él y le arrebató el sombrero y, después de revolotear, volvió a depositarlo en su cabeza. Tanaquil, versada en las técnicas adivinatorias, interpretó el prodigio en el sentido de que Lucumo sería rey de Roma. Éste se asentó en su nueva patria, donde fue admitido como uno más entre los patricios y le asignaron curia y tribu para ejercer sus derechos de ciudadano. Como prueba de su integración, Lucumo cambió su nombre etrusco por el latino de Lucio Tarquinio, llamándose así por la ciudad de procedencia. Inmediatamente Tarquinio destaca por sus virtudes políticas y militares, convirtiéndose en uno de los principales auxiliares del rey Anco, hasta el punto que éste le nombró tutor de sus hijos. A la muerte de Anco, estos últimos intentaron hacer valer ciertos derechos sucesorios, pero Tarquinio presentó su candidatura y, gracias a su habilidad, obtuvo el trono.

El reinado de Tarquinio –después llamado Prisco para diferenciarle del otro Tarquinio– se extiende entre los años 616 y 579 a. C. y se nos presenta lleno de acontecimientos. Por un lado, gran parte del mismo es ocupado por las guerras exteriores, que se dirigen contra los tres adversarios tradicionales de Roma, los latinos, los sabinos y los etruscos. Frente a los primeros, la acción de Tarquinio se centra primero en el sur del Lacio, donde se apodera de Apiolae, y a continuación en el territorio de los *Prisci Latini*, es decir, aquél situado entre los ríos Tíber y Aniene, donde el monarca conquistó las plazas de Collatia, Corniculum, Ficulea, Cameria, Crustumerium, Ameriola, Medullia, Nomentum y, según Dionisio, también Fidenae. Con esto, la hegemonía de Roma sobre el Lacio se presenta más fortalecida que nunca. También contra los sabinos llevó Tarquinio sus armas, a los que derrotó en varios combates, y de igual manera contra los etruscos, pero con la diferencia respecto a los monarcas anteriores de que el enemigo no se identifica solamente con Veyes, sino que ahora intervienen otras ciudades tanto del sur como del norte de Etruria. Gran importancia tienen tam-

bién sus reformas institucionales, que afectan a los principales órganos del Estado, como el Senado, las centurias de caballería y algunos sacerdocios. La reforma consiste en duplicar sus efectivos, con lo cual introduce en tales instituciones a individuos y familias afectas a su política, lo que no siempre consiguió según sus propósitos por la oposición de los grupos adversos, encarnados sobre todo en el augur Atto Navio. Por último, las fuentes destacan la labor urbanística de Tarquinio, consistente no sólo en la proyección de grandes monumentos, como la muralla o el templo de Júpiter Capitolino, que no llegaron a ser construidos, sino también en la mejora de la infraestructura urbana y en la distribución del espacio, resultando una ciudad más confortable. Tarquinio murió asesinado por unos pastores que actuaban por cuenta de los hijos de Anco, resentidos todavía por no haber heredado el trono de su padre y desesperados porque tampoco se pensaba en ellos para la sucesión.

A Tarquinio le sucede Servio Tulio, personaje sobre quien la analística no deja de mostrar grandes simpatías. Como parece indicarlo su propio nombre, este rey tuvo un origen servil. Según la versión canónica, pues en esta cuestión no hay unanimidad, el padre de Servio era Spurio Tulio, dirigente de Corniculum, muerto cuando Tarquinio conquistó la ciudad. Su madre, Ocrisia, fue hecha esclava y enviada al servicio de la reina Tanaquil, pero como entonces ya estaba encinta, dio a luz en el palacio de Tarquinio a un niño, llamado Servio por nacer en un estado de esclavitud y Tulio por su padre. Siendo todavía niño fue sujeto de un prodigio, pues mientras dormía su cabeza fue rodeada por una corona de fuego, que sólo se disipó cuando despertó. De nuevo Tanaquil da muestras de sus conocimientos adivinatorios y predice la realeza al joven Servio, y a partir de entonces éste se convierte en protegido de la reina y más tarde en auxiliar del rey. Cuando se produce la muerte de Tarquinio, Tanaquil prepara las cosas de manera que Servio es elegido rey y, aunque aquí tampoco existe unanimidad entre las fuentes, sí hay un acuerdo en que la entronización de Servio no se ajustó perfectamente a las normas de investidura establecidas.

Servio (578-535 a. C.) es presentado por la tradición sobre todo como un segundo fundador de Roma. Su mayor contribución no es otra que una nueva constitución, lo que en sí mismo supone un acto refundacional. El nuevo sistema político romano, conocido con los nombres de serviano y centuriado, es de carácter censitario, de forma que sitúa a cada ciudadano en la escala político-social en función de su riqueza. Para ello Servio estableció cinco *classes*, cada una dotada de un censo mínimo y que en su conjunto definen la infantería, ya que esta constitución tiene también una finalidad militar, que no es otra que adaptar el ejército al sistema hoplítico. Cada una de estas clases se divide en centurias, aunque no de forma equitativa, sino que la primera tiene muchas más que las demás clases. Servio situó por

encima las centurias de caballería, reclutadas naturalmente entre la aristocracia, y por debajo a los que por falta de recursos carecían de obligaciones militares. El cuadro se completa con dos centurias de técnicos y otras dos de músicos. El sistema así definido sirve de base para la formación de una asamblea ciudadana, en la que la decisión final corresponde a las clases superiores al actuar la centuria como unidad de voto. Tras publicar estas leyes, Servio convocó al pueblo en el Campo de Marte y elaboró el primer censo. Las reformas en la estructura político-administrativa fueron completadas con otra que afectó a las tribus, en virtud de la cual las antiguas tribus creadas por Rómulo fueron sustituidas por otras definidas como distritos administrativos, relativas tanto a la ciudad (tribus urbanas) como al territorio (tribus rústicas).

Al igual que sus antecesores, Servio se vio obligado a incrementar la extensión urbana mediante la inclusión en la ciudad de nuevos distritos, correspondiendo en esta ocasión al Quirinal y al Viminal; además amplió el área habitada en la parte del Esquilino. La Roma así definida fue a continuación circundada por un *pomerium* que describía una línea más amplia, así como por una muralla conocida con el nombre de muro serviano. Roma era sin lugar a dudas la ciudad más poderosa del Lacio, no sólo por el número de habitantes y extensión de su territorio, sino también por su superioridad política y militar. Así lo expresó Servio con la construcción del santuario a Diana a los pies del Aventino, erigido a imagen del templo de Artemisa en Efeso y con la intención de convertirlo en el centro de la confederación de los pueblos latinos. Bajo el reinado de Servio, Roma reafirma su hegemonía sobre el Lacio.

Con Servio Tulio, la monarquía romana alcanza su cénit, por lo que de acuerdo con la visión cíclica de la Historia, irremediablemente tiene que seguir una etapa de decadencia, situación que la tradición cargó sobre las espaldas del último rey, Lucio Tarquinio el Soberbio, hijo o nieto de primer Tarquinio según las fuentes. En su sobrenombre está implícita la visión que los antiguos trazaron sobre este personaje, cruel, violento, irrespetuoso con los dioses y con los hombres y, consecuencia de todo ello, protagonista de un gobierno tiránico que subvertía el legítimo principio monárquico. La perversidad de Tarquinio se manifiesta antes de su acceso al trono. Al igual que su ascendiente, este Tarquinio tenía también un hermano llamado Arrunte y ambos se habían casado respectivamente con las dos hijas de Servio, Tulia *maior* y Tulia *minor*. Todo lo violento que era Lucio, así de sensato era Arrunte, caracteres que se repetían en las dos Tulias pero sin coincidir en sus respectivos maridos. Así poco a poco se va produciendo un acercamiento entre la decidida Tulia *maior* y su cuñado Lucio, que les lleva finalmente a dar muerte a sus respectivos hermanos y a contraer matrimonio entre ellos. Empujado por su nueva esposa, Tarquinio no frena su ambición y prepara asesinar a Servio, lo que finalmente hace con la ayuda de Tulia, quien incluso llegó a

pasar con el carro por encima del cadáver de su padre. Así comienza el reinado de Tarquinio el Soberbio (534-509 a. C.).

La tradición presenta a Tarquinio como un tirano en el peor sentido del término, pues no fue investido según lo establecido, gobernó de espaldas al Senado, al que por otra parte diezmó, y tampoco manifestó especial sensibilidad hacia las clases populares, sino que más bien al contrario, obligó a la plebe a trabajar en la construcción de las obras públicas. Pero al mismo tiempo, esa misma tradición no deja de reconocer que bajo su gobierno Roma obtuvo notables logros, especialmente en la política exterior. Si la hegemonía romana sobre el Lacio es ya un hecho en los reinados anteriores, ahora se consolida de manera más firme. Tras eliminar a un peligroso rival en la persona de Turno Herdonio, de Ardea, a quien Tarquinio acusó con pruebas falsas de un delito de traición e hizo ejecutar, integró a los contingentes latinos en el ejército romano e inició una campaña de conquistas. Primero venció a los volscos, apoderándose de la ciudad de Suessa Pometia, y a continuación, mediante el engaño, conquistó Gabii, a cuyo frente colocó a su hijo Sexto. El dominio de Roma sobre el Lacio se aseguró con la fundación de sendas colonias en Signia y en Circeii. La actividad de Tarquinio también sobresalió en las construcciones públicas, estando unidas a su nombre dos obras de gran importancia, una civil, de infraestructura, la cloaca máxima, que canalizaba las aguas que discurrían por el Foro llevándolas al Tíber, y otra religiosa, el gran santuario de Júpiter sobre el Capitolio, para cuya edificación utilizó el botín obtenido en la conquista de Pometia.

La necesidad de botín tanto para rehacer los recursos de la ciudad, maltrechos tras las grandes obras públicas, como para calmar el descontento de la plebe, llevó a Tarquinio a poner sitio a la ciudad de Ardea. Durante una noche y animados por la bebida, discutieron Sexto Tarquinio, hijo del rey, y su pariente Tarquinio Colatino acerca de sus respectivas esposas. Pero mientras la de Sexto mataba el tiempo en continuos banquetes, la virtuosa Lucrecia, esposa de Colatino, guardaba la ausencia de éste trabajando la lana junto a sus sirvientas, contraste que subraya las diferencias entre la mujer etrusca y la latina. La actitud de Lucrecia encendió tal pasión en Sexto, que a los pocos días la violó. Lucrecia convoca a su padre, su marido y algunos amigos, entre los que estaban Publio Valerio y Lucio Junio Bruto, les narra lo sucedido y en su presencia se suicida. Ante el cadáver de Lucrecia, Bruto jura venganza y promete que expulsará a Tarquinio del trono. Y así sucedió. Ayudado por Valerio, Lucrecio y Colatino, Bruto levanta al pueblo y al ejército contra el rey, quien se vio obligado a abandonar Roma dirigiéndose a Etruria. Entonces los romanos decidieron no volver a elegir a un rey y en su lugar, siguiendo lo escrito por Servio Tulio, fueron nombrados dos cónsules, Bruto y Colatino. Así finaliza la monarquía y se inicia

la República, que nació más por odio al monarca que al régimen. Durante algunos años Tarquinio intentó recuperar el trono por todos los medios, bien implicando en sus proyectos a diversas ciudades y caudillos etruscos o bien fomentando conspiraciones entre la juventud romana. Pero todo fue en vano, pues la naciente República supo defenderse con éxito frente a estos ataques. Tarquinio murió en el año 495 en su exilio de Cumas, donde había sido acogido por el tirano Aristodemo.

3.3. Historicidad de la tradición

3.3.1. Los relatos legendarios

En un capítulo anterior nos enfrentábamos a una valoración general de la tradición literaria en cuanto fuente de conocimiento para los orígenes de Roma. Ahora es ocasión de entrar más en detalle y tratar de comprobar lo que, en el relato tradicional, es susceptible de transportar un núcleo de verdad histórica. Naturalmente no toda la reconstrucción que acabamos de ver goza de idéntico valor, pues las tradiciones legendarias no ofrecen la misma confianza que las históricas, y dentro de estas últimas no todas han de considerarse bajo los mismos criterios.

Ante todo resulta evidente que la visión que los antiguos tenían de la prehistoria latina y de los orígenes de Roma no se ajusta a la realidad histórica. En ella se mezclan antiguas leyendas indígenas con otras procedentes de ambientes extranjeros, fundamentalmente griegas, lo que conlleva que esas mismas leyendas experimenten con el paso del tiempo diferentes cambios y enriquecimientos en sus contenidos. Además no puede dejar de percibirse la intromisión de concepciones historiográficas en principio extrañas a la mentalidad romana, lo cual no deja de determinar a su vez una influencia, en ocasiones decisiva, en el relato tradicional.

Pero a pesar de todas estas dificultades, hay un hecho que ya no ofrece dudas: la existencia de una mitología latina. El patrimonio mítico latino no es evidentemente tan rico como el griego, contando además con el inconveniente de que, al carecer de poetas arcaicos, ha llegado a nuestros días muy empobrecido a causa sobre todo de un proceso de desmitificación que se inició en fecha relativamente temprana. De ahí la dificultad en adquirir sus características principales, o en comprender con cierta firmeza el significado de los mitos y de los héroes. Los antiguos imaginaban en un lejano pasado un escenario en el que desfilan figuras diversas, dioses y hombres que no sienten escrúpulo alguno en mezclarse entre ellos, como sucede en la mitología griega. Este universo se sitúa en una época preurbana, en la que predomina la vida salvaje, agreste, en definitiva "incivilizada", de manera

que los primeros personajes son aquellos que tienen como misión ordenar el cosmos e introducir elementos civilizadores.

Sobre la lejanía en el tiempo en el que se desarrolla este mundo, tenemos un claro indicio en las divinidades que interpretan un mayor protagonismo. Algunas de ellas tienen a la vez rasgos humanos y divinos, como Jano, Saturno, Fauno y quizá también Pico, y son por lo general las que, en su vertiente humana, tienen una función "civilizadora". Otras, por el contrario, sólo figuran en cuanto que están directamente relacionadas con el nacimiento de los héroes, como es el caso de Marte, Vulcano y Vesta, lo que parece indicar que ocupaban un puesto ciertamente elevado en la jerarquía divina. A este respecto es muy significativa la posición de Júpiter, de quien todavía no se vislumbra de manera nítida su supremacía, que en época protohistórica será algo incontestable.

Los héroes por su parte parecen ajustarse a características comunes, si bien también hay diferencias. Un elemento muy señalado de los héroes latinos es su relación con el fuego, que se manifiesta sobre todo a través de Vulcano y de Vesta, dos divinidades estrechamente vinculadas al fuego creador, purificador. Vulcano era el padre de Caeculo y de Caco, pero no es ajeno a Rómulo, quien a su vez es hijo de una sacerdotisa de Vesta, diosa asimismo relacionada con Caeculo y con Caco. Marte comparte con Vulcano la condición de padre de héroes, pues además de Rómulo, su paternidad es invocada a propósito de Modio Fabidio, fundador de Cures, y de Erulo, mítico rey de Praeneste. Pero sabemos además que Marte y Vulcano no son divinidades extrañas entre sí, sino que el interpolador del gramático Servio (*Aen.*, 3,35) establecía entre ambos una proximidad funcional.

Otro aspecto prácticamente común a todos los héroes es su carácter agreste, su vida en contacto con una naturaleza salvaje. Este rasgo es reflejo por un lado de los rituales iniciáticos, por lo que es propio de la etapa juvenil; pero va más allá, desde el momento que Rómulo, Caeculo y Modio fundan sus respectivas ciudades con gente marginal, incivilizada. Pero este contacto con la naturaleza salvaje es por otra parte permanente en los reyes míticos y también en Caco, lo que parece llevarnos a una época en la que la fundación de una ciudad no era el objetivo primordial del héroe.

Una tercera característica es su predisposición adivinatoria, que se manifiesta de varias formas según los estratos de la leyenda. Así, Fauno representa las voces del bosque, oráculos de la naturaleza que escapan a cualquier control, adivinación salvaje, incivilizada, no sometida a regla o a disciplina alguna. Un estadio más avanzado lo personifica Caco, quien en el espejo de Bolsena recibe su inspiración de Fauno, aunque su imagen es la de un adivino apolíneo y se inserta en las tradiciones sobre la introducción del arte augural en Italia. Aquí se sitúa también Pico, protagonista en su faceta teriomórfica del oráculo sabino de Tiora Matiene en un santuario dedicado a Mar-

te, pero también representado con los símbolos del augur. Esta condición de Pico le introduce en un tercer nivel, más civilizado, que es el que asume igualmente Rómulo en el momento previo a la fundación de la ciudad y que luego será patrimonio de esta última.

Los dioses y los héroes nos retrotraen pues a una época muy antigua, anterior a la ciudad y en general a todo esquema organizativo de mediana entidad. Sus leyendas se refieren a las preocupaciones más elementales del hombre, a la fertilidad, a la guerra, a la agricultura, al cuidado del ganado, etc. El lobo tienen en este mundo un papel de importancia, que se refleja en el mito de Rómulo y en la festividad de los *Lupercalia*, estrechamente vinculada a los gemelos; pero también los compañeros de Caeculo se cubren con una piel de lobo. La condición de cuatreros, de ladrones de ganado, que exhiben algunos héroes habla asimismo en favor de una moralidad muy laxa y de una vida al margen de una organización estatal.

Este perfil del héroe latino se mantuvo vivo en la mentalidad colectiva durante mucho tiempo. Tan es así que no sólo se observa en los propios héroes, sino que en épocas históricas fue aplicado artificialmente a diferentes personajes, ficticios o reales, para elevarles a esta categoría. Tal hecho se observa por ejemplo en los protagonistas del nacimiento de la República, donde junto a figuras históricas, desfilan personajes ideados a propósito según el esquema del héroe tradicional, como Horacio Cocles, Mucio Escévola y la doncella Clelia. La instauración del régimen republicano asume las connotaciones de un momento fundacional y por tanto exige la presencia de héroes, configurados a imagen y semejanza de los de la leyenda, que garanticen su perdurabilidad. Desde otra perspectiva, el mismo esquema es aplicado a la heroína Camila, según parece una recreación literaria de Virgilio pero a partir de los criterios que definen al héroe tradicional. Si ahora nos trasladamos a un tiempo histórico, el caso más emblemático es el de Servio Tulio, a quien algunas versiones le otorgaban un nacimiento por completo maravilloso, con participación del fuego de Vulcano, que le asimilaba a los héroes. Probablemente la tradición sobre Rómulo atribuida a Promathion, mencionada anteriormente, no es sino una adaptación de la de Servio, como veremos en su momento.

Pero además de esta evocación de un mundo primitivo y lejano, ¿pueden estas tradiciones legendarias contener alguna información histórica? Tendencias recientes vuelven de nuevo a plantear una respuesta en sentido positivo. En estos casos se pretende generalmente buscar un nexo entre arqueología y mitología, de forma que si se trata de los héroes griegos presentes en el Lacio, el referente suele ser los viajes micénicos por las costas del Tirreno y, si por el contrario son leyendas locales, el correspondiente arqueológico no sería otro que los hallazgos de la edad del bronce. Muy conocida al respecto es la postura de E. Peruzzi, uno de los mayores defen-

sores de la historicidad de las leyendas y quien sin embargo no recurre a la arqueología sino a la lingüística. Mediante argumentos no muy convincentes, Peruzzi pretende demostrar la realidad del mito de Evandro y su ciudad sobre el Palatino como recuerdo de una presencia micénica en Roma; o también la existencia de una arraigada cultura griega en el lacio protohistórico, de la cual se habrían beneficiado Rómulo y Remo. Pero por lo general, la actitud de los historiadores no es tan radical, sino que viene a aceptarse, utilizando palabras de M. Pallottino, que "los recuerdos más o menos vagos sobre el asentamiento prehistórico del Capitolio, [fueron] transformados poco a poco por la fantasía popular o más bien por la especulación de los círculos sagrados en una fundación del dios venerado *ab antiquo* en el lugar", en referencia a Saturno y la mítica ciudad de Saturnia sobre el Capitolio, o que cualquier difusa reminiscencia de los viajes de los traficantes micénicos fue recogida por las leyendas sobre las "colonizaciones" heroicas griegas. Muy recientemente A. Carandini ha replanteado el problema con perspectivas más ambiciosas, si bien los resultados no son en absoluto satisfactorios. En opinión de Carandini, los dioses y los mitos no son históricos, pero sí puede serlo, al menos en su núcleo, la situación que reflejan, según una idea hasta cierto punto paralela a lo que en el mundo griego representan los personajes homéricos. Carandini traza un cuadro muy amplio de la cronología mítica del Lacio, poniendo en relación las diferentes leyendas con los restos arqueológicos y antiquísimos cultos, con la intención de ofrecer un panorama más complejo de la primitiva civilización latina, en sus articulaciones sociales y mentales.

La realidad sin embargo parece ir en otra dirección. Ciertamente no se deben rechazar de plano las tradiciones legendarias sobre el Lacio primitivo, pero en honor a la verdad hemos de reconocer que proporcionan más información sobre las mentalidades que las crearon que no sobre la época a la cual supuestamente se refieren. Resulta difícil creer, por ejemplo, que Evandro, introducido en Italia a finales del siglo III como fecha temprana, tenga algo que ver con los escasos fragmentos cerámicos de la edad del bronce encontrados en Roma, o que la llegada de Eneas al Lacio sea un recuerdo de antiguos viajes micénicos, cuando la presencia del héroe en tierras latinas responde exclusivamente a ciertos intereses griegos del siglo V. Por otra parte convertir a Caco en el último rey de los sículos antes de que éstos fuesen expulsados del Lacio por los aborígenes, acontecimientos que reflejarían la situación de la edad del bronce avanzada en la segunda mitad del siglo XII a. C., no deja de ser una completa y absoluta arbitrariedad. Algunas de estas leyendas pueden ser muy antiguas, pero la mayor parte son de elaboración más reciente, y a la vista de la fragmentariedad de la literatura latina republicana, resulta muy difícil establecer siempre las diferentes fases que, en su evolución, atraviesa una determinada leyenda. Los poemas homé-

ricos evocan un mundo muy lejano, pero describen situaciones relativamente recientes. Aplicar este principio a la prehistoria romana es imposible, puesto que no es fácil creer que la tradición oral haya podido conservar recuerdos reales sucedidos mil años antes.

3.3.2. La lista real

La historicidad de la tradición cambia con el relato sobre el reinado de Numa, mejorando notablemente a partir del primero de los Tarquinios, cuando las posibilidades de información, según veíamos en su momento, son más firmes. Un primer hecho que conviene tener en cuenta es la posible historicidad de la lista real. Toda la tradición está de acuerdo en que Roma tuvo siete reyes, según un orden que se mantiene de forma permanente. Esto puede indicar que la lista fue configurada en fecha antigua, anterior en todo caso a la historiografía analística. Un indicio muy claro lo proporcionan los nombres de los reyes, ya que rara vez se encuentran en la onomástica republicana y la mayoría pronto cayó en completo desuso.

Comenzando por los *praenomina*, y exceptuando naturalemente el nombre de Rómulo, se observa que Numa y Anco no se repiten en toda la onomástica republicana, siendo éstos los únicos casos conocidos; el nombre de Numa se relaciona por otra parte con el *Numasios* de la fíbula de Praeneste. Tulo es menos desconocido, pero a partir de finales del siglo V a. C. sigue el mismo camino que los anteriores, pues durante ese siglo tan sólo están documentados dos personajes con ese nombre. Por el contrario, los tres monarcas restantes tienen *praenomina* muy comunes, como son Lucio y Servio. El panorama que ofrecen los *nomina* reales es todavía más arcaizante. Todos ellos derivan muy probablemente de patronímicos *(Pompus → Pompilius, Hostius → Hostilius, Marcus → Marcius, Tarkhu → Tarkhunies, Tullus → Tullius)*, antiquísima estructura de formación del gentilicio. En cuanto a paralelos, apenas existen ejemplos en la onomástica republicana arcaica: sobre los Pompilios, el único conocido es el tribuno de la plebe del año 410; los Hostilios son prácticamente desconocidos, pues no se documenta en Roma ningún individuo con ese *nomen* hasta las postrimerías del siglo III; respecto a los Marcios ocurre algo similar, pues salvo el semilegendario Coriolano, cuya gesta se sitúa en los inicios del siglo V, no vuelve a aparecer hasta el siglo IV; por lo que se refiere a los Tulios, el único conocido en época arcaica es el cónsul del año 500 a. C., M' Tulio Longo; finalmente el gentilicio Tarquinio es propio de esta familia de origen etrusco que reinó en Roma en el siglo VI. Estos nombres tan singulares no pudieron ser inventados a propósito, pues exigiría una investigación previa sobre la onomástica arcaica difícilmente imaginable. Téngase además presente la siguiente coincidencia: una inscripción etrusca sobre vaso de la primera mitad del siglo VII menciona a una

tal Hustilei, esto es, una forma etrusquizada del latino Hostilia, el mismo nombre y la misma fecha del reinado de Tulo Hostilio. Todo lleva pues a pensar que la lista real fue redactada en fecha relativamente temprana, probablemente no anterior al siglo V, y en definitiva que los reyes, excepto Rómulo, pudieron haber sido figuras históricas.

Sin embargo, justo es decir que sobre la historicidad de los reyes, y con especial referencia a los que forman la primera serie, no existe un acuerdo unánime. Sus detractores alegan que tal como han sido transmitidas por la tradición, sus respectivas historias no resultan creíbles y además no obtienen confirmación por otras vías, sobre todo la arqueológica. Para explicar su presencia en el relato analístico se recurre a todo tipo de argumentos, alguno de lo más peregrino, como considerarles antiguas divinidades decaídas a la condición humana o incluso poniendo en relación los siete reyes con las siete colinas de Roma, interpretaciones contra las que, hace ya mucho tiempo, se alzó la aguda crítica de G. de Sanctis. Otros piensan que se trata de falsificaciones, creadas por familias plebeyas de época republicana para magnificar su origen con una pretendida ascendencia regia. En ambientes francófonos, por el contrario, se ha instalado con fuerza la teoría de G. Dumézil, uno de los grandes historiadores de las religiones antiguas, quien creyó descubrir una estructura presente en todos los pueblos indoeuropeos que explicaba el mundo divino y humano a través de tres funciones fundamentales: la de la soberanía, la guerrera y la productiva. Según Dumézil, los romanos carecían de una mitología y la sustituyeron por la historia de su pasado más lejano, y así construyeron el relato sobre sus primeros reyes a partir de la ideología trifuncional, de manera que Rómulo y Numa representan la función soberana, Tulo la guerrera y Anco la de la productividad. Recientemente se ha intentado también aplicar este esquema a los tres últimos reyes, aunque con menor éxito. Pero ninguna de estas propuestas es por completo satisfactoria, ya que todas ellas parten de un planteamiento metodológico inaceptable: primero hay que demostrar la inexistencia de los reyes y luego explicar su inclusión en el relato tradicional, no al revés. Cierto es que la arqueología no confirma de forma global lo que dicen los antiguos, pero tampoco lo desmiente, observándose por el contrario algunas significativas coincidencias. En capítulos sucesivos habrá ocasión de descender al detalle y comprender así el significado histórico de estos personajes.

La posible historicidad de los reyes no quiere decir sin embargo que la lista real sea exactamente auténtica, pues por razones de carácter biológico (corta esperanza de vida) e institucional (ausencia del principio dinástico) es difícil aceptar en su conjunto la cronología tradicional. Muy probablemente reinaron otros además de los ya conocidos, pero su personalidad debió caer pronto en el olvido. Aquellos que pervivieron sin duda lo deben a que su reinado estaba vinculado a acontecimientos de gran significación. Así, la figura

de Numa gira en torno a sus reformas religiosas, la de Tulo aparece unida a las tradiciones épicas sobre la destrucción de Alba y la gesta de los Horacios, mientras que la pervivencia de Anco probablemente se deba a su condición de antecesor de Tarquinio. A partir de este último, la lista parece ya más segura, como en general el tono del relato tradicional, y si bien se ha pensado que en Roma reinaron otros Tarquinios, la realidad es que no hay motivos de peso para negar la tradición, sino que, más bien al contrario, el siglo VI se explica perfectamente mediante la alternancia Tarquinio/Servio Tulio que proponen los antiguos.

4. El Lacio primitivo y la formación de Roma

Como acabamos de comprobar, la visión que ofrecen los antiguos sobre los orígenes de Roma no es aceptable para nosotros, por lo que necesariamente todo intento de reconstrucción e interpretación modernas ha de descansar sobre la arqueología, si bien bajo las premisas de cautela y precaución que se reclamaban en el primer capítulo del presente libro. A la luz de los datos disponibles, quizá sea conveniente, antes de entrar decididamente en materia, comenzar por exponer el contexto general en el que se va definiendo esa realidad histórica que conocemos como Roma, esto es, el panorama cultural existente en el Lacio a lo largo de los siglos iniciales del primer milenio, para a continuación intentar introducir en él los datos romanos y buscar, si es posible, una interpretación coherente, que tenga en cuenta no sólo la documentación arqueológica, sino también cualquier otro indicio que pueda ser de utilidad. De toda maneras, la conclusión que se obtenga tras este análisis no habrá de tenerse por definitiva, y desde luego difícilmente podrá dar respuesta a todas las cuestiones que puedan plantearse.

4.1. La cultura lacial

Con el nombre de cultura lacial se conoce aquella facies arqueológica, encuadrada en el contexto de la protohistoria italiana, característica de la región latina, representando por tanto la manifestación más antigua que permite identificar al pueblo que, de forma ya permanente, habitó el *Latium vetus*

en la antigüedad. Esta cultura se desarrolló fundamentalmente durante la edad del hierro, a partir del siglo IX a. C., pero sus raíces se hunden en el segundo milenio, durante la edad del bronce. En esta ocasión, no es necesario sin embargo considerar en su totalidad esta última etapa, sino tan sólo su segunda mitad, estructurada en tres grandes períodos llamados bronce medio, reciente y final. El primero (siglos XVI-XIV) se corresponde con la cultura apenínica, el segundo (siglos XIII-XII) con la subapenínica, mientras respecto al bronce final en el Lacio, su primera mitad (siglo XI) se identifica al protovillanoviano de la Etruria meridional y la segunda (siglo X) significa ya la primera fase de la cultura lacial propiamente dicha. En cuanto a la periodización y cronología absoluta, nos guiaremos por la propuesta, corregida, de H. Müller-Karpe, cuyos elementos veíamos en el primer capítulo.

4.1.1. Los precedentes de la edad del bronce (siglos XVI-XI a. C.)

El bronce medio puede tenerse como etapa de transición, en el sentido que es a partir de entonces cuando se inicia una tradición de poblamiento que, en gran parte de los principales centros latinos, puede considerarse como el comienzo de un proceso que culminará con la definición de las ciudades históricas. En otras palabras, durante el bronce medio se dibuja una situación que en cierta medida configura la época histórica. Estaríamos por tanto, en opinión de un nutrido grupo de especialistas, ante el punto de arranque de la protohistoria latina. Sin embargo, no hay que olvidar que todavía han de producirse significativas fracturas y modificaciones culturales para que pueda hablarse de un Lacio verdaderamente "latino" y en el umbral de la historia. No siendo escasos en número, los restos de este período conservados en el Lacio presentan sin embargo dificultades importantes de interpretación, pues son parciales y no proceden siempre de excavaciones sistemáticas. En general, el bronce medio asiste a una ocupación poco intensa del territorio, con modestos asentamientos de pocas decenas de habitantes y unas formas económicas todavía bastante pobres.

Las fases siguientes, aquellas que ofrecen material de tipo subapenínico y protovillanoviano, suponen un impulso notable respecto a la anterior. La documentación disponible, ahora más variada y de superior calidad, permite apreciar ciertas mejoras en las condiciones de vida, tanto en la configuración de los poblamientos, que tienden a localizarse preferentemente en situaciones de altura, como en la producción metalúrgica. Asimismo se observan cambios significativos en el mundo de las ideas mediante una difusión generalizada del ritual de la incineración, como se aprecia perfectamente en la necrópolis subapenínica de Cavallo Morto y en la protovillanoviana de Ficana. La mayor parte de estas transformaciones ha sido de una u otra manera vinculada a los contactos con gentes orientales, en especial aquellas proce-

dentes del Egeo, consecuencia de los viajes de micénicos y chipriotas a las costas tirrénicas de Italia. Pero los datos arqueológicos son sumamente escasos, pues aunque a los pocos fragmentos de cerámica micénica conocidos hace tiempo en la Etruria meridional se añaden ahora otros ejemplares procedentes de Casale Nuovo, en el Lacio meridional, no parece que por el momento resulte verosímil pensar en una influencia determinante sobre la Italia central tirrénica por parte de las culturas egeas.

Tal como se conocen, el bronce reciente y final –éste en su fase inicial– no permiten identificar una facies cultural específicamente lacial. Más bien parecen englobarse en un contexto más amplio, que tendría su epicentro en el sur de Etruria, en concreto en el área de los montes de la Tolfa, donde la facies protovillanoviana se desarrolla en toda su plenitud. La influencia de esta última sobre el Lacio es muy profunda, destacando al respecto la importancia de la franja costera como vía de comunicación y al mismo tiempo de penetración cultural. Así parecen demostrarlo los testimonios procedentes de Ficana, Osteria del Curato y sobre todo del entorno de Ardea, donde se localizan los restos funerarios de Campo del Fico y el "ripostiglio" (depósito de objetos metálicos) de Rimessone, datos estos últimos que, un tanto alegremente, han sido relacionados con la leyenda del rey etrusco Mecencio y su hegemonía sobre el Lacio meridional. De todas formas, las manifestaciones de la vecina Etruria contrastan por su riqueza con la sencillez de los datos latinos: sirva como ejemplo las grandes cabañas de Luni sul Mignone, San Giovenale o Monte Rovello, que poco tienen que ver con sus contemporáneas latinas de Doganella de Roccapriora, en los Montes Albanos.

Es durante la segunda mitad del bronce final, en el siglo X a. C., cuando tiene lugar el cambio más significativo. Mientras la cultura protovillanoviana continúa en el norte del Tíber y alcanza allí su madurez, en el Lacio nace y se desarrolla una forma cultural propia, ciertamente englobada en el conjunto de las manifestaciones del bronce final itálico, pero provista de rasgos originales que le conceden una completa singularidad: la cultura lacial. Pero con ella, se inicia también la historia del pueblo latino, considerado como una entidad étnica y lingüística que ya se diferencia claramente de su entorno.

4.1.2. Las primitivas comunidades laciales: fases I y IIa (1000-830 a. C. *ca.*)

La cultura lacial se inicia en su fase I con una singular caracterización cultural en el mundo funerario. Las tumbas, todas de incineración según la tradición del bronce final, reciben las cenizas del difunto en el interior de un vaso ovoide, una especie de olla, con cubierta cónica, pero en algunos casos la urna presenta la forma característica de una cabaña a imagen de las de los vivos; posteriormente, en la fase IIa, el cinerario puede ser también un vaso con tapadera en forma de techo de cabaña. La particularidad más singular

es quizá el tipo de ajuar, en el que todos los objetos están confeccionados en miniatura, no sólo los vasos, sino también aquellos de adorno personal e incluso las armas. Por último, en algunas ocasiones el ajuar se completa con una figura humana en terracota y asimismo miniaturizada. En su conjunto, se trata de un complejo que no tiene paralelo en ninguna otra región de Italia, salvo claro está en aquellos lugares donde su aparición se explica por influencia lacial. Tales son los casos de Etruria (montes de la Tolfa) y de Sabina (Camporeatino, Palombara Sabina), donde se documentan tumbas que presentan algunos de estos elementos propios del mundo funerario latino, sobre todo la urna-cabaña, que durante la cultura villanoviana (siglos IX y VIII a. C.) se extenderá por diversas regiones de Etruria, aun cuando en el Lacio ya se hubiese dejado de utilizar.

No cabe duda de que un ajuar funerario de estas características esconde un contenido ideológico muy profundo, aunque para nosotros resulte en muchos aspectos todavía enigmático. Todos los indicios conducen a suponer que estos primitivos latinos tenían unas creencias en el más allá bastante desarrolladas. La olla en la que se depositan las cenizas, que responde a un tipo específico, se ha convertido en la casa del difunto durante su vida de ultratumba, idea que va más lejos, perfeccionándose, con la forma híbrida del cinerario en la fase IIa y sobre todo cuando éste adopta la forma de la cabaña, máxima expresión de la urna en cuanto residencia del difunto. Por completo vinculados a esta concepción escatológica se encuentran otros elementos del ajuar, como esos objetos en miniatura que reproducen a escala reducida otros de tamaño real, de manera que si estos últimos son utilizados en vida, los primeros van a cumplir idéntica función pero en el más allá. También se interpretan en similar sentido los restos de alimentos sólidos, depositados en una pequeña escudilla, y de líquidos, denunciados por un tipo especial de vaso troncocónico; en ocasiones se pueden detectar algunos indicios de banquete funerario o de ofrendas alimenticias realizadas en honor del muerto, cuyos restos se localizan en situación diferente a la del ajuar.

La presencia de la estatuilla en terracota suscita por el contrario serias dificultades de interpretación. Generalmente se quiere ver en ella una expresión plástica del difunto en su nueva dimensión ultramundana, un soporte material que sustituye al cuerpo destruido por la incineración. Pero las cosas no parecen tan sencillas, pues al escasísimo número de casos conocidos (ocho en total durante las fases I y IIa), se unen otros datos de no fácil explicación, como la falta de una permanente caracterización sexual (cuatro son representaciones femeninas y otras cuatro asexuadas) y el hecho de que no siempre coinciden el sexo de la imagen y el del difunto. Todo esto ha sugerido interpretaciones muy diferentes a la anterior, y así recientemente M. Torelli ve en las estatuillas, según este autor siempre femeninas, la representación de una divinidad, quizá Ops, que habría mantenido una relación íntima con el difunto,

concebido como el rey a quien la diosa en cuestión otorgaría el poder mediante una hierogamia. Pero quizá esta interpretación sea un tanto arriesgada, pues, como acabamos de ver, en una época tan temprana las infuencias orientales debían ser muy escasas (por no decir inexistentes).

Las tumbas no sólo informan sobre el ritual y ciertas creencias en relación a la muerte, sino que también aportan alguna luz acerca del mundo de los vivos. Además, estas noticias son tanto más valiosas en cuanto apenas se conocen áreas de habitación. Ante todo conviene considerar la distribución geográfica de los poblamientos, ya que se observan ciertos cambios respecto a la situación previa. Restos de tumbas de la fase I se han hallado en muy contados lugares, concretamente en Roma, Lavinium, Antium y sobre todo en los montes Albanos; la necrópolis antes mencionada de Ficana parece más bien situarse en las postrimerías del siglo XI, en la transición a la primera fase lacial mejor que en esta última propiamente dicha. En relación a los asentamientos de la edad del bronce, se observan ahora algunas modificaciones que implican un desplazamiento del centro de gravedad hacia la región de los montes Albanos, en perjuicio de la franja litoral. En efecto, el área albana no sólo concentra en su seno la mayor parte de los yacimientos conocidos, sino que además es allí donde de manera más perfecta se reúnen los elementos que caracterizan la cultura material de la fase I. Pero al mismo tiempo, vemos cómo aquellos núcleos que tenían cierta importancia en la edad del bronce cesan de proporcionar información, y así en la cuenca del Tíber el único asentamiento que continúa en uso parece ser el de Roma. Esta redistribución poblacional no obedece a la llegada de un nuevo pueblo, algo de lo que no existe el menor rastro, sino a un replanteamiento de intereses que hace que los montes Albanos pasen a ocupar una posición central. La "hegemonía" albana prosigue durante gran parte del siglo IX, ya en la fase IIa, que asiste además a un incremento demográfico generalizado en todo el Lacio. Ahora se documentan restos de cultura lacial en localidades de gran significación histórica, como Ardea, Satricum y Gabii, donde se ha identificado una necrópolis de excepcional importancia para el estudio de la protohistoria latina, Osteria dell'Osa.

A tenor de la distribución geográfica de las necrópolis, y partiendo del hecho que cada una de estas corresponde a un asentamiento, el sistema de poblamiento se articulaba en pequeñas unidades, en aldeas que por lo general se concentraban en determinadas áreas. A la vista de la proximidad entre cada una de las unidades de poblamiento y de la larga distancia que mediaba entre cada área, se ha supuesto que las aldeas no eran por completo autónomas, sino que formaban parte de un conjunto sometido a la hegemonía de la aldea principal. De esta manera, Roma, Gabii, Lavinium, etc., podrían ser consideradas ya en esta época estructuras políticas unificadas, si bien compuestas por diferentes aldeas. La situación no parece sin embargo tan clara,

pues si esta interpretación podría *a priori* aceptarse en los lugares de las futuras ciudades, ya no sucede lo mismo respecto a los montes Albanos. Además, como veremos al hablar de Roma, los elementos de unión son tantos como los de separación. Por otra parte, no hay indicios sobre la existencia en estas primeras fases de una estructura política lo suficiente fuerte para asumir un papel protagonista, sino que éste debia corresponder sobre todo a los grandes grupos parentales. Ahora bien, esto no implica necesariamente una oposición entre las aldeas de una misma área, sino que, más bien al contrario, la cooperación entre ellas se puede suponer con facilidad, e incluso afirmarla, en relación a ciertas actividades de interés común, sean económicas, políticas, militares o cultuales.

En cuanto a la estructura social, las tumbas constituyen asimismo nuestra principal fuente de información, y a este respecto la necrópolis de Osteria dell'Osa, en Gabii, se erige como una magnífica guía. Hace ya tiempo se sospechaba que aquellas tumbas que contenían la urna-cabaña y la estatuilla humana, sea cual fuere su significado, pertenecían a individuos de posición social elevada. El análisis de la mencionada necrópolis gabina no sólo ha confirmado esta suposición, sino que ha permitido ir más allá en el conocimiento de las categorías sociales, aunque todavía nos movemos en gran medida en el campo de las hipótesis. Esta necrópolis, que se inicia en la fase IIa, contiene tumbas de incineración, similares a las de la fase I, y de inhumación, habiéndose comprobado la utilización simultánea de ambos rituales. En el sector más antiguo se han identificado dos grupos contemporáneos de tumbas, ambos de similar estructura y con ligeras diferencias en algunos aspectos formales, lo que parece señalar que hacen referencia a sendos grupos familiares. Tanto uno como otro se articulan a partir de un pequeño núcleo de tumbas de incineración, rodeado por un mayor número de otras de inhumación. El primero de estos rituales parece ser aplicado de forma selectiva, pues se limita a individuos del sexo masculino y miembros de ámbitos privilegiados, lo que justifica el esfuerzo y el gasto que exigen el ritual y el ajuar característicos de estas tumbas. En ellas se enfatizan funciones de importancia social, como la cualidad de cabeza de familia y sobre todo la guerrera; en este grupo se ha creído identificar una tumba perteneciente a un sacerdote y otra presuntamente destinada a un jefe de la comunidad, atribuciones que no son seguras. Las sepulturas de inhumación son más sencillas, las masculinas carecen de armas y las femeninas suelen presentar un ajuar más complejo, sobresaliendo algunas en referencia a mujeres de mayor prestigio. A pesar de estas aparentes diferencias, las únicas verdaderamente funcionales son el sexo y la edad. Los datos disponibles no permiten hablar de una sociedad estratificada, sino más bien sugieren una estructura muy simple, sin clases, donde prima como único criterio la pertenencia a un grupo familiar; dentro de éste, aquellos hombres que alcanzan la edad y la capacidad para llevar

armas adquieren un rango mayor, superado sin duda por el individuo que ocupa la posición de cabeza del grupo.

El ritual de la inhumación se extiende rápidamente por todo el Lacio en el siglo IX, apreciándose no sólo en Osteria dell'Osa sino también en otras necrópolis, incluidas las de Roma y las de los montes Albanos; en esta última área no obstante la incineración ofreció mayores dificultades a su desaparición. Antes de este hecho, la miniaturización del ajuar y la urna-cabaña dejan de aparecer, lo que sucede en un momento no posterior a mediados del siglo IX, es decir, ya en las postrimerías de la fase IIa. Pero la extinción de este ritual, con toda su carga ideológica y social, no tiene continuación en las prácticas inhumatorias, que entonces se imponen prácticamente con exclusividad. Las tumbas conocidas de los últimos momentos de la fase IIa y de la siguiente fase IIb son en su mayoría femeninas, mientras que en las masculinas se observa la misma tendencia en el ajuar que en las de inhumación de la fase IIa, por lo que aquellos hombres que desempeñaban importantes funciones sociales probablemente eran objeto de un ritual que por el momento no es apreciable en la investigación arqueológica. Por otra parte, en la extensión que entonces alcanza la inhumación se ha visto una influencia importante del exterior, en concreto de la cultura de las tumbas de fosa ("Fossakultur") procedente del sur de la Península Itálica.

Pocos son los recuerdos auténticos que la tradición literaria ha conservado de estos tiempos. Quizá uno de ellos, aunque no existe un acuerdo absoluto, se encuentre en una lista, transmitida por Plinio *(Nat. Hist.*, 3.69), que recoge los nombres de las comunidades que en un lejano pasado participaban en un sacrificio en el *mons Albanus,* nombre que recibía la cumbre más elevada de ese macizo montañoso, identificado en la actualidad con el monte Cavo. Sin duda se trata un estadio primitivo de la fiesta que en época histórica se conoce como *feriae Latinae,* durante la cual las ciudades del Lacio enviaban delegados y se celebraba conjuntamente en honor de Júpiter *Latiaris.* La lista que se lee en Plinio es muy singular, tanto por lo que dice como por lo que no dice. Éste es el texto:

> Junto a éstos, están los *populi Albenses* que tienen la costumbre de tomar la carne en el monte Albano, a saber Albani, Aesolani, Accienses, Abolani, Bubetani, Bolani, Cusuetani, Coriolani, Fidenates, Foreti, Hortenses, Latinienses, Longulani, Manates, Macrales, Munienses, Numinienses, Olliculani, Octulani, Pedani, Polluscini, Querquetulani, Sicani, Sisolenses, Tolerienses, Tutienses, Vimitellari, Velienses, Venetulani, Vitellenses.

Como puede observarse, se mencionan treinta topónimos, en su gran mayoría por completo desconocidos para nosotros y referentes a pequeñas comunidades que en época de Plinio ya habían desaparecido sin dejar ras-

tro. Llaman la atención algunos hechos, como la ausencia de las ciudades históricas, incluidas aquellas que luego surgirán en la región albana (Aricia, Lanuvium, Velletri, Labici, Tusculum, Bovillae); la única excepción sería *Fidenates,* si verdaderamente se refiere a Fidenae, lo que no es seguro. Todo esto parece indicar que la lista rememora una época muy lejana, cuando la estructura de poblamiento todavía se articulaba en pequeñas unidades, según el sistema de aldeas que acabamos de ver, dotadas de una cierta autosuficiencia y autonomía.

¿Cuál era la extensión territorial que abrazaba la lista? Ciertamente se trata de una pregunta de difícil respuesta, dada la imposibilidad de localizar todos los topónimos. Aun así, se han propuesto diversas soluciones a partir de aquellos nombres supuestamente identificables, tendiendo por lo general a abarcar en la práctica todo el Lacio. La misma Roma estaría incluida en la lista, aunque como es lógico no con este nombre. Las alusiones toponomásticas a Roma estarían en relación a algunas partes de la misma, de forma que los *Velienses* sería una referencia a la Velia, los *Querquetulani* al Celio (que era también llamado *Querquetulanus mons)* y los *Latinienses* al *ager Latinus* o *Latiniensis,* situado en la orilla izquierda del Tíber, frente al Vaticano. Con menor base, otros añaden a la lista los *Foreti* (Foro), los *Vimitellarii* (Viminal), los *Accienses,* los *Munienses* y los *Tutienses.* Esta multiplicidad de referencias a Roma recordaría una época preurbana, en la que el solar de la futura ciudad estaría ocupado por diversas aldeas; pero para aquellos que defienden la existencia en esta época de un poblamiento más o menos unificado, el único topónimo válido sería *Velienses,* relativo al núcleo del asentamiento definido por el conjunto Palatino-Velia-Foro.

Pero existen otras posibilidades, pues es tal nuestro desconocimiento sobre la toponimia del Lacio primitivo que inevitablemente tendemos a relacionar siempre aquellos nombres que son más próximos, sin que por fuerza tenga que ser así. Sirva como ejemplo *Querquetulani,* término que deriva de *quercus*, "encina", y que no debía ser infrecuente en el Lacio, y en efecto se conoce a otros *Querquetulani* (Dion., 5.61.3) que quizá haya que localizar en la moderna Corcolle, entre Tivoli y los montes Albanos. Algo parecido cabría decir sobre *Latinienses,* pues además del mencionado *ager* situado junto a Roma, nombres similares se identifican en la *collis Latiaris,* sobre el Quirinal romano; en el héroe Latino, vinculado en origen a Lavinium o a Alba; la epíclesis *Latiaris* del Júpiter albano; la vía Latina, que atravesaba el Lacio interior, etc. Además cuando Plinio califica a estas comunidades con los términos *populi Albenses,* se puede entender tanto por el lugar donde se celebra el sacrificio *(mons Albanus)* como en un sentido más amplio, es decir la región en la cual se sitúan tales *populi.* De ser cierto esto último, entonces la lista de Plinio sería, como quiere A. Bernardi, un fósil histórico relativo a la situación de los montes Albanos en tiempos protohistóricos, cuyas comunidades constituirían

una especie de federación sacra en torno a un culto común, pero sin mayores connotaciones políticas.

En esta sentido, hay que considerar que el concepto de nación latina, el *nomen Latinum*, es el resultado de un proceso por el que los habitantes del Lacio van tomando conciencia de su propia personalidad y que en los primeros momentos de tal proceso, esto es, las fases iniciales de la cultura lacial, probablemente existían diversos núcleos que impulsaron este desarrollo. Uno de ellos sería el definido por los *populi Albenses*, aquéllos situados en los montes Albanos y su vecindad inmediata; otro podría ser el de los *Prisci Latini*, localizados por Livio (1.38.4) en la región delimitada por los ríos Tíber y Aniene y los montes Sabinos; un tercero quizá podría identificarse en la costa, en torno al concepto de *Laurentes* y con centro en Lavinium.

4.1.3. Las transformaciones del siglo VIII: fases IIb y III (830-725 a. C. *ca.*)

El siglo VIII a. C. representa una época de gran importancia en la evolución del Lacio protohistórico. Es un momento de transición entre aquellas formas de tradición prehistóricas, todavía predominantes en las primeras fases de la cultura lacial, y otras más complejas que anuncian la próxima llegada de la estructura urbana. Si a la etapa anterior podemos calificarla como preurbana, ésta entra en el concepto de protourbano, especialmente en su segunda mitad, pues no sólo se modifican las condiciones en el poblamiento, sino que éstas van acompañadas de cambios paralelos en la vida social y económica. El panorama se completa con una mayor apertura al exterior, lo que se traduce en un fuerte impacto que sobre los latinos ejercen ciertas culturas extranjeras, fundamentalmente la griega.

El incremento demográfico, que ya actuaba a lo largo de todo el siglo IX, experimenta a finales del mismo un notable impulso, y como consecuencia se asiste al nacimiento de nuevos centros, algunos conocidos en la edad del bronce pero abandonados a continuación, al tiempo que los asentamientos ya existentes tienden a una mayor complejidad en su organización interna. En estos últimos, como Lavinium, Ardea, Satricum y Gabii, se produce a lo largo del siglo VIII un proceso de crecimiento y reorganización del poblamiento, que trae consigo la concentración del hábitat en el interior del perímetro de la futura ciudad. Sin embargo, no es probable, salvo quizá en los asentamientos de menor tamaño, que el hábitat fuese continuo, sino que más bien estaría articulado en diferentes núcleos, aunque más próximos entre sí y de mayor tamaño que en las fases anteriores. Similares características presentan los nuevos asentamientos, unos destinados a convertirse posteriormente en ciudades, como Praeneste y Tibur; otros por el contrario, pese a la fuerza con la que nacen, están llamados a desaparecer o a no rebasar el estadio del *oppidum*, como Ficana, Castel di Decima, Acqua Acetosa Laurentina,

La Rustica, Antemnae, Corniculum, etc. Por el contrario, en los montes Albanos la situación es muy diferente, pues si bien no se produce un vacío demográfico casi total, como se creía hace unos años, sí sufre una fuerte decadencia, de manera que el centro de gravedad de la cultura lacial se desplaza decisivamente hacia las zonas de llanura, allí donde surgen los grandes núcleos protourbanos.

La estructura interna de los asentamientos es ahora mejor conocida. Éstos tienden a situarse preferentemente en lugares elevados, en altozanos provistos de pendientes escarpadas que ofrecen por su propia naturaleza ciertas condiciones de seguridad. Además, allí donde se localiza su acceso natural, el poblamiento se refuerza con la construcción de defensas, bien sea una simple fosa excavada en la roca, bien un sistema más complejo consistente en fosa y muro de tierra, lo que los antiguos denominaban *agger,* cuyos ejemplos más antiguos conocidos datan de la primera mitad del siglo VIII (Ficana, Decima, Laurentina). En el interior del asentamiento las viviendas suelen ser cabañas, cuya planimetría adopta diversas formas (oval, circular o rectangular) y en ocasiones presenta delante de la entrada un rudimentario pórtico; asimismo a veces están rodeadas de un pequeño canal para recoger las aguas y evitar que éstas penetren en el interior de la cabaña. Fondos de las mismas se han encontrado en diversos núcleos del Lacio, incluyendo la propia Roma, datando las más antiguas de finales del siglo IX. En Satricum se ha podido comprobar que una de las cabañas situadas en la futura acrópolis estaba destinada al culto, representando la primera fase de una evolución que en el siglo VII conocerá ya una estructura arquitectónica; una situación arqueológica similar se documenta quizá en Ardea y en Gabii. En cuanto a la necrópolis, normalmente ésta es ya única y se retira fuera del poblado; tan sólo se admiten en el interior sepulturas de niños, situadas junto a la cabaña familiar. Las tumbas son casi exclusivamente de inhumación, excepto en los montes Albanos, donde la incineración sigue siendo dominante.

De nuevo el mundo funerario actúa como nuestro mejor testigo sobre la estructura social. La necrópolis de Osteria dell'Osa ofrece una distribución de las tumbas diferente a la que se observa en el período anterior, reflejo una vez más de los criterios sociales dominantes. Una parte de las sepulturas están esparcidas por toda la necrópolis, mezcladas con las de otras épocas, aunque dejando siempre un espacio entre unas fosas y otras. Pero un grupo consistente de tumbas, alrededor de sesenta, se acumula en un mismo espacio sin orden alguno, superponiéndose unas fosas a otras; las más antiguas se fechan en los inicios del siglo VIII y las más recientes a mediados del siguiente, si bien el núcleo principal se distribuye entre los años 770 y 740 aproximadamente. El centro está ocupado por dos tumbas, una masculina y otra femenina, provistas de objetos que indican un mayor rango, mientras que las demás se distribuyen a su alrededor. En general los ajuares son

pobres y con objetos estándar, sin apenas indicativos sociales y en ocasiones de sexo, e incluso algunas carecen de ajuar. Parece claro que la disposición de las tumbas es intencionada, pues en torno al grupo hay espacio libre, y que se valora más la posición que el ajuar. A partir de estos datos, A. M. Bietti Sestieri supone con razón que estamos ante un reflejo de la ideología gentilicia en el plano funerario, donde la unidad del grupo parental se destaca frente a otros miembros de la comunidad, que se entierran en fosas aisladas o en pequeños grupos esparcidos. Además, se podría diferenciar entre las tumbas de los gentiles (las que tienen ajuar) de las de los clientes (las que carecen de él), mostrándose así la complejidad que alcanza el ordenamiento gentilicio y los cambios sociales en curso.

Los ajuares funerarios son también indicativos de las modificaciones que experimenta la sociedad. Como veíamos con anterioridad, la fase IIb sigue en su primer momento la tradición anterior, de forma que las tumbas de inhumación no presentan grandes diferencias respecto a las de idéntico ritual de la fase IIa, mientras que las de incineración han perdido ya el simbolismo de la miniaturización y de la urna-cabaña. Sin embargo, en la fase III las cosas van cambiando poco a poco, y así las distintas funciones sociales comienzan a manifestarse con la deposición de armas –ahora en su tamaño natural– en las tumbas masculinas y ciertos objetos domésticos en las femeninas. Pero aun así, no hay grandes contrastes en cuanto al valor de los ajuares, salvo claro está en aquellas tumbas privadas del mismo. A partir de mediados del siglo VIII comienzan a manifestarse diferencias en la distribución de la riqueza. Algunas tumbas, tanto masculinas como femeninas, concentran objetos de alto precio y bienes de prestigio, avanzando una situación que alcanzará su cénit en el siguiente período orientalizante. Cerámica de importación, acumulación de objetos metálicos, magníficas armaduras e incluso un carro son algunos elementos que aparecen en determinadas tumbas, dando a entender con ello que los propietarios de las mismas han atesorado una riqueza superior a la media de la comunidad. Estamos en definitiva ante la ruptura de la anterior sociedad igualitaria y el nacimiento de la aristocracia, vinculada al ordenamiento gentilicio. Por ello este hecho está íntimamente relacionado con ese grupo de tumbas que acabamos de ver en Osteria dell'Osa, donde la diferencia social no se manifiesta todavía en el plano económico sino en el ideológico.

Estos cambios en el panorama social se acompañan de otros paralelos en el económico, presentándose ambos muy interrelacionados. El nacimiento de una clase dirigente implica un cambio en las condiciones de la producción, que casi necesariamente, y aunque no se disponga de evidencia arqueológica al respecto, tiene que incidir sobre el régimen de la tierra. La base de la riqueza de la naciente aristocracia latina se encuentra muy probablemente en la mayor ocupación de suelo, ya que la región,

como veíamos en un capítulo anterior, no dispone apenas de otros recursos naturales. Esto le permite acumular unos excedentes, surgidos de la explotación agrícola y de la ganadería, que puede utilizar para adquirir otro tipo de productos. La afirmación de la propiedad individual y familiar en un momento avanzado del siglo VIII se presenta como una condición imprescindible para el desarrollo de los cultivos arbustivos que, como la vid y el olivo, alcanzarán notable auge en la siguiente fase orientalizante. Asimismo su existencia exige la institución de la clientela, pues como veremos más adelante, el cliente recibe de su patrono una tierra en precario para su explotación.

Un factor de gran importancia en todos estos cambios lo representan los contactos con el exterior. El siglo VIII asiste a una notable intensificación en los viajes de pueblos del Mediterráneo oriental hacia la Península Itálica, como los fenicios y sobre todo los griegos, que hacia el año 770 a. C. crean un asentamiento estable en Pithekoussai, la actual isla de Ischia, afianzando su situación con la fundación años más tarde de Cumas, en la costa de Campania. La presencia de estas gentes actúa como un catalizador sobre la vida de los indígenas en toda la Italia tirrénica, incluyendo a los latinos, que ven acelerado su proceso histórico hacia formas de organización más complejas. En contextos arqueológicos de las postrimerías de la fase IIb aparecen algunos objetos cerámicos, de procedencia fenicia y griega, que reflejan esos viajes precoloniales que llevan al redescubrimiento del Tirreno por parte de navegantes orientales en su búsqueda de metales, de los que Etruria era una de las principales regiones productoras. A partir de la fundación de Cumas, hacia el año 750, los contactos se estabilizan y se hacen más frecuentes, con lo cual no sólo se introducen objetos de fabricación extranjera en ambientes indígenas, sino que al mismo tiempo estos últimos sufren un proceso de aculturación ciertamente intenso. Como consecuencia hacen su aparición nuevos elementos culturales y técnicas productivas más avanzadas, que necesariamente inciden sobre la producción local. En el campo de la cerámica, los latinos conocen entonces la utilización del torno, así como técnicas relativas a la depuración de la arcilla y a la decoración pintada, lo que permite fabricar productos de mejor calidad y en mayor número. La especialización en el trabajo, hasta entonces limitada al ámbito de la metalurgia, se extiende a la cerámica, que si para determinados tipos de uso común conserva un carácter doméstico, exige ya la participación de especialistas en la fabricación de vasos de calidad. Los artesanos indígenas aprenden de los griegos las nuevas técnicas, decorando también sus vasos con motivos procedentes del repertorio euboico y cicládico de estilo geométrico. Esta cerámica de imitación, junto a la de fabricación griega, se destina a un consumo elitista, saciando la necesidad de bienes de prestigio que de forma incesante exige la naciente aristocracia.

Algo similar sucede con el metal, cuyo uso se incrementa notablemente en esta época, contándose además con la posibilidad de elegir entre el bronce y el hierro. Este último se convierte con rapidez en la materia prima más demandada, mientras que el bronce, a pesar de ser relegado a un segundo lugar, sirve todavía a un gran número de objetos. Gran parte de la producción metálica latina se vincula a Etruria, de donde procede la materia prima, pero junto a ésta existe también una corriente de inspiración campana, es decir, griega colonial, y otra surgida en el propio Lacio. La independencia del artesano que le proporciona su especialización es un aspecto más a tener en cuenta para valorar la sociedad latina del siglo VIII, que rompe ya definitivamente con esa estructura tan simple que dominaba durante las primeras fases.

4.1.4. La época orientalizante: fases IVa y IVb (725-580 a. C. *ca.*)

Con el término orientalizante se conoce aquella forma cultural definida por la aceptación de las experiencias figurativas del Próximo Oriente. El fenómeno es común a todo el Mediterráneo, apareciendo primero en Grecia en la primera mitad del siglo VIII, donde produce una ruptura del rigorismo impuesto por el geométrico, y trasladado en un momento posterior a Italia tanto por gentes propiamente orientales como por los mismos griegos. En la Península Itálica son los etruscos, protagonistas de contactos más intensos con el exterior, los que mejor asumen los nuevos modelos culturales, pero éstos inmediatamente se hacen sentir también en el Lacio. Antes de nada, hay que tener en cuenta que no se trata simplemente de un fenómeno decorativo, sino que tiene implicaciones muy profundas, que si bien no llegan a los niveles del mundo griego, donde el orientalizante supone una nueva visión del mundo, sí trae consigo notables alteraciones en los ámbitos social, económico y cultural.

Siguiendo las pautas de la civilización etrusca, el período orientalizante en el Lacio se suele dividir en tres etapas, denominadas orientalizante antiguo (725-670 a. C.), medio (670-630 a. C.) y reciente (630-580 a. C.); las dos primeras constituyen la fase IVa de la cultura lacial, mientras que la última, identificada en el Lacio por G. Colonna, forma por sí misma la fase IVb. Esta periodización responde fundamentalmente a criterios arqueológicos y resulta útil para clasificar los materiales y fijar un esquema cronológico general. Sin embargo, ha recibido críticas desde sectores más implicados en la interpretación histórica, que observan cómo los cambios más significativos no se corresponden con el inicio de las diferentes etapas, mientras que para algunos la fase IVb no debería quizá encuadrarse en la periodización protohistórica sino más bien considerarla como el comienzo del período arcaico. Pero por coherencia con la exposición anterior, aquí seguiremos los criterios arqueológicos para caracterizar los principales aspectos de este importante período.

Por lo que respecta a las condiciones del poblamiento, hemos de suponer que tiene lugar una mayor cohesión en la articulación interna de los asentamientos, ya que los datos arqueológicos no ofrecen cambios sustanciales sino hasta mediados del siglo VII, momento en el que se inicia un rápido proceso hacia la urbanización. En las décadas iniciales del orientalizante la vivienda sigue siendo la cabaña, de estructura similar a la de épocas anteriores. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo VII se introducen las nuevas técnicas de construcción, importadas probablemente desde Etruria, que evolucionan con rapidez hasta dar lugar a verdaderos edificios. Uno de los ejemplos más antiguos se encuentra en Ficana, donde han aparecido los restos de una casa, fechada hacia el año 630, que tenía cimientos de piedra y muros fabricados con un aparejo de palos y un amasijo de ramas revestido de arcilla, todo ello cubierto con una techumbre de tejas. Esta nueva técnica se perfeccionará en los decenios siguientes mediante la introducción de ladrillos para las paredes y de una decoración en terracota para cubrir las partes lígneas que forman la estructura del edificio.

En su modo más perfecto y completo, las nuevas construcciones tienen sobre todo un carácter público, tanto religioso –en Satricum la cabaña-templo será sustituida hacia el 630 por un edificio de estas características– como civil, aplicándose quizá también en viviendas privadas tal como sucedía en Etruria (los llamados palacios), aunque todavía no se disponga de testimonios muy precisos para el Lacio. De todas maneras, la casa de piedra, ladrillo y tejas se convierte en el escenario de la vida cotidiana de la aristocracia, que de esta manera obtiene un nuevo medio para distinguirse del resto de la población, que en su mayoría conserva como vivienda la antigua cabaña.

El mundo funerario sufre asimismo importantes cambios, tanto en el ritual como en la estructura de la tumba, al tiempo que sigue reflejando fielmente las características de la organización social. Los objetos del ajuar funerario, incrementados notablemente en número y calidad, se depositan ahora en el lado derecho del difunto, en vez de en la cabeza o en los pies, como era normal hasta entonces; esta costumbre obliga a ampliar la fosa, que en ocasiones presenta incluso un nicho lateral para acoger parte del ajuar. Tales objetos están en relación a la riqueza del muerto y destacan como siempre sus funciones sociales. Pero además aparecen algunos vasos rotos y esparcidos por la fosa antes de la deposición del ajuar, lo que parece señalar un ritual de libación en honor del difunto. La tipología de las tumbas es mucho más variada, desde la más simple de fosa, propia de la mayor parte de la población, hasta otras que exigen un mayor gasto y que por tanto son características de una clase social más elevada: tales son las tumbas de cista, las de pseudo–cámara y las de cámara, estas últimas más recientes.

Un importante aspecto viene dado por la tendencia a organizar las necrópolis por grupos de tumbas, lo que sin duda quiere indicar la existencia de

una relación de parentesco entre los miembros de cada grupo, así como la afirmación de la familia en cuestión sobre la propiedad del terreno donde se sitúan sus sepulturas. Un grupo identificado en Decima, por ejemplo, contiene tumbas separadas entre sí por lapsos de tiempo de una generación, muestra del interés del grupo por manifestar públicamente la consistencia de sus vínculos familiares. Un caso muy representativo es el de la necrópolis de Laurentina, donde los grupos se articulan según un criterio jerárquico, con las tumbas principales, normalmente de cista y provistas de un rico ajuar, situadas en el centro y a su alrededor otras más pobres, sugiriendo la presencia de una estructura gentilicia, conforme a la tradición de época anterior. Una novedad, dentro de esta misma línea, la representa el hallazgo en una misma fosa de restos de dos o tres individuos pero con un único ajuar, lo que permite suponer un estrecho vínculo entre ellos que sólo puede ser de naturaleza parental. Pero donde mejor se aprecia este fenómeno es sin duda en las tumbas de cámara, concebidas para albergar diversos cuerpos todos de miembros de la misma familia, como sucede en el único ejemplo de estas características existente en Osteria dell'Osa, donde se llegaron a realizar once inhumaciones.

Los datos ofrecidos por las necrópolis, tanto el tipo de tumba como el respectivo ajuar, muestran la existencia de una realidad social bastante estratificada, confirmando que el proceso de diferenciación en cuanto a la apropiación de la riqueza alcanza ahora su total plenitud. En la cúspide de la jerarquía social se asienta la aristocracia, que con el orientalizante manifiesta su esplendor de forma más ostentosa. En efecto, todo el boato y el exotismo que trae consigo este fenómeno cultural, aunque afecta en diferente grado a otros grupos sociales, se adapta perfectamente a los ideales y modo de vida de la aristocracia, que se yergue en receptora de la mayor parte de los productos de importación y desde luego de los de mayor precio. Pero los nobles no sólo adquieren tales productos, destinados a realzar su superioridad y considerados por tanto como bienes de prestigio, sino que en muchas ocasiones admiten también el destino, el uso para el que dichos productos han sido fabricados e incluso la carga ideológica que contienen en origen. Sirva como ejemplo el banquete como centro social y cultural de la vida aristocrática, práctica que se introduce en el Lacio conjuntamente con los vasos griegos, de los que una gran mayoría tenía un carácter simposíaco, y que llegó a tener un fuerte arraigo en los círculos aristocráticos, que demandaban a los ceramistas locales productos para este fin, como lo prueba la magnífica vajilla de mesa hallada junto a una de las casas de Ficana. En el terreno de las ideas, otra importante aportación del orientalizante es la escritura, como hemos visto en un capítulo anterior, cuyo conocimiento y uso aparecen en un primer momento reservados a la clase superior, no apreciándose su difusión a otros niveles sociales sino hasta finales del siglo VII.

También en el ámbito de la producción primaria la aristocracia absorbe las aportaciones del orientalizante. Ya hemos visto cómo los cultivos de la vid y del olivo experimentan en el siglo VII un auge muy notable en el Lacio. Desde el mismo momento de su introducción, ambos cultivos, así como sus respectivos productos, se identifican con las prácticas de la aristocracia. Ante todo, el vino y el aceite asumen la connotación de bienes de prestigio, por lo que su consumo aparece reservado a las capas sociales más elevadas, como se observa en el destino de ambos. El aceite se utilizaba sobre todo para la elaboración de perfumes y ungüentos y de ahí su alto precio. A través de la cerámica, se puede comprobar que los latinos aprendieron de los griegos, ya a finales del siglo VIII, el uso de ungir el cuerpo con aceite, costumbre por completo aristocrática, y el incremento de vasos destinados a contener tales productos, los *aryballoi,* tanto importados como de imitación, atestiguan la extensión paralela de esta práctica. Algo similar sucede con el vino, unido desde el principio a la ceremonia del banquete, centro como acabamos de ver de la vida aristocrática. Esta misma clase social es la única capacitada para realizar las inversiones que exigen la viticultura y la olivicultura y también la única en disponer de suficientes recursos para soportar los altibajos en la producción, característicos del olivar. Además, este último sólo es rentable si se cultiva en grandes extensiones, algo que naturalmente se daba exclusivamente entre la aristocracia. En conclusión, la vid y el olivo vienen a representar en la agricultura la superior situación de los nobles y una de sus fuentes de poder económico.

El papel de la aristocracia como máxima jerarquía social y protagonista del orientalizante se manifiesta sobre todo en los ajuares funerarios, perfecto reflejo de la situación existente entre los vivos. La riqueza que llegan a albergar las tumbas de los nobles es extraordinaria, destacando en este aspecto los testimonios de Praeneste. Las tumbas prenestinas, fechadas en el primer tercio del siglo VII, son de pseudo-cámara y contenían un único enterramiento, bien masculino (Bernardini, Barberini), bien femenino (Castellani, Galeassi). Los ajuares son fastuosos, abundando los objetos fabricados en materiales preciosos, oro, plata y marfil, así como otros de procedencia egea y oriental, lo que hace que con total acierto hayan sido calificadas como "principescas" y no tengan nada que envidiar a conjuntos similares de la Etruria contemporánea. Ejemplos como los de Praeneste no se conocen en el Lacio, aunque hay noticias de otras tumbas que, sin alcanzar la riqueza anterior, también son llamadas principescas (Tibur, Vivaro, Decima, etc.). Como explicación de este hecho se ha comparado el caso de Praeneste con el de algunos centros etruscos periféricos, donde la aristocracia alcanza niveles extremos de riqueza, obtenida fundamentalmente de la explotación de recursos naturales, sobre todo la ganadería, y del control que los nobles prenestinos ejercían sobre las vías de comunicación, en especial la Latina, que absorbía parte importante del flujo comercial entre Etruria y Campania.

Pero es en otras necrópolis, como las de Decima y Laurentina, donde mejor se pueden apreciar los contrastes sociales y económicos, ya que en Praeneste se desconoce cómo se enterraba el resto de la población. En Decima existen algunas tumbas principescas, como la 15, que contenía los restos de un guerrero provisto de armas, un carro y abundante material de importación y metálico; o la 101, llamada "Tumba de la Princesa", perteneciente a una mujer cuyo ajuar funerario ofrece, junto a objetos de alto precio, un carro, lo que indica que éste no tenía en el Lacio un fin bélico sino ceremonial, de prestigio. Por debajo de éstas, otras tumbas contienen menor riqueza, con algunos objetos de importación o incluso vajilla metálica, y así sucesivamente hasta aquellas que sólo presentan productos de fabricación local. El panorama que se encuentra en Laurentina es similar. Así, entre las tumbas masculinas unas tienen lanza y espada y otras solamente la lanza, siendo las primeras las de ajuar más rico, diferencias de riqueza y *status* que también se observan en las inhumaciones femeninas.

La cualidad de la aristocracia como clase superior se manifiesta en otros aspectos. Gracias a su mayor poder económico, social y político, los nobles toman conciencia de su situación privilegiada y la trasladan al campo ideológico. Si la interpretación del epígrafe inciso sobre el célebre vaso de Duenos que propone Colonna es la correcta, como así parece, este término no indicaría el nombre del artesano sino un adjetivo sustantivizado, de manera que no sería sino la forma arcaica de *bonus*, "bueno". Como veíamos en el primer capítulo, este vaso es un objeto perteneciente al ambiente aristocrático, que refleja por tanto sus ideales y estilo de vida, por lo que cabe pensar que *bonus* es el calificativo que se da a sí mismo el noble, similar al *agathós* de la aristocracia griega arcaica y contrario a *malos*, "malo" (griego *kakós)*, aplicado al resto de la población. En este sentido es fácil deducir que la aristocracia latina desarrolló también el ideal del noble como hombre superior, de forma que el par antitético *duenos/malos* que se lee en la inscripción del vaso se corresponde al griego contemporáneo *agathós/kakós*, principio que se sitúa en la base de la moralidad aristocrática y proporciona una conciencia de clase dirigente y justifica su situación de poder.

A partir de aquí, se destaca otro importante aspecto de la aristocracia, la solidaridad de clase, que encuentra asimismo estrechos paralelos en la Grecia arcaica, aunque quizá en este ámbito el mundo etrusco-latino fue más lejos. En efecto, una característica de la sociedad etrusco-latina en épocas orientalizante y arcaica es la movilidad social de carácter horizontal, muy bien definida por C. Ampolo. Se trata de un mecanismo en virtud del cual un noble se desplaza a una comunidad diferente de la propia y es allí socialmente aceptado sin merma de *status*, de forma que adapta su nombre a la lengua de su nueva patria y se convierte en un elemento más de su clase dirigente. Este fenómeno está muy bien documentado en la epigrafía, sobre todo

en la etrusca, más rica que la latina, pero que se produce por igual en las dos regiones. Así sabemos que un Fabio vivió en la etrusca Caere hacia el año 630, y en Veyes está documentado un Tite Latine que denuncia asimismo a un latino asentado en Etruria. En esta última región no faltan nombres de origen griego (Larth Telicles, Rutile Hipukrates) o itálico (Ate Peticina) que encontraron allí una nueva patria. La corriente hacia el Lacio es similar, tanto de individuos griegos, como lo demuestra la tumba 125 del Esquilino en Roma, como etruscos, de lo cual da fe la tradición literaria. Una vertiente de este fenómeno se realiza a través del matrimonio, y así en un capítulo anterior se recordaba a una Hostilia (Hustilei) que probablemente se había desplazado a Vulci, en Etruria, para contraer matrimonio con un noble etrusco. Como veremos en su momento, no faltan tampoco en el Lacio ejemplos de este tipo, como es el caso de la madre del rey romano Servio Tulio.

Para completar este panorama de la sociedad orientalizante necesariamente hemos de detenernos en la figura del artesano. La tendencia hacia la especialización en el trabajo iniciada en el período III continúa en el siguiente, acentuándose la mayor independencia y presencia social de los artesanos. La tradición concedía precisamente a Numa, a finales del siglo VIII, la organización de los trabajadores no agrícolas en colegios profesionales (Plutarco, *Num.*, 17.3; Plinio, *Nat. Hist.*, 34.1; 35.159), aunque otra versión prefería atribuir tal hecho a Servio Tulio (Floro, 1.6.3). Si bien esta última presenta más visos de historicidad, el hecho en sí mismo demuestra que los artesanos constituían desde hacía tiempo una categoría social consistente y en crecimiento, a la que era necesario regular. Y en efecto, el siglo VII representa una etapa de consolidación para los artesanos, como se puede apreciar analizando su producción, sobre todo en el campo de la cerámica, donde los datos son más abundantes. El uso del torno del alfarero está ya prácticamente generalizado, aplicándose a la producción de cerámicas de tradición local y no sólo a las de imitación. Además, entre las primeras se llega a formas tan estándar, que es posible pensar que casi toda la cerámica en circulación es obra de artesanos especializados, aunque todavía se encuentran ejemplares hechos a mano de probable origen doméstico. La especialización llega al grado de que en algunos núcleos se concentran talleres dedicados casi en exclusiva a la producción de una clase de cerámica en particular, alcanzando notables niveles de calidad, como el impasto rojo en Decima, el impasto oscuro en Satricum o la arcilla depurada en Roma. Los vasos obedecen en sus formas tanto a la tradición local como a la imitación de cerámicas extranjeras, griegas o etruscas; por lo que se refiere a estas últimas, en la segunda mitad del siglo VII se instalan en el Lacio talleres dedicados a la producción de "bucchero" de media y baja calidad.

La estructura de los poblamientos se modifica decisivamente en el tercer cuarto del siglo VII, acelerándose el proceso en torno al año 600. No se

trata simplemente de un cambio en la apariencia externa, con la sustitución de la cabaña por la casa, construida esta última con las nuevas técnicas que utilizan la piedra y el ladrillo, sino que va mucho más allá. Por vez primera se asiste a una planificación racional del espacio habitado, de manera que este último es organizado de acuerdo con un plan previamente concebido. Esta nueva situación se percibe en diversos aspectos, como el establecimiento de una red viaria interna y la definición de diferentes áreas en función del servicio que prestan a la comunidad, sea político, económico, religioso, etc. Sin duda el ejemplo donde mejor se perciben estas modificaciones es Roma, del cual se hablará más adelante; pero éste no es un caso único, sino que en mayor o menor grado se puede también observar en otras localidades del Lacio. Así en Satricum, donde hacia el año 600 la construcción de un *agger* delimita el espacio urbano, ordenado según un esquema marcado por una nueva red viaria; pero el cambio más significativo se produce en el último tercio del siglo VII en la acrópolis, solar de antiguas cabañas que desaparecen por completo: en su lugar se erige un santuario, en posición central sobre los restos de una antigua cabaña, y se construyen viviendas pertenecientes a la aristocracia, una de las cuales podría ser la *domus regis,* es decir, el palacio del rey. Lavinium proporciona asimismo interesantes datos. En vez de *agger,* Lavinium se dota de una muralla de piedra a finales del siglo VII, que fija el límite del hábitat, y en su interior se construyen nuevos barrios ordenados a partir del trazado de las calles. Uno de ellos, situado en el sector noroccidental, presenta una orientación no sólo determinada por el sistema viario, sino también por las condiciones climáticas, buscando la insolación de las viviendas y el resguardo de los vientos invernales, lo que muestra cómo su configuración responde a un plan premeditado.

Todos estos cambios denuncian la llegada de la ciudad, pues aunque aún pervivan muchos elementos de tradición protourbana, aquellos que se pueden considerar propiamente urbanos son ya dominantes, de manera que en los tiempos sucesivos, a lo largo del siglo VI, estos últimos irán desarrollándose hasta desplazar casi por completo a los anteriores. Sin embargo, no todos los centros latinos accederán al estadio urbano, sino que muchos de ellos quedarán relegados a un nivel inferior, bien conservando cierta autonomía política, especialmente en las áreas periféricas, bien sometidos a las nacientes ciudades como *oppida* defensivos o simples *pagi.*

La constitución de los núcleos urbanos implica, pues, una reorganización del territorio, y en este sentido el siglo VII es testigo de significativas iniciativas, mediante las cuales los centros principales intentan definir en su entorno un espacio estratégico que sirva a sus intereses. Por un lado se encuentran las ciudades costeras, calificativo que se aplica no sólo a aquellas que se asoman directamente al mar, siendo Antium el único ejemplo que en el Lacio goza de esta cualidad. También Satricum, Ardea, Lavinium y la misma Roma, situa-

das a una distancia no muy alejada de la costa y en rápida comunicación con ella, tratan de acercarse y atraer sobre sí los beneficios del mar. De esta forma, surgen unos atracaderos o fondeaderos, no auténticos puertos, que aprovechando ciertas condiciones naturales, como las lagunas costeras o la desembocadura de un río, sirven de puente entre la ciudad y el mar: así actúan Astura respecto a Satricum, Castrum Inui con Ardea, el *Locus Solis Indigetis* (Tor Vaianica) con Lavinium y Ostia con Roma. Pero también el territorio interior se sitúa en idéntica perspectiva. La tradición ha conservado un recuerdo de este tipo en las empresas militares del rey romano Anco Marcio, como veremos en su momento. Por su parte la arqueología muestra en algunas regiones, como el caso de Ardea, la destrucción de centros menores y pequeños desplazamientos de población, lo que ha de entenderse en función de los intereses del centro principal.

Transformaciones de este tipo exigen paralelos cambios ideológicos, de los que Roma es una vez más nuestra mejor maestra. De nuevo la aristocracia interpreta un papel fundamental, como parece deducirse de las modificaciones que se producen en el ritual funerario. A partir aproximadamente del año 630, con el inicio del orientalizante reciente, las tumbas comienzan a empobrecerse en su ajuar. Aunque de carácter general, este fenómeno es más notorio en las sepulturas aristocráticas, que en un primer momento rechazan el metal y objetos dotados de un determinado significado, hasta terminar aceptando tan sólo algunos vasos e incluso renunciar por completo al ajuar a partir del año 600. Aun así, la aristocracia sigue expresando su superioridad en este campo mediante la utilización de la tumba de cámara. Analizado principalmente por G. Colonna y C. Ampolo, este hecho ha sido interpretado como reflejo de la publicación de leyes suntuarias, que a imagen de lo que por entonces sucedía en el mundo griego, trataban de limitar el exceso y destrucción de riqueza que suponía el funeral de un noble. Sin despreciar esta visión, aunque la tradición no ha guardado recuerdo de algo similar hasta la ley de las XII Tablas, quizá mayor importancia tenga otro aspecto sugerido por los autores citados, a saber, su estrecha relación con el nacimiento de un espíritu ciudadano. En la Grecia de la segunda mitad del siglo VIII, cuando la *pólis* estaba en sus albores, se documenta un fenómeno similar, esto es, el desplazamiento de la riqueza desde la tumba al santuario, de manera que las sepulturas se empobrecen mientras los depósitos votivos acumulan mayor cantidad de metal. Tanto en Grecia como en el Lacio –pero no en Etruria– el hecho tiene el mismo significado: la riqueza que tradicionalmente el noble destinaba a su uso privado y familiar a través del ritual funerario, ahora la dedica a la comunidad, bien mediante su entrega a la divinidad o bien financiando construcciones públicas.

Así las cosas, el proceso de urbanización y edificación que en estos años experimentan las comunidades laciales está íntimamente vinculado a un cam-

bio trascendental en la mentalidad aristocrática, que ahora se siente más vinculada a la idea de lo público, es decir, de la ciudad, de la que esa aristocracia es su clase dirigente. Ahora bien, esta afirmación no debe exagerarse y asumirla como valor absoluto, sino que hay que situarla en su lugar. Si bien es cierto que la aristocracia aparece integrada en la estructura urbana desde sus inicios, no lo es menos que al mismo tiempo, y de forma un tanto paradójica, persiste en el mantenimiento de ideas y actitudes tradicionales, que materializan una fuerza centrífuga en el seno de un marco urbano todavía inestable. En el caso de Roma, habrá que esperar al siglo V para que la aristocracia renuncie a gran parte de su individualidad y asuma un papel por completo integrador.

4.2. Los orígenes de Roma

Como acabamos de comprobar, Roma era una comunidad latina y como tal partícipe desde su más lejano pasado de las vicisitudes históricas y culturales que afectaron al Lacio. La cultura lacial en sus diferentes fases se manifiesta en Roma como en cualquier otro centro latino, incluso en ocasiones de manera más perfecta, por lo que en toda lógica cabe suponer que su evolución en estas épocas primitivas se adapta al desarrollo general del Lacio. Sin embargo, tal premisa no nos debe llevar a perder de vista ciertos aspectos que ya son peculiares de este caso. Tal sucede con las condiciones ambientales, pues la topografía del solar de Roma se diferencia notablemente de la de las otras ciudades latinas. Si consideramos a las principales de estas últimas, como Lavinium, Ardea, Satricum o Gabii (figura 4.1), todas ellas se asientan sobre un conjunto natural unitario, que puede adoptar diversas formas, desde la meseta entre barrancos en Ardea, al altozano en Satricum y Lavinium o a la situación entre lagunas de Gabii. Por el contrario, Roma se sitúa sobre un paisaje cambiante, como ya hemos visto, con grupos de colinas independientes y su centro natural en una zona pantanosa. Estas condiciones tan particulares, que tampoco se dan en los centros etruscos vecinos, necesariamente han de influir en el desarrollo histórico de Roma, aunque en ningún momento se pretenda incurrir en un determinismo geográfico.

Pero además, el caso romano adolece de un problema añadido, al cual ya se ha aludido en capítulos anteriores: la milenaria e intensa ocupación del suelo por el hombre. Este hecho no sólo ha alterado las condiciones paisajísticas originales, sino que, peor aún, ha destruido gran parte del patrimonio pre, y protohistórico, algo ya imposible de recomponer. Esto comporta muy serios problemas, ya que toda reconstrucción del devenir de Roma se apoya sobre el testimonio arqueológico, muy parcial e incompleto, que plantea muchos más problemas de los que verdaderamente puede solucionar, y algunos de excepcional importancia.

Teniendo todo esto en cuenta, pasemos directamente a la exposición de los restos arqueológicos encontrados en Roma, considerando tanto la fase de la cultura lacial en la que se enmarcan como su ubicación topográfica.

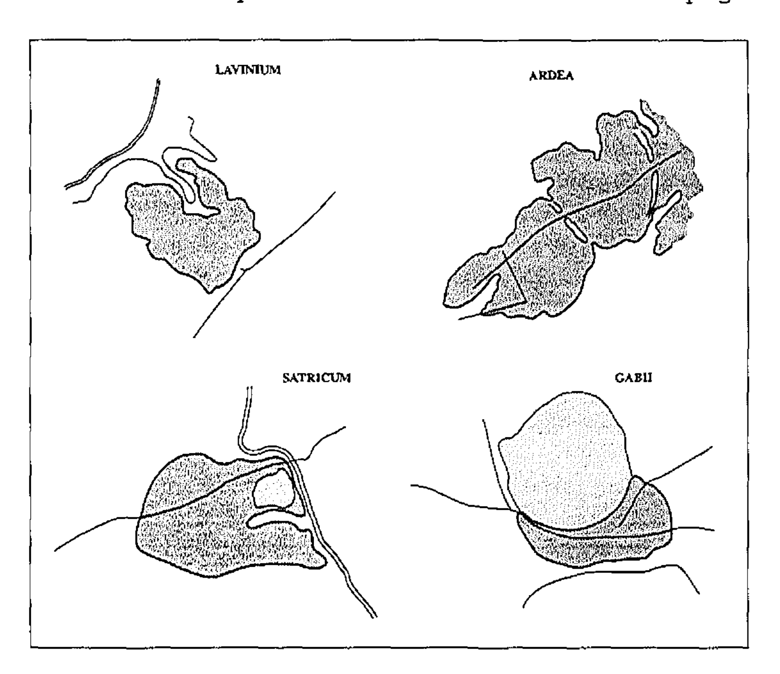


Figura 4.1. Planos de las ciudades latinas de Gabii, Ardea, Lavinium y Satricum.

4.2.1. Los datos arqueológicos

Excepción hecha de algunos y muy escasos materiales pertenecientes a las primeras edades de la prehistoria, la documentación arqueológica proporcionada por el sitio de Roma comienza a ser más o menos consistente a partir del bronce medio. En esta época se fechan restos cerámicos, correspondientes a la cultura apenínica, que permiten suponer la existencia de un pequeño asentamiento en el Capitolio, en concreto en el área del *Tabularium*, situada en la depresión intermedia del monte. Estos restos se completan con otros similares aparecidos en estratos de relleno en el área sacra de S. Omobono, en el Foro Boario, a los pies del Capitolio, que quizá procedan de lo alto de la colina, habiéndose precipitado con el paso del tiempo hacia la zona baja. Los hallazgos se amplían en referencia al período siguiente, el bronce reciente. En esta época continúa el asentamiento

en el Capitolio, si al mismo deben atribuirse los fragmentos de vasos, pertenecientes a la cultura subapenínica, encontrados en el área de S. Omobono; quizá del mismo punto procedan otros restos cerámicos hallados como material de relleno en el área del Comicio. Similares fragmentos cerámicos se han recogido en el valle del Foro, en concreto en el sector oriental de la Regia y sobre todo en torno al arco de Augusto, donde se supone la existencia de un verdadero asentamiento. Este último abarcaría incluso el área de la Regia, donde R. Peroni quiere ver los restos de una gran cabaña, dividida en varios ambientes, que nada tiene que ver con los modelos inmediatamente posteriores de las urnas-cabaña. Este asentamiento estaría situado donde se inicia la subida hacia la Velia, es decir, en un lugar colindante a las aguas pantanosas que cubrían todo el sector occidental del valle del Foro, amenzado por tanto por las crecidas del Tíber.

La relación del supuesto poblamiento capitolino de la edad del bronce con la legendaria Saturnia, la ciudad fundada por Saturno sobre el Capitolio, es más que dudosa, aunque tan sólo se contemple como un lejano recuerdo trasladado luego a un lenguaje mítico. No existe por el momento una total certeza de que este asentamiento del Capitolio sea el núcleo a partir del cual se desarrollará posteriormente Roma, así como tampoco se ve con claridad una continuidad entre los testimonios del bronce medio y reciente y los inmediatamente posteriores del bronce final, cuando se inicia la cultura lacial. Pero incluso podría negarse la premisa mayor, puesto que tales restos arqueológicos no son lo suficiente sólidos como para aceptar sin más su identificación con un poblamiento permanente, ya que también podría indicar una simple frecuencia del lugar, con un carácter estacional, por parte de grupos humanos con distintos fines, en especial en razón a las prácticas de la transhumancia, tan características de la edad del bronce en Italia.

La documentación comienza a ser firme a partir del bronce final, ya con los inicios de la cultura lacial. Correspondientes a la fase I serían las tumbas encontradas en el área del arco de Augusto y quizá también algunas del vecino "sepolcreto" junto al templo de Antonino y Faustina, si bien las tendencias más recientes parecen inclinarse por adjudicar todas las tumbas de esta última necrópolis a la siguiente fase IIa. Los restos hallados junto al arco de Augusto, hasta la fecha los más antiguos de la cultura lacial en Roma, denuncian ya la existencia de un asentamiento estable, aunque no en este lugar, destinado a necrópolis, sino probablemente en un monte vecino. La relación con los testimonios del bronce reciente encontrados en ese mismo sitio no está clara. Entre los restos de una y otra fase se documenta un estrato estéril, lo que significa que tras la desaparición del supuesto poblamiento del bronce reciente, ha transcurrido un lapso de tiempo –se estima en un siglo– antes de llevarse a cabo las deposiciones funerarias del bronce final, lo que compromete la idea de una continuidad entre ambos.

Los testimonios que se pueden atribuir a la fase IIa son más abundantes y se extienden por diferentes áreas de Roma. En este período se fecha en su mayor parte la necrópolis situada junto al templo de Antonino y Faustina, con tumbas de incineración y de inhumación, así como la sepultura aislada hallada bajo la casa de Livia, en un punto central del Palatino, y las dos tumbas del Foro de Augusto; asimismo son de esta época algunos restos funerarios hallados en el Quirinal. En un momento terminal de este mismo período se pueden situar, según las últimas investigaciones, los primeros indicios de ocupación funeraria de la meseta del Esquilino (tumba 92). Pertenecientes también a las primeras fases laciales son unos restos encontrados junto al *Tabularium*, en el Capitolio, en un estrato muy revuelto que contiene fragmentos cerámicos fechados entre los siglos X y VI a. C., con muestras de enlucido y encañizado que parecen hacer referencia a un área de habitación

Con la fase IIb el panorama arqueológico romano sufre importantes modificaciones, siendo quizá el hecho más señalado el definitivo desplazamiento de la principal necrópolis romana al Esquilino, cesando por completo los enterramientos de individuos adultos en el valle del Foro. Otro aspecto destacado lo constituye la aparición de los primeros fondos de cabañas conocidos hasta el momento en Roma, situados en una de las esquinas del Palatino, en el Germal, lo que asegura sin ninguna duda la presencia de un asentamiento estable en esa colina. Esta misma tónica continúa durante la fase III, produciéndose al final de la misma, en un momento de transición hacia la fase IVa, algunas novedades importantes. Así, la antigua necrópolis del templo de Antonino y Faustina es ahora solar de un grupo de cabañas, como lo muestra una tumba infantil, situación que se repite en idénticos términos en el área de la Regia y el templo de Vesta en un momento avanzado del siglo VIII, si no a comienzos del siguiente. En general, la segunda mitad del siglo VIII asiste a una progresiva ocupación del valle del Foro mediante grupos de cabañas, situación que se extiende a la Velia y al Foro Boario, en el área sacra de Sant'Omobono. Al mismo tiempo, hacia el año 730, el Palatino es rodeado de un sistema defensivo formado por un muro de piedra. En zonas más alejadas, en el extremo del Quirinal, se tiene ahora constancia de un lugar de culto, denunciado por un depósito votivo hallado junto a la iglesia de Santa Maria della Vittoria, al tiempo que también se documentan algunos restos funerarios esparcidos por el hinterland de la colina.

La época orientalizante no supone durante su primera mitad grandes cambios, a no ser una mayor extensión del poblamiento mediante la identificación de nuevos grupos de habitación, como se puede observar por ejemplo en el área del *Comitium*. Las transformaciones comienzan a producirse a partir del año 650 aproximadamente, acelerándose en las postrimerías del siglo VII. Tales cambios conducen a una visión de Roma por completo diferente a la anterior, de forma que desaparece la estructura tradicional por gru-

pos de aldeas y es sustituida por un poblamiento unitario basado en presupuestos totalmente novedosos. Las primeras manifestaciones se observan en el valle del Foro, donde se inician los trabajos de pavimentación con el objetivo de convertir esta zona en un centro político, social y económico. En los años finales del siglo VII e iniciales del siguiente las pavimentaciones se suceden y amplían, completándose con obras de canalización y drenaje de las aguas estancadas, al tiempo que tiene lugar una intensa labor de construcción de edificios aplicando las nuevas técnicas arquitectónicas que utilizan el ladrillo y la piedra, todo ello conforme a una planificación del espacio que permite deslindar diferentes áreas de acuerdo con la función a la que están destinadas. Los lugares de culto en uso durante el orientalizante reciente se multiplican, como se observa tanto en los depósitos votivos, ahora más numerosos, como en la aparición de los primeros templos. En estos mismos años surgen también los primeros edificios de uso civil, con lo que parece afianzarse la existencia de una conciencia cívica.

4.2.2. Cuestiones terminológicas

La correcta interpretación histórica de los datos anteriores, en aras a la comprensión del problema de los orígenes de Roma, exige enfrentarse a dos cuestiones íntimamente entrelazadas. Ante todo, cómo se desarrolla el proceso que conduce a la definición de Roma como ciudad, lo que constituye el asunto fundamental. Sin embargo, también se hace necesario, como cuestión previa, determinar qué se debe entender por ciudad. No se trata ahora naturalmente de proceder a una exposición doctrinal y sistemática, de carácter general, sobre la ciudad antigua y ni siquiera acerca de la enmarcada en la civilización romana, pues la ciudad es un organismo vivo, que evoluciona y modifica sus características de acuerdo con los tiempos y las circunstancias. Pero el asunto tiene gran importancia cuando se estudia una época primitiva, relativa a los orígenes, pues, como se sabe, a excepción de las fundaciones coloniales ninguna ciudad nace de la nada, sino que es el resultado de un proceso más o menos largo y complejo. Desde este punto de vista, el problema en principio no es otro que fijar aquellos elementos en virtud de los cuales un poblamiento supera el nivel pre o protourbano y se convierte en ciudad.

En el caso concreto de Roma, las respuestas a este interrogante son de diversa naturaleza, pero por lo general se agrupan en dos tipos fundamentales con variantes entre ellos. Por un lado existe una tendencia, presente sobre todo en círculos arqueológicos vinculados a la prehistoria y protohistoria, que se inclina por la utilización de modelos teóricos. Éstos suelen contemplar principios generales, aplicables a una diversidad de situaciones, que se refieren a conceptos tales como la extensión del poblamiento y la consis-

tencia demográfica, la distinción espacial entre áreas de habitación y de necrópolis, cierto desarrollo productivo y de especialización en el trabajo, existencia de diferencias sociales con una aristocracia dirigente, presencia de un centro con funciones políticas y religiosas, etc. Planteamientos de este tipo conducen por lo general a una visión moderna del problema, que varía según las escuelas, pero que con excesiva frecuencia no suelen tener en cuenta las peculiaridades históricas y culturales del caso concreto sobre el que se aplican. Así, en referencia a Roma, pueden recordarse las interpretaciones de algunos estudiosos, como A. Guidi, quien proponía como criterios de vida urbana los definidos por V. Gordon Childe para las primeras ciudades de Mesopotamia, en unión al modelo de C. Renfrew sobre las comunidades prehistóricas; también J. C. Meyer, según el cual los indicios de un estadio urbano vendrían dados por la interrelación de tres premisas fundamentales, que serían el fortalecimiento de una economía agrícola, la estabilización demográfica y la aparición de subculturas especializadas en metalurgia. Los ejemplos de este tipo podrían ampliarse, pero en líneas generales todos ellos giran en torno a similares principios.

En respuesta a estas interpretaciones se ha aducido con razón que tales criterios pueden ser condiciones necesarias, pero no suficientes, para hablar de una ciudad. Y en efecto, todas presentan un serio inconveniente, que no es otro que haber olvidado preguntar a los antiguos, a sus verdaderos protagonistas, pues en definitiva no se trata tanto de definir la ciudad en sentido abstracto, como sobre todo de establecer la existencia o no de una *civitas*. Roma, como cualquier otro centro latino, se convierte en ciudad no en el momento en que los modernos decidamos por consenso que así fue, sino cuando adquiere aquellas connotaciones que los antiguos consideraban imprescindibles para que una aglomeración humana fuese tenida como *civitas*, es decir, como ciudad-Estado. Aquí se encuentra otra vía de interpretación quizá más adecuada que la anterior, que tiene su apoyo en los trabajos de diversos autores y especialmente en los de C. Ampolo por lo que a Roma se refiere.

Los antiguos entendían la ciudad no desde un punto de vista demográfico, urbanístico o económico, sino sobre todo jurídico: la ciudad se define como una sociedad de hombres libres. Éste es el aspecto fundamental, del que los demás no son sino consecuencias lógicas. En pocas palabras, la ciudad existe cuando se identifica a su cuerpo cívico a los ciudadanos, representación de un concepto diametralmente opuesto al del súbdito. Es en este punto donde radica la gran diferencia entre la ciudad griega o itálica, antes de encuadrarse en estructuras políticas territoriales (léase las monarquías helenísticas o el Imperio romano), y la ciudad oriental, afirmándose con razón que esta última responde a la civilización del escriba mientras que la primera representa el universo de la palabra. Aplicado este principio a los orígenes de Roma, se puede decir que ésta se convierte en ciudad cuando sus habitantes adquie-

ren una conciencia cívica, lo que al punto se materializa de forma interrelacionada en las instituciones políticas y sociales, en la organización de la vida religiosa y naturalmente en la planificación del espacio urbano.

La tradición romana solucionaba el problema invocando a los fundadores, Rómulo y en menor medida Numa Pompilio, gracias a los cuales Roma aparece ya perfectamente definida como ciudad desde su nacimiento. Pero hemos visto que la fundación de Roma, tal como la narraban los antiguos, es una leyenda acuñada en época histórica, por lo que para verificar este acontecimiento es necesario buscar en otros testimonios. Acudiendo a los datos arqueológicos, Ampolo señala diversos indicios que denuncian la presencia de una ciudad: la sistematización del valle del Foro como centro público, que alberga unos espacios –construidos o no– de claro significado cívico, como la Regia, el templo de Vesta y el *Comitium* con la *curia Senatus*, todo ello presidido por el santuario de la divinidad poliada, Júpiter *Optimus Maximus*, que se alzaba sobre el Capitolio. Como veremos más adelante, el conjunto así organizado, al que se pueden añadir otros elementos, no sólo posee una coherencia interna desde el punto de vista urbanístico, sino que responde a una ideología propia y tiene además una estrecha relación con importantes reformas institucionales.

Pero a esto se añade el problema cronológico. Ampolo sitúa acertadamente la aparición de todas estas novedades a lo largo de la segunda mitad del siglo VII, con un punto álgido en las postrimerías del mismo. Sin embargo, tendencias recientes, surgidas sobre todo al amparo de los descubrimientos arqueológicos en las faldas del Palatino, que han revitalizado la visión tradicional sobre la Roma de Rómulo, aplicando los mismos criterios, elevan en un siglo la definición de Roma como ciudad, con lo cual enlazan, y no sólo en el aspecto cronológico, con la mayor parte de los autores que propugnan un modelo teórico.

Antes de afrontar la cuestión principal conviene detenerse brevemente en otro aspecto de no escasa importancia y que en la actualidad ocupa una posición central en el debate sobre los orígenes de Roma, sumándose a la problemática anterior sobre la esencia y el nacimiento de la ciudad: el concepto de protourbano. Estudios recientes sobre formas de asentamiento durante la edad del bronce en la Etruria meridional destacan la imposibilidad de la existencia, dentro de una misma unidad morfológica, de diversas aldeas independientes entre sí, sino que formarían parte de un único conjunto políticamente unitario. Este tipo de poblamiento se ajusta al concepto de protourbano y se caracteriza por ser un asentamiento compacto y homogéneo, sede de un organismo político único, con un perímetro jurídicamente definido que implica la separación drástica de las áreas de habitación y de necrópolis y que ejerce un estricto control sobre un amplio territorio. Una estructura de estas características presupone la ciudad, la cual no se desarrolla a partir de sus propios impul-

sos, sino que es fruto del anterior modelo protourbano. En otras palabras, el momento culminante en la evolución de los asentamientos arcaicos estaría en su fase protourbana y no tanto en la urbana.

Sin duda el concepto de protourbano supone un hallazgo válido, que refleja sobre todo la situación del poblamiento en Etruria durante la época villanoviana, si bien no todos los especialistas manifiestan idéntico optimismo. Su aplicación sobre el Lacio suscita sin embargo algunos problemas, ya que las condiciones no son aquí exactamente las mismas que en Etruria, pero aun así puede ser útil si se redefine en algunos de sus aspectos. Tiene razón C. Ampolo al señalar la enorme diferencia que existe entre el nivel protourbano y el representado por la ciudad-Estado, así como el significado de profecía *ex eventu* que puede ofrecer este concepto en el sentido que inevitablemente ha de anunciar la ciudad. Se puede admitir que haya o no ciudad, pero no una ciudad a medias o incompleta. El estadio protourbano puede entenderse como aquel que define la situación previa al urbano, pero no hay por qué aceptar que de forma necesaria uno sigue al otro. Algunos poblamientos no vieron culminada su evolución y se quedaron estancados en una fase de características protourbanas. Piénsese por ejemplo en esos asentamientos laciales de pequeño y mediano tamaño, como La Rustica, Ficana o Decima, que en los siglos VIII y VII alcanzan un notable desarrollo y cierto grado de cohesión interna –un símbolo muy elocuente es la construcción de un *agger*– y sin embargo no llegaron a ser ciudades, *civitates;* se quedaron limitados a centros de poder aristocrático. Su evolución se vio truncada posiblemente por las ambiciones de poderosos vecinos, en este caso Roma. Por tanto, podemos aceptar, desde un punto de vista metodológico, la validez del concepto de protourbano, pero como algo propio de un poblamiento unitario que no posee los elementos característicos de la ciudad, si bien aparece ya dotado de una organización socio-política de cierta entidad. En Roma podría aplicarse al período de la primera monarquía, la constituida por los llamados reyes latino-sabinos previamente a la entronización de Tarquinio Prisco.

4.2.3. *¿Stadtwerdung? ¿Stadtgründung?*

La documentación arqueológica disponible en Roma indica que evolucionó a partir de una elemental forma de poblamiento, adaptada a la estructura de aldea, hasta alcanzar el nivel urbano. La forma mediante la cual se llevó a cabo esta transformación ha sido considerada tradicionalmente desde dos puntos de vista, que responden a los conceptos conocidos con los términos alemanes "Stadtwerdung" y "Stadtgründung". Esta última interpretación defiende que el sitio de Roma habría estado en un principio ocupado por aldeas dispersas, completamente independientes entre sí, que encon-

traban en la peculiaridad geográfica de los montes romanos un espacio natural apropiado para conservar su singularidad; pero llegado un determinado momento, en virtud de un fenómeno de sinecismo, tales aldeas se unieron definiendo una estructura urbana. Presentada ya por G. Pinza en 1905, esta teoría tuvo una renovada y más fundamentada formulación en la obra del investigador sueco E. Gjerstad, quien identificaba en los primeros trabajos de pavimentación del valle del Foro –erróneamente fechados por Gjerstad hacia el año 575 a. C.– la prueba material de la creación de un centro cívico: estaríamos por tanto ante el acta de nacimiento de Roma.

En contra de esta interpretación, así como de la versión tradicional, H. Müller-Karpe propuso una nueva visión del problema. De acuerdo con su opinión, el núcleo originario de Roma estaba compuesto por un agregado de pequeñas aldeas esparcido por el área Palatino-Foro. Durante la fase IIb este poblamiento se fue extendiendo hacia las otras colinas y llegó a ocupar todo el valle del Foro, que a partir de estos momentos dejó de ser lugar de enterramiento, función que pasó a ser desempeñada sobre todo por el Esquilino, donde se instaló la necrópolis romana. Este hecho es de singular importancia, pues indica que en el siglo VIII el Foro ha asumido ya una función central y que por tanto Roma es una ciudad, si bien debe todavía perfeccionar sus contenidos, lo que conseguirá en el siglo VI. Como se puede apreciar, frente a la interpretación de Gjerstad, que concibe el nacimiento de Roma como un acontecimiento puntual, "fundacional" *(Gründung)*, Müller-Karpe desarrolla la idea de un proceso, de un "devenir" *(werden)*, en virtud del cual Roma ya existía como entidad poblacional desde las primeras fases laciales, desarrollándose poco a poco hasta alcanzar por fin un perfecto estadio urbano.

El conflicto entre ambas posturas se solucionó ciertamente en favor de la segunda, sobre todo por sus mejores bases cronológicas, ya que coincide con esa cronología "larga" más firmemente asentada que la "corta" propuesta por los arqueólogos suecos, según veíamos en el primer capítulo. Pero así contempladas, tanto una como la otra resultan igualmente insatisfactorias, pues no consiguen armonizar la totalidad de los datos. Ya en 1972, M. Pallottino demandaba soluciones más complejas que la "Stadtwerdung" o la "Stadtgründung", pues ambos mecanismos "pueden haber concurrido a la formación de Roma en circunstancias y en momentos diversos". Y en efecto, algunas reconstrucciones recientes parecen acudir a esta vía al utilizar las dos tendencias, como la propuesta de G. Colonna que contempla la existencia originaria de dos núcleos, ocupando uno el área Palatino-Foro y el segundo la del Capitolio-Quirinal, con predominio del primero al identificarlo con los *Velienses* de la lista de Plinio sobre los *populi Albenses;* ambos poblamientos se desarrollan de forma paralela, relegando la necrópolis a una zona alejada del hábitat, el primero al Esquilino y el segundo al sector sep-

tentrional del Quirinal, hasta que finalmente, a lo largo del siglo VIII, se produce la fusión de estos dos grandes núcleos, dando lugar a un asentamiento refundado al que ya se puede aplicar el nombre de Roma.

Pero no parece que la solución se encuentre aquí, así como tampoco resulta convincente trasladar el problema y situarlo en los inicios de la edad del hierro, donde la escasez de datos permite aplicar con menores dificultades un modelo teórico. Así ha sido propuesto recientemente desde determinados círculos de la arqueología protohistórica italiana (R. Peroni, M. Pacciarelli, M. Bettelli), que invocan al respecto el esquema que acabamos de ver sobre los asentamientos protourbanos. El origen de Roma se situaría entonces en los restos de la edad del bronce localizados en el Capitolio, desde donde el poblamiento se extendería ocupando el Palatino y la Velia y con el valle del Foro como área de enterramiento; la posterior desviación de la necrópolis hacia el Esquilino y la subsiguiente ocupación del Foro por parte de los vivos daría lugar, ya en la segunda mitad del siglo IX, a una gran aglomeración protourbana, sede de un único poder político como antecedente inmediato de la ciudad; ésta aparecería a lo largo del siglo VIII, aunque todavía bajo una definición imperfecta desde el punto de vista institucional. Pero en el fondo, esta propuesta no hace sino adaptar la visión de la "Stadtwerdung" de Müller-Karpe, trasladándola a una época más temprana y englobándola en una teoría general sobre la Italia central tirrénica.

Con los datos arqueológicos en la mano, la interpretación general que ofrece menos inconvenientes es quizá la "Stadtwerdung", que a su vez puede admitir diversas variantes, y por ello es la que de una u otra manera encuentra mayor eco en la investigación contemporánea. Pero el problema radica en que el *corpus* arqueológico disponible no constituye un sistema cerrado, en el que los nuevos descubrimientos se van incorporando a las directrices ya establecidas, sin implicar ruptura o violación alguna de las líneas de interpretación existentes. Más bien al contrario, la impresión que se tiene es que casi todo está viciado desde el principio y que los nuevos datos no se adaptan con facilidad a un esquema coherente y global. Véase por ejemplo, en cuanto a este último punto, el muro del siglo VIII recientemente descubierto en el Palatino, sobre el que todavía no se ha dado una explicación por completo satisfactoria. Pero ésta no es la única dificultad.

Si existe algún acuerdo casi unánime en el problema sobre los orígenes de Roma es que un aspecto fundamental del mismo se encuentra en la necrópolis del Esquilino. Un grupo muy consistente de especialistas considera que el símbolo más palpable del "nacimiento" de Roma, bien sea como ciudad o como protociudad, está en el desplazamiento de la necrópolis desde el valle del Foro al Esquilino, de forma que la primera de estas áreas sería al momento ocupada por los vivos con fines tanto privados como públicos. Tradicionalmente se creía que las tumbas más antiguas del Esquilino, fechadas

a comienzos del perído IIb, estaban situadas en la depresión entre el Oppio y el Cispio, de manera que la necrópolis se iría extendiendo paulatinamente hacia el este, es decir, alejándose de la zona de habitación. Las nuevas investigaciones han alterado esta visión en un doble sentido: por un lado, se acorta la distancia temporal entre el cese de la necrópolis del Foro y el inicio de la del Esquilino, al fechar los primeros enterramientos de esta área a finales del período IIa, argumento que pretende reafirmar el vínculo entre la necrópolis esquilina y el asentamiento Palatino-Foro; en segundo lugar, se ha comprobado que sin rechazar por completo la idea del desplazamiento en un sentido oeste-este, las tumbas se organizan por grupos, como sucede en Osteria dell'Osa, ajustándose a un desarrollo policéntrico, especialmente en las fases más antiguas de la necrópolis. Pero estas interpretaciones se basan en los datos disponibles, que no representan la totalidad de la necrópolis. Cuando se descubrió esta última en el siglo XIX, las intervenciones arqueológicas se realizaron en su inmensa mayoría sobre terrenos de titularidad pública, es decir, sobre las calles y plazas que articulaban el nuevo barrio, pero se recogieron pocos materiales de las parcelas destinadas a la construcción de edificios, cuya riqueza arqueológica prácticamente desapareció. En consecuencia, las conclusiones que se obtienen a partir de las tumbas del Esquilino no pueden ser definitivas, pues se basan en datos parciales, y si bien éstos nunca podrán completarse, no es razón para actuar con total libertad, ignorando este inconveniente.

Por otra parte, la arqueología presenta también puntos oscuros en relación al papel que habrían desempeñado el Capitolio y el Quirinal en el proceso de formación de Roma. Se trata de una zona de gran significación en la historia de la ciudad arcaica, especialmente el Capitolio, y sobre la cual se localiza una pertinaz tradición que atribuye su poblamiento a los sabinos. El rey de este pueblo, Tito Tacio, enfrentado a Rómulo por el rapto de las mujeres sabinas, habría ocupado el Quirinal y el Capitolio, pero finalmente los contendientes firmaron un acuerdo que contemplaba la corregencia de ambos jefes sobre una *geminata urbs*, esto es, una ciudad sabina (Quirinal y Capitolio) y "romana" (Palatino), unida en un único cuerpo tras la muerte de Tacio. Evidentemente se trata de una tradición legendaria, pues la arqueología en ningún momento denuncia la existencia de una diversidad étnica y cultural en la Roma protohistórica. Pero si tal tradición se une a otros aspectos de carácter religioso y lingüístico, en su conjunto muestra que los romanos aceptaban, ya en fecha bastante antigua, la idea de la singulariad de estas colinas en el contexto romano, y especialmente del Quirinal, que recoge sobre sí la mayor parte de las tradiciones sabinas.

Sin embargo, los datos arqueológicos son extraordinariamente parcos. Las prospecciones llevadas a cabo junto al *Tabularium*, en la depresión intermedia del Capitolio, muestran restos de un asentamiento existente ya en las

primeras fases de la cultura lacial, que continúa sin interrupciones bruscas (hay un nivel de incendio en fecha indeterminada) hasta la definitiva consagración religiosa de la colina a comienzos del siglo VI. Pero la verdad es que no se conoce gran cosa sobre este asentamiento, pues el material recogido dice muy poco. Algo similar sucede con el Quirinal, cuya superficie ha sufrido tantas alteraciones en los dos últimos milenios que en la actualidad resulta muy difícil reconstruir su pasado más lejano. A un asentamiento situado en la cumbre meridional del Quirinal, la *collis Latiaris*, se atribuyen las dos tumbas halladas en el Foro de Augusto (fase IIa), suponiéndose a continuación el abandono de esta zona como lugar de enterramiento –en sincronía con el cese del "sepolcreto" junto al templo forense de Antonino y Faustina– y el desplazamiento de la necrópolis al sector septentrional de la colina, quedando reservado el meridional como área de habitación. Pero, ¿cuál era la relación entre este poblamiento –si verdaderamente sólo había uno– y el del Palatino?, ¿formaban ambos parte de una misma unidad? o, por el contrario, ¿eran independientes hasta fundirse para dar lugar a la ciudad, según la propuesta de G. Colonna? Sea como fuere, parece cierto que las *colles* (Quirinal y Viminal) no fueron incorporadas, en sentido administrativo, a la ciudad sino hasta el reinado de Servio Tulio y su ausencia se deja sentir en algunas celebraciones religiosas de probada antigüedad, como comprobaremos inmediatamente.

Frente a la idea de un gran poblamiento unitario en Roma existente ya desde finales de la edad del bronce, se pueden aducir argumentos de procedencia muy dispar, además de estas dificultades que suscita la propia documentación arqueológica, que inciden más bien en la idea de la desunión. En primer lugar es preciso recordar las condiciones morfológicas del solar de Roma, que ya hemos tenido ocasión de conocer. Definido por un conjunto de alturas, algunas con clara tendencia al aislamiento (Palatino, Capitolio), y un área central (valle del Foro) sometida a las crecidas del Tíber y permanentemente pantanosa en su sector inferior (Velabro), el sitio de Roma mal se prestaba a la constitución de un gran asentamiento unido, sino que por el contrario favorecía la dispersión sobre las diferentes alturas. Un recuerdo de esta situación se esconde sin duda en la festividad de los *Lupercalia*, antiquísimo ritual vinculado al Palatino que comprendía en sus celebraciones una carrera en torno a la colina realizada por los sacerdotes encargados del culto, los *Luperci* (véase Varrón, *L.L.*, 6.34). Este rito tenía como objetivo describir una especie de círculo mágico que purificaba su interior y lo protegía de las amenazas del mundo exterior. En su origen el ritual afectaba tan sólo al Palatino, lo que parece mostrar la existencia de una comunidad asentada en la colina y en posesión de cierta unidad, aunque no por fuerza tenía que existir un poblamiento continuo.

Un punto interesante del debate lo representa el llamado *murus terreus Carinarum*, conocido por un oscuro pasaje de Varrón (*L.L.*, 5.48). Debía tra-

tarse de un muro de tierra, es decir, un *agger*, que todavía existía en Roma durante la época republicana, resto de una antiquísima fortificación que, como su mismo nombre indica, corría a lo largo de las Carinas. La interpretación dominante hace de este *agger* una defensa del asentamiento del Palatino, que le protegería de las amenazas procedentes de la meseta del Esquilino. Se supone que tal asentamiento se había extendido ya a la Velia, convertida en acrópolis de este conjunto poblacional y dotada de un sistema defensivo propio. Éste estaría definido no sólo por el antedicho muro de tierra, sino también por el enigmático *murus Mustellinus*, mencionado por Festo (142L) como existente en la Velia pero sin que verdaderamente se conozca su situación o características. No obstante, otros indicios parecen apuntar en un sentido opuesto, sugiriendo por el contrario que la existencia del *murus terreus* ha de entenderse en relación al Esquilino. El citado pasaje de Varrón hace referencia al ritual arcaico de los *Argei*, que entre otras cosas consistía en una procesión jalonada por unas estaciones o *sacraria*, una de las cuales estaba situada en la Subura, barrio de Roma localizado, según palabras de Varrón, "bajo el muro de tierra de las Carinas". La Subura se extiende por la vertiente septentrional del Fagutal y, como veíamos en su momento, *clivus Suburanus* era el nombre que recibía la cuesta por la que se alcanzaba el Esquilino entre el Cispio y el Oppio. Otra noticia de Varrón, enmarcada asimismo en el contexto de los *Argei*, se refiere también al muro situándolo en esa misma zona, pues dice que la primera estación de la región del Esquilino, en el monte Oppio, se encuentra más allá del bosque Fagutal, en el lado izquierdo de la calle a lo largo del muro *(L.L.*, 5.50). Este *agger* se localizaba pues en el Oppio, abrazando al menos todo su sector occidental, y no en la Velia, lo que concuerda con la idea, ya expuesta en el capítulo sobre la topografía de Roma, de que el topónimo *Carinae* debía designar un área relativamente amplia en el límite del monte Oppio y no, en sentido estricto, la lengua de tierra que unía a este último con la Velia. Si la interpretación del *murus terreus Carinarum* que aquí se propone es la correcta, esto nos llevaría a admitir la existencia de un asentamiento autónomo en la meseta del Esquilino, probablemente sobre las cimas del Fagutal y del mismo Oppio, provisto de su propia necrópolis y de un sistema defensivo frente a la Velia y el valle del Foro.

La probable existencia de un *agger* en el Esquilino, sobre la vertiente que mira hacia el valle del Foro, parece sugerir el temor a una amenaza procedente de esa dirección, o en todo caso una sensación de inseguridad entre los pobladores de las diferentes colinas romanas. En efecto, buscando en la tradición es posible encontrar algunos indicios que hablan en el sentido de una situación de conflicto interno en la Roma primitiva. No nos referimos a la célebre batalla sobre el Foro entre las fuerzas de Rómulo y de Tito Tacio, episodio por completo legendario y que, como señala F. Coarelli, es utilizado como relato etiológico en relación a la Sacra Vía, sino especialmente a cier-

tos aspectos de la fiesta del *Equus October*. El día 15 de octubre se celebraba en el Campo de Marte una carrera de carros y el caballo del lado derecho del tiro vencedor era sacrificado a Marte. Inmediatamente su cola era llevada a la Regia, con el tiempo suficiente para que la sangre no se coagulase, pues algunas gotas debían ser derramadas en el hogar con vistas a la elaboración, por parte de las vestales, de una sustancia llamada *suffimen*. Pero el caballo también perdía la cabeza, que a continuación era objeto de disputa entre los habitantes de dos barrios, la Sacra Vía y la Subura, de manera que si ganaban los primeros la colgaban en la Regia, pero si los vencedores eran los *Suburanenses*, hacían lo propio en la *Turris Mamilia*, que probablemente haya que localizar en el punto más elevado del *clivus Suburanus*. Sin duda alguna, la topografía de la fiesta debió de evolucionar con el paso del tiempo, pero lo que mayor interés tiene para nosotros es su carácter violento. Los términos que emplean nuestras fuentes para calificar el combate por la posesión de la cabeza del caballo no dan lugar a pensar que era algo simbólico o ritual, sino que se trataba de una verdadera lucha por obtener tan preciado botín. Dentro de la estructura urbana de Roma, *Sacravienses* y *Suburanenses* pertenecían a diferentes distritos o *regiones*, los primeros a la Palatina y los segundos a la Esquilina. Si elevamos estos datos a una época primitiva, bien podrían entenderse en el sentido de que la festividad del *Equus October* conservó el recuerdo, envuelto en un ropaje religioso, de un conflicto real entre dos grupos de población que en esos momentos se asomaban al valle del Foro.

La topografía de otras fiestas arcaicas, cuyo origen se eleva más allá del nacimiento de la ciudad, ofrece perspectivas de gran interés sobre la Roma primitiva. Si los rituales anteriores sugieren la existencia de núcleos separados, el *Septimontium* por el contrario ilumina una Roma más unida, ofreciendo un cuadro histórico más desarrollado. La fiesta del *Septimontium*, celebrada el 11 de diciembre de cada año, consistía en la realización de un sacrificio sobre ocho montes de Roma y posiblemente también una procesión que describía un circuito con fines purificatorios. La topografía de la fiesta es conocida por un texto de Festo (458L, 474-476L), procedente del anticuario Antistio Labeo, que menciona los siguientes *montes* y por este orden: Palatium, Velia, Fagutal, Subura, Germal, Celio, Oppio y Cispio. El hecho de ser ocho en vez de siete ha llevado a algunos autores a eliminar uno de ellos, alegando una cotaminación en la transmisión que inconscientemente habría duplicado un mismo lugar utilizando dos topónimos diferentes (confusión entre Subura y Sucusa, una parte del Celio). Pero verdaderamente no hay razón para ello, pues además de describir un recorrido lógico, es muy posible, como propone L. A. Holland, que *Septimontium* no derive de *septem*, "siete", sino de *saepti*, "vallados", en alusión a las empalizadas que cercaban las aldeas. Por otro lado, el término *mons* no debe entenderse en un sen-

tido estrictamente topográfico, esto es, en relación a la altura, sino como expresión de una comunidad, que es el significado que mantiene en época histórica, explicándose así la presencia de la Subura, que como hemos visto no se encuentra en alto. Ya los antiguos consideraban el *Septimontium* como el recuerdo de una antiquísima Roma, o mejor dicho como algo que había precedido a Roma (cf. Varrón, *L.L.*, 5.41; 6.24), y en este sentido avanzan también las interpretaciones modernas. El *Septimontium* representa pues un estadio en el proceso de formación de Roma, en el que un grupo de asentamientos, que ocupan en un sentido amplio el Palatino, el Esquilino y el Celio, se han unido alcanzando una cierta cohesión interna. Si se ha de dar fecha a esta primitiva organización, con todas las precauciones, casi todas las miradas se dirigen hacia la segunda mitad del siglo VIII.

La exclusión en la lista septimontial de algunas alturas romanas, y en especial Capitolio, Quirinal y Viminal, plantea un serio problema, pues ciertamente se desconocen las razones de tal marginación. Esto ha llevado a algunos autores a admitir, como una fase inmediata en el proceso de formación de Roma, un sinecismo entre la comunidad de los *montani,* es decir, la definida por el *Septimontium,* y otra que englobaría las otras tres colinas. Pero nada recuerda la tradición, así como tampoco la supuesta unidad entre ellas, salvo la legendaria ocupación sabina. Sin embargo, sí existe un elemento diferenciador, aunque tampoco podamos medir su alcance, pues mientras Quirinal y Viminal eran denominados conjuntamente *colles,* el Capitolio era un *mons.* Es posible que su incorporación al núcleo principal de esa Roma naciente se produjese de forma individualizada y no conjunta, pues la historia posterior del Capitolio sigue una vía diferente a la de las *colles.* Naturalmente no puede precisarse cuándo se produjeron estos hechos, pero hemos de suponer que con anterioridad al 725 *ca.*, pues diferentes indicios apuntan a que por esa fecha existía un único asentamiento en Roma en posesión de una unidad política, si bien la estructura del poblamiento seguía siendo discontinua.

Según veíamos en páginas anteriores, el último tercio del siglo VIII supone importantes cambios en el panorama arqueológico romano, que se concretan en la identificación de grupos de cabañas que comienzan a extenderse por las zonas habitables del valle del Foro. Así, a los pies del Capitolio, surgen nuevos núcleos de habitación en el área de Sant'Omobono y en el futuro *Comitium* y más hacia el este en el solar de la Regia, sobre la antigua necrópolis del templo de Antonino y Faustina y quizá en el área del templo de César y del arco de Augusto, mientras que por vez primera se tienen noticias ciertas sobre una ocupación humana de la Velia. Simultáneamente, en los últimos decenios de ese mismo siglo VIII, en el Foro Boario se define un área empórica abierta a la presencia de navegantes extranjeros, como lo prueba la abundancia de cerámica griega encontrada en el lugar. Este nuevo cuadro poblacional, que se completa con los asentamientos ya existentes

en la parte superior de las colinas, muestra claramente que en el lugar se ha constituido una unidad demográfica y política, en definitiva, que existe ya una entidad a la que podemos dar el nombre de Roma, si bien todavía está lejos de asumir la apariencia de una ciudad.

De nuevo la topografía religiosa ofrece ejemplos que se corresponden con esta situación. En primer lugar el ritual, ya mencionado, de los *Argei*, en el que se describía una procesión que tocaba todas las colinas romanas excepto el Capitolio. Las noticias que tenemos sobre las capillas que jalonaban el recorrido nos llevan como pronto al siglo VI, puesto que éstas se organizan de acuerdo con la estructura administrativa que el rey Servio Tulio proporcionó a la ciudad. Pero quizás nos encontremos ante una fase evolucionada del ritual, ya que éste culminaba con la acción de arrojar al Tíber unos muñecos de paja. En origen las víctimas eran seres humanos, sustituidos posteriormente por los mencionados maniquíes, por lo que no sabemos con certeza cómo se desarrollaba la fiesta primitiva. Más claro es el significado de otra festividad, los *Ambarvalia,* durante el cual los pontífices realizaban unos sacrificios en diferentes puntos situados entre los miliarios V y VI de las principales vías que salían de Roma (Estrabón, 5.3.2). Al igual que otros rituales, éste contemplaba también una procesión de carácter purificatorio que describía una especie de círculo en torno a Roma, delimitando un espacio considerado como el *ager Romanus antiquus,* es decir, el territorio más antiguo dominado por Roma, cuya existencia está confirmada por otros antiguos rituales celebrados a una distancia muy similar de Roma. Aunque algunos de ellos pueden haber sufrido modificaciones posteriores (quizá los sacrificios realizados en la orilla derecha del Tíber), en su conjunto se elevan a una época muy antigua, anterior a la primera expansión romana de la segunda mitad del siglo VII, por lo que es posible situar su origen en los años finales del siglo VIII. Naturalmente la definición de un territorio en torno al núcleo romano exige la unidad de este último, de forma que se trataría del espacio en el que los primitivos romanos poseían sus propiedades agrícolas.

Así las cosas, conviene ahora enfrentarse a uno de los hallazgos arqueológicos más interesantes de los últimos años, el varias veces mencionado muro del Palatino. La tradición recordaba la existencia de unas antiguas puertas de acceso a esta colina, la Mugonia y la Romanula, quizá restos toponímicos de un antiguo sistema defensivo. Esta supuesta fortificación debía abrazar exclusivamente el Palatino, dejando fuera la Velia, frente a la cual vigilaba la puerta Mugonia. Los nuevos datos arqueológicos parecen confirmar la tradición, como lo sugiere un muro hallado en la vertiente septentrional del Palatino y dotado de una puerta, probablemente la Mugonia. Según las excavaciones dirigidas por A. Carandini, en las postrimerías del período III, hacia el año 730 a. C., un asentamiento de cabañas existente en esa zona del Palatino fue destruido y cubierto por un estrato uniforme, sobre el cual se alzó un muro; éste

sufrió diversas fases reconstructivas hasta su desaparición unos doscientos años después. Ciertamente estamos ante un hallazgo muy singular y de no fácil interpretación. Carandini, y otros tras él, cree ver aquí la confirmación al relato tradicional sobre la fundación de Roma, de forma que este muro no sería otro que el *murus Romuli* que menciona la tradición, es decir, el circuito amurallado que el fundador habría elevado en el Palatino. Pero la Roma de Rómulo no se identifica exclusivamente con esta colina, por lo que no se comprende bien la existencia de una ciudad cuyo límite jurídico-religioso abraza tan sólo una parte de la misma, el Palatino, y deja fuera importantes áreas de gran significación cívica, como el Capitolio, el Comicio o la Regia. Los propios datos de la excavación indican que se trata de una fortificación, de una obra de defensa, pues además del muro, en su primera fase éste se completa con trabajos para perfilar la roca y hacer más difícil el acceso. En principio todo muro es un elemento de separación, pero no parece que aquí deba entenderse como expresión de la individualidad de un asentamiento del Palatino frente al exterior, con el fin de proteger su seguridad. Quizá más bien hay que interpretarlo como la fortificación de una acrópolis, o en todo caso del corazón político de la primitiva comunidad romana. Así se explicaría que el muro fuese reconstruido en el primer cuarto del siglo VII, cuando la unidad del poblamiento en Roma es un hecho consolidado, y de nuevo hacia el año 600, en los inicios de la ciudad, aunque ahora, cuando la estructura de Roma está cambiando a fuerte ritmo, el muro ya no parece cumplir del todo la misma función defensiva.

4.2.4. A modo de conclusión

Como se habrá podido comprobar a lo largo de la exposición, determinar el mecanismo mediante el cual se formó Roma no es problema fácil. La escasez y parcialidad de las fuentes, bien sean literarias o arqueológicas, dan pie a la formulación de diversas y opuestas interpretaciones, pero ninguna de ellas por completo satisfactoria. Y posiblemente así será durante mucho tiempo. No obstante, siempre es legítimo plantear cuestiones y tratar de hallar respuestas, y así, poco a poco, se va consolidando un magro patrimonio de conocimientos que permite intuir, en un ambiente por completo nebuloso, las líneas maestras por las que discurrió el devenir histórico de los primitivos romanos. En las páginas anteriores no se ha pretendido por tanto ofrecer una versión definitiva e inmutable, sino tan sólo señalar los puntos principales del debate y los problemas concretos que existen acerca de los orígenes de Roma. Recapitulemos entonces para intentar obtener algunas conclusiones, por fuerza provisionales:

1. El poblamiento primitivo del sitio de Roma estaba en una gran medida determinado por las condiciones físicas, que forzaban a situar el

asentamiento humano en zonas de altura; en las fases más antiguas (I y IIa) los grupos de población se asientan, hasta donde sabemos, en el Palatino, en el Capitolio y en el Quirinal.

2. La impresión que se obtiene a partir de los restos arqueológicos más antiguos es que la estructura de este primer poblamiento asume la forma de pequeños grupos de cabañas, es decir, de aldeas, según la tónica dominante en el Lacio y que se aprecia perfectamente en la región de los montes Albanos. La independencia o no de tales aldeas entre sí o respecto a un núcleo considerado dominante es una cuestión secundaria, desde el momento en que resulta difícil plantear el problema en términos políticos. El tipo de sociedad es de carácter gentilicio, donde dominan los vínculos de parentela, de forma que las relaciones entre los núcleos de poblamiento se identifican a las relaciones entre los diferentes grupos familiares.
3. La fase IIb representa un momento histórico de gran importancia, de acuerdo con la situación general presente en la región latina. En Roma se traduce en el desplazamiento definitivo de la necrópolis hacia el Esquilino, si bien todavía se utiliza como lugar de enterramiento el sector septentrional del Quirinal. Este hecho puede dar lugar a dos interpretaciones: la necrópolis del Esquilino es continuación de la del valle del Foro y por tanto se relaciona con el Palatino, o bien corresponde a grupos humanos establecidos en el propio Esquilino, expresión esto último de los movimientos demográficos que dan lugar en el Lacio al nacimiento de nuevos centros. Sea como fuere, debe suponerse que entonces el Palatino constituía una única unidad de poblamiento, como parece deducirse de la festividad de los *Lupercalia*. Quizá sucediese algo similar en el área Capitolio-Quirinal, donde algunos autores suponen una influencia sabina, y en su caso también en el Esquilino.
4. Durante el siglo VIII se produce la unificación de los diferentes asentamientos en una única estructura política. Este proceso no se realiza de golpe y mediante la absorción por el principal de ellos de todos los demás, sino de forma paulatina y conservando cada una de las aldeas cierta individualidad. Así parece demostrarlo la organización del *Septimontium* y la existencia en esa primera Roma unificada de las tribus y las curias. En este camino hacia la unidad no puede descartarse la presencia en algún momento de la violencia.
5. A pesar de la igualdad teórica entre todos los asentamientos, el Palatino goza de cierta hegemonía, pasando a desempeñar tras la unificación una posición dominante. Este hecho no sólo se observa en la documentación arqueológica, en especial por el muro de defensa en su sector septentrional, sino asimismo por la situación que ocupa en la reli-

gión primitiva y a través de la misma tradición. Los nuevos descubrimientos arqueológicos no pueden proporcionar historicidad a la leyenda de Rómulo, sino que al contrario, esta última en parte se configura a partir de la importancia que el Palatino tenía en la primera Roma y de lo cual la tradición mantenía vivo recuerdo.

6. En las postrimerías del siglo VIII Roma se define como una gran entidad protourbana, con un poblamiento organizado no en forma de mancha de aceite sino discontinuo, aprovechando ya las áreas bajas y presidido por un Palatino fortificado; la necrópolis se relega a la zona periférica del Esquilino, se constata la presencia de lugares de culto y la comunidad se abre al exterior a través de un rudimentario puerto fluvial en el Foro Boario. La situación se presenta ya estabilizada por completo, iniciándose un proceso de desarrollo interno que culminará a finales del siglo VII con la definición de la ciudad. Así pues, durante el período orientalizante Roma se alza como una realidad histórica.

5.

La Roma de los primeros reyes

La historia de Roma, en cuanto tal entidad política, no comienza realmente sino hasta los últimos decenios del siglo VIII, cuando se culminó la unidad entre los diferentes asentamientos que ocupaban el lugar. A partir de estos momentos estamos ya por completo autorizados para hablar de Roma, pues ésta ya existe, lo que no puede afirmarse con rotundidad en referencia a etapas anteriores.

El nuevo poblamiento que entonces se constituye no presenta en realidad grandes novedades en cuanto a su aspecto exterior, a no ser por la imponente masa del Palatino protegido por un muro de defensa que actúa quizá a modo de vigilante acrópolis. La diferencia fundamental descansa sin duda en la configuración política, pues ahora estamos ante una comunidad más cohesionada en sus distintas componentes y dotada de una organización político-social de cierta complejidad. Así no puede sorprender la constatación de cierta coincidencia con la visión de los antiguos, pues en términos de cronología tradicional nos encontramos en el reinado de Numa Pompilio, personaje con el que, una vez descartada la existencia real de Rómulo, se inicia la serie de los reyes históricos conocidos.

A partir de estos momentos se puede entonces avanzar con menor inseguridad, pues no sólo disponemos de un material arqueológico que ofrece un panorama general válido y de interpretación relativamente sencilla, sin grandes dificultades, sino que además las fuentes literarias, dentro de la incertidumbre que inevitablemente generan, pueden convertirse también en una guía de no escasa utilidad.

5.1. Historia de los reyes

5.1.1. Numa Pompilio

Si Rómulo es el fundador legendario de Roma, Numa puede perfectamente representar su pareja histórica. No de diferente manera lo veían los antiguos, que consideraban la obra de este monarca como continuación de la del fundador, un necesario complemento sin el cual Roma no podría verdaderamente ser llamada *civitas.* Y aquí es donde quizá radica la prueba más clara de la historicidad de Numa, pues cuando en el siglo IV Rómulo fue elevado a la categoría de fundador, no se le atribuyeron todos los hechos que en justicia correspondían a su nueva condición, ya que parte de los mismos, aquellos relativos a la religión, estaban estrechamente vinculados a Numa por una tradición muy firme que apenas era posible alterar. Pero ser admitido en el círculo de los fundadores implica cierta servidumbre, que aquí no es otra que asumir algunos elementos legendarios, razón por la cual, en el conjunto de los reyes romanos y con la excepción lógica de Rómulo, Numa es aquel que ha generado mayor mitología.

Frente al carácter guerrero de Rómulo, en ocasiones con un comportamiento violento y tiránico, Numa personifica la justicia y la piedad, el respeto hacia los dioses y los hombres. Despreocupado de los asuntos militares, Numa pasa a ser la encarnación más antigua en Roma del ideal del rey-filósofo. Así aparece ya en el siglo IV a. C., cuando su fama de legislador alcanzó las ciudades griegas del sur de la Península Itálica, en concreto Tarento, donde el rey romano fue convertido en discípulo de Pitágoras. Pero esta relación personal ofrecía un problema serio, ya que entre uno y otro mediaban casi dos siglos (el filósofo griego inició su actividad en Crotona hacia el año 530 a. C.). Sin embargo, no pareció ser esto suficiente para romper por completo el vínculo, pues en el fondo quedaba un regusto si no por hacer de Numa un auténtico pitagórico, sí al menos por situar su obra bajo el espíritu de esta filosofía. Así, cuando en el siglo IV se reelaboraron o reinventaron las llamadas leyes de Numa, la nueva redacción no pudo desembarazarse de cierta influencia del pitagorismo, pues al fin y al cabo era una de las corrientes filosóficas más extendidas en la Italia de la época, incluida la propia Roma. A este respecto, no hay que olvidar que escritos pitagóricos contemporáneos afirmaban falsamente que los romanos habían otorgado su ciudadanía a Pitágoras, cuya estatua se alzaba en el comicio junto a la de Alcibíades. El nexo entre Numa y Pitágoras estaba muy afianzado a comienzos del siglo II a. C., como lo muestra el célebre episodio del año 181, cuando el Senado ordenó quemar unos falsos libros atribuidos a Numa por su contenido de inspiración pitagórica.

La imagen más completa y comprometida de Numa como filósofo quizá se encuentra en la biografía que le dedicó Plutarco, quien hace de nuestro

personaje un modelo de monarca platónico, concediendo al pitagorismo un lugar muy destacado en la interpretación de los hechos de Numa. Otras fuentes presentan sin embargo una visión muy diferente. Así, Livio y Cicerón rechazan de plano toda relación con Pitágoras y sus enseñanzas y justifican el carácter austero y piadoso de Numa invocando su origen, pues el pueblo sabino tenía fama de despreciar la riqueza, practicar un estilo de vida muy sencillo y estar imbuido en un profundo sentimiento religioso. Pero además existían también otras tradiciones sobre Numa, de mayor antigüedad que la pitagórica, que no se ajustan bien al ideal del príncipe-filósofo. Tal es el caso de la relación del rey con la ninfa Egeria, que le inspiraba todas sus acciones de gobierno. Para los más escépticos, o con una visión más racionalista, como Livio, todo se trataba de una farsa, pues Numa fingía que se comunicaba con la diosa para así justificar sus decisiones y llevarlas a la práctica con mayor facilidad, aprovechándose de la ingenuidad del pueblo; otros, por el contrario, van mucho más allá y transforman en erótica dicha relación, pues Numa habría renunciado al trato con los hombres y participado del mundo divino mediante una unión carnal con Egeria. El tema de la comunicación íntima entre el rey y una diosa no es infrecuente en la Roma primitiva, pues con variantes aparece en la tradición sobre Servio Tulio y quizá también en la de Tarquinio Prisco. Pero en el caso de Numa no se trata del monarca que recibe el poder de la divinidad, con la cual se une en una hierogamia para garantizar la prosperidad de la comunidad, como sucede con los otros. La relación erótica parece más bien ser el desarrollo tardío de una versión más antigua, en la cual el vínculo entre Egeria y Numa probablemente se justifica por el carácter oracular que en origen poseía esta diosa. Otra tradición referente a Numa que asimismo no cuadra con su imagen de filósofo es la que narra cómo se apoderó de Fauno y de Pico con el objetivo de que éstos le enseñaran el medio para entrar en contacto con Júpiter. Se trata de una versión local del conocido tema de la captura del adivino, motivo muy frecuente en todas las culturas mediterráneas y que presenta al héroe apoderándose de tal personaje para arrancarle sus secretos.

Todos estos desarrollos legendarios de la figura de Numa no pueden ocultar sin embargo su existencia real, aunque ésta suscita naturalmente algunos problemas de interés. Uno de ellos se encuentra en su propio nombre y la relación que éste puede presentar con la versión tradicional del origen sabino del rey. Numa Pompilio tiene un *praenomen* latino, cuya raíz *num-* se repite en antropónimos (recuérdense el Númitor de la leyenda de Rómulo o el Numasios de la fíbula de Praeneste) y en topónimos (por ejemplo, el río Numicus, que bordeaba la ciudad de Lavinium). Sin embargo, su *nomen*, Pompilio, es de origen itálico, con una raíz *pump-* ("cinco") ampliamente presente en la onomástica (Pomponio, Pompedio, Pompeyo), en la toponimia (Pompeya) y en la terminología institucional (la *pumperias* umbra). M. Pallot-

tino pone este dato junto a otros nombres, de procedencia asimismo itálico-oriental, que aparecen en el relato analístico correspondiente a los primeros reyes de Roma, concluyendo que la tradición sobre los monarcas sabinos del siglo VII puede contener un núcleo de verdad histórica. Este autor lo relaciona con el supuesto asentamiento sabino en el Quirinal y la formación de una Roma surgida de la unión de *montes* y *colles,* en la que en un momento dado se habrían impuesto los grupos gentilicios sabinos, hecho traducido en la entronización de Numa Pompilio. Pero quizá no sea necesario ir tan lejos, pues más sencillo sería, caso de reconocer como cierto el origen sabino de Numa, pensar que la presencia de éste en Roma es producto de una infiltración, no protagonizada tanto por él mismo, pues tiene un *praenomen* latino, sino por un ascendiente inmediato. De todas maneras, ésta no deja de ser una cuestión secundaria, pues Roma sigue siendo una comunidad de cultura latina y Numa un rey romano, situación que posteriormente se repetirá con la llegada de los Tarquinios desde Etruria, aunque en este último caso la influencia etrusca será mayor que la que ahora puedan aportar los sabinos.

La visión que ofrece la tradición sobre Numa incide en su condición de legislador, hasta el punto que algunos hacían derivar su nombre de la palabra griega *nomos,* "ley" (Servio, *Aen.,* 6.808). A pesar de todos los inconvenientes, aquí pisamos sin duda un terreno más firme, si bien no se puede descartar en ningún momento la presencia de elementos espúrios y añadidos falsos. Recuerda Cicerón *(Rep.,* 2.14.26) la existencia en su época de un *corpus* de leyes atribuidas al rey Numa, conservado en los *monumenta* de los pontífices. Pero, ¿se trata de un documento histórico? La tradición conoce unas *leges Numae,* recopiladas y reordenadas por Anco Marcio, quien habría encargado su custodia a los pontífices. Por diversas fuentes, se sabe que estas leyes se referían no sólo a aspectos estrictamente religiosos, sino también a otros de carácter económico, social y político. Desde luego parece cierto que Cicerón dice la verdad, pues el colegio pontifical disponía de riquísimos archivos de naturaleza religiosa, y por ello también política, que incluían entre otras cosas unos *commentarii regum,* es decir, escritos cuyo contenido supuestamente había sido redactado o inspirado por los reyes. En opinión de E. Gabba, estas leyes atribuidas a Numa, como sucede en general con toda la legislación regia, habrían sido reelaboradas en círculos pontificales durante el siglo IV, quizá a partir de tradiciones anteriores, en ese clima de recuperación de la propia historia que vivió Roma en los decenios posteriores a la invasión celta, ambiente por su parte bastante empapado en la filosofía pitagórica originaria del sur de Italia y que habría influido en la labor de los pontífices. Se sabe que en esos momentos, con la excusa de recobrar el pasado, se introdujeron en la tradición numerosas falsificaciones que afectaron a la historia previa de la ciudad. Pero no todo era falso, sino que también se recuperaron muchos datos que luego pasaron a la historiografía analística. ¿En cuál de los dos gru-

pos se deben situar las leyes de Numa? Evidentemente en ambos, ya que parte de las mismas habría sido inventada y parte conservada según la tradición anterior, siquiera en su núcleo de verdad histórica.

Una de estas leyes de Numa que sí puede responder a la realidad, al menos en su esencia, es la relativa a la organización de la religión pública y de los principales sacerdocios. Se trata sin duda alguna de la más importante entre todas las innovaciones que la tradición atribuye al quehacer legislativo de Numa, a juzgar por el espacio que le dedican las fuentes. La mayor parte de estas últimas proporciona una versión resumida sobre el contenido de la reforma numaica, deteniéndose tan sólo en algunos de los sacerdocios afectados y los ritos correspondientes. El único autor antiguo que ofrece una exposición completa es Dionisio (2.64-73), quien otorga a Numa la redacción de un cuerpo de normas *(nomothesia)* con el fin de organizar la vida religiosa de la comunidad. Este sistema estaba estructurado en ocho capítulos en relación a los diferentes *sacra,* cuyo cumplimiento confía a otros tantos colegios sacerdotales, a saber, curiones, flámines, tribunos de los *celeres*, augures, vestales, salios, feciales y pontífices.

Un primer aspecto de esta lista que inmediatamente llama la atención es la mención de instituciones que en principio poco o nada tienen que ver con la vida religiosa, como eran los tribunos, comandantes de las primitivas fuerzas de caballería formadas por los llamados *celeres*. En cierto sentido, sucede lo mismo con los curiones, representantes de las curias, que si bien en época histórica se encargaban de oficiar los *curionia sacra,* en origen desempeñaban sobre todo funciones militares como jefes de los contingentes armados que se reclutaban por curias. Estos dos colegios parecen pues encarnar las diferentes jefaturas militares –caballería e infantería respectivamente–, que en razón a su cargo debían cumplir determinadas obligaciones religiosas; cuando más tarde tuvo lugar la desaparición de su función principal, la militar, quedaron reducidos *ad sacra,* es decir, limitados al ámbito de la religión, y como tales se les conoce (pero no mucho) en tiempos históricos. Otra característica de esta relación sacerdotal es que los colegios implicados son aquellos que poseen una mayor perspectiva "política", esto es, menos vinculados a esferas privadas o a una localización topográfica concreta y más identificados al conjunto de la comunidad. De aquí se deduce un tercer aspecto de importancia, el cronológico. Este conjunto sacerdotal representa una fase anterior a la ciudad, sugiere una comunidad precívica; en otras palabras, se sitúan en un estadio cronológico en todo caso anterior a las reformas de Servio Tulio, puesto que entonces la curia como unidad militar ha dejado su lugar a la centuria y los *celeres* han sido sustituidos por los *equites*. La atribución de esta organización a Numa está pues dentro de lo posible.

Para intentar ir más allá en la comprensión de estos datos, es necesario fijar la atención en el significado de cada uno de los colegios en cuestión.

Como acabamos de ver, dos de ellos, los curiones y los *tribuni celerum*, pertenecen al ámbito militar, representando respectivamente a la infantería y a la caballería. Pero no son los únicos, pues también los salios están estrechamente vinculados a esta misma función. Estos sacerdotes-guerreros, como se les ha calificado en alguna ocasión, se vestían en sus celebraciones con un atuendo militar e incluso llevaban armas, cuya tipología recuerda muy de cerca el armamento utilizado en la Italia central durante el siglo VIII a. C. Por su actividad cultual, los salios se relacionaban directamente con el ciclo de la guerra, pues intervenían sobre todo en aquellas fiestas que marcaban el inicio de la campaña militar (días 1, 9, 14, 19 y 23 de marzo) y menos en las que la cerraban (sólo en ocasión del *Armilustrium* del 19 de octubre). Sus ritos se componían de dos manifestaciones principales, el canto *(carmen saliare)* y la danza; esta última contemplaba a su vez dos partes, llamadas respectivamente *saltatio* y *tripudium*, la primera probablemente de ejecución libre y movimientos bruscos y la segunda ajustándose a un ritmo ternario. Considerando estas peculiaridades rituales, su apariencia militar y la situación de sus fiestas en el calendario, se cree con razón que los salios representan a las más antiguas formaciones guerreras, cuyas danzas eran un reducto de antiquísimos ritos de efebía, de iniciación a las armas, mediante los cuales los jóvenes alcanzaban socialmente al estado adulto, es decir, pasaban a ser considerados como *viri* y dotados por tanto de capacidad militar.

Las vestales y sus actividades de culto simbolizan el hogar comunal. Estamos por tanto ante uno de los elementos que, en el ámbito religioso, mejor refleja la existencia de una comunidad unida. Su origen se encuentra sin duda en la transposición de elementos en principio exclusivos del ámbito doméstico a un nivel que ya afecta a toda la comunidad. Así, la forma arquitectónica del templo de Vesta probablemente sea una adaptación de la antigua cabaña, es decir, una copia de la vivienda familiar. Las vestales tenían la obligación de elaborar determinadas sustancias rituales *(muries, mola salsa, suffimen)* y de mantener vivo el fuego sagrado, lo que no parece ser sino la sacralización de funciones que las mujeres realizaban en sus casas. Idéntico significado tiene la participación de estas sacerdotisas en ciertos rituales agrarios y de fertilidad, pese a la obligación de mantenerse vírgenes, en una función sustitutoria de las mujeres como auténticas protagonistas del acto religioso. Un hecho destacado es la estrecha relación que se establece entre el rey y las vestales, de manera que estas últimas se desvinculan de sus respectivas familias cuando son reclutadas y se someten a la tutela real. De esta forma las vestales se convierten en las "hijas" del rey y representantes de la comunidad, tutelada por el propio monarca, quien se presenta asimismo como "padre" de esa misma comunidad.

Los feciales eran los sacerdotes que tenían a su cargo, en el campo de la religión, las relaciones de Roma con el exterior. Eran los depositarios del

ius fetiale, un conjunto de normas de derecho sacro que buscaban el asentimiento divino en las actuaciones de Roma más allá de sus fronteras, interviniendo en los rituales de declaración de guerra y de los tratados de paz. Según Livio (1.32.5-14), habría sido el rey Anco Marcio el introductor de la *fetialis religio,* tomada del pueblo de los equícolas, pues Numa había ordenado las prácticas religiosas de la paz, pero no las relativas a la guerra, y por tanto es a propósito de Anco cuando Livio transmite el ritual de declaración de guerra. Sin embargo, el mismo Livio (1.24.4-9) afirma que la primera ocasión en que se firmó un tratado de paz con intervención de los feciales fue a instancias de Tulo Hostilio, mientras que para Cicerón *(Rep.,* 2.17.31) habría sido este último monarca el introductor de todas las prácticas rituales vinculadas a la guerra, cosa lógica desde el momento en que el reinado de Numa se caracterizó por un pacifismo absoluto. No obstante, no falta quien, como Dionisio (2.72.2), prefiera por el contrario a Numa. En resumen, no parece aventurado pensar que la concesión a Numa de la reorganización de la competencia de los feciales responde a una tradición firme, si bien su intervención práctica puede ser atribuida a otros monarcas con mayor actividad bélica. El aspecto que más interesa destacar aquí es la posible relación entre los feciales y el Senado. Por un lado, existe una proximidad funcional, pues al menos durante la República era al Senado al que correspondía la política exterior y fueron comisiones senatoriales las que paulatinamente se ocuparon de algunas funciones que tradicionalmente competían a los feciales. Más claro es al respecto el título del miembro principal del colegio, el *pater patratus,* llamado también *princeps fetialium.* Los dos términos conducen a un mismo destino: *pater* se vincula no al *pater familias,* sino a la denominación más antigua de los senadores, los *patres,* mientras que *patratus,* participio del verbo *patrare,* significa actuar en calidad de *pater,* lo que parece indicar que en origen los feciales de alguna manera participaban del Senado. Por tanto, este último tenía su emanación religiosa en la *sodalitas fetialium.*

Los tres restantes sacerdocios, incluidos en la *nomothesia* de Numa, hacen referencia a una única institución: la realeza. Los flámines eran sacerdotes especializados en el culto de una divinidad concreta, por lo que no constituían un colegio o cualquier otro tipo de asociación sacerdotal; cada uno era por completo autónomo respecto a los demás, actuaba en solitario y dedicaba sus actos a un dios particular. Existían quince *flamonia,* tres *maiores* y doce *minores,* los primeros más antiguos y de mayor importancia que los segundos. A su vez, los mayores eran tres, el *Dialis,* el *Martialis* y el *Quirinalis,* dedicados respectivamente a los cultos de Júpiter, Marte y Quirino. Según Livio (1.20.1-2), Numa creó los flámines, y en especial el *Dialis,* para que las obligaciones religiosas del monarca no fuesen nunca desasistidas por el cumplimiento de sus otros deberes regios. De esta manera, los flámines asumieron sobre sus personas los tabúes e incompatibilidades que presentaba

la institución monárquica, consecuencia de la necesidad de atender simultáneamente funciones políticas, militares y religiosas. De los tres fue el *Dialis* quien cargó con la mayor parte de las constricciones (véase Gelio, *Noct.At.*, 10.15) y de ahí la idea, comúnmente aceptada, según la cual el flamen *Dialis* era un auténtico "doble" del rey, relación compartida por su esposa, la *flaminica*, respecto a la reina. En menor medida, esta misma condición se extendía a los otros flámines mayores, y así el *Quirinalis* aparecía especialmente vinculado a las vestales, quienes, como acabamos de ver, lo estaban respecto al monarca.

Algo similar sucede con los pontífices, en especial con su presidente, el *pontifex maximus*. Todas las fuentes presentan al pontífice como el segundo del rey respecto a todas las cuestiones relativas a la organización de la religión pública, de forma que cuando tuvo lugar la desaparición política de la monarquía, la mayor parte de las funciones religiosas del rey y la cabeza en la jerarquía sacerdotal no pasaron al *rex sacrorum*, como en toda lógica cabría esperar, sino al *pontifex maximus*. Tan estrecha relación entre monarca y pontífice se refleja también en la etimología de este último término. En general se admite que *pontifex* está formado a partir de *pons* y *facere;* sin embargo, no parece que *pons* deba relacionarse con un puente, a pesar de la opinión de los antiguos y del vínculo que existía entre el *pons Sublicius*, el más antiguo de Roma, y los pontífices, sino que tiene el antiguo significado indoeuropeo de "camino", "vía", de manera que la palabra pontífice querría decir "el que traza el camino, la vía a seguir", una etimología coincidente con la de *rex*, según tendremos ocasión de comprobar.

Por último se cuentan los augures, una institución religiosa de probada antigüedad, cuya misión fundamental era consultar a los dioses en nombre de la comunidad. Pero además de expertos en la interpretación de los signos divinos, los augures poseían la facultad de atraer sobre personas y cosas una fuerza sobrenatural que los predisponía al favor de la divinidad (*inauguratio*). La costumbre del augur de intervenir en todo acto público, con el objetivo de garantizar la legitimidad divina del mismo, justifica plenamente que Cicerón (*Leg.*, 2.12.31) les considere la máxima autoridad del Estado. Los augures formaban un colegio en sentido estricto, pues todos eran iguales y cada uno poseía todo el valor de su conocimiento. Sin embargo, en la primera etapa de la monarquía, junto a los augures se encontraba el propio rey, quien sin pertenecer al colegio gozaba no obstante de la cualidad de augur. El monarca era verdaderamente el *optimus augur*, según los términos que Cicerón utiliza para calificar a Rómulo (*Div.*, 1.1.3), y prueba de ello es el símbolo de su poder, el *lituus*, el bastón augural. La situación cambiará a partir de Tarquinio Prisco, como en su momento habrá ocasión de comprobar.

Intentemos ahora obtener alguna conclusión. Los diferentes sacerdocios contemplados en la *nomothesia* de Numa implican diversos aspectos de la

vida pública, afectando a los pilares institucionales sobre los que se sostiene la primitiva comunidad romana: la célula familiar a través de su representación femenina y doméstica (vestales), las formaciones guerreras en sus distintas manifestaciones sociales y militares (salios, *tribuni celerum,* curiones), el Senado o consejo formado por los *patres* (feciales) y por último el rey (pontífices, flámines, augures). El monarca se sitúa a la cabeza de la jerarquía social, protagoniza todas las funciones rectoras y al mismo tiempo se libera de las contradicciones que implica el ejercicio simultáneo de todas ellas. Estamos por tanto ante una nueva forma de monarquía y en consecuencia ante un panorama institucional igualmente novedoso: como dice E. M. Hooker, Numa representa el primer monarca constitucional de Roma, oponiéndose por tanto a Rómulo como última expresión de la realeza "divina". Se tiene la impresión de que esta legislación numaica rebasa el marco puramente religioso que nos transmite la tradición para convertirse en una auténtica carta política, mediante la cual se regulan las diferentes fuentes de energía que dan vida a la comunidad romana.

En términos de cronología absoluta, el reinado de Numa se sitúa en los comienzos del período orientalizante, a caballo entre los siglos VIII y VII a. C., como ya sabemos. Naturalmente no se trata de aceptar a ciegas la cronología tradicional, pero otorgándole un valor aproximado se observa una notable coincidencia. Según concluíamos en el capítulo anterior, los inicios de la fase IVa de la cultura lacial significan un momento de gran trascendencia en ese largo proceso que lleva a la formación de Roma. Muy probablemente se define entonces y de manera definitiva una comunidad por completo unida, que si bien no puede en sentido estricto calificarse como ciudadana, sí ofrece una cohesión interna hasta entonces desconocida. Una situación de este tipo, que de hecho significa el nacimiento de Roma, requiere un fundamento político, una organización que por rudimentaria que sea asegure el funcionamiento normal de la vida en su aspecto público y el cumplimiento de unos objetivos esenciales, y que a su vez asuma las diferentes componentes que han dado origen a esta comunidad. La pregunta que se debe plantear entonces es si la *nomothesia* de Numa, transmitida por los antiguos sólo en su vertiente religiosa, representa verdaderamente la primera "constitución" que rigió en Roma, pues en ella ocupan un lugar las instituciones fundamentales de la vida política. Sabemos además que esos sacerdocios "numaicos" están formados siempre por varios miembros y que algunos de ellos se reclutaban por tribus, por lo que cabría ampliar la pregunta en el sentido si sobre tales sacerdocios, y lo que representan, se refleja la contribución de las diferentes partes que colaboraron a la formación de Roma, asumiendo así el compromiso de la unidad por fin alcanzada. Desgraciadamente no se puede por el momento dar respuesta segura a esta cuestión.

De acuerdo con esta misma imagen de un Numa legislador y cofundador de un Estado por completo organizado, la tradición atribuye a este monar-

ca otra importante novedad, el calendario. Los antiguos hacían bascular la historia del calendario romano sobre dos pilares principales, representados por Numa y por C. Julio César, de donde proceden los nombres de "numaico" y "juliano" que recibieron sus respectivos calendarios. Entre uno y otro situaban algunas intervenciones puntuales, pero no reformas profundas. Sin embargo, sabemos que los antiguos desviaron hacia la etapa fundacional algo que realmente corresponde a tiempos más recientes. La tradición caracteriza como numaico a un calendario luni-solar, articulado en doce meses y con días intercalados, que habría estado en vigor hasta la reforma de César. Pero una estructura de este tipo no es sino el desarrollo de formas más arcaicas, que en este caso se identifican a un calendario lunar, esto es, basado en las fases de la luna y por tanto dividido también en doce meses. Las investigaciones sobre la historia más antigua del calendario romano llevan a situar la introducción del luni-solar en el siglo V a. C., probablemente durante el decenvirato legislativo, mientras que el lunar, en el que se advierte una cierta influencia etrusca, correspondería a la fase de la monarquía arcaica, esto es, al siglo VI.

Generalmente se admite que la atribución a Numa del calendario surge en el ambiente creado en el siglo II a. C., cuando tuvo lugar el descubrimiento de esos supuestos libros numaicos de inspiración pitagórica. Pero es posible que entonces se reafirmara una tradición más antigua. Hay que tener presente que el calendario es un instrumento de gran eficacia en la organización de una ciudad, pues sirve para regular de forma armoniosa la vida pública, tanto por lo que se refiere a las relaciones entre los ciudadanos, como entre éstos y el poder político y por último con la divinidad. Por tanto su creación necesariamente ha de elevarse a los orígenes mismos de la ciudad, pues ésta es inconcebible sin un armazón de tales características. Como gran legislador sobre los asuntos religiosos de la naciente Roma, la personalidad de Numa se adaptaba perfectamente para encajar la paternidad del calendario.

Pero en cualquier caso, surge la duda de si con anterioridad a los Tarquinios no existía en Roma un mecanismo para regular el tiempo, sobre todo desde el punto de vista religioso. A este respecto, la tradición conoce un calendario más antiguo que el "numaico", compuesto de diez meses y cuya creación concede a Rómulo, sistema que algunos autores sitúan durante la primera fase de la monarquía romana. La existencia de este calendario no es sin embargo un hecho admitido de forma unánime y recientemente J. Rüpke ha llamado la atención sobre algunos aspectos que denunciarían su falsedad. Sea como fuere, parece probable que con anterioridad a las reformas del siglo VI debía existir un sistema elemental de cómputo de tiempo, bien fuese de naturaleza empírica, es decir basado en aquellos fenómenos de la naturaleza que se repiten periódicamente, como se supone que sería ese primitivo calendario decamensual, bien con puntos fijos de referencia,

señalados por fiestas de reconocida antigüedad que permanecieron en los calendarios de épocas sucesivas.

5.1.2. Tulo Hostilio

De los tres reyes históricos que forman la primera serie de la monarquía romana, Tulo Hostilio es el que presenta una realidad menos tangible. La razón no es otra que el estar su figura unida a un acontecimiento legendario pero a la vez de gran trascendencia, la destrucción de Alba Longa, metrópolis del pueblo latino. La tradición ofrece una imagen de Tulo por completo opuesta a la de su antecesor, Numa Pompilio, pues le tiene por un monarca belicoso, que buscaba ocasiones y pretextos para encender la guerra contra sus vecinos, en la idea de que tras la política pacifista de Numa el pueblo necesitaba de nuevo una intensa actividad bélica para salir de una situación de letargo. Y así, no sólo los albanos, sino que también veyenses y sabinos sufrieron los ardores guerreros del rey romano. Esta naturaleza proclive a las armas condujo a Tulo a otro punto de oposición a Numa, el total abandono de sus obligaciones para con los dioses, hasta el punto de que su muerte fue causada directamente por el propio Júpiter, irritado porque el rey estaba sacrificando sin observar en toda su pulcritud los ritos exigidos. Así pues, guerra e irreligiosidad definen el carácter de Tulo, frente al pacifismo y la piedad características de Numa.

Si nos atenemos a los hechos, Tulo no destacó sin embargo en el aspecto bélico más que otros reyes, además con la particularidad de que sus empresas militares no reportaron a Roma anexión territorial alguna. La tradición atribuye a este monarca conflictos contra Alba, Veyes y los sabinos, a los que Dionisio añade una intervención puntual en la localidad latina de Medullia, precisamente el lugar de origen de su familia. Pero si exceptuamos la primera, las otras dos guerras –la de Veyes en torno a Fidenae y contra los sabinos en Eretum– se repiten con cierta frecuencia en el relato analístico, pero en referencia a otros monarcas. Se trata de tópicos, de lugares comunes en la tradición, producto de la necesidad de justificar la cualidad de los reyes como defensores de la comunidad romana frente a sus enemigos, que en esos momentos no pueden ser otros que los pueblos vecinos, los etruscos (Veyes) por un lado y los sabinos por otro. El tercer frente tradicional, los latinos, tiene como objetivo el mantenimiento de la hegemonía de Roma, que se creía afirmada ya por Rómulo, aspecto que en el caso de Tulo se materializa esencialmente en el conflicto con Alba, lo que supuso para Roma la eliminación de la rival más antigua y prestigiosa.

Así pues, el acontecimiento que mejor identifica a Tulo Hostilio es la guerra contra Alba Longa y la destrucción final de ésta. Pero aquí topamos con un serio obatáculo, ya que Alba nunca existió como ciudad. Para salvar esta

dificultad se han ideado diversas interpretaciones. Para unos, el episodio sería un recuerdo legendario de la decadencia que sufrieron los centros protohistóricos del área de los montes Albanos durante las fases IIb y III de la cultura lacial, según veíamos en su momento, opinión improbable por el largo espacio de tiempo que media entre este hecho y el reinado de Tulo. Otros por el contrario creen que esta guerra reflejaría un acontecimiento real, la destrucción por parte de Roma de un poder local emergente en el área albana en la primera mitad del siglo VII, aunque no existe indicio alguno que avale tal hipótesis.

Hace ya tiempo se observó que en este episodio Tulo no es siempre el verdadero protagonista, pues la resolución del conflicto, cuya consecuencia inmediata fue el reconocimiento por Alba de la hegemonía romana, se produce a través del combate singular entre dos grupos de trillizos, los Horacios por Roma y los Curiacios por el bando albano; el triunfo final del único superviviente de los primeros inclinará la victoria hacia Roma. El posterior comportamiento desleal del dirigente albano, Metio Fufetio, dará pie no sólo a la muerte de éste mediante un cruel suplicio, sino que además la ciudad de Alba fue destruida en castigo a la traición de su gobernante. Hace ya años señalaba J. Heurgon que en la tradición sobre la guerra contra Alba, Tulo Hostilio se vio arrastrado en un *carmen* gentilicio perteneciente a la familia de los Horacios, los cuales se alzan como los auténticos protagonistas. Tulo interpreta un papel hasta cierto punto secundario, pues simplemente sería el monarca que entonces gobernaba en Roma. A título de hipótesis, se puede suponer que en la epopeya original probablemente no se hacía mención a la destrucción de Alba, sino que el argumento giraría sobre todo en torno al combate victorioso sobre los Curiacios. En cuanto al episodio final, centrado en el proceso judicial contra P. Horacio por haber dado muerte a su hermana, quizá formase parte de la gesta familiar, pero no en los términos en que aparece en el relato tradicional, pues éste por un lado pretende ser un mito etiológico sobre un topónimo arcaico de Roma, el *tigillum sororium*, y por otro está en relación con los orígenes del procedimiento judicial público. Todo tiene la apariencia de ser el recuerdo de un lejano conflicto, probablemente histórico, que enfrentó a dos *gentes* latinas, una del círculo romano y otra del albano, provocado por diferencias relativas a la tierra o al ganado. La disputa se superó mediante la fórmula de la ordalía por combate singular, como señala E. Montanari, forma muy arcaica de solucionar un conflicto entre grupos. El escenario donde la tradición sitúa este enfrentamiento se localiza en el confín del *ager Romanus* más antiguo, en las proximidades de la *fossa Cluilia*, que servía de límite al primitivo territorio romano frente a las comunidades de ámbito albano; también el territorio de la tribu Horacia confinaba con el de Alba. La tradición posterior magnificaría el acontecimiento transformándolo en un conflicto abierto entre Roma y Alba, hecho que pue-

de obedecer a causas diversas, como el interés por remarcar la hegemonía de Roma en el Lacio atribuyéndole la destrucción de la ciudad madre de todos los latinos y convirtiéndola por tanto en su heredera, o también, y sin que ambos motivos sean excluyentes, como explicación del asentamiento en Roma de las llamadas *gentes* albanas, es decir, aquellas familias del patriciado romano que se decían procedentes de Alba.

Frente a los otros reyes, Tulo destaca quizá por otros aspectos que no la guerra, como el derecho, actividad que se manifiesta durante su reinado a través de diversas formas. Según veíamos hace un momento, la tradición es firme al materializar en Tulo una preocupación por el derecho propio de los feciales, de manera que todas aquellas guerras que pudieran surgir bajo su gobierno se ajustaban a un concepto de justicia no sólo humana sino también divina. Claramente lo afirma Cicerón (*Rep.*, 2.17.31) cuando atribuye a Tulo la institución de una normativa que, aplicada a través de la *fetialis religio*, asegurase que toda guerra declarada en el futuro no incurriese en la condición de *iniustum atque inpium bellum*. Sin embargo es probable que todos estos rituales referentes a la guerra fuesen obra del propio Numa, pero aun así para los antiguos no ofrecía duda el hecho de que Tulo siempre había procurado ajustar sus hechos a la ley, si bien en las versiones menos favorables al monarca, como la representada por Tito Livio, el comportamiento de Tulo no está exento de cierta mala fe.

La relación de Tulo con el derecho se expresa a cotinuación en dos episodios englobados asimismo en el conjunto de las tradiciones que giran en torno a Alba, uno que afecta a los Horacios y otro a Metio Fufetio. Este último se centra en la acusación de traición que Tulo dirige contra el jefe albano por su actitud durante la batalla frente a veyenses y fidenates, con la cual atentó contra el tratado existente entre Roma y Alba. En presencia del ejército, Tulo dicta sentencia y condena a Metio a una muerte horrible, que se lleva a cabo mediante el despedazamiento del reo. El segundo episodio discurre cuando tras la victoria sobre los Curiacios obtenida por P. Horacio, éste da muerte a su hermana por haberse comprometido en secreto con uno de los albanos muertos. Inmediatamente después de cometer el soricidio, Horacio es sometido a un proceso judicial para expiar su crimen, saliendo finalmente indemne al hacer valer con más peso el servicio prestado a la patria que el homicidio cometido sobre su hermana.

La tradición duda a la hora de calificar el delito de Horacio, variando según las fuentes entre la *perduellio* (crimen contra el Estado) y el *parricidium* (homicidio), lo que produce a su vez cierta confusión en cuanto a la definición del tribunal, esto es, si estaba formado por los *duumviri perduellionis* –lo que parece bastante improbable– o por los *quaestores parricidi;* además en esta ocasión se sitúa también la creación de la *provocatio ad populum,* es decir, la facultad del reo para recurrir ante la asamblea popular la sentencia

condenatoria, una institución jurídica que no hizo su aparición hasta época republicana. En definitiva, todo el relato sobre el proceso de Horacio se presenta plagado de incongruencias jurídicas, razón por la cual la mayoría de los especialistas considera que se trata de un episodio legendario y sin base histórica real.

No obstante estas observaciones, existen otros elementos que han llamado positivamente la atención de los romanistas, puesto que aun reconociendo los contrasentidos y anacronismos que contiene la tradición, en el fondo puede palpitar un núcleo de historia auténtica. Se trata del conflicto de competencias que se plantea entre las instancias judiciales de la ciudad y el padre de Horacio, pues al pertenecer homicida y víctima a una sola familia, el jefe de ésta invoca el *ius patrum*, que suponía la capacidad del padre para juzgar los delitos de los miembros de su familia cometidos en el interior de la misma. Evidentemente se produce el choque entre una jurisdicción privada, de tradición gentilicia, y otra pública, la primera más antigua pero que ya empieza a sentir la asunción de poderes que paulatinamente va realizando la comunidad. Nos encontramos por tanto ante un enfrentamiento entre dos tendencias opuestas en el seno de una estructura socio-política en vías de consolidación, una centralizadora, personalizada en el rey, y otra centrífuga, representada por los clanes gentilicios que persisten en comportamientos tradicionales y en la defensa de sus costumbres ancestrales. El escenario que sugiere este conflicto es naturalmente muy arcaico, pues implica un escaso desarrollo de la vida política y una fuerza todavía poderosa del ámbito privado. En este sentido, también el episodio de Metio Fufetio nos eleva a una época muy lejana, pues el horrible suplicio a que fue condenado no puede representar sino una forma muy arcaica de ejecución. En efecto, este tipo de muerte es desconocido en el derecho penal romano y con razón afirma Livio (1.28.11) que fue ésta la última vez que se aplicó, lo que unido a la intensa atmósfera religiosa que envuelve todo el relato, necesariamente hemos de pensar en una época ciertamente antigua.

Situar en el reinado de Tulo Hostilio el paso de la justicia privada a la pública puede ser aventurado, ya que los datos de la tradición llegan a nosotros tan adulterados que difícilmente pueden aceptarse como pruebas determinantes. Sin embargo, parece claro que esa misma tradición concede a Tulo un papel importante en el proceso de consolidación institucional de la ciudad, haciendo de él en definitiva un monarca al menos tan político como guerrero. En este sentido, no deja de ser significativo, aunque constituya un nuevo anacronismo, que una de las versiones sobre Tulo le atribuye la introducción en Roma de unos nuevos símbolos del poder. Como veremos en su momento, tal hecho corresponde verdaderamente a Tarquinio Prisco, quien con tales símbolos impone también en Roma un nuevo concepto del poder. De igual manera, se concede asimismo a Tulo la sistematización del área del Comicio

y la construcción de la primera *curia Senatus,* que por el rey recibió el sobrenombre de Hostilia. Estas obras no pretenden sino ser reflejo de una reorganización política que afectaría tanto a la asamblea popular, que tiene su expresión urbanística en el Comicio, como al Senado, que a partir de entonces podía reunirse en un edificio propio, la curia Hostilia. La tradición justifica estos hechos por la integración de los habitantes de la destruida Alba en el cuerpo cívico romano, lo que supuso la admisión de su aristocracia en el Senado, las llamadas *gentes* albanas, y la creación de nuevos contingentes de caballería. A pesar de los intentos recientes por buscar un núcleo histórico en estos acontecimientos, en realidad no son sino anacronismos, una anticipación sobre Tulo de hechos que corresponden al siglo VI. Pero aun así no dejan de tener interés, pues muestran la voluntad de parte de la tradición por ofrecer una imagen de este rey acorde con la idea del buen gobernante.

Un panorama similar de duda entre un rey volcado hacia la guerra o por el contrario más preocupado por el bienestar del pueblo lo encontramos a propósito de la política religiosa de Tulo Hostilio. Toda la tradición está de acuerdo en que este monarca duplicó el sacerdocio de los salios al crear un nuevo colegio, que consagró al dios Quirino y con su sede en el Quirinal, de ahí el nombre de *Salii Collini* con el que también fueron conocidos. Esta agrupación se situaba pues al lado de los otros salios, dedicados al culto de Marte y localizados en el Palatino *(Salii Palatini)* y cuya existencia databa de tiempo atrás. Como veíamos hace un momento, los salios constituían un sacerdocio de naturaleza militar, de manera que esta iniciativa de Tulo se adapta bien a su imagen de rey guerrero. La institución de los nuevos salios es relacionada por la tradición con un voto hecho por Tulo durante el desarrollo de una guerra, contra los veyenses según Livio (1.27.7) o contra los sabinos al decir de Dionisio (3.32.4), contraste que se extiende a las otras promesas realizadas por el rey en el mismo momento, pues según Livio, Tulo se comprometió a la construcción de sendas capillas a Pallor y a Pavor, mientras que para Dionisio las divinidades beneficiadas habrían sido Saturno y Ops (también, Macrobio, *Sat.,* 1.8.1). La diferencia tiene su importancia pues, Pallor y Pavor se vinculan directamente al carácter belicoso y violento que Livio presta a Tulo, ya que significan "el Miedo" y "el Terror", mientras que las divinidades invocadas por Dionisio están en relación con la fertilidad y la riqueza, por lo que la intención no es otra que propiciar la prosperidad de la comunidad romana.

En síntesis, vemos cómo la figura de Tulo Hostilio se nos escapa, se desvanece ante el carácter legendario de gran parte de los datos relativos a su reinado. En realidad lo único cuya historicidad no admite discusión es su nombre (así como el de su enemigo Metio Fufetio), lo que parece asegurarle una existencia real. La imagen que sobre este monarca ofrecen los antiguos bascula continuamente entre posiciones a veces opuestas, reflejando en definiti-

va diversas formas de interpretar unos mismos hechos. La idea del buen rey, preocupado por el derecho, el bienestar material de sus gobernados y una relación justa y piadosa con los dioses, choca con la imagen del destructor de Alba, que al final logra imponerse. Éste y no otro es el "delito" de Tulo Hostilio, haber puesto fin a la existencia de la ciudad madre del pueblo latino y de la propia Roma, uno de los puntos fundamentales de referencia mítica e ideológica, pues ¿quién podría haber realizado tan indeseable asunto a no ser un personaje belicoso, altanero e impío? A pesar de haber mantenido en pie los templos y de que el traslado de la población albana a Roma venía a ser una reunificación, puesto que Rómulo y sus compañeros procedían a su vez de Alba, este hecho determinó sin duda alguna la configuración de la imagen histórica de Tulo.

5.1.3. Anco Marcio

Si Tulo Hostilio es aproximado por la tradición a Rómulo (su abuelo Hosto Hostilio fue uno de los compañeros del fundador), Anco Marcio por el contrario es presentado con una imagen paralela a la de Numa, de quien según se decía era nieto. Pero si desafortunada es la idea de la pareja Rómulo-Tulo, no menos lo es la formada por Numa y Anco. A este último se le tenía por sistematizador del derecho pontifical y de las normas que habían manado de la actividad legislativa de su supuesto abuelo, con lo que aparecía como un rey justo y pío, respetuoso de los dioses y cumplidor de sus rituales, en situación opuesta a aquella que los antiguos adjudican a Tulo. Sin embargo, esta imagen de Anco Marcio no deja de ser reflejo de una tradición secundaria, pues la mayor parte del relato sobre su reinado que ha llegado hasta nosotros nos presenta como característico de Anco el desarrollo de una política militar y expansiva.

A Anco se le atribuyen numerosas guerras, pero al igual que sucede con Tulo, no todas ellas responden a hechos auténticos. Por un lado están aquellas campañas militares que no hacen sino repetir hechos similares ocurridos en el reinado anterior, como las guerras contra Veyes en torno a Fidenae y contra Medullia. La historicidad de estos conflictos parece por el momento imposible de demostrar. Pero no ocurre lo mismo con otras empresas que la tradición atribuye casi en exclusiva a Anco, como son la "fundación" de Ostia y la conquista de las localidades latinas de Ficana, Politorium y Tellenae.

Existe un acuerdo unánime en la tradición en atribuir a Anco la fundación de Ostia, para así poder controlar la explotación de las salinas existentes en la desembocadura del Tíber. Esta visión de los antiguos no concilia sin embargo las interpretaciones modernas, que invocando los mismos datos se desplazan de un extremo a otro. Los argumentos de los escépticos se apoyan en

el material arqueológico, que en efecto viene a demostrar que fue en el siglo IV a. C. cuando Ostia recibió una estructura urbana por completo organizada, lo que estaría en consonancia con la conversión del poblamiento en colonia romana hacia el año 335 a. C. Este hecho parece incontestable, pero al mismo tiempo no es suficiente para desmentir a los antiguos. El problema no es otro que querer interpretar el relato tradicional desde una perspectiva exclusivamente literal, en vez de leerlo entre líneas. Desde luego resulta inadmisible pretender que en época arcaica Ostia tuviese idéntica apariencia que la que se le conoce en el siglo IV, aunque así quiera presentarlo la tradición, pero la conclusión no puede ser la misma si tan sólo la consideramos como un lugar habitado en función de ciertos intereses romanos.

Los hallazgos arqueológicos demuestran que el solar de Ostia estuvo ocupado por el hombre en fechas muy anteriores al siglo IV. Los restos más antiguos son unos cuantos fragmentos cerámicos de la edad del bronce, que al igual que otros de épocas sucesivas tan sólo son indicativos de una frecuencia, no de un asentamiento estable. La documentación se hace más consistente a partir de la segunda mitad del siglo VII y a lo largo de los siglos siguientes. Entonces se observa la presencia de fondos de cabañas y de diferentes elementos arquitectónicos (tejas, terracotas), lo cual parece asegurar que la ocupación ya es firme. Sin embargo, la distribución dispersa de tales restos señala que en época arcaica Ostia carecía de una estructura urbana. Se trata en definitiva de un lugar de habitación en función tanto de la explotación de los recursos naturales, fundamentalmente las salinas, como del tráfico marítimo.

La fundación de un enclave en Ostia hay que comprenderla necesariamente en relación a las conquistas y anexiones territoriales vinculadas al nombre de Anco Marcio. Se trata de Ficana, Politorium y Tellenae, localidades que fueron destruidas y su población trasladada a Roma, política que copia la de Tulo respecto a Alba. Al igual que sucede con la cuestión de Ostia, también en este tema existen contrastes entre las diferentes opiniones, pues se tiende a aceptar o rechazar en conjunto todo lo que dice la tradición basándose en la documentación arqueológica, lo cual, como veremos a continuación, no es metodológicamente acertado. De los tres poblamientos mencionados, sólo uno se identifica con precisión, Ficana, que estaba situado en las proximidades de la moderna Acilia, en la orilla izquierda del Tíber; respecto a Politorium, en un primer momento se creyó que correspondía al yacimiento arqueológico de Castel di Decima, identificación que posteriormente entró en crisis sin razones de peso; finalmente sobre Tellenae no existe el menor indicio que permita localizarla con seguridad, aunque se cree que se encontraba al sudeste de Roma.

Cuando fortuitamente se descubrió el yacimiento de Decima y al tiempo se desarrollaron las investigaciones sobre Ficana, se creyó hallar una comprobación arqueológica al relato analístico, puesto que la documentación

funeraria, la primera en salir a la luz, se detenía precisamente en los años finales del siglo VII, en fecha más o menos próxima a la del reinado tradicional de Anco. Sin embargo, excavaciones sucesivas en las áreas de habitación demostraron que tal interpretación no era correcta, pues la vida continuó en esos lugares a lo largo del siglo VI e incluso con posterioridad. La cuestión no debía entonces plantearse en términos de continuidad de poblamiento, según transmiten los antiguos, sino de ideología funeraria, de forma que el cese de enterramientos antes mencionado no responde a un abandono del lugar sino a determinadas modificaciones en el ritual de enterramiento. En consecuencia, la tradición sobre las conquistas de Anco carece de historicidad, siendo inventada para reforzar la idea según la cual Roma era la ciudad hegemónica en el Lacio ya desde época de los reyes.

Un planteamiento crítico como éste no tiene sin embargo todos los datos a su favor. Cierto es que el relato tradicional exagera notablemente los hechos, así como interpreta los acontecimientos del pasado más lejano de Roma con ojos de épocas más recientes. Pero esto no es suficiente para negar toda historicidad a la tradición. Un hecho significativo es que Ficana y Politorium no vuelven a aparecer en el relato analístico – Tellenae tan sólo una vez más– y, si acudimos a la documentación arqueológica, nos encontramos que tanto en Ficana como en Decima/Politorium el poblamiento nunca llega a alcanzar el estadio urbano, sino que en el siglo VI se organiza en grupos dispersos de habitación en función del aprovechamiento agrícola; la existencia de un muro, único elemento invocado como signo de una ciudad, no demuestra sino la existencia de un *oppidum*, un lugar fortificado de pequeña extensión para vigilancia de un territorio. Decima incluso parece ser abandonada en el siglo V. El hecho que conviene destacar no es entonces la continuidad del hábitat, sino que éste se ve reducido y nunca adaptado a los criterios de una *civitas*, lo que quiere decir que ambos centros vieron interrumpida su evolución en las postrimerías del siglo VII, hecho que por fuerza ha de ponerse en relación con la noticia sobre las conquistas de Anco Marcio. Así como la fundación de Ostia es presentada, en especial en los autores latinos, de acuerdo con los principios que regían la política colonial de época republicana (cf. Cicerón, *Rep.*, 2.18.33: "edificó una ciudad en las bocas del Tíber y asentó colonos"), los desplazamientos de población responden también a un concepto reciente. Cuando Anco somete algunas ciudades y desplaza a sus habitantes a Roma, repite la receta que Tulo había aplicado a Alba. Pero en ambos casos se trata de un anacronismo, pues la tradición eleva a los orígenes un mecanismo utilizado en la etapa del imperialismo, cuando para reforzar una localidad de importancia, se trasladaba a la misma la población de asentamientos vecinos, práctica ya conocida por los griegos de la Italia meridional y de Sicilia. Sin embargo, tampoco se debe descartar *a priori* la existencia de movimientos poblacionales, como veremos a continuación.

La expansión de Roma en el último tercio del siglo VII puede considerarse como algo natural, que entra en la lógica de los tiempos, pues no se trata de un caso único. En el vecino territorio etrusco, donde los niveles de civilización y de organización eran ligeramente superiores, las ciudades de Caere y Tarquinia llevan a cabo por esos mismos años una intensa actividad de apertura hacia el mar, imponiendo su dominio sobre toda la franja costera en un intento por ejercer un mayor control sobre las influencias del tráfico marítimo, política que culminará poco más tarde con la creación de estructuras portuarias dependientes de la ciudad. En el Lacio, esta situación es quizá un poco más tardía, pues los restos arqueológicos no permiten elevarse más allá de la segunda mitad del siglo VI. Pero sin duda los primeros intentos son anteriores. Por otra parte, los decenios finales del siglo VII asisten en el Lacio a una aceleración notable en el proceso de formación de los núcleos urbanos, lo que conlleva la preocupación por definir un territorio más extenso. En este proceso los centros menores, incluso algunos que habían alcanzado un cierto desarrollo en época orientalizante, ven desaparecer su autonomía en beneficio de los de mayor potencial, aquellos que poco más tarde se convertirán en ciudades. Uno de estos casos es mostrado por la arqueología, que señala cómo en el territorio de Ardea se produjeron en la segunda mitad del siglo VII reajustes demográficos, a los que posiblemente no fueron ajenos conflictos territoriales, como se adelantaba en un capítulo anterior.

El sometimiento de Ficana, Politorium y Tellenae por parte de Anco, así como la "fundación" de Ostia, se enmarcan pues en este contexto, pudiéndose en su conjunto considerar como manifestación de la primera expansión romana. El interés por asomarse directamente al mar y por ejercer un cierto dominio sobre las ricas salinas de la desembocadura del Tíber, en cuya comercialización hacia el interior de la península Roma ocupaba una posición estratégica, justifican la fundación de un enclave en Ostia. Pero para asegurar las comunicaciones con Roma y controlar la ruta de la sal, se hacía imprescindible extender el territorio romano hasta el mar y anular los centros que se interponían entre ambos, como Politorium/Decima y Ficana, en especial esta última, cuya función dirigente en la organización del comercio de la sal fue usurpada por Roma.

La relación entre expansión territorial y reorganización interna de los principales asentamientos se aprecia muy bien en Roma, donde a lo largo de la segunda mitad del siglo VII su aspecto exterior se va modificando en un sentido decididamente urbano. Es evidente que existe una enorme dificultad para establecer una correspondencia exacta entre los diferentes reyes y los hallazgos arqueológicos, pero parece cada vez más claro que durante los años que la tradición atribuye a Anco Marcio comienzan a percibirse importantes cambios, que culminarán en torno al 600 a. C. con la definición de la ciudad. El acontecimiento principal es sin duda alguna el intento, todavía tímido, de dotar

a Roma de un centro político y religioso en el valle del Foro, auténtico corazón del asentamiento romano. En este sentido se deben interpretar los primeros indicios de una pavimentación en el área occidental del valle, consistente en un lecho de guijarros y tierra batida con la finalidad de facilitar el libre discurrir de las aguas y evitar su empatanamiento. Este hecho se fecha hacia el año 630 y poco más tarde, en torno al 625/620, se produce el primer paso hacia un nuevo planteamiento urbanístico con la demolición de algunos grupos de cabañas y la consagración de los lugares donde se alzaban. Así se constata en el área de la Regia, en el valle del Foro, y en la zona sacra del Foro Boario junto a la iglesia de Sant'Omobono. Este último lugar refuerza su carácter comercial con la construcción en sus proximidades del primer puente sobre el Tíber, el *pons Sublicius*, que la tradición concede a Anco (Livio, 1.33.6), para agilizar las comunicaciones terrestres con la vecina Etruria.

5.1.4. Conclusiones sobre los primeros reyes

Como veíamos en un capítulo anterior, la tradición ha sintetizado en unos cuantos monarcas un amplio período de la historia más antigua de Roma. A la cabeza de la lista sitúa a un personaje legendario, Rómulo, cuya presencia se hace sin embargo necesaria como personificación del fundador de la ciudad. Los tres restantes –Numa Pompilio, Tulo Hostilio y Anco Marcio– tienen toda la apariencia de haber sido figuras históricas, si bien la tradición ha operado sobre ellos utilizando todo tipo de instrumentos con la consiguiente pérdida de esencia histórica. Leyendo detenidamente las fuentes, se tiene la sensación de que la analística ha intentado organizar la primera fase de la monarquía mediante un sencillo esquema, consistente en la alternancia entre un rey guerrero y poco preocupado de las cosas divinas y otro que pretende transmitir la imagen del buen gobernante. Así la pareja de Rómulo no es otro que Tulo, a quien incluso Livio define con las palabras *ferocior quam Romulus* (1.22.2), y en efecto uno y otro parecen encontrar en la guerra un ambiente propicio para desarrollar su personalidad. Por el contrario, Numa y Anco aparecen unidos, además de por un supuesto parentesco, por una especial devoción hacia el derecho y el respeto a las obligaciones religiosas, de forma que a la piedad y el pacifismo de Numa se corresponde perfectamente la cualificación de *bonus Ancus* que Lucrecio (3.1025) otorga al cuarto rey romano.

Pero para el historiador moderno la realidad dista mucho de este planteamiento, si bien, por la misma fuerza de las cosas, en algunos aspectos depende del mismo. De los tres reyes históricos, no todos llegan a nosotros en igualdad de condiciones, pues mientras que sobre aquellos que se sitúan en los extremos, Numa y Anco, es menos complejo aprehender su significado, Tulo se nos escapa casi por completo: el vínculo tan estrecho que se establece

entre su figura y la supuesta destrucción de Alba amenaza con enviarle a la leyenda. Por otra parte, respecto a Anco no percibimos tanto su cualidad de continuador de Numa como sobre todo una imagen opuesta, la del auténtico iniciador del imperialismo romano, no tanto por vocación sino sobre todo por obligación. Además hay otro aspecto sobre este monarca que los antiguos insisten en destacar, si bien el protagonismo verdaderamente no le corresponde. Se trata de su condición de último rey "nacional", pues durante su reinado se estableció en Roma un personaje etrusco que reinaría a continuación con el nombre de Lucio Tarquinio, apodado Prisco por la tradición posterior. Así pues, Anco cierra realmente el ciclo de los reyes primitivos de Roma, dando fin a lo que con anterioridad hemos denominado período protourbano de Roma.

5.2. Las primeras instituciones

5.2.1. El rey

Que Roma estuvo gobernada en principio por reyes, es algo que no suscita discusión, ya que sobre el particular no sólo se constata un acuerdo general en las fuentes literarias, sino que además se dispone de algunos y significativos documentos epigráficos en los que bajo diferentes formas se lee el término *rex*. Aun así, resulta extraordinariamente difícil captar su significado primitivo. La tradición sitúa un monarca a la cabeza de Roma desde el mismo instante de su fundación, ya que la figura del fundador se identifica a la del primer rey. Pero en ningún momento se aprecia una preocupación por explicar las características o el origen del poder real, pues Rómulo se inserta en definitiva en una tradición monárquica que hunde sus raíces en las etapas "legendarias". La monarquía se nos presenta entonces como algo originario, existente desde los tiempos más remotos, por lo que en toda lógica no necesita explicación sobre su presencia en Roma.

Los héroes del Lacio primitivo adoptan en su faceta política la imagen del rey. Reyes eran los más antiguos gobernantes de las diferentes ciudades, como Erulo de Praeneste; también aquellos otros que encarnan la esencia del pueblo latino, como el propio Latino y sus antepasados, que forman una dinastía, y el extranjero Eneas, cuando se asienta en el Lacio y crea asimismo una línea dinástica, los reyes de Alba. A propósito de esta última, la tradición sitúa en época temprana la transición de la monarquía a un sistema de carácter republicano. Plutarco (*Rom.*, 27.1), utilizando como fuente al analista Licinio Macer, relata que a la muerte de Númitor el trono de Alba correspondía por derecho dinástico a Rómulo, único varón vivo descendiente del rey, pero como éste no deseaba abandonar su propia ciudad, Roma, supri-

mió la realeza albana y en su lugar creó la dictadura como magistratura suprema. Livio sigue una versión distinta, pues afirma que cuando la guerra contra Roma estaba en sus comienzos, Cluilio, rey de Alba, murió y entonces los albanos eligieron dictador a Metio Fufetio (1.23.4). Por su parte, Dionisio parece vincularse a la versión contenida en Plutarco, pues a propósito de este mismo acontecimiento dice que Metio Fufetio sucedió a Cluilio en calidad de *stratégos autokrátor* (3.5.3), es decir, como magistrado con plenitud de poderes, en definitiva un dictador. Con anterioridad hemos visto cómo el episodio de la guerra entre Roma y Alba durante el reinado de Tulo Hostilio tiene muchos tintes legendarios, pues posiblemente sería tan sólo un conflicto gentilicio. Sin embargo, la presencia de Metio Fufetio no deja de ser un elemento desconcertante. En opinión de M. Pallottino, la diversidad de titulatura entre los dos últimos gobernantes de Alba denuncia un hecho real, aunque se desconozca cuál, a lo que se añade el que Fufetio presente una onomástica de fuerte impronta itálica; incluso se ha pensado que el nombre *Mettius* esconde, latinizado, el término itálico *meddix,* título del magistrado supremo en las comunidades de los oscos. Sea como fuere, lo más probable es que la tradición haya trasladado a una época más antigua un título, *dictator,* que posteriormente, tras la desaparición de la monarquía, singularizaba al principal magistrado de algunas ciudades latinas (Aricia, Tusculum, Lanuvium, Nomentum, Fidenae) e incluso al comandante de la liga latina.

Al igual que sucede con la inmensa mayoría de las instituciones políticas y sociales, también la monarquía es presentada en la tradición como algo ya definido por los reyes fundadores, Rómulo y también Numa, en cuanto que este último introduce el ritual de investidura. Las fuentes literarias no diferencian fases en la evolución institucional de la monarquía, aunque en ocasiones, a propósito de la actuación de algunos reyes, no dejan de percibir ciertas innovaciones; pero se trata siempre de algo puntual, nunca suficiente como para advertir cambios sustanciales en la concepción del poder real. Esta situación no es en definitiva sino consecuencia de la visión que los antiguos se hacían del período monárquico de Roma, representado como una línea ascendente a partir de las bases establecidas por Rómulo y que encuentra en Servio Tulio su punto álgido, para inmediatamente degradarse en la persona de Tarquinio el Soberbio. Pero la monarquía romana no debe en su conjunto considerarse como un bloque. Sin duda alguna la figura del rey es muy antigua, aunque los rasgos que la caracterizan en sus fases primitivas estén envueltos en una casi total oscuridad; con la formación de los grandes núcleos protourbanos, coincidiendo con lo que podemos denominar "época de Numa", la realeza parece institucionalizarse en el contexto de un marco socio-político más complejo, para finalmente adquirir nuevas perspectivas en el siglo VI a. C., durante la mal llamada fase "etrusca" de la monarquía romana.

El término que los latinos utilizaban para designar al monarca, *rex*, deriva de una raíz indoeuropea **reg-*, apreciable también en la India védica (sánscrito: *raj-)* y en las sociedades celtas (irlandés: *ri*; galo: *-rix*). En el mundo itálico no se constata, a excepción del Lacio, un panorama similar, pues las palabras formadas a partir de esa raíz se limitan en la práctica al ámbito divino: así, una inscripción del santuario lucano de Rossano di Vaglio, en el sur de la península Itálica, menciona una ofrenda dedicada a *rhego(m)*, probablemente una pareja de dioses constituida por Júpiter y Mefitis; de igual manera, la diosa Ceres es calificada en la tabla marrucina de Rapino, en el centro peninsular, con el epíteto *regen[ai]*, equivalente al latín *regina*. En el campo institucional el único ejemplo válido procede de Sicilia, donde el comediógrafo griego del siglo V a. C. Epicarmo de Siracusa, hablando del pueblo indígena de los sículos, hace referencia a un *rhesós*, al que define como magistrado (*archós*) con competencia sobre los oráculos (*thésphata*). Sin duda se trata del resto de una desaparecida monarquía, un antiguo rey que cuando perdió sus poderes terrenales se vio reducido *ad sacra*, esto es, limitado a funciones religiosas, proceso que asimismo sucederá en Roma con el advenimiento de la República.

Sobre el origen de la institución regia aporta alguna luz el significado de la palabra que la designa. En su estudio sobre el léxico político de los pueblos indoeuropeos, E. Benveniste concluye que el *rex* es una figura más religiosa que política. Según sus palabras, "su misión no es ordenar, ejercer un poder, sino fijar las reglas, determinar lo que en sentido propio es 'derecho'. De esta manera el *rex* está más emparentado a un sacerdote que a un soberano". En otras palabras, el *rex* es aquel que traza la línea, la vía a seguir, no tanto en un sentido práctico, material, como sobre todo espiritual, teológico. De acuerdo con tales principios, recientemente B. Linke ha podido afirmar, a propósito del primitivo rey romano, que en la designación de este último contaban más sus aptitudes para conciliar la unidad entre las esferas humana y divina, que no sus facultades políticas o capacidad de organización. Ciertamente esta cualidad del rey como garante de la armonía con el orden natural le confiere una fuerte connotación religiosa, un vínculo muy estrecho con la esfera sagrada. Sin embargo, la imagen de un rey-sacerdote no se percibe con claridad en los datos disponibles, aunque sí se intuye en algunos aspectos de la institución monárquica durante la llamada fase latino-sabina: por ejemplo, la desviación hacia sacerdocios presentes en la reforma numaica de elementos religiosos que hasta entonces habían sido característicos del rey, la cualificación de este último como *optimus augur*, etc.

Quizá el ejemplo que mejor refleja esta relación del rey con el ámbito sacerdotal se encuentra en la enigmática figura del *rex Nemorensis*. Con este nombre se designaba al sacerdote encargado del culto a Diana en el santuario que esta diosa poseía en el bosque de Nemi, en el territorio de la ciu-

dad latina de Aricia. Aunque llegó a atraer la atención del emperador Calígula (Suetonio, *Cal.*, 35.3) y todavía fue mencionado en el siglo II d. C. por el griego Pausanias (2.27.4), el sacerdocio nemorense era muy antiguo y, a pesar del paso del tiempo, conservó intactas algunas de sus características más señaladas. A tenor de lo que dicen las fuentes literarias, el sacerdocio estaba reservado en época histórica a individuos de condición servil, pero lo verdaderamente sorprendente era el mecanismo de sucesión en el cargo. Según recuerda el gramático Servio (*Aen.*, 6.136), en el bosque de la diosa había un árbol del que no se podía arrancar rama alguna, pero si lo hacía un esclavo fugitivo, entonces tenía derecho a disputar la posesión del sacerdocio mediante combate singular y con resultado de muerte contra su titular, asimismo un antiguo esclavo (véase también Estrabón, 5.3.12). Las particularidades del ritual sucesorio han llevado a ver en este *rex* el residuo de la más antigua monarquía latina, cuando ésta se personalizaba en un jefe a quien ante todo se exigía valor y fuerza física, de forma que cuando cedía ante un rival más poderoso, perdía la posición y la vida. Sin embargo, es muy posible que el *rex Nemorensis* nunca haya sido un rey en el sentido estricto del término, sino que siempre habría permanecido investido de un carácter sacerdotal. Como dice J. Bayet, este personaje rememora "el oscuro vínculo de un hombre sacralizado [...] con las energías de una naturaleza cuya decrepitud es necesario prevenir", y así el combate que asegura la renovación del rey-sacerdote tiene toda la apariencia de ser una ordalía, un juicio de dios a través del cual la divinidad elige a aquel que mejor puede garantizar la eficacia del vínculo.

Cómo el rey-sacerdote, cuya existencia se intuye en los tiempos más primitivos, se convirtió en el rey institucionalizado que nos dibuja la tradición, es algo que no resulta fácil comprender. Quizá un reflejo de la última fase de este proceso se encuentre escondido en la *nomothesia* de Numa referente a los sacerdocios, cuyas peculiaridades veíamos algunas páginas atrás. Fácilmente se recordará cómo algunos cargos sacerdotales fueron entonces regulados, en sus funciones y organización, para descargar al rey del cumplimiento de ciertas obligaciones hacia con los dioses, de manera que sin perder por ello la cabeza en la jerarquía sacerdotal, el monarca se veía más libre para conjugar su actividad, recién adquirida, de jefe político y militar de la comunidad con la dirección de los asuntos religiosos. Así pontífices, flámines y augures representan diferentes aspectos de la realeza y actúan en íntima conexión con ella, de forma que su origen difícilmente podría comprenderse sin tomar como punto de referencia la propia figura del rey. Según se decía con anterioridad y con la prudencia que exige hablar en términos de la tradición, con Numa da comienzo una nueva monarquía, en consonancia con una organización social asimismo novedosa, correspondiente a la definición de un centro verdaderamente protourbano.

Tal como la conocemos, la monarquía romana era electiva. El principio dinástico estaba ausente, aunque quizá la pertenencia a la familia del rey pudiera suponer algún tipo de recomendación para obtener el trono. En la tradición literaria, las únicas ambiciones dinásticas afloran a propósito de la familia de Anco Marcio, aunque su historicidad sucita como es lógico muchas dudas. En primer lugar, el propio Anco es presentado como nieto de Numa por parte de madre, si bien este hecho no aparece invocado como mérito para su designación real. Pero fueron sobre todo sus hijos los que mayor énfasis pusieron en continuar la línea dinástica de su padre. Todas las versiones sobre el acceso a la realeza de Tarquinio Prisco, sucesor de Anco, hacen referencia a las ambiciones de los hijos de éste y a las artimañas de Tarquinio para deshacerse de tan incómoda competencia. La rivalidad entre ellos no terminó con el triunfo inmediato de Tarquinio, sino que sus oponentes guardaron en su interior tan amargo recuerdo, hasta el punto de fraguar, treinta y ocho años más tarde, la conspiración que terminó con la vida del rey. Aunque la presencia de los hijos de Anco probablemente es un elemento antiguo en la tradición, no por ello ha de ser por completo histórico. Quizá el episodio denuncie nuevos aires que se estaban introduciendo en la monarquía romana, pero más bien parece el adelanto de una situación que será más habitual en el siglo VI, esto es, la tendencia a convertir el trono de Roma en patrimonio familiar.

Sobre el método de elección del rey no existe un total acuerdo entre los especialistas, pues la descripción que proporcionan los antiguos sobre el sistema en vigor durante la primera fase monárquica está plagado de anacronismos. La tradición establece más o menos el siguiente mecanismo. Cuando se producía la muerte del rey, se declaraba un período de transición llamado *interregnum*, caracterizado por la fórmula *auspicia ad patres redeunt*, es decir, los auspicios públicos, que aseguraban el mantenimiento del vínculo entre Roma y Júpiter, vuelven a los *patres*, a los senadores patricios. Estos últimos pasaban entonces a encarnar el poder, pero no lo hacían colectivamente, como órgano de gobierno, sino que eligiendo grupos de diez y por turnos de cinco días, el *interrex* se personalizaba en cada uno de ellos. El proceso se desarrollaba en un tiempo variable (se menciona un año entre Rómulo y Numa, pero normalmente era mucho más breve), hasta que se encontraba un candidato idóneo para ocupar el trono, el cual debía obtener la aprobación del pueblo, reunido por curias, y la conformidad del Senado *(auctoritas patrum)*.

Tras la investidura humana, se procedía a la divina, cuyo ritual es descrito con detalle por Livio (1.18.6-10) a propósito de la entronización de Numa. El texto dice lo siguiente:

> Se le hizo venir [a Numa] y, siguiendo el ejemplo de Rómulo, que había tomado los augurios para fundar Roma y reinar en ella, Numa también qui-

so consultar a los dioses. Entonces, bajo la guía del augur –y desde entonces esta función permanece como una de sus atribuciones oficiales– subió a la *Arx* y se sentó sobre una piedra mirando al sur. El augur se situó a su izquierda, con la cabeza velada y en la mano derecha un bastón curvo y sin nudos llamado *lituus*. Allí, abarcando con la mirada la ciudad y el campo, invocó a los dioses, marcó en el cielo las partes mediante una línea trazada de este a oeste y especificó que las de la derecha eran las del sur y las de la izquierda las del norte; frente a él, tan lejos como alcanzaba su mirada, fijó mentalmente un punto de referencia. Después, pasando el *lituus* a su mano izquierda y situando la derecha sobre la cabeza de Numa, hizo esta oración: "Padre Júpiter, si es religiosamente apropiado que Numa Pompilio, cuya cabeza toco, sea rey de Roma, envíanos signos manifiestos entre los límites que he trazado". Después anunció los auspicios que quería obtener. Cuando fueron observados, Numa fue declarado rey y descendió del templo augural.

En este texto, que debe leerse con el magnífico comentario de J. Linderski a la vista, se describe el mecanismo de la *inauguratio* del rey, establecido por Numa y aplicado a sus sucesores. Según se puede apreciar, el ritual es protagonizado por un augur, quien actúa a petición del monarca. El sacerdote se sitúa junto al sujeto del ritual en el *Auguraculum* del Capitolio, desde donde con su *lituus* o bastón augural traza un *templum* en el cielo, determinando las *regiones* donde deben mostrarse los signos; a continuación impone su manos sobre el rey y pide a Júpiter la conformidad, que se manifiesta de manera positiva mediante la *auspicatio* realizada por el augur. Ya Th. Mommsen afirmaba que este pasaje de Livio no se corresponde con la época monárquica, sino que trata del ritual utilizado en la *inauguratio* de los sacerdotes republicanos y en especial del *rex sacrorum*. En efecto, el texto de Livio describe una situación propiamente republicana y no está exento de irregularidades, producto, como señala Linderski, del afán de su autor por conservar el tono narrativo y de la escasa preocupación por observar con exactitud la secuencia augural. Por otra parte, el escenario en el que se desenvuelve el ritual tampoco se adapta a la topografía de la Roma numaica, pues los elementos que lo sustentan no hacen su aparición sino hasta comienzos del siglo VI, con la monarquía de Tarquinio.

La imprecisión cronológica de Livio o de sus fuentes no debe sin embargo llevarnos a rechazar por completo la idea de la *inauguratio* real. La antigua tradición es muy firme al respecto y otros elementos nos llevan indirectamente en el mismo sentido, si bien puede resultar inútil especular acerca de las circunstancias concretas de esta ceremonia de investidura. Aun así, algunos aspectos nos remiten a un lejano pasado, como la imposición de la mano y el propio término que designa la operación, *inauguratio*. Este último deriva de una raíz **aug-*, que tiene un significado aumentativo, de manera

que el augur, intérprete de la voluntad divina, transmite al monarca mediante el contacto y la invocación a Júpiter la fuerza sobrenatural que le permitirá gobernar de acuerdo con la divinidad. Por tanto el poder le viene al rey no sólo por la decisión humana, como veremos a continuación, sino que asimismo presenta una componente teocrática, pues en última instancia se requiere la conformidad de Júpiter. De aquí surge la connotación de los primeros monarcas romanos, hasta Anco Marcio incluido, como reyes-augures, según indica Cicerón (*Div.*, 1.40.89), y prueba de ello es la caracterización del *lituus* como símbolo del poder real.

Con anterioridad a la investidura divina, el rey había sido designado como tal por los hombres. Este nombramiento lo singulariza la tradición en una sucesión de tres momentos: los senadores, a través del *interrex*, eligen un candidato; éste es confirmado por el pueblo; por último, el Senado ratifica la designación. Probablemente se trata de una reconstrucción un tanto falseada, en la que de nuevo intervienen elementos de matriz republicana, en especial el último de los pasos citados, la ratificación senatorial, ya que la *auctoritas patrum* parece que fue introducida durante la República como medida de control, con carácter conservador, a la acción legislativa emanada de la asamblea popular. De todas maneras, su presencia no es quizá necesaria, desde el momento en que el Senado participa en el primer y más importante acto: la elección del rey. En cuanto a la confirmación del elegido por parte del pueblo reunido en asamblea, las opiniones de los juristas discrepan acerca de la historicidad o no, durante la monarquía, de una auténtica *lex curiata de imperio*, esto es, una ley votada por los comicios curiados que investía al rey de sus poderes, en especial los militares. Posiblemente tenga razón Mommsen cuando considera que tal como la conocemos, la mencionada *lex curiata* no sea anterior a la República; pero las tendencias actuales sí reconocen que los reyes debían legitimar su poder sometiéndose a la aprobación del pueblo. En definitiva se trataría del reconocimiento por parte de los armados, de los guerreros, hacia la autoridad de su nuevo jefe natural, comprometiéndose a acatar su dirección en la defensa de la comunidad. Concluyendo, y en opinión de P. Catalano, tres serían las operaciones que conducirían a la investidura del nuevo monarca: en primer lugar, mediante la *creatio* cumplida por el *interrex*, el rey recibe los auspicios, de los que eran depositarios los *patres*; a continuación, el pueblo le otorgaba el poder militar, y por último, a través de la *inauguratio*, obtenía la confirmación de Júpiter.

Una vez cumplidos favorablemente todos y cada uno de los ritos y operaciones anteriores, el rey asumía el gobierno de la comunidad, y lo hacía de manera totalizadora. Como afirma A. Magdelain, en la Roma primitiva no existía una preocupación por controlar el poder del rey, sometiéndolo a la vigilancia de otras instituciones. Sin embargo, no puede decirse que éste fuese un autócrata, representante de una monarquía de base teocrática, pero

desde luego sí actuaba con libertad personalizando la dirección de todas las funciones. Esta situación debió de provocar más de un enfrentamiento con la clase aristocrática, cuyo recuerdo la tradición quizá ha conservado a propósito de la desaparición de los reyes, pues salvo Numa y Anco, los únicos que encarnan los ideales de piedad hacia los dioses y de buen gobierno, los restantes monarcas vieron finalizar sus reinados en un clima violento. Esto es un lugar común para los tres reyes existentes en el siglo VI, como veremos en su momento, pero también en cuanto a Rómulo y Tulo; sobre este último, Dionisio (3.25.2) menciona una versión según la cual Tulo fue víctima de una conspiración urdida por su sucesor Anco Marcio. De todas maneras, la relación del rey con la aristocracia durante la primera fase de la monarquía no debía de ser de permanente conflicto, pues al fin y al cabo los *patres* elegirían para el trono a alguien de su misma clase, a uno de los suyos. La interpretación que basándose en el origen extranjero de algunos reyes y en que los nombres de todos ellos pertenecían en época republicana a familias plebeyas, defiende la idea de que los patricios no podían aspirar a la realeza, lo cual parece sumamente aventurado y alejado de la realidad del momento. Sin duda alguna los reyes procedían de familias aristocráticas.

El rey tenía a su cargo todas las funciones (política, militar, religiosa, judicial), si bien sus particularidades se nos escapan, pues de hecho tan sólo se conservan algunos indicios especialmente en los ámbitos del derecho y de la religión, sobre todo este último. A tenor de la situación que envolvía al *rex sacrorum* de época republicana, el rey debía haber nacido de padres unidos por el rito de la *confarreatio,* la forma de matrimonio más solemne que contemplaba el derecho romano, y él mismo también debía de estar casado mediante este mismo rito. Su esposa, la *regina,* adquiere una posición institucional, pues a sus cuidados se confían algunas prácticas de culto. Este matrimonio regio representa a nivel público y en un sentido religioso la posición que el padre y su esposa tienen en el círculo familiar, mientras que las sacerdotisas vestales, situadas bajo la tutela real, desempeñan el papel de sus hijas. El rey aparece entonces como el director de la religión pública. Los sacerdotes tienen la competencia de la rutina del culto, codificada como hemos visto por Numa, y algunos de ellos actúan en estrecha proximidad al rey, especialmente el flamen y el pontífice. Pero es el monarca, en tanto que jefe político, aquel que se dirige a los dioses en el cumplimiento de operaciones religiosas imprescindibles para el normal desarrollo de la vida pública y el mantenimiento del vínculo con la esfera divina. Así, es el rey el protagonista del calendario, en el sentido que no sólo lo comunica al pueblo, sino que, según la feliz expresión de J. Heurgon, también lo "vive", como parece mostrarlo la festividad del *Regifugium,* cuando el día 24 de febrero el rey, tras haber sacrificado, "huía" en una escenificación propia del fin de año. Asimismo el monarca participaba activamente en los rituales que influían sobre

las fuerzas de la naturaleza, como aquellos de carácter agrícola, a través de los cuales se pretendía propiciar el crecimiento de la vegetación, la fertildad de la tierra, y con todo ello también la supervivencia de la comunidad.

En estrecha relación con su superioridad en la jerarquía religiosa y el papel destacado que gozaba como intermediario entre los hombres y los dioses, el rey desarrolla sus funciones judicial y legislativa. El monarca, en tanto que investido por la divinidad, era el único que tenía capacidad para dictar la ley y a su iniciativa nació ese cuerpo de normas que los antiguos conocen como *leges regiae*. La historicidad de estas últimas, al igual que otros tantos aspectos de la Roma monárquica, no es unánimemente aceptada entre los especialistas, como hemos tenido ocasión de ver a propósito de las leyes atribuidas a Numa, englobadas dentro de este conjunto. Sin embargo, no todas las tendencias siguen la misma vía. La tradición, por boca de Dionisio (3.36.4), transmite la existencia de un *ius Papirianum,* cuerpo jurídico cuya redacción habría sido obra del pontífice Cayo Papirio y que contenía el derecho de época monárquica conservado en ambientes pontificales. Aunque sin duda se trata de un texto apócrifo, no hay que descartar que al menos en parte guardaba el espíritu de la letra original, de manera que si algunas de las leyes atribuidas a Numa mantenían su esencia histórica, este reconocimiento puede hacerse extensible a los otros monarcas. Aunque fuera del ámbito cronológico que ahora más interesa, la arqueología ha restituido un ejemplo, en forma epigráfica, de la actividad legislativa arcaica. Se trata de la famosa inscripción sobre el cipo del *lapis niger,* de la primera mitad del siglo VI, y cuyo contenido, muy fragmentario, hace referencia a una *lex sacra* que contempla una serie de prescripciones rituales protagonizadas por el rey, que cuenta con la ayuda de un auxiliar *(kalator),* y el probable desarrollo inmediato de su actividad jurisdiccional.

El rey tiene pues capacidad para "decir el derecho" y por tanto también para actuar como *iudex,* y en efecto esta imagen de juez es ofrecida en diversas ocasiones por la tradición. Aquí de nuevo interviene esa cualidad del rey que le vincula íntimamente a la esfera divina, pues al fin y al cabo el derecho se encontraba entonces profundamente imbuido en concepciones religiosas. La comisión de cualquier delito significa en definitiva la violación del orden natural y por tanto la transgresión del principio divino, lo que requiere la intervención del monarca para devolver a la comunidad un estado de pureza religiosa. Así parece observarse en el significado de las penas, las cuales no sólo persiguen el castigo al delicuente de modo ejemplar, sino que al mismo tiempo tienen la apariencia de una expiación con características mágicas, como señala P. M. Martin. Tal sucede tanto en la aplicación de la justicia "religiosa" como de la "civil". En el primer caso es emblemático el castigo impuesto a las vestales impuras, cuyo dictamen correspondía al rey; a partir de Tarquinio Prisco la pena consistía en el enterramiento en vida,

mientras que con anterioridad quizá fuese la precipitación en un río, aunque no existe certeza al respecto. Este último castigo sí era utilizado en los casos de *parricidium*, en los que el condenado era encerrado en un saco de cuero junto a un perro, un gallo y unas serpientes y arrojado al Tíber. Por su parte, aquellos individuos sentenciados por un delito de *perduellio* eran ahorcados en un *arbor infelix*, es decir dedicado a las divinidades infernales.

Así pues, la justicia del rey era fundamentalmente de carácter religioso y es en aplicación de este principio como se introduce en ámbito gentilicio. Como veíamos al hablar del juicio de Horacio, en Roma operaba ya la tendencia a limitar la acción de la justicia familiar, amparada en el tradicional *ius patrum*, extendiéndose paralelamente el procedimiento público personalizado en la función judicial del rey. Pero según se cree, este proceso sustitutorio no deriva de una voluntad de laicización del derecho, sino más bien al contrario, de una sacralización de los delitos, lo que obliga a la intervención directa del rey como máximo representante religioso de la comunidad. Aun reconociendo este hecho, parece ser asimismo cierto que a lo largo del siglo VI, conforme se consolida la estructura jurídica de la *civitas*, de la ciudad-Estado, se avanza en el desarrollo de una justicia civil, igualmente materializada en la persona del rey. Ahora ya no busca tanto una base de naturaleza religiosa, pero el objetivo sigue siendo el mismo, eliminar la justicia privada en beneficio de la pública, y así nos presenta Livio (1.50.8-9) a Tarquinio el Soberbio, último rey de Roma, actuando como árbitro en una querella que enfrentaba a un hijo con su padre.

5.2.2. El Senado

La creación del Senado en Roma es unánimemente otorgada por la tradición a Rómulo, como un elemento más en la organización política de la ciudad por él fundada. Tal atribución es una necesidad historiográfica, puesto que una *civitas* es impensable sin un consejo que participe en su gobierno. Pero la realidad es otra. Como su mismo nombre indica, el Senado *(Senatus)* representa la asamblea de los ancianos *(senex)*, institución documentada en pueblos –antiguos y modernos– de muy bajo nivel cultural. Por esta razón, la asamblea senatorial tiene sin duda un origen muy antiguo, anterior a la ciudad y posiblemente también a la institucionalización de la monarquía en un sentido político. El Senado es la asamblea de los *patres*, es decir, de los jefes de las familias, que se reúnen para discutir asuntos que afectan a su conjunto, y por extensión a toda la comunidad. Por tanto, instituciones de tipo senatorial, adaptadas a una definición tan simple como ésta, debieron existir desde los primeros momentos del poblamiento romano, ya en aquellas primitivas aldeas dispersas por las colinas, cuya gestión comunal sin duda era tratada por los representantes de las familias que las poblaban.

Cuando se produce la aparición del rey como jefe político de una comunidad unificada, el Senado se ve sometido a la mayor autoridad del nuevo gobernante. Entonces se transforma probablemente en un *consilium regis*, una asamblea de notables que asesora al monarca en todo lo que éste quisiera plantear. Pero sus decisiones, si es que verdaderamente las tomaba, no eran vinculantes, pues el rey podía actuar con total libertad, según su criterio personal. Muestra evidente de esta dependencia es el sistema de reclutamiento de los senadores, función que pasa a depender de la voluntad del rey. Todavía a finales del siglo IV a. C., los censores debían proceder a la elección de los senadores *(lectio Senatus)* por curias *(curiatim)*, según recuerda Festo (290L) a propósito del plebiscito Ovinio. Se trata de un medida arcaica, que no se adapta bien al papel de las curias durante la República, pero que sí debía tener un significado en época monárquica, y así Dionisio (2.47.1) recuerda que en la primera ampliación del Senado, realizada por Rómulo, sus nuevos miembros fueron designados por las curias. Sin embargo, no parece que estas contribuyeran en idéntica proporción a la composición del Senado, sino que con mayor probabilidad el rey elegiría entre los *patres familiarum* de cada curia a aquellos que consideraba más idóneos, como en época republicana hará el censor. Pero lo que en esta última era casi un anacronismo, durante la monarquía se justifica perfectamente por el carácter de la curia, como veremos en seguida.

Captar el verdadero significado del Senado durante la época monárquica no es tarea sencilla. De ahí las fuertes discrepancias entre los especialistas, que van desde considerarlo un mero consejo consultivo sin apenas incidencia, hasta ver en él la auténtica representación de la soberanía. Sin duda su importancia debía variar a tenor del carácter del rey, y si bien es posible suponer enfrentamientos entre ambos, como antes se avanzaba, no es menos cierto que por autoridad, prestigio y composición, pues expresaba la opinión de la clase aristocrática, la asamblea senatorial no podía carecer de influencia. Prueba de ello está en la institución del *interregnum* y en la condición de los *patres* como depositarios últimos de los auspicios. También en la fórmula de declaración de guerra que transmite Livio (1.32.5-14) se especifica la intervención de los *patres*, aunque en última instancia la decisión corresponde al rey. De todas maneras, la estrecha relación del *pater patratus*, presidente del colegio de los feciales, con el Senado no debe menospreciarse cuando se juzga el papel que esta asamblea podía interpretar al respecto.

5.2.3. Curias y tribus

Según la tradición, cuando Rómulo fundó Roma, procedió a la distribución de la población en tres tribus y treinta curias, en una proporción 1:10, con fines tanto políticos como militares. Así, curias y tribus servían como cuadros de reclutamiento para varias instituciones, como el ejército, cuya repre-

sentación más antigua estaría compuesta por tres mil infantes, reclutados a razón de cien por curia, y trescientos jinetes, cien por cada tribu. Pero toda esta organización, obra de un legislador, es de época más reciente. Basándose en el paralelismo con el mundo griego, donde la tribu *(phyle)* aparece en los Estados-ciudades pero sin embargo está ausente en los *ethne*, que se sitúan en un nivel político más primitivo, recientes trabajos incorporan esta idea a Roma y defienden que tanto la curia como la tribu son creaciones artificiales de la ciudad. No obstante, algunos aspectos de estas instituciones nos conducen a una época más antigua, preciudadana, sin que ello implique aceptar la tradición o negar su presencia en las primeras fases de la ciudad.

Un primer elemento a destacar sobre la curia lo proporciona la etimología del término. La palabra latina *curia* deriva en última instancia del indoeuropeo **ko-wiriya*, de donde se formaría *co-uiria*. La raíz *co-* indica la idea de reunión, de conjunto, que se especifica en la segunda parte del término, *uir*. Este último se refiere al hombre, pero no en cuanto miembro del género humano, sino en calidad de soldado, de guerrero, función que mejor caracteriza el papel de los individuos de sexo masculino en una sociedad primitiva. Además, *uir* conservó este mismo significado durante la época histórica, aunque con referencia expresa a infante, oponiéndose entonces a jinete, al que combate en caballería (por ejemplo Livio, 21.27.1, dice *equites virique)*. Por tanto, la curia en origen no es otra cosa que la reunión de los guerreros, esto es, el conjunto de todos aquellos capaces de llevar armas. Desde este punto de vista, la existencia de la curia puede elevarse a una época muy antigua, pues representaría a los armados, a los guerreros existentes en las primitivas aldeas de Roma y del Lacio. Así las cosas, surge la tentación de ver en aquellas tumbas de las primeras fases laciales que enfatizan la función guerrera el reflejo funerario de los miembros de la curia, mientras que las otras sepulturas masculinas, con ajuares carentes de armas, representarían a los incapacitados para la guerra y por tanto en una posición de inferioridad social y al margen de la curia.

Las condiciones por las que atraviesa la curia en su evolución histórica son para nosotros casi desconocidas, pues cuando la institución llega a nuestro conocimiento, se encuentra ya en un estado avanzado y en franca decadencia. Como ya se ha dicho, todas las fuentes fijan en treinta el número de las curias, pero tanto este hecho como su adaptación proporcional a las tribus no son sino consecuencia de una profunda reforma de carácter centralizador, lo cual sólo es posible durante el reinado de Tarquinio Prisco. Verdaderamente no se sabe cuántas curias existían con anterioridad; incluso es muy posible que variara de acuerdo con el propio crecimiento de Roma, como señalan R. E. A. Palmer y J.-C. Richard entre otros. De acuerdo con esta idea, la curia vendría a ser por tanto la expresión de la comunidad de aldea y su existencia y desarrollo estaría en relación directa con las unidades de

poblamiento que van definiendo el proceso de formación de Roma. Conforme se producen los reagrupamientos sectoriales, las curias experimentan un proceso similar, de forma que aun conservando su propia individualidad se unen para el cumplimiento de aquellas funciones, sobre todo de orden religioso, que son comunes a todas ellas. Un recuerdo de este hecho se conserva en las *curiae veteres,* edificio situado en el Palatino y que servía de punto de referencia para determinadas curias, y cuando éste dejó de realizar los fines propuestos debido al crecimiento de Roma y la incorporación de nuevas curias, se habilitó un nuevo centro, las *curiae novae*, localizado esta vez en la ladera del Celio. Precisamente cuatro de las antiguas se negaron a desplazarse invocando motivos religiosos, por lo que permanecieron en la antigua sede: se trata de las curias Foriensis, Rapta, Veliensis y Velitia (Festo, 180-182L).

Con la nueva definición jurídica y poblacional de Roma a partir de la segunda mitad del siglo VIII, la curias se convierten en la verdadera célula política y administrativa. Entonces no sólo conservan su originario carácter militar, sino que asimismo acumulan otras funciones de muy diverso signo, razón por la cual no sólo se integran en ellas los capacitados para las armas, sino en general toda la población libre masculina. La curia se presenta como una entidad organizada y punto de referencia fundamental en la vida pública. Localizada en un punto determinado, cada curia tiene a su frente un jefe, el *curio,* y como coordinador general de las actividades religiosas de todas las curias existía un *curio maximus.* El curión, que como veíamos figura en la legislación sacerdotal de Numa, era sobre todo el comandante del contingente militar proporcionado por la curia, de ahí que en ocasiones se le aplique el nombre de *centurio*, en alusión a los cien soldados con que supuestamente contribuía cada curia al ejército romano, y Dionisio (2.7.3) lo traduzca con la palabra *lochagos,* término del léxico militar griego que designa al jefe de una banda armada o de un pequeño cuerpo de soldados. Cuando las curias perdieron su importancia militar, el curión no desapareció, pero sus funciones quedaron reducidas al ámbito exclusivamente religioso, como encargado de los *sacra* de la curia. Fuentes más recientes mencionan otros cargos dentro de la curia, entendidos como auxiliares del curión, como un *flamen* y un *lictor,* aunque su existencia en época primitiva es dudosa.

Así pues, la función principal de la curia era la militar, como lo reconoce la tradición al considerarla célula de reclutamiento. Sin embargo, la contribución con un número fijo de combatientes por curia no parece que sea posible en esta época, no sólo en términos absolutos, sino tampoco como cifra de referencia. Incluso la existencia de un ejército como tal, perfectamente organizado con cuadros fijos, suscita serias dudas. Las primitivas formaciones militares romanas eran tumultuosas, en las que la cualidad del guerrero se medía por el armamento que aportaba, como parece indicarlo las varia-

ciones que se observan en las armas depositadas en las tumbas, con panoplias muy diferentes entre sí. Pero a pesar de ello la curia desempeñaba un papel de importancia, ya que canalizaba toda la energía bélica de la comunidad. Quizá ante ella se llevaban a cabo los rituales de iniciación a las armas, en virtud de los cuales el joven se convertía en hombre, integrándose en la curia como nuevo guerrero. Es muy posible que un recuerdo religoso de estos ritos se conservase en la danza que ejecutaban los salios.

Si las curias dieron lugar a una auténtica asamblea popular, los llamados *comitia curiata*, no puede afirmarse para una época tan temprana, si bien no debe descartarse. Estas reuniones existían perfectamente organizadas en la Roma republicana, siendo en su presencia donde el magistrado recibía el *imperium;* además entendían en cuestiones relativas al derecho familiar y gentilicio. Sin embargo, tales comicios entraron pronto en decadencia, superados por otras asambleas estructuradas según criterios más representativos. La tradición hace referencia para la época monárquica a unos *comitia calata,* que en sentido estricto no tienen por qué ser diferentes de los anteriores. Se trataba de simples reuniones del pueblo con fines de publicidad y no de deliberación: así, eran convocados para conocer el calendario, que les transmitía el rey, o para asistir a la *inauguratio* de este último. En definitiva, a través de estas reuniones se comunicaba al pueblo acontecimientos considerados de importancia, de carácter tanto público como privado (por ejemplo, el testamento o la *detestatio sacrorum*). Las primitivas asambleas carecían de iniciativa y tampoco tomaban decisiones; se limitaban a aclamar. Precisamente el término latino *suffragium* ("voto") deriva de *fragor,* que significa "ruido", "estrépito", etimología que muestra con claridad cómo culminaban tales reuniones.

Por último, las curias tenían también una vertiente religiosa, no sólo por los cultos que celebraba de manera particular cada una de ellas, sino sobre todo por su implicación en las fiestas de la comunidad. En este sentido, el calendario marcaba algunas festividades que exigían la participación conjunta de todas las curias. Contra lo que pudiera pensarse a primera vista, tales fiestas no eran de naturaleza militar sino agraria, lo que indica cómo el significado de las curias se ha ido ampliando a otras esferas, como veíamos hace un momento. Entre ellas se contaban los *Fordicidia,* quizá también los *Parilia* y sobre todo los *Fornacalia.* Ésta era una fiesta móvil, que congregaba a los miembros de cada curia para la torrefacción del grano en el horno comunal. El *curio maximus* determinaba la fecha de reunión de cada curia, pero para aquellos que no habían podido acudir el día que les correspondía o bien porque desconocían cuál era su curia, el día 17 de febrero, coincidiendo con los *Quirinalia*, podían cumplir con su obligación de curiales; por esta razón la festividad era conocida también con el nombre de *stultorum feriae,* esto es, "fiesta de los necios".

Si las curias pueden elevar su existencia a los momentos iniciales del poblamiento romano, las tribus parecen por el contrario más recientes. Sin embargo, existen muchas dudas acerca de su origen y significado, ya que apenas quedaron restos de ellas en época republicana, pues las nuevas tribus creadas por el rey Servio Tulio en el siglo VI a. C. eliminaron prácticamente su presencia. Las fuentes poco dicen sobre ellas, si bien en general admiten su relación con una originaria tripartición étnica de la primitiva población romana, tomando además su denominación de los nombres de sus respectivos jefes: así, la tribu de los *Ramnes* se llamaría de esta forma por Rómulo, la de los *Tities* por el rey sabino Tito Tacio y la de los *Luceres* por un caudillo etrusco, Lucumo, que habría ayudado a Rómulo en su lucha contra Tacio. A partir de estos datos, se supone entonces que las tres tribus harían referencia a otros tantos componentes que habrían participado en la formación de Roma, a saber latinos (romanos), sabinos y etruscos. Esta interpretación sugerida por los antiguos no carece de valedores en época moderna, quienes invocan además argumentos obtenidos de la lingüística y de otras disciplinas. Pero en la actualidad su repercusión es prácticamente nula. Otros autores por el contrario proponen que quizá se trate de reparticiones gentilicias, o bien distritos territoriales (cf. Varrón, *L.L.*, 5.55) o que incluso es una invención de los antiguos, puesto que nunca habrían existido tribus con estos nombres, sino tan sólo centurias de caballería. Tendencias más recientes, como anteriormente se avanzaba, opinan que las tribus no son sino una creación de la ciudad, instituidas con propósitos políticos y administrativos.

Cierto es que nada puede afirmarse con seguridad, pero diversos indicios conducen a pensar que las tribus preexistieron a la ciudad. Lo poco que se sabe sobre ellas es que servían como cuadro de reclutamiento para los miembros de diferentes instituciones y que, al menos en parte, así continuó cuando las nuevas tribus servianas se impusieron como marco fundamental de referencia en la vida ciudadana. Las tribus constituían la base para la formación de la primitiva caballería, los llamados *celeres*, organizados en tres centurias, una por tribu; esta última proporcionaba también al comandante de cada uno de estos contingentes, cuya presencia se constata en la legislación sacerdotal de Numa. Se trata, como ya sabemos, de un cargo de gran antigüedad que en época histórica quedó relegado al ámbito religioso. Existe además otro hecho que nos lleva a una etapa preciudadana, y es que las centurias de caballería emanadas de las tribus estaban *inauguratae*, señal de evidente arcaismo. Dentro del ámbito sacerdotal, algunos colegios se articulaban proporcionalmente a las tribus, de manera que cada una contribuía en la misma proporción a la composición del colegio, tal como sucedía al menos respecto a las vestales y los augures. A la vista de estos datos, se podría entonces pensar que las tribus primitivas de los Ramnes, los Tities y los Luceres nacieron al amparo de las circunstancias que llevaron a la formación de Roma,

como consecuencia de las condiciones que culminaron en la definición del poblamiento unitario y de sus instituciones, con la nueva monarquía a la cabeza. Intentar ir más allá y precisar sobre tales condiciones resulta por el momento sumamente inseguro.

5.3. La estructura social

La vida social de los primitivos latinos constituye un problema de difícil tratamiento. En general, la tradición histórica poco dice de cierto, manifestando una tendencia a trasladar a la época monárquica situaciones que en realidad corresponden a tiempos más recientes. Tan sólo en algunas ocasiones, y en especial en el campo del derecho, las fuentes literarias proporcionan algún indicio válido, lo que unido a la información arqueológica, permite hacerse una idea global sobre los principios básicos que articulaban dicha sociedad. Pero de nuevo las hipótesis predominan sobre las certezas.

5.3.1. El ordenamiento gentilicio

Según veíamos en páginas anteriores, la estructura de las necrópolis y las características de las tumbas durante las diferentes fases laciales sugieren la idea de una sociedad basada en los criterios de parentela. En definitiva, la posición del individuo se mediría sobre todo por su pertenencia a un grupo unido por una relación de sangre. Ahora bien, la dificultad radica en intentar trazar la correspondencia entre esta información funeraria y las asociaciones de parentesco conocidas por el derecho romano, habida cuenta además de que si bien estas últimas son de probada antigüedad, llegan a nuestro conocimiento en un momento avanzado de desarrollo o incluso en franca decadencia. Prescindiendo de la familia nuclear *(familia proprio iure)*, dos son las formas de parentesco que pueden situarse en esta época, aunque no resulta fácil precisar la exacta relación entre ambas ni sus condiciones originales de existencia. Se trata de la *familia communi iure* y de la *gens*.

El núcleo de la sociedad parental está constituido por la familia nuclear, elemental, cuya dimensión varía a tenor de la duración de la vida del *pater*. El principio jurídico en que se basa este grupo es la *patria potestas*, en virtud de la cual aparecen sometidos al padre todos los miembros del mismo: la esposa, los hijos y sus descendientes por línea masculina, así como las esposas de aquéllos, que cambian de grupo cuando contraen matrimonio. En el momento que tiene lugar la muerte del padre, se constituyen tantas familias *proprio iure* como hijos varones tenía, que a su vez reproducen idéntica situación. Sin embargo, estos nuevos grupos no rompen sus vínculos de parentela, sino que permanecen unidos por criterios más amplios de carác-

ter jurídico, religioso y económico. Esta nueva asociación recibe el nombre de *familia communi iure,* o también grupo agnaticio, ya que los miembros de una descendencia patrilineal eran llamados *agnati.* Los límites de la descendencia agnaticia alcanzaban probablemente tres generaciones en línea recta y seis grados en línea colateral. Así parecen mostrarlo dos argumentos principales, de carácter uno religioso y otro jurídico. El primero se encuentra en las obligaciones del culto funerario practicado a los antepasados, que tan sólo alcanzaba las tres generaciones previas, es decir, el padre, el abuelo y el bisabuelo *(di parentes).* El segundo argumento, de naturaleza jurídicá, es la prohibición de contraer matrimonio dentro de un mismo grupo familiar hasta el sexto grado, pues caso contrario se tenía por incesto. Es opinión bastante extendida que el principio de los tres antepasados refleja la estructura de la primitiva sociedad romana, la cual se organizaría en grupos parentales de carácter agnaticio. Y desde luego, la información que se obtiene de las necrópolis laciales no está en contradicción con esta visión.

Por su parte, la *gens* se presenta como la asociación superior de carácter parental, idea que se encuentra implícita en el propio término. La *gens* se compone de todos aquellos individuos, llamados *gentiles,* que tienen conciencia de descender de un antepasado común, mítico o real. Su exacta relación con la familia agnaticia no está muy clara, sobre todo cuál de ellas dio origen a la otra, pero en cualuier caso se acepta generalmente como válido que varias familias constituían una *gens,* o si se prefiere un enunciado a la inversa, como sostiene B. Linke, la *gens* representaría una comunidad de intereses de grupos agnaticios. Ciertamente existe un gran desconocimiento sobre los vínculos que mantenían unidos a los gentiles entre sí, pero esto no impide reconocer en la *gens* un grupo solidario, aunque siempre en un nivel inferior al representado por la familia agnaticia. Así, la ley de las XII Tablas ordenaba que en ausencia de herederos directos y de agnados, la propiedad de un individuo muerto sin testamento pasaría a los *gentiles;* asimismo un loco *(furiosus)* que carecía de familia directa, quedaba junto a sus bienes bajo la tutela de los agnados y, en ausencia de éstos, de los gentiles.

La solidaridad gentilicia se expresa de diversas formas, aunque la información disponible no permite apreciarlas en su totalidad. Un lugar destacado al respecto lo ocupa la religión, pues cada *gens* tenía sus propios cultos, los llamados *sacra gentilicia,* que si bien fueron en algunos casos incorporados a la religión pública, como tales permanecieron siempre en la categoría de los cultos privados. Éstos estaban dirigidos a una divinidad específica, con la cual se identifica la *gens,* y que en ocasiones fue asumida como antepasado del grupo: así sucedía con los Aurelios, que se decían descendientes del dios sabino Ausel, el Sol. La práctica de los cultos gentilicios era un derecho y un deber para los miembros de la *gens* en cuestión, que no podían renunciar a ellos más que cuando la abandonaban, bien fuese por expulsión o para

formar parte de una *gens* distinta de la propia: en cualquier caso el afectado tenía que renegar de tales cultos, dando lugar a un procedimiento llamado *detestatio sacrorum*.

También se considera que el nombre refleja esta comunidad de grupo, pues todos los miembros de la *gens* llevan un mismo elemento onomástico, el *nomen gentilicium*. Sin embargo, aquí nos topamos con una dificultad. La aparición de este segundo elemento en la fórmula onomástica es relativamente reciente, no más allá de finales del siglo VIII si nos fiamos de la documentación epigráfica etrusca, más abundante y variada que la latina pero que debe reflejar una situación común a Etruria y al Lacio. En este sentido, se ha invocado el hecho de que, salvo rarísimas excepciones, los personajes legendarios del Lacio llevan un nombre único (Rómulo, Númitor, Caco, etc.), mientras que aquellos ya tenidos por históricos, o que en todo caso se supone que vivieron a partir de estas fechas, son designados por una fórmula onomástica bimembre, *praenomen* y *nomen*, en la que el segundo elemento es el indicativo de la *gens* (Numa Pompilio, Tulo Hostilio, Metio Fufetio, etc.). Pero el ordenamiento gentilicio es más antiguo, por lo que estas modificaciones onomásticas obedecen a otros criterios, ciertamente muy vinculados a la propia existencia y personalidad de la *gens*, pero no sólo, como en seguida comprobaremos.

Quizá otro elemento que expresa la solidaridad gentilicia se manifiesta en las condiciones de la ocupación del suelo. Una interpretación muy consolidada en los estudios jurídicos romanos defiende el carácter colectivo de la tierra dentro de la *gens*, llevándola en ocasiones al punto de considerar este hecho no como simple expresión de un derecho de propiedad, sino más bien como la afirmación de la soberanía del grupo sobre el suelo, con el fin de asegurarse la subsistencia y el ejercicio de sus obligaciones religiosas. En este sistema, el único indicio de propiedad privada sería el *heredium*, transmisible a los herederos según se deduce del término, pero de extensión tan reducida (dos yugadas = 0.5 ha.), que su producto no era suficiente para sostener a un familia de 3-4 personas. Sin embargo, resulta muy difícil precisar el tipo exacto de dominio que ejerce la *gens* sobre la tierra en la que se asienta, si se trata de una propiedad real o tan sólo de una posesión consecuencia de una ocupación permanente y, dentro de la propia *gens*, si las familias que la componen tenían o no cualquier clase de derecho sobre el suelo que trabajaban. Sea como fuere, sí parece cierto que el grupo gentilicio se extendía sobre un área geográfica homogénea, situación que se mantendrá cuando ese *ager gentilicius* se rompa en beneficio de las familias individuales. Esta relación con la tierra se explica en función por un lado de una explotación agrícola y ganadera más adecuada, conforme a unos conocimientos técnicos muy elementales, como veíamos en un capítulo anterior, pero también por razones de seguridad frente a las amenazas externas.

5.3.2. La aristocracia

En un mundo regido por estas condiciones, la sociedad era igualitaria, pues al predominar una economía de subsistencia, las posibilidades de obtener excedentes eran muy limitadas. Las escasísimas diferencias de riqueza observables en los ajuares funerarios, elemento característico de las primeras fases de la cultura lacial, es un hecho que denuncia a la perfección la presencia de este tipo de sociedad, en la que prácticamente todo gira en torno a grupos de parentela. La riqueza se distribuye en su interior de forma más o menos equitativa y las distinciones apreciables son sobre todo de rango, en razón a las funciones que se exigen a cada individuo en beneficio del grupo.

La situación comienza a cambiar a lo largo del siglo VIII, como ya sabemos, a instancias sobre todo de la acción interrelacionada de dos factores principales, la presencia de navegantes orientales en las costas de la Italia tirrénica y la formación de los grandes núcleos protourbanos. Frente al tipo estándar de ajuar funerario propio de las primeras fases laciales, a partir de estos momentos se observa cómo algunas tumbas acumulan mayor riqueza que otras, tanto por el valor de los materiales empleados, en especial el metal, como por la presencia de objetos de importación. Estamos pues ante la ruptura de la anterior sociedad igualitaria y el surgimiento de una articulada estratificación social. Considerando que la tierra es la base del sistema económico y fuente de toda riqueza, las diferencias que se producen en el seno de las sociedades laciales casi necesariamente están en relación directa con la mayor o menor apropiación del suelo. Nace así una aristocracia, vinculada a la organización gentilicia, capaz de concentrar en sus manos parte importante de la tierra disponible, convirtiéndose por ello en interlocutor frente a los extranjeros y receptor principal de los productos e influencias procedentes de ultramar.

En relación estrecha con estos acontecimientos, aparecen otras importantes novedades que en su conjunto hablan sobre la posición de privilegio alcanzada por esta aristocracia naciente, remarcando las diferencias económicas y sociales que comienzan a separar a los distintos niveles de la población. A una de estas innovaciones se acaba de hacer referencia, a saber, la aparición del segundo elemento en la fórmula onomástica. El nombre propio posee un enorme valor en cuanto que tiene como objetivo la identificación del individuo en el seno de una colectividad. Esta función distintiva del nombre varía de acuerdo con el ambiente social y las necesidades de identificación, por lo que la fórmula onomástica, o conjunto de elementos que singularizan al individuo por su nombre, representa una manifestación sociológica de gran significación.

El sistema onomástico en la Italia central tirrénica, tanto en Etruria como en el Lacio, evoluciona a partir de un nombre único (por ejemplo, Rómulo), al

que se adjuntan sucesivamente nuevos elementos identificatorios. Un momento de gran importancia lo representa la aparición del gentilicio, nombre que se añade al individual y que se transmite dentro de la misma familia. Este hecho expresa por tanto la pertenencia a un grupo parental, siendo obligatoria su utilización para todos sus miembros. Pero una imposición de este tipo ha de responder necesariamente a un cambio en las relaciones sociales, en el que las exigencias identificativas son diferentes. El gentilicio es un símbolo de distinción social, reclamado por aquellos individuos que forman parte de una asociación parental cohesionada y que desean manifestarlo hacia el exterior de su propio grupo. Aquellos otros que por el contrario no necesitan expresar su parentela más allá del círculo representado por la familia inmediata, bien por desconocimiento u olvido de sus ancestros o por carecer de un patrimonio consistente vinculado a la tradición familiar, siguen utilizando una fórmula onomástica unimembre, compuesta por el nombre único. De esta forma, el gentilicio viene a expresar en el campo onomástico una conciencia de clase superior y su uso se limita en un primer momento a la aristocracia. Sin embargo, conforme avanza el proceso social y una vez integrado en un medio urbano, el gentilicio se irá extendiendo a otros niveles sociales y ya no será elemento exclusivo de la clase aristocrática. Por estos motivos, la ampliación social del *nomen* avanza en paralelo a una reducción en el número de los nombres individuales, los cuales, desde el punto de vista identificativo, pierden su función prioritaria.

Otra importante novedad, y que incide en idéntico objetivo, se localiza en el ámbito económico. Se trata de la extensión de las nuevas prácticas agrarias vinculadas al policultivo mediterráneo, en el que junto a plantas tradicionales, especialmente el cereal, se incorporan la vid y el olivo, según técnicas introducidas gracias al contacto con los griegos, así como una ganadería más intensiva. Estas nuevas formas de explotación de la tierra son susceptibles de proporcionar excedentes, lo que supone la ruptura de la anterior economía de subsistencia y el surgimiento de sistemas más complejos, donde la aristocracia encuentra ocasión para manifestar su superioridad. Pero al mismo tiempo, y de forma indisociable, estos cambios implican modificaciones paralelas en el régimen tradicional de ocupación del suelo. Se puede suponer que entonces se inicia un proceso de debilitamiento en los derechos colectivos que la *gens* habría tenido sobre la tierra que ocupa desde tiempo atrás, beneficiándose del mismo las familias que la componen. Ahora bien, es muy probable que aun conservando su primitivo carácter comunitario, surgieran dentro de un mismo grupo gentilicio diferencias económicas y sociales, pues unas familias acapararían más tierra que otras. Estamos pues ante la apertura de una vía sin retorno hacia la propiedad individual y familiar.

Íntimamente vinculada a lo anterior se encuentra la institución de la clientela. Aunque no se sabe con absoluta certeza cuándo ésta hizo su aparición,

tendencias recientes sitúan sus orígenes en este mismo contexto, o en todo caso sería a partir de entonces cuando su presencia comienza a hacerse sentir. Sea como fuere, no cabe duda alguna que aspectos fundamentales que caracterizan a la clientela se retrotraen a un pasado en el que la organización gentilicia gozaba todavía de cierta fuerza y de un alto grado de cohesión. La clientela es una relación formalizada a título individual entre dos personas, llamadas patrono y cliente, que implica derechos y obligaciones por ambas partes, aunque no en situación de igualdad. El vínculo se establece con total libertad, de forma por completo voluntaria por una y otra parte, y se basa en un principio de carácter religioso, la *fides,* que da fuerza al pacto y garantiza su cumplimiento, tratando sobre todo de impedir que el patrono, como elemento dominante, abuse de sus derechos en perjuicio del cliente. Así lo señala con firmeza la ley de las XII Tablas, que recoge una norma de reconocida antigüedad en virtud de la cual, si el patrono se excede en su autoridad sobre el cliente u olvida sus obligaciones hacia el mismo, incurre en un delito de *sacratio* (Tab. VIII.21: *Patronus, si clienti fraudem fecerit, sacer esto).* Los derechos y deberes de ambas partes se encuentran enunciados en el código de la clientela que Dionisio (2.10.1-4) atribuye a Rómulo, supuesto creador de esta institución como un ejemplo más de *lex regia,* y aunque naturalmente tal atribución es falsa, el texto sí descansa sobre una tradición jurídica bastante segura. En síntesis, el código dice que el patrono debe prestar a su cliente asistencia jurídica y social, así como medios adecuados de subsistencia, para lo cual le concede una tierra en precario; por su parte, el cliente se entrega al patrono y se compromete a prestaciones de carácter militar (participación activa en los conflictos que afectan a la *gens),* judicial (no testimoniar contra el patrono) y pecuniario (contribuir al rescate del hijo o a la dote matrimonial de la hija del patrono).

La exacta situación del cliente dentro del grupo familiar, en el que se introduce a través del patrono, plantea numerosos problemas. Así, se duda si el cliente adoptaba el *nomen gentilicium* de su patrono, costumbre inexistente en tiempos más recientes pero que quizá sí podía ser conocida en época arcaica (cf. Livio, 3.44.5). Algo similar sucede con la participación o no del cliente en los *sacra gentilicia,* aunque el privilegio de compartir la tumba de su patrono parece indicar que no estaba marginado de ciertas prácticas del culto familiar. En cualquier caso, los clientes se integraban en la familia del patrono y los antiguos se recrean en presentar el vínculo entre ambos en una imagen próxima a la del padre respecto a su hijo: en este sentido, hacían derivar *patronus* de *pater* y aplicaban a los clientes el término *liberi,* el mismo que designaba a los hombres libres y a los hijos. En efecto, y ésta es una característica muy singular de la clientela romana, el cliente era un individuo libre, que ciertamente se veía sometido a la autoridad del patrono, del cual dependía conforme a las condiciones del pacto estipulado, pero muy alejado de la situa-

ción del esclavo e incluso de esa otra categoría definida por los griegos "entre la libertad y la servidumbre".

La aparición y rápido desarrollo del fenómeno de la clientela es un síntoma muy claro de las transformaciones sociales que se están produciendo en el territorio latino, Roma incluida. Por un lado, muestran la existencia de elementos socialmente desclasados, marginados, que debido a los cambios poblacionales y económicos, han perdido sus puntos de referencia tradicionales, viéndose obligados a buscar el amparo de individuos más poderosos. De esta manera pueden incorporarse a un grupo familiar, que aunque en principio les es extraño, acaban identificándose con él, pues es allí donde encuentran medios de subsistencia, incluso cierto desahogo económico (sólo así se comprenden sus obligaciones pecuniarias), y una vía adecuada de integración social. Pero también desde la perspectiva del patrono y de la clase que representa se aprecian los nuevos tiempos. La existencia de la clientela permite constatar una mayor disponibilidad de tierras en manos de familias poderosas, que les posibilita ceder parte de la misma a sus clientes, sin necesidad además de reclamar una renta por su disfrute. Se trata de una clara manifestación del poder económico que acumula la aristocracia. Las exigencias reales del patrono hacia sus clientes son fundamentalmente de tipo social. Los clientes pasan a engrosar el contingente humano de la *gens*, y en particular de las familias a las que están vinculados, y por tanto también contribuyen a un incremento de su fuerza. Cuanto más grande sea el número de clientes, mayor será el poder y el prestigio del patrono y de su *gens*. En una época en que las instituciones públicas están todavía en sus comienzos y donde las relaciones personales constituyen una garantía de poder, estar respaldado por un grupo potente en recursos humanos y materiales era condición imprescindible para ocupar una posición privilegiada. Así no puede sorprender que cuando un personaje de importancia cambia de residencia, se desplaza a su nueva patria con todos los suyos, no sólo la familia, sino también siervos y clientes, como se puede apreciar en el relato tradicional sobre la llegada y asentamiento en Roma primero del futuro rey Tarquinio Prisco, y luego, en el año 504, de Atto Clauso, fundador de la *gens* Claudia, una de las familias patricias de mayor renombre en la Roma republicana.

La situación de poder económico y social que gozaba la aristocracia ha de traducirse lógicamente en una influencia política. Ésta se manifiesta en todos los niveles, desde las curias, donde los nobles constituían el elemento más destacado e influyente, hasta el Senado, verdadero órgano de expresión de esta nueva clase dirigente. Pero su presencia en la vida pública se extiende más allá de los ámbitos estrictamente político y militar, pues también las centurias de caballería, en posesión de un enorme prestigio y próximas al rey, y los sacerdocios eran ocupados por individuos pertenecientes a la aristocracia. Sin embargo, no parece que esta última formara un bloque monolítico,

sino que a lo largo del siglo VII debió de sufrir fracturas, consecuencia de su carácter incipiente, que paulatinamente dieron lugar al surgimiento del primer núcleo de familias patricias. Este término sugiere ver en ellas un nobleza senatorial (*patricius*, adjetivo derivado de *pater)* y por tanto política, ya que la cualidad de patricio se encontraría unida a la de senador. En opinión de J.-C. Richard, y todo parece concederle la razón, sería en esta época, con la primera fase de la monarquía romana, cuando se define el patriciado como aristocracia política y sobre todo senatorial. En efecto, es muy posible que determinadas familias de la nobleza presionasen sobre los reyes para obtener el privilegio de perpetuar hereditariamente no sólo la condición de senadores, de donde les vendría este calificativo de patricias, sino que también se ofrecerían como base permanente para el reclutamiento de los miembros de los principales colegios sacerdotales y de las centurias ecuestres. De esta forma, tales familias podían llegar a controlar las instituciones públicas y ejercer una clara influencia sobre el rey. Nacería así una aristocracia política, el patriciado, como parte más distinguida del conjunto de la clase aristocrática, por encima de otras familias, de la misma clase social y en posesión de similar riqueza, que por las razones que fuesen quedaron un tanto marginadas al no ejercer con idéntica intensidad la función política. Sólo así podrá entenderse el significado de las posteriores reformas de Tarquinio Prisco.

Por debajo de estos estratos superiores, el resto de la población se articula según su grado de riqueza, si bien desde el punto de vista jurídico existía un principio de igualdad, traducido en la completa admisión en las curias de todo individuo de condición libre. En estos niveles sociales medios e inferiores predominaban sin duda los elementos rurales, dedicados a actividades agrícolas y ganaderas y en su mayor parte sometidos a las condiciones de una economía de subsistencia. También es necesario acordarse de artesanos y comerciantes, pues, aunque en menor proporción que los anteriores, su presencia se hace notar cada vez con mayor fuerza, según veíamos al hablar sobre el período orientalizante en el Lacio, presintiendo la importancia que alcanzará en el siguiente siglo VI.

6.

La monarquía arcaica

Como hemos visto a lo largo de las páginas anteriores, es algo generalmente admitido en la historiografía moderna dividir la época monárquica romana en dos etapas, a las que suele etiquetarse de acuerdo con el supuesto origen de sus respectivos reyes: "latino-sabina" la primera y "etrusca" la segunda. A pesar de que tales denominaciones no responden en absoluto a la realidad histórica, la división en sí misma no sólo parece conveniente desde el punto de vista metodológico, sino que además se ajusta a las condiciones históricas conocidas. Cierto es, sin embargo, que esta concepción no es aceptada por todos, hasta el punto que recientemente ha sido rechazada por voces muy autorizadas, teniéndola como uno de los errores más perniciosos que oscurecen la comprensión de la Roma arcaica. Según esta opinión, la ruptura con la tradición no se produce con Tarquinio Prisco, cuya actuación se enmarcaría en la línea de los monarcas anteriores, sino con Servio Tulio, personaje que reviste la apariencia del tirano y autor de reformas tan profundas que fácilmente le valen la consideración de segundo fundador de Roma.

No es ésta ocasión para entrar a discutir las diferentes interpretaciones que acerca de la cuestión circulan en medios especializados, pues a lo largo de la exposición que sigue se irán perfilando aquellos principios que, en opinión de este autor, mejor ayudan a entender el proceso histórico que experimentó Roma durante el siglo VI a. C. Pero por ello mismo, sí se hace imprescindible, antes de analizar los hechos que la tradición atribuye a cada uno de los monarcas protagonistas, plantear algunas cuestiones de carácter más general.

6.1. Cuestiones previas

6.1.1. Aspectos cronológicos

En un capítulo anterior se abordaron algunos problemas relativos a la cronología de la época monárquica en su conjunto, y más en concreto aquellos referentes a la validez de la lista real tal como la transmiten los antiguos. Pero si la historicidad de su primera parte, la comprendida entre Numa Pompilio y Anco Marcio, posiblemente resulta incompleta, esto mismo no puede afirmarse con idéntica rotundidad respecto a la segunda, formada por Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio.

Opiniones críticas hacia el relato tradicional no faltan. Para algunos, y partiendo de la suposición de que los antiguos tenían una visión sintética sobre la Roma monárquica, además de los dos conocidos, debieron reinar otros Tarquinios, invocándose al respecto diversos nombres como reyes "ocultos" por la tradición (el Cneve Tarkhunies que aparece en las pinturas de la tumba François de Vulci, el Arrunte hermano de Tarquinio el Soberbio, etc.). Pero realmente no existen razones de peso para convertir a estos personajes en reyes de Roma. Otra tendencia, que periódicamente sale a la luz desde los historiadores del siglo XIX, se apoya en las repeticiones de hechos que los antiguos atribuyen a uno y a otro Tarquinio, de manera que en origen tan sólo existiría una tradición única referente a los Tarquinios en general y la personalización en dos de ellos como reyes sería una creación artificial de la analística; en el mejor de los casos, tan sólo el Soberbio tendría visos de historicidad, pues Tarquinio Prisco no es sino una "duplicación" del otro. Sin embargo, este argumento padece una gran debilidad. Cierto es que en algunos casos pueden existir dudas o contaminación entre diversas tradiciones sobre cuál de los Tarquinios fue el protagonista de determinado hecho (por ejemplo, la relación con la Sibila de Cumas y la introducción en Roma de los *libri Sibyllini*), o también que sea resultado de la aplicación sobre uno y otro de un mismo tópico (presencia de un hermano Arrunte en ambos casos); pero por lo general siempre se trata de episodios anecdóticos. En aquellos acontecimientos que verdaderamente marcan la singularidad de cada uno de los reinados, o bien no existe tal repetición (reformas institucionales de Tarquinio Prisco), o en caso afirmativo la coincidencia se explica sin dificultad, como la construcción de las cloacas o el vínculo común con el templo de Júpiter sobre el Capitolio, pues la arqueología demuestra que muchas obras urbanísticas que se llevan a cabo en el siglo VI experimentan diversas remodelaciones y fases constructivas.

A pesar de todo, hay que reconocer sin embargo que en ocasiones la propia tradición da pie para suscitar incertidumbres cronológicas. Véase por ejemplo la relación parental entre los dos Tarquinios, pues mientras Livio

(1.46.4) dice que el Soberbio era hijo del Prisco, Dionisio (4.29.2) prefiere convertirle en su nieto, citando al respecto al analista del siglo II Calpurnio Pisón. Sin embargo, sabemos que la versión más antigua es la primera, ya conocida por Fabio Pictor, y que la propuesta de Pisón obedece probablemente a un esfuerzo de racionalización cronológica, pues entre ambos reyes se sitúa la generación de Servio Tulio. Ahora bien, ¿obedece esta discrepancia a la existencia de diversas tradiciones cronológicas y no sólo parentales, como propone O. de Cazanove, o por el contrario responden más bien a un impulso por dramatizar el relato histórico? Sea como fuere, realmente no es sino un problema menor, puesto que ante la necesidad de vincular por la sangre a ambos Tarquinios, otorgarles una relación padre-hijo reforzaría el afán reivindicativo que lleva al Soberbio a ocupar el trono por la violencia. Además, si se da por buena la primera propuesta, obliga a confeccionar una nueva cronología, tan ficticia o más que la que pretende suprimir, que entraría en colisión con otros elementos de datación que gozan de mejor salud.

Ante todo hay que tener en cuenta que el relato tradicional sobre el siglo VI está mucho mejor asentado que el relativo a la etapa anterior, como veíamos en el primer capítulo. Esto no quiere decir naturalmente que todo lo que en él se dice sea auténtico, o que se mantenga al margen de cualquier manipulación, pero aun así no resulta fácil asumir que se haya "escamoteado" a algún monarca. Un aspecto interesante es que esta Roma entraba ya en el horizonte cultural griego, en cuyos ambientes historiográficos existían tradiciones sobre la Roma arcaica. A este respecto, un dato de singular importancia a efectos cronológicos se encuentra en el sincronismo entre la fundación de Massalia y el reinado de Tarquinio Prisco, que nos llega a través de dos autores por completo independientes entre sí, Justino (43.3.4) y Livio (5.34). Sin duda la noticia procede de la historiografía masaliota, para la cual, y totalmente al margen de la analística romana, el primer Tarquinio reinaba en Roma hacia el año 600 a. C.: la concordancia con la tradición latina es pues absoluta. También la documentación arqueológica, sin perder de vista las dificultades en identificar su testimonio con la tradición literaria, aporta algún indicio de evidente valor, especialmente en relación a los dos últimos monarcas: véase a título de ejemplo la falta de intervención de Servio Tulio en el Capitolio, afirmada por las fuentes literarias (con la única excepción de Tácito, *Hist.*, 3.72) y que la arqueología por el momento no desmiente.

En definitiva, y mientras no se disponga de nuevos datos notablemente clarificadores, no parece oportuno sustituir la antigua tradición por algo que a la larga resulta menos fiable. Sin excluir que el futuro depare sorpresas, por el momento, y por coherencia en la exposición, conviene quizá mantener la sucesión de reyes que aparece en el relato analístico, tomando la cronología absoluta de cada uno de ellos que en él figura no como un valor absoluto, sino simplemente a efectos aproximativos. Pero esta postura se encuentra

muy lejos de asumir la tradición como un dogma. Hay que tener en cuenta que la Roma arcacia se rige por una situación cambiante, en la que poco a poco se va perfilando un nuevo cuadro institucional vinculado a la naciente estructura urbana. Así las cosas, estos reyes que nos presenta la tradición gobiernan con carácter personalista, que gran parte de la historiografía actual califica como tiranos, aunque necesariamente no tiene por qué ser así. En consecuencia la sucesión de uno a otro está marcada por una crisis, que el relato analístico interpreta de manera más literaria que histórica, pero que no puede ocultar la realidad de una etapa de inestabilidad. Por tanto es posible que entre cada reinado haya habido un interregno más o menos largo durante el cual el poder no estaría perfectamente definido, al tiempo que el personalismo de cada nuevo rey se va acentuando sucesivamente. Todo ello inevitablemente conduce a una degradación de la institución monárquica y por último favorece la implantación de un régimen republicano.

6.1.2. Roma, ¿ciudad etrusca?

La visión de Roma como ciudad etrusca es muy antigua, hasta el punto que en la historiografía griega del siglo IV a. C. esta idea se había convertido en un tópico (cf. Dionisio, 1.29.2). Ya en tiempos modernos, el concepto de una Roma etrusca ha aflorado en diversas ocasiones, con características diferentes según las tendencias del momento. La última teoría de cierta importancia, que durante años contó con numerosos seguidores pero que en la actualidad está casi por completo abandonada, fue propuesta por A. Alföldi en 1967. En ella se defendía la ocupación militar de Roma por parte de los etruscos a comienzos del siglo VI, como paso necesario para asegurarse el dominio sobre Campania; pero en ausencia de un Estado nacional etrusco, Roma habría ido sufriendo el control de la potencia que sucesivamente ejercía la hegemonía en Etruria, de manera que los Tarquinios representarían el dominio de la ciudad de Tarquinia, Servio Tulio el de Vulci, etc. Nada más lejos de la realidad: Roma nunca fue conquistada por los etruscos, lo mismo que Campania, donde la presencia etrusca responde ante todo a un fenómeno de tipo colonial.

Pero si no desde un punto de vista militar, el carácter etrusco de la Roma arcaica se sigue sosteniendo invocando una profunda influencia cultural. Aquí la situación ya es diferente, si bien la cuestión debe ser planteada en sus justos términos. Desde esta perspectiva, la postura más radical procede quizá de ambientes etruscológicos. Como consecuencia de las graves carencias de información que afectan a la historia de Etruria, ésta tiende a ser interpretada mediante un método comparativo que no resulta muy fiable. En definitiva se parte de la suposición de que la evolución histórica de Etruria es similar a la griega y también a la de Roma, de manera que los vacíos existentes en la his-

toria etrusca se rellenan acudiendo bien al mundo griego, bien al romano. Pero en su aplicación, este método incurre en un exceso que lleva a considerar etruscos elementos que verdaderamente son romanos y que sin embargo habrían sido llevados a Roma desde Etruria, introduciéndose así en un círculo vicioso del que resulta difícil salir. Pensar que casi todo lo que nos enseña la Roma arcaica procede de Etruria, supone un grave error metodológico, pero por la misma razón, tampoco es aceptable, como recientemente aboga T. J. Cornell, reducir la influencia etrusca sobre Roma a aspectos puramente formales.

Todos los datos disponibles hasta el momento ahondan cada vez más en la idea de la existencia de una *koiné* cultural etrusco-latina. Esta comunidad permite y facilita la movilidad social entre individuos de ambas áreas y de otras externas a ellas, así como el intercambio de elementos cultuales, por lo que aun conservando cada una su propia personalidad, no deja de observarse un panorama general común. En esta asociación sin embargo la reciprocidad no es paritaria, sino que Etruria actúa como centro de superior desarrollo y capacidad de influencia: no en vano es la principal receptora de elementos culturales griegos entre todos los pueblos indígenas de Italia. Ciertamente el Lacio mantuvo desde los inicios de la edad del hierro contactos muy estrechos con la vecina tierra de Etruria. Incluso fue capaz de introducir en ella algún aspecto cultural propio, como la urna-cabaña, cuyo uso continuó en Etruria hasta el siglo VIII. Pero sin duda fue esta última la que llevó la voz dominante, sobre todo a partir de un momento avanzado de la cultura villanoviana y a continuación en el período orientalizante. Esta influencia cultural etrusca sobre el Lacio se incrementa durante la fase IVb, continuando a lo largo del siglo VI. La documentación arqueológica así parece mostrarlo al constatar la existencia de numerosos rasgos comunes en la cultura material de ambas regiones, con un claro predominio de aquellos de matriz etrusca en el Lacio, que no a la inversa.

No es ésta ocasión para trazar un cuadro completo de los elementos de origen etrusco que aparecen en Roma durante el siglo VI, así como una discusión pormenorizada sobre cada uno de ellos. Pero aun así, no sería inútil señalar algunos hechos de interés que muestran cómo la influencia etrusca no puede temerse como intrascendente. Así se observa en la definición de los asentamientos urbanos, donde si bien no puede en manera alguna afirmarse que el concepto de ciudad fuese introducido en el Lacio desde Etruria, una participación de elementos etruscos no debe descartarse. Piénsese por ejemplo que dos importantes ciudades latinas tienen nombre que nos retrotrae a ambientes etruscos, como Tusculum, derivado de *Tuscus*, "etrusco", y Velletri, que recuerda a la ciudad etrusca de Velathri, la actual Volterra, y sobre todo la firmeza de la tradición en recordar que la misma Roma fue fundada *Tusco ritu*, lo que no debe ser rechazado como una simple fabulación.

Ya en referencia expresa a Roma, hay un hecho que no es posible ignorar: la presencia de individuos etruscos en cantidad y calidad nada despreciables. En el área de Roma comprendida entre el valle del Foro y el Foro Boario existía una calle, que corría a los pies del Palatino, denominada *vicus Tuscus,* topónimo que en origen habría que entender mejor en el sentido de barrio o distrito. Acerca de su origen la tradición ofrece diversas versiones, que lo situarían en época de Rómulo, de Tarquinio Prisco o en los comienzos de la República, cuando la frustrada expedición de Porsenna, siendo más probable la segunda de ellas. A ojos de los antiguos, sus pobladores primitivos habrían sido siempre restos de contingentes militares etruscos que por diferentes razones decidieron permanecer en Roma, relato etiológico que esconde la realidad: individuos asentados en función del atractivo económico que despertaba la naciente ciudad, lo que explica elección de la zona en la cual se asientan. En efecto, la Roma del siglo VI experimenta una intensa transformación urbanística y monumental, proceso al cual no fueron extrañas fuertes influencias etruscas. Mano de obra cualificada en las nuevas técnicas constructivas y artesanales, y en parte también dedicada a actividades mercantiles, encontraba pues en Roma un lugar apropiado para la aplicación de sus conocimientos y desarrollo de sus intereses.

Pero no sólo hay que contar con estas categorías sociales más entroncadas en el tipo de población urbana, sino que también individuos y familias de extracción aristocrática no dudaron en fijar su residencia en Roma, integrándose en su clase dirigente. Así se explica la llegada de Tarquinio Prisco, luego convertido en rey, y la presencia, detectada en los comienzos de la República, de familias de origen etrusco que intervinieron activamente en la vida política de la ciudad. En este contexto, es obligado mencionar el destacado papel que desempeñan algunas mujeres, rasgo de indudable matriz etrusca que la tradición latina supo conservar y que de hecho se limita a la historia de los tres últimos reyes. En primer lugar aparece la figura de Tanaquil, esposa del rey Tarquinio Prisco. Si como dice A. Momigliano, Tanaquil es una típica creación romana, no puede dejar de reconocerse que ésta se llevó a cabo de acuerdo con criterios etruscos. Así lo muestra ante todo su nombre, *Thankhvil,* ampliamente documentado en el repertorio epigráfico etrusco, y asimismo algunas de sus actuaciones, que casi necesariamente nos llevan a ambientes etruscos. Tales serían por ejemplo sus facultades adivinatorias, que erróneamente la tradición romana atribuyó a Tanaquil para reafirmar su personalidad etrusca, pues es muy posible que la mujer no tuviera acceso a los conocimientos contenidos en la *Etrusca disciplina.* Pero además tales poderes se manifiestan en los presagios de realeza, pues Tanaquil profetiza que tanto Tarquinio como Servio Tulio se sentarán en el trono de Roma. Y no sólo como predicción, sino que también intervendrá activamente en el logro de tales objetivos. Esta cualidad que convierte a Tanaquil en

una "hacedora de reyes", según la acertada expresión de J. Heurgon, refleja por otra parte el destacado papel social y la influencia política que tenía la mujer etrusca, hecho que luego se repetirá, aunque con modos crueles, en la persona de Tulia, hija de Servio e instigadora de los crímenes y triunfos de su esposo Tarquinio el Soberbio. El contraste entre la mujer etrusca y la romana no pasa desapercibido a la tradición sobre la Roma arcaica, que todavía ofrece un último y significativo ejemplo en los acontecimientos que ponen fin a la monarquía. Cuando enzarzados en discusiones de soldados, Sexto Tarquinio, hijo del rey, y Tarquinio Collatino apuestan sobre el comportamiento de sus respectivas esposas, mientras la de este último, la honesta Lucrecia, símbolo de la matrona romana, guarda la ausencia de su marido tejiendo junto a sus esclavas, las nueras del rey matan el tiempo "en el banquete y el ocio" *(in convivio luxuque)*, dice Livio (1.57.9).

Un testimonio veraz, aunque escaso, de la presencia de etruscos en Roma lo constituyen algunos epígrafes hallados en la ciudad y concentrados sobre todo en las proximidades al *vicus Tuscus,* de los cuales ya se ha dado cuenta en el primer capítulo. En ocasiones, dado el carácter votivo del objeto sobre el que se encuentran, no es posible afirmar que tales inscripciones revelen la presencia estable de etruscos, pues bien podría tratarse de ofrendas realizadas por transeúntes en sus desplazamientos comerciales. Sin embargo, algunos ejemplares contienen ciertas peculiaridades lingüísticas que han hecho pensar en la existencia de una forma dialectal característica de los etruscos asentados en Roma. En el primer capítulo veíamos que este dato es de difícil interpretación, pues la evidencia es muy escasa, pero en todo caso muestra una contaminación lingüística que necesariamente ha de ser reflejo de un hecho social, la presencia en Roma de etruscófonos que se están desvinculando de sus orígenes y por tanto en vías de integración en su nueva patria.

Hasta qué punto alcanzó la influencia de estos etruscos asentados en Roma, es algo que en gran medida se nos escapa. Su intervención se deja ver con mayor facilidad en las obras de ingeniería y arquitectura, tanto en los aspectos técnicos como en los decorativos, como se avanzaba en un capítulo anterior a propósito de la documentación arqueológica. Algo similar sugiere la existencia en Roma, como en otras ciudades latinas, de talleres cerámicos que fabricaban productos de inspiración etrusca (bucchero, cerámica etrusco-corintia). Más difícil resulta observar estos mismos hechos en el mundo de las ideas o en las instituciones. Así, en el ámbito de la religión, aunque la tendencia dominante cree detectar una influencia etrusca en numerosos aspectos, lo cierto es que tal planteamiento no resiste un análisis riguroso. La religión romana arcaica mantiene en la mayor parte de sus manifestaciones un fuerte carácter indígena, local, y puestos a señalar influencias, quizá sean más notables las griegas que las etruscas, fenómeno al que por

otra parte no es extraño la propia religión etrusca, que experimenta un significativo proceso de helenización. De todas formas, sería injusto no destacar la introducción desde Etruria de algunos elementos de cierta importancia, no tantos en el panteón como sobre todo en el aspecto ritual, como los principales *ludi,* es decir, los *Romani,* creados por Tarquinio Prisco con participación etrusca, y los *Taurei,* cuya introducción se atribuye a Tarquinio el Soberbio.

Si ahora volvemos la mirada al campo institucional, dos hechos sobresalen por encima de los demás: el calendario y las insignias del poder. Respecto al primer punto, en el capítulo anterior se resaltaban las dudas que ensombrecen la historicidad del calendario numaico en época protourbana, pero ya no sobre su existencia en la Roma del siglo VI. Ahora bien, si el calendario arcaico es una creación genuinamente romana o si por el contrario contiene una fuerte componente etrusca, es algo que suscita opiniones encontradas. Las más autorizadas entre estas últimas parecen no obstante reconocer una influencia etrusca, si bien no es fácil determinar su alcance, demostrada en algunos términos *(idus, aprilis)* y en actividades vinculadas a momentos precisos del calendario (costumbre del rey de tratar directamente con los ciudadanos en las *nundinae:* Macrobio, *Sat.,* 1.15.13). Menos problemas plantea la introducción de los nuevos símbolos del poder, pues si bien es cierto que la tradición duda entre Rómulo y Tarquinio Prisco, con alguna variante a favor de Tulo Hostilio, siempre reconoce en Etruria su lugar de procedencia. Estas insignias distinguen al rey durante el siglo VI, figurando también en otros elementos de la vida política y religiosa cuyo origen sólo puede situarse en esta misma época. La dificultad estriba en comprobar si la nueva forma de poder político que entonces asume el monarca, muy diferente a la tradicional y que tiene su expresión en tales símbolos, encuentra también su origen en Etruria. Según veremos en páginas sucesivas, las bases ideológicas en las que se sustenta la autoridad de Tarquinio Prisco se refieren en parte a la tradición romana, pero también contienen aspectos extraños a esta última, incluso de matriz oriental, cuya presencia en Roma pudo, o no, haber utilizado un intermediario etrusco.

Sin necesidad de alargar más la cuestión, una conclusión se impone con rotundidad: Roma nunca fue una ciudad etrusca. Se carácter latino se levanta por encima de cualquier otra consideración, como lo muestra la evidencia lingüística, pues aunque en Roma vivían etruscófonos, su lengua oficial y ampliamente mayoritaria siempre fue el latín, que por otra parte no denuncia en su léxico una presión decisiva del etrusco. Pero junto a esta latinidad esencial, no se puede dejar de reconocer, durante este mismo siglo VI, una fuerte influencia de culturas alógenas, procedente en especial de los ámbitos griego y etrusco, que afectaron a aspectos señalados de su configuración cultural y política. No hay que olvidar que Roma era ciudad "fronteriza", pues

la orilla derecha del Tíber era ya territorio etrusco, por lo que necesariamente las relaciones que mantenía con sus vecinos transtiberinos eran tan estrechas como las que le podían unir a otras comunidades latinas. Así se explica la confusión existente entre los historiadores griegos de los siglos V y IV a. C., los cuales no distingían con claridad entre latinos y etruscos y en definitiva calificaban impropiamente a Roma como *pólis Tyrrhenis*.

6.2. El nacimiento de la ciudad y las transformaciones urbanísticas

A lo largo la segunda mitad del siglo VII, coincidiendo con las fechas que la tradición concede al reinado de Anco Marcio, la apariencia externa de Roma comienza a evolucionar avisando sobre la inminente llegada de la ciudad, según comprobábamos en el capítulo anterior. La primeras obras iban encaminadas a proporcionar las bases para la definición de un centro cívico en el valle del Foro, el corazón natural del asentamiento romano, cuyo sector occidental fue objeto de una pavimentación, de técnica muy elemental, hacia el año 630. Poco más tarde se perciben los primeros síntomas de una nueva planificación en zonas significativas de la futura ciudad, como la Regia y el área sagrada de Sant'Omobono, donde en torno a los años 625/620 se procede a la destrucción de sendos grupos de cabañas y la consagración de tales lugares con la institución, según parece, de cultos a cielo abierto.

Tras estos primeros intentos, los años finales del siglo VII e iniciales del siguiente asisten a una intensísima actividad de construcción y planificación urbanística, que afecta ya a diversas zonas de Roma. Como elemento espectacular se destaca la aplicación sistemática de las nuevas técnicas arquitectónicas que, importadas desde Etruria, utilizan la piedra y el ladrillo así como elementos plásticos de decoración (antefijas, lastras, figuras acroteriales y frontonales, etc.). Pero junto a los nuevos edificios, tanto públicos como privados, civiles y religiosos, se producen intervenciones menos llamativas, como las obras de infraestructura y la distribuición racional del espacio, que resultan de similar o mayor trascendencia. Todo ello forma un conjunto indisociable, cuyos elementos no pueden descomponerse en diferentes unidades por completo independientes entre sí, sino que son expresión de una nueva ideología. Estamos en definitiva ante el acta de nacimiento de la ciudad.

6.2.1. El rito de fundación

El lector atento habrá observado que en más de una ocasión se ha hecho referencia a la fundación ritual de Roma. Se trata de una constante en toda la tradición, que sistemáticamente insiste en representar a Rómulo bajo la apa-

riencia de un fundador. El rito empleado consta siempre de los mismos elementos: primero se cava una fosa, llamada *mundus*, donde los participantes en el acto depositan las primicias agrarias y terrones de tierra procedentes de sus lugares de origen; a continuación el fundador, mediante un arado arrastrado por un buey y una vaca, ambos de color blanco, traza un surco en la tierra, el *sulcus primigenius*, que delimita el *pomerium* o límite jurídico-religioso de la ciudad. La descripción más completa la proporciona Plutarco en su biografía de Rómulo (*Rom.*, 11):

> Rómulo, [...], fundó la ciudad habiendo hecho venir de Etruria hombres que le enseñaran con detalle los ritos y las fórmulas que era necesrio observar, como en una ceremonia religiosa. En el lugar llamado hoy *Comitium* se cavó una fosa circular donde se depusieron las primicias de todo cuyo uso está legitimado por la ley o hecho necesario por la naturaleza, y cada uno aportó un puñado de tierra traído del país de donde procedía y se mezcló todo junto. Se dio a esta fosa el nombre de *mundus* [...] Después se trazó alrededor de este centro el contorno de la ciudad, dándole forma de círculo. El fundador puso a su arado una reja de bronce y lo unció a un buey y a una vaca y los condujo cavando un surco profundo sobre la línea circular. Los hombres que le seguían estaban encargados de echar hacia dentro los terrones que levantaba el arado, sin dejar ninguno fuera. Esta línea marca el contorno de las murallas y se llama *pomerium*, palabra sincopada que significa "detrás de la muralla". Allí donde se quería situar una puerta, se retiraba la reja, se levantaba el arado y se dejaba un intervalo. Así se consideraba como sagrada toda la muralla a excepción de las puertas. Si se tenía a estas por sagradas no se podría, sin temor a la cólera divina, hacer pasar por ellas las cosa necesarias que entran en la ciudad y hacer salir las cosas impuras.

El interés de este texto de Plutarco reside no sólo en la propia descripción del ritual, conocido asimismo por otros autores, sino también en su atribución al patrimonio religioso etrusco. En esta misma idea coincide Varrón (*L.L.*, 5.143), quien además extiende la fundación *Tusco ritu* a otras ciudades del Lacio. Se trata por tanto de un hecho que los antiguos consideraban implantado en la cultura latina, hasta el punto que este mismo rito se aplicó sistemáticamente en la fundación de las colonias romanas, las cuales, como señala Aulo Gelio (*Noct. At.*, 16.13.9), pretendían ser en todo modestas repeticiones de la metrópolis. La duda surge en cuanto a admitir o no, para el caso concreto de Roma, la historicidad de esta fundación ritual según las prescripciones contenidas en los libros sagrados de los etruscos. La mayor parte de las opiniones modernas se expresan en un sentido negativo, pues piensan que no se trataría sino de un elemento más de la fundación legendaria cumplida por Rómulo. Sin embargo, caso de aceptar esta propuesta, no se podría

explicar satisfactoriamente la existencia en Roma de un *mundus* y de un *pomerium,* cuya creación se eleva a época arcaica.

La tradición atribuía el primer *pomerium* a Rómulo, como acabamos de ver, y lo localizaba en el Palatino, de ahí los nombres *Palatinum* o *Romuli* con los cuales se le conocía, según se haga referencia al topónimo o a la persona. Pero a pesar de los intentos por concederle historicidad, más insistentes desde las excavaciones conducidas por A. Carandini en la ladera septentrional de la colina, no parece que esta tradición repose sobre datos auténticos, sino que es consecuencia de la propia mentalidad de los antiguos: si Rómulo fundó la ciudad, ésta requería necesariamente un *pomerium*. La primera noticia cierta sobre el *pomerium* de Roma hace referencia al rey Servio Tulio, cuando se dice de él que extendió los límites de la ciudad incorporando el Quirinal y el Viminal y ampliando los barrios del Esquilino. Pero surge la duda sobre si fue este rey quien creó verdaderamente el *pomerium* o si por el contrario su acción en este campo se limitó a alejar la línea pomerial que ya existía sobre el Esquilino, según parece deducirse del texto de Livio (1.44.3). De ser cierta la segunda opción, esto nos llevaría a una fecha previa para el *pomerium* más antiguo de Roma, pero no muy anterior, como veremos inmediatamente. En un sentido próximo se manifiesta H. Müller-Karpe, quien basándose en el análisis de la necrópolis del Esquilino, concluye que el *pomerium* más antiguo de Roma se debe fechar hacia el año 600 a. C.

Respecto al *mundus,* su concepción como elemento fundacional no está por completo aceptada, pues junto a los testimonios más o menos directos de Plutarco y de Ovidio *(Fast.,* 4.820ss.), otros autores antiguos se refieren a él como una fosa de carácter agrícola e infernal, sede de los dioses Manes y consagrada también a Ceres (Festo, 126L; 144L; Macrobio, *Sat.,* 1.16.18). Sin embargo, no existe contradicción alguna, pues la fundación de la ciudad está íntimamente vinculada a la vegetación y en consecuencia también al mundo subterráneo: no en vano el verbo *condere* se utiliza tanto para especificar el hecho de fundar la ciudad como el de almacenar grano, especialmente en hórreos o en silos subterráneos, y de ahí la importancia del dios Consus y de sus fiestas en la fundación de Roma. Muy relacionado con estas ideas se encuentra el *dies natalis* de Roma, el 21 de abril, festividad de los *Parilia*. La elección de este día como fecha de la fundación de Roma no es algo arbitrario, pues ocupa el centro del principal ciclo agrario del calendario romano. Los *Parilia* estaban dedicados a Pales, antigua divinidad de carácter agrario y pastoril, y con su celebración se pretendía propiciar la reproducción animal y el crecimiento agrícola, y por ello mismo tenía también una vertiente ctonia. Como dice J. Bayet, los *Parilia* marcan "la clausura de un ciclo antes de la renovación de los brotes primaverales", y éste es el significado que tiene también la fundación de la ciudad, clausura de una etapa oscura y nacimiento de una nueva época, lo que alcanza todo su valor al situarnos en una sociedad agraria.

Pero esta relación con el universo agrícola no puede hacernos olvidar que estamos frente a un hecho político. De acuerdo con este principio, el *mundus* debía situarse en una posición central, no tanto desde el punto de vista geométrico, espacial, sino sobre todo ideológico, razón por la cual se encontraba en el Comicio, el área política por excelencia y que mejor expresa la nueva definición del ciudadano. Por vía arqueológica, difícilmente se puede datar la institución del *mundus* en un momento anterior al 600 a. C., pues hasta entonces ese lugar no se encontraba adaptado para la ocupación humana. De nuevo nos movemos en una fecha que oscila entre los reinados tradicionales de Tarquinio Prisco y Servio Tulio. La relación cronológica con el más antiguo *pomerium* de Roma es por tanto muy próxima, lo cual no puede sorprender habida cuenta de que ambos elementos, *mundus* y *pomerium*, nacieron simultáneamente.

A partir de los datos anteriores, la idea de una fundación ritual de Roma según la costumbre etrusca cobra consistencia. Sin embargo, es preciso situarla en el nivel cronológico que le corresponde, pues como sabemos la ciudad no surge de la nada sino que es el resultado de un largo proceso formativo. Para dar validez a la tradición sobre la fundación de Roma, sería necesario desplazar este acontecimiento a un momento en torno al año 600 a. C. y referirse a una fundación simbólica, no real, aunque provista de idéntico significado y por tanto no carente de valor. El rito fundacional no tiene otro objetivo que sacralizar la ciudad, convertirla en un espacio consagrado y situarla en consecuencia bajo el amparo y la tutela de los dioses. El ritual etrusco servía perfectamente a estos fines, pero sin que esto implique en modo alguno renunciar a la latinidad de Roma como elemento dominante.

6.2.2. El desarrollo urbanístico y monumental

La conversión del asentamiento protourbano de Roma en una ciudad exigía una renovación casi completa y la aplicación de nuevos planteamientos, pues no se trata sólo de un cambio en la apariencia externa, aspecto de gran interés pero en el fondo de importancia secundaria. Lo verdaderamente significativo reside en que la nueva ciudad descansa sobre conceptos que poco tienen que ver con la situación anterior. El ideal del ciudadano como miembro libre de una comunidad política y todo lo que este nuevo principio arrastra consigo, requiere una planificación y organización del espacio que le son propias, de forma que pueda desarrollar todas sus funciones. La configuración tradicional de Roma como un agregado de grupos de cabañas no se ajustaba a las necesidades que se iban creando.

Desde el punto de vista topográfico, quizá el aspecto más sobresaliente de esta nueva Roma respecto a la anterior es la posición central que asume el conjunto definido por el Capitolio y el valle del Foro, desplazando al Pala-

tino a un segúndo término. En efecto, este último, que hasta entonces había representado el centro de gravedad indiscutible de la comunidad romana –y por ello no en vano se localizaban en él las leyendas de fundación–, queda relegado a una situación por completo secundaria, solar de cultos, como los *Lupercalia*, y cofradías religiosas (salios) de probada antigüedad pero de escasa significación urbana, así como de algunos elementos de la más antigua vida política *(curiae veteres)*. El Palatino pasa a ser simplemente una reliquia del pasado, mientras que el protagonismo corresponde ahora al valle del Foro y al Capitolio, que solidariamente unidos capitalizan las principales funciones que representa la ciudad, el primero como centro político y el segundo como cabeza religiosa de la nueva comunidad cívica. A este respecto no deja de ser significativo el que esta superioridad ejercida por el conjunto topográfico Foro-Capitolio se mantenga durante toda la República, hasta que en la época imperial el Palatino recupere en parte su antigua hegemonía al convertirse en sede de la residencia imperial. En otras palabras, la ascendencia política e ideológica del conjunto Foro-Capitolio existe mientras el sistema romano gira en torno a la idea de la ciudad-Estado, de la *civitas*.

Pero para lograr estos objetivos se hacía necesario como paso previo acondicionar físicamente el terreno. Como veíamos en un capítulo anterior, el valle del Foro estaba permanentemente expuesto a las crecidas del Tíber y al empantanamiento de las aguas, por lo que para convertirlo en lugar adecuado para desempeñar las funciones que le estaban destinadas hubo que realizar dos tipos de intervención: pavimentación del terreno y obras de drenaje. Los primeros pavimentos se realizaron en fecha relativamente temprana, hacia el año 630, y consistían en un lecho de tierra formado por una mezcla compacta de guijarros, grava y trozos de piedra, provisto de la suficiente coherencia para que las aguas, llegado el caso, pudieran discurrir libremente por la superficie sin llegar a estancarse. Ya en las postrimerías de ese siglo VII y sobre todo a partir del año 600 tales obras se incrementaron notablemente, haciéndose cada vez más frecuentes y extendiéndose por amplios sectores del valle del Foro, lo que indica la presencia de un centro cívico ya constituido, que al momento se completará con la construcción de algunos edificios, como veremos inmediatamente.

Paralelos a estos trabajos de pavimentación son los de canalización y drenaje de las aguas, especialidad en la que los etruscos fueron auténticos maestros. En Roma esta actividad se materializó sobre todo en la construcción de la *cloaca maxima*, canal que recogía las aguas que discurrían por las vertientes de las colinas que rodeaban el Foro y las precipitaba en el Tíber. Esta gran obra es atribuida unánimemente por la tradición a Tarquinio el Soberbio, pero las primeras canalizaciones en el valle del Foro, incluyendo las fases más antiguas de la cloaca, corresponden al otro Tarquinio, como reconoce esa misma tradición (Livio, 1.38.6; Dionisio, 3.67.5). En definitiva, se trata de

la canalización del río Velabro, y de ahí el recorrido tan sinuoso que describe. Su fin era controlar el principal curso de agua que atravesaba el Foro, y al mismo tiempo eliminar el pantano que el Velabro formaba a los pies del Capitolio y que impedía una fácil comunicación entre éste y el valle del Foro. El sistema comprendía otras canalizaciones secundarias, como una descubierta junto al muro septentrional de la Regia que probablemente desembocaba en la *cloaca maxima*. Muy relacionada con estas obras de canalización está la dedicación en época arcaica de un pequeño santuario en honor de Cloacina, divinidad posteriormente asimilada a Venus y cuyo nombre tiene la misma raíz que el de cloaca, señalando en definitiva su carácter purificatorio; no en balde este *sacellum Cloacinae* se alzaba allí donde la cloaca cruzaba la Sacra Vía.

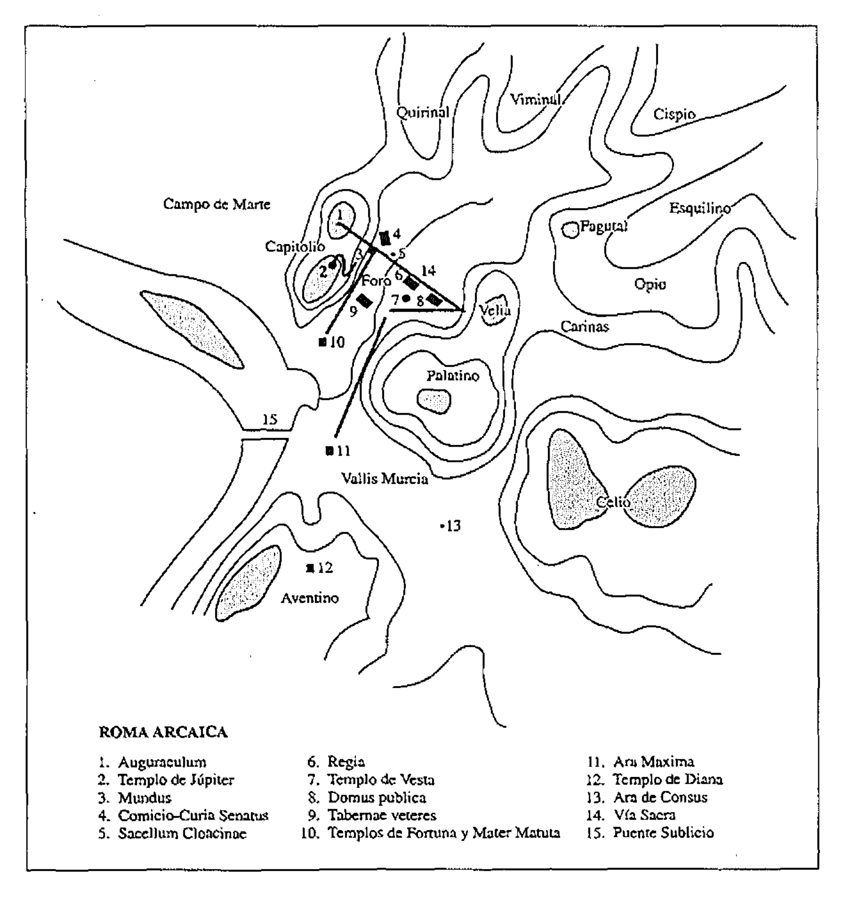


Figura 6.1. Roma arcaica.

Además de la construcción de las cloacas, y en relación a las mismas, la tradición atribuye también a Tarquinio Prisco la función de primer sistematizador del Foro, delimitando espacios residenciales y comerciales (Livio, 1.35.10). Estos últimos están definidos por las llamadas *tabernae veteres*, es decir, un conjunto de tiendas situado en la parte del Foro más próxima al Tíber, vinculado por tanto al área empórica de Roma que se localizaba en el Foro Boario. Respecto a las viviendas, la arqueología ha dado prueba de su existencia en las casas encontradas junto a la Sacra Vía, donde se demuestra el paso de la primitiva arquitectura de cabañas a las más avanzada de ladrillo. Se trata sin lugar a dudas de residencias aristocráticas, con varias fases constructivas a lo largo del siglo VI. Idéntico destino entre la clase superior tienen otras construcciones descubiertas recientemente en las excavaciones de Carandini sobre la ladera del Palatino que cae hacia el Foro y que se fechan hacia el año 530 a. C., magníficos ejemplos que muestran el nivel de vida de la aristocracia romana. Aunque no por restos de muros, edificaciones de carácter doméstico se documentan en otras áreas de Roma a lo largo del siglo VI, como el Palatino y la Velia, mostrándose asimismo la utilización de las nuevas técnicas arquitectónicas. Dentro de las obras de infraestructura urbana cabe señalar por último la construcción de cisternas para el aprovisionamiento de agua, como las halladas en el Palatino, y cuyas primeras fases se elevan a comienzos del siglo VI, y la conocida con el nombre de *Tullianum*, situada a los pies del Capitolio y utilizada posteriormente como prisión.

Gran importancia presenta la definición del sistema viario, cuyo origen se eleva a esta misma época, si bien se basa sin duda en caminos utilizados con anterioridad. El eje principal era la Sacra Vía, que no sólo se alza como la arteria más importante de la ciudad, sino que además estaba provista de un profundo contenido ideológico que se encuentra en el fundamento mismo de su existencia. Esta calle atravesaba todo el valle del Foro en sentido longitudinal y tenía uno de sus extremos en la Arx, por lo que su trayecto capitolino era realmente una rampa de acceso conocida posteriormente con el nombre de *scalae Gemoniae*. En la Arx, la cabeza de la Sacra Vía se situaba junto al *Auguraculum*, el principal templo augural de Roma, de manera que el trazado de la calle coincidía con la *spectio* de los augures emplazados en ese punto. El significado de la Sacra Vía sólo se puede entender si se pone en relación a los grandes complejos político-religiosos que contemporáneamente surgen en el Foro y que jalonan su recorrido, así como con el Capitolio, cuyo único acceso natural, el *clivus Capitolinus*, partía precisamente de la Sacra Vía. Ésta se presenta entonces como el nexo que une Capitolio y Foro, sirviendo como escenario a importantes ceremonias públicas en las que el rey asume el protagonismo. Por todo ello, la Sacra Vía puede considerarse un símbolo muy elocuente de esta nueva Roma.

Dos eran los principales complejos que durante la monarquía se alzaban en el Foro: la Regia y el Comicio. La Regia sintetiza el papel del rey en su actividad religiosa, siendo por tanto uno de los principales bastiones de la ideología real, pero provisto de tal fuerza que la irrupción de la República no consiguió hacer desaparecer este símbolo monárquico. Lo que en época republicana se entendía como Regia era un pequeño edificio compuesto por un patio, con un silo en su interior, y por dos habitaciones, correspondientes sin duda a sendas capillas dedicadas a Marte y a Ops. Que en tan reducida superficie pudieran vivir el rey, su familia y el servicio doméstico, así como albergar los espacios dedicados al culto, resulta increíble, por lo que según F. Coarelli durante la monarquía el concepto de Regia debía comprender no sólo este pequeño edificio, sino también la propia residencia del rey *(domus regis)* y el complejo formado por el templo de Vesta y la aneja casa de las vestales *(atrium Vestae)*; con la llegada de la República, el conjunto se dislocaría en unidades independientes. Las excavaciones arqueológicas realizadas por F. E. Brown han desvelado la historia de la Regia arcaica, cuya fase constructiva más antigua se eleva al año 600 *ca.*, sufriendo diversas remodelaciones durante el siglo VI, la última en los inicios de la República. Coincidiendo con el primer edificio, se debió de levantar el complejo de Vesta, como parece mostrarlo el material encontrado en un pozo arcaico y que contenía tejas y otros elementos arquitectónicos de comienzos del siglo VI a. C. Sin duda este hecho está en relación con la reforma del colegio de las vestales llevada a cabo por el primero de los Tarquinios.

El Comicio era el área política por excelencia, que servía de marco al desarrollo de las actividades de los ciudadanos en tanto que miembros de una comunidad cívica. Se componía de dos elementos principales, una explanada de tierra batida, donde se reunía el pueblo en asamblea, y un pequeño edificio situado en su lado septentrional, la *curia Senatus*, que albergaba las reuniones del Senado. En el mismo complejo se encontraba un lugar de culto, denunciado por un depósito votivo y por el célebre cipo inscrito, que muy probablemente haya que identificar con el Volcanal, un antiguo santuario consagrado a Vulcano. La cronología del Comicio considerado como centro político está bajo discusión, pues recientemente P. Carafa eleva su origen al último tercio del siglo VIII, en un intento de relacionarlo con las instituciones de la "ciudad" recién fundada por Rómulo. Sin embargo, las cosas no están tan claras, pues el material más antiguo, fechado efectivamente a finales del siglo VIII, es de carácter doméstico, lo que se confirma por restos de estuco pertenecientes a unas cabañas. Todo parece indicar por el contrario que el lugar estaba destinado en esos momentos a zona de habitación, sustituida en torno al año 600 por este complejo concebido con fines políticos. Las tejas y restos de terracotas arquitectónicas procedentes de la zona atestiguan esta última fecha para la construcción de un edificio que no puede ser otro que la curia del Senado.

En el Capitolio se observan asimismo notables innovaciones en la época arcaica. En su cumbre septentrional, la Arx, surge como hemos visto el *Auguraculum,* vigilante sobre el Comicio y estrechamente vinculado a la institución de un nuevo calendario. Mayor importancia asume la cima meridional, el *Capitolium* propiamente dicho, pues aquí se levantó el santuario a Júpiter *Optimus Maximus* como divinidad poliada de Roma. Según la tradición, este templo habría sido ofrecido por Tarquinio Prisco, construido por el Soberbio y consagrado por el cónsul M. Horacio en el primer año de la República. Pero esto nunca debe tomarse como argumento sobre la "reduplicación" de los Tarquinios. La existencia de un santuario de estas características se presenta como un elemento necesario en la definición de la ciudad, de manera que Roma no podía esperar a la llegada de la República para disponer de él. La configuración del Capitolio como centro religioso de Roma a comienzos del siglo VI se deduce del hallazgo de un importante depósito votivo y de terracotas arquitectónicas del mismo estilo y factura de aquellas otras que decoraban la Regia y quizá también otros edificios. La atribución de estos materiales a un primitivo templo de Júpiter constituye una hipótesis plausible, aunque ciertamente indemostrable. Aun así, la firmeza con que la tradición, en sus diferentes versiones, atribuye al primer Tarquinio una obra de este tipo, sugiere que se basa en un hecho histórico, como en general es aceptado en la actualidad. Además su presencia es requerida en la celebración de ciertos rituales y ceremonias ya en vigor en esta época. Fue en las postrimerías del siglo VI, en las fechas que la analística otorga al reinado de Tarquinio el Soberbio, cuando ese primitivo santuario fue sustituido por un magnífico edificio, cuyos cimientos todavía están en pie, utilizado hasta su incendio en el año 89 a. C. Aunque el verdadero propietario del templo era Júpiter, en él se alojaban también otras divinidades, Juno y Minerva en lugar destacado y en posición más secundaria, pero no sin valor, Iuventas y Terminus.

Según se puede comprobar, el protagonismo en estas primeras y más importantes construcciones, así como en la nueva planificación urbana de Roma, corresponde a Tarquinio Prisco, a quien quizá debamos considerar como el verdadero "fundador" de Roma. Posteriormente veremos cómo las transformaciones urbanísticas responden a la introducción de una nueva ideología, tanto por lo que afecta al colectivo de ciudadanos, verdaderos protagonistas de esta estructura cívica, como a la propia figura del rey, que a partir de ahora trata de buscar nuevos soportes a su poder. Pero a la vez no podemos perder de vista la relación que asimismo se establece entre las reformas institucionales y los cambios urbanísticos. Los sucesores de Tarquinio seguirán una vía similar, intentando reflejar en sus intervenciones sobre la ciudad sus propias inquietudes políticas e ideológicas, al tiempo que buscan mejorar las condiciones de habitabilidad. Este hecho se aprecia muy bien en el caso

de Servio Tulio, monarca innovador y asimismo reformista, y no tanto en el de Tarquinio el Soberbio, cuyo interés parece dirigido más bien en magnificar las iniciativas de sus antecesores, en especial las del primer Tarquinio.

Al nombre de Servio Tulio aparecen vinculadas diversas intervenciones urbanísticas, si bien no en todos los casos la arqueología aporta testimonios definitivos. Así sucede por ejemplo con la construcción de una muralla que supuestamente habría rodeado la ciudad a mediados del siglo VI, donde la documentación arqueológica no se muestra nada clara. La tradición atribuye obras defensivas en Roma prácticamente a los tres últimos monarcas, aunque cierto es que con mayor insistencia en relación a Servio. La investigación arqueológica demostró hace mucho tiempo que lo que comúnmente se conocía como "muro serviano" en realidad correspondía a las defensas construidas en Roma tras la invasión celta de comienzos del siglo IV a. C.. Sin embargo, se documentan también algunos lienzos que, por la técnica y material empleados, sugieren una fecha anterior, aunque la opinión no es unánime sobre si pertenecen o no al siglo VI, siendo más probable en sentido negativo. La existencia de un muro de piedra en la Roma arcaica era técnicamente posible, puesto que la ciudad latina de Lavinium se rodeó de uno en torno al año 600 a. C., pero no hay en Roma testimonios precisos al respecto. Sí se documentan por el contrario restos de un *agger*, que por los materiales hallados en su interior se pueden fechar en época monárquica, adaptándose sin apenas dificultad a la cronología tradicional del reinado de Servio Tulio. Hasta donde sabemos, este *agger* protegía el sector más abierto de Roma, esto es, la meseta que se extiende a espaldas del Esquilino, Viminal y Quirinal, mientras que la defensa del resto de la ciudad probablemente se confiaba a las propias condiciones físicas y quizá a diferentes estructuras individualizadas sobre las colinas. Sea como fuere, sí parece cierto que deba concederse a Servio el hecho de haber incorporado plenamente a la organización urbana, tanto mediante la construcción del *agger* como por la ampliación del *pomerium*, los nuevos distritos del Quirinal y del Viminal y parte del Esquilino, con lo que la ciudad histórica queda por completo definida.

Entre las construcciones religiosas atribuidas a Servio Tulio, dos destacan sobradamente por materializar los principales apoyos sobre los que se sostenía su ideología política, el templo de Diana por un lado y el de Fortuna por otro. Sin embargo, el complemento arqueológico que puede invocarse al respecto es muy desigual. Así, en relación al santuario de Diana, levantado por Servio en el monte Aventino como expresión religiosa de la hegemonía romana sobre el Lacio, se desconoce todavía dónde estaba situado exactamente. En su fase más antigua, la "serviana", es probable que el recinto sacro consagrado a Diana careciese de una estructura arquitectónica compleja, sólo definido quizá por un ara situada en el interior de un *lucus*, de un bosque sagrado. Diferente es la situación en que se encuentra el tem-

plo de Fortuna, aunque como es lógico no exenta de problemas, pues se localiza en una de las áreas arqueológicas más interesantes que existen en Roma, la situada junto a la iglesia medieval de Sant'Omobono, en el antiguo Foro Boario.

Por su situación a orillas del Tíber y donde éste se podía atravesar con mayor facilidad, el Foro Boario asumía una función empórica. Gracias a sus posibilidades de comunicación con el mar y con la orilla opuesta del río, recibía en primera instancia la mayor parte de los productos extranjeros que llegaban a Roma. De esta forma, se fue definiendo ya desde finales del siglo VIII un área de carácter comercial que alcanzó su madurez durante la monarquía arcaica, cuando a través del *vicus Tuscus* alcanzó el valle del Foro con la edificación de las *tabernae veteres*. Los cultos que se asentaron en la zona estaban por tanto en estrecha relación con las funciones que allí se cumplían, y así el más antiguo de ellos está representado por el *ara maxima* de Hércules, donde ya en época arcaica se incluyeron elementos de procedencia oriental. En el sector opuesto surge con posterioridad otra área sacra, la de Sant'Omobono. Un grupo de cabañas que existía en la zona fue demolido a finales del siglo VII y el lugar consagrado. En un primer momento el culto se celebraría a cielo abierto y estaría dedicado a Mater Matuta, como parece probarlo el material votivo. Se trata de una antigua diosa itálica vinculada al nacimiento y a la aurora, pero sufrió fuertes influencias griegas y orientales que desarrollaron su aspecto astral y la convirtieron también en protectora de la navegación y del comercio. En el primer cuarto del siglo VI se construyó un primer templo, que años más tarde, hacia el 540, experimentó una completa remodelación con pretensiones monumentales; el complejo fue destruido a finales del siglo VI y no se rehabilitó sino hasta comienzos del IV a. C.

A los efectos que aquí se persiguen, dos son los principales problemas que se plantean: la cronología y la estructura del conjunto, ambos estrechamente relacionados. En cuanto al primer punto, aparte las dificultades en datar con exactitud las diferentes fases, surge el compromiso inevitable de relacionarlas con los distintos reyes, con lo cual entramos en un terreno sumamente tortuoso. La tendencia actual más implantada aboga por conceder a Tarquinio Prisco la fase de culto a cielo abierto, a Servio Tulio la primera edificación y al otro Tarquinio la fase monumental. Sin embargo, las cosas no están tan fáciles, porque si nos atenemos a las fechas anteriormente mencionadas, vemos cómo éstas coinciden con las que la tradición atribuye a los cambios de reinado. Pero teniendo en cuenta que tanto unas como otras sólo pueden aceptarse con un carácter aproximado, con la misma legitimidad nos podemos inclinar por atribuir las fases construidas a Tarquinio Prisco y a Servio Tulio respectivamente. Por tanto, los criterios de interpretación no han de ser sólo cronológicos, sino en mayor medida también culturales. Según la tradición, Servio monumentalizó el Foro Boario con la construcción de sen-

dos templos dedicados a Mater Matuta y a Fortuna. Pero la arqueología no lo constata con claridad, mostrando tan sólo que en un principio el culto estaba dirigido a Mater Matuta y que la primera fase constructiva disponía de un único edificio. Sin embargo, correspondiente a la segunda fase, existe un grupo escultórico formado por Hércules y una diosa armada que muy probablemente representa mejor a Fortuna que no a Minerva. Por razones cultuales, no es fácil que Fortuna y Mater Matuta estuviesen bajo el mismo techo, por lo que es muy posible que la segunda fase del complejo comprendiese dos edificios, uno para cada divinidad. Si este planteamiento es el adecuado, entonces habría que atribuir a Servio esta segunda fase, con doble templo, y a Tarquinio Prisco la primera, con un único santuario dedicado a Mater Matuta.

Sea como fuere, el área arqueológica de Sant'Omobono muestra el alto nivel artístico que existía en la Roma arcaica, así como la apertura hacia las influencias externas, tanto etruscas como griegas y orientales. Por desgracia, nuestros conocimientos son muy limitados, pero se puede presumir que este mismo ambiente se encontraba en otras áreas de Roma, como lo muestra el hallazgo esporádico de terracotas arquitectónicas de similar estilo que las que adornaban el complejo del Foro Boario. Sin duda alguna, la Roma de la segunda mitad del siglo VI es una ciudad no sólo definida en sus aspectos fundamentales, sino además con un alto grado de monumentalización, mostrando un panorama en todo similar al que contemporáneamente domina en las ciudades más importantes de la Etruria meridional.

A finales del siglo VI, cuando se produce el paso de la monarquía a la República, Roma era una de las mayores ciudades de Italia. Según los cálculos de C. Ampolo, la ciudad de las "cuatro *regiones*", es decir, la que resulta tras la incorporación del Quirinal y del Viminal por Servio Tulio, tenía una superficie aproximada de 285 ha. Se trata sin duda de una extensión muy notable para la época, más grande que la de cualquier otra ciudad del Lacio y tampoco superada por ninguno de los centros urbanos de la Etruria meridional. Una superficie de este tamaño sólo es inferior a la de las principales ciudades griegas del sur peninsular y de Sicilia. Cierto es que no toda ella estaba ocupada por edificios y espacios urbanizados, ya que en el interior de la ciudad había bosques y posiblemente también huertos, algo por otra parte nada inusual en las aglomeraciones urbana antiguas. Pero esto no impide ver en la Roma arcaica un gran núcleo humano y político, dotado en consecuencia de unos recursos porporcionales a su tamaño. Así parecen mostrarlo otros dos datos, cuya exactitud resulta sin embargo más difícil de determinar. El territorio bajo dominio directo de Roma debía comprender una extensión entre 800 y 1.000 km^2, con una población entre 35.000 y 40.000 habitantes, incluyendo la ciudad y el territorio. Con estos presupuestos, no debe sorprender que Roma fuese la ciudad hegemónica en el Lacio y una de las potencias centro-itálicas.

6.3. Tarquinio Prisco

Como hemos podido comprobar en páginas anteriores, con Tarquinio Prisco se inicia una nueva etapa en la historia de Roma. No se trata tan sólo de que con él comienza una segunda serie de reyes, impropiamente llamada "dinastía etrusca" porque al menos dos de ellos llevan nombre etrusco y el primero, este Tarquinio, es de segura procedencia etrusca. La novedad reside en algo mucho más trascendente y que la tradición no desconoce por completo: Roma accede entonces a la categoría de ciudad. Acabamos de ver cómo a partir de Tarquinio Prisco la apariencia externa de Roma cambia por completo y que incluso es posible, aunque por el momento no se pueda demostrar con absoluta certeza, que este rey actuase como "fundador" al cumplir los ritos pertinentes. Pero necesariamente hay que avanzar más allá, pues a Tarquinio aparecen vinculadas importantes reformas, en algunos casos ya definitivas, que afectaron a las principales instituciones de la ciudad, compitiendo en este lugar con el mismo Rómulo. En consecuencia, la Roma que amanece en los años 580/575 a. C., esto es, al término del período IVb de la cultura lacial, o lo que es lo mismo, cuando Servio Tulio accede al poder, poco tiene que ver con la que vieron los reyes anteriores, tanto en la planificación urbanística como en la configuración del poder y el funcionamiento de las instituciones. La acción de Tarquinio resulta pues imprescindible para comprender las posteriores reformas de Servio Tulio, a quien todos reconocen como la figura principal del período arcaico de Roma.

6.3.1. El origen de Tarquinio

Los antiguos reconocen de forma unánime un origen etrusco en Tarquinio Prisco. Aunque en un capítulo anterior ya se hizo referencia a la tradición canónica sobre este acontecimiento, no está de más recordarla de nuevo para percibir con mayor claridad su significado. La leyenda de Tarquinio se une a la de un personaje griego, Demarato, un corintio de la familia de los Baquíadas que, cuando se instauró la tiranía en su ciudad en la persona de Cipselo, se exilió asentándose en la etrusca Tarquinia, que ya conocía por sus frecuentes viajes comerciales. Demarato fue admitido entre la aristocracia de su nueva patria, e incluso según Estrabón (8.6.20) llegó a ser su dirigente. Habiéndose casado con una mujer etrusca, tuvo dos hijos, a los que llamó Arrunte y Lucumo; el mayor murió todavía en vida de su padre, y aunque su esposa estaba encinta, toda la fortuna familiar fue heredada por su hermano Lucumo. Sin embargo, éste no era bien visto por sus conciudadanos, que le consideraban un extraño, por lo que empujado por su esposa, la ambiciosa Tanaquil, decidió abandonar Tarquinia y establecerse en Roma, ciudad donde los extranjeros eran bien recibidos.

Acompañado de su familia y de todos sus dependientes, Lucumo se dirigió pues a Roma y cuando ya tenía la ciudad a la vista, sobre el monte Janículo, se produjo un fenómeno extraordinario: un águila bajó rápidamente sobre él y arrebatándole el sombrero que le cubría revoloteó por encima y a continuación lo depositó de nuevo suavemente sobre su cabeza. Versada en temas de adivinación, Tanaquil inmediatamente interpretó el prodigio como un presagio de realeza, profetizando que Lucumo llegaría a ser rey de Roma. Y en efecto, éste fue admitido por el monarca reinante, Anco Marcio, quien le asignó curia y tribu donde ejercer sus derechos como ciudadano y le situó entre la aristocracia. Lucumo, que había cambiado su nombre etrusco por el latino de Lucio Tarquinio, no desaprovechó ocasión para destacar, y utilizando hábilmente su riqueza y sus dotes personales supo hacerse valer, hasta el punto que el rey le encomendó tareas de gran interés para la ciudad e incluso llegó a nombrarle tutor de sus hijos. Cuando se produjo la muerte de Anco, Tarquinio alejó a los hijos de éste, que suponían un peligro para sus ambiciones, y ya sin rivales fue elegido nuevo rey de Roma.

Éste es en síntesis el relato que la tradición ofrece sobre el origen de Tarquinio y su acceso al trono. Que se trata de una versión un tanto artificial y novelada, es algo que no suscita dudas, pero no las suficientes como para rechazarla de plano. Desechada la interpretación que ve aquí una falsificación de los antiguos para ocultar la conquista de Roma por los etruscos, como comprobábamos en este mismo capítulo, la investigación actual no cree en absoluto necesario negar la tradición para comprender cómo un etrusco pudo sentarse en el trono de Roma. Tanto la leyenda de Demarato como la de Tarquinio reflejan un aspecto característico del mundo etrusco-latino arcaico, la movilidad social horizontal, al cual ya se ha hecho referencia en un capítulo anterior. Por tanto, se trata de dos tradiciones en principio independientes, que fueron unidas en fecha más tardía para realzar los propios orígenes de Tarquinio y atribuirle una lejana procedencia helénica. En verdad no existen razones de peso para buscar una relación real, histórica, entre Demarato y Tarquinio, como se ha intentado recientemente apoyándose en cierta "devoción" de los Tarquinios hacia Heracles/Hércules, considerado legendario progenitor del *génos* de los Baquíadas. El caso representado por Demarato es un ejemplo característico de desplazamiento de un griego a una comunidad etrusca, donde es admitido en rango de igualdad, manteniendo su originaria naturaleza aristocrática. Su caso es en consecuencia similar al de otros individuos que conocemos por la epigrafía, como ese Rutile Hipukrates enterrado en el llamado "Túmulo del Rey" en Tarquinia, o un tal Larth Telicle, asentado según se cree en Caere. Por su parte, Tarquinio se comporta de manera idéntica, salvo que ahora es un etrusco que se establece en Roma, pero ajustándose a idénticos criterios. Por ello cuando es elegido rey de Roma ya no es etrusco propiamente dicho, sino romano, aunque de origen etrus-

co, lo cual inevitablemente ha de notarse en determinados aspectos de su futuro comportamiento.

La tradición nada recuerda de extraordinario en la entronización de Tarquinio, aunque consciente de su origen extranjero, trata de presentarla un poco más complicada que en los casos de los reyes anteriores. Así, como bien señala J. Heurgon, Tarquinio es dibujado como el primer *homo ambitiosus* de la historia de Roma, en el sentido de que las artimañas que habría utilizado para lograr sus propósitos, aunque en ningún momento ilegales, se aproximan a las prácticas en vigor durante la República tardía. Existe sin embargo un hecho que sugiere ciertas irregularidades, o en todo caso imprecisiones, en la investidura de Tarquinio, si bien para los antiguos éste fue hecho rey de acuerdo con todos los requisitos legales que establecía la costumbre. Nos referimos al enfrentamiento que mantuvo con el augur Atto Navio, con el triunfo final de éste y la admisión de su propia derrota por parte del rey. Este episodio parece indicar que Tarquinio no gozaba de la cualidad de augur, al contrario de los monarcas anteriores, por lo que su investidura, realizada según las normas tradicionales, debió de sufrir algún contratiempo. Pero esto no suponía problema alguno para la tradición, que para reafirmar la legitimidad de Tarquinio introduce el episodio del águila, típicamente romano, pese a que el protagonismo de Tanaquil le proporciona una apariencia etrusca. A la hora de interpretar el prodigio, esta última utiliza una técnica que se adapta sin dificultad a las operaciones que realizaban los augures romanos. Se trata por tanto de un augurio de investidura, pero que paradójicamente tiene lugar antes de la entronización de Tarquinio, si bien esto no le priva de valor al ser Júpiter, señor del águila, quien envía la señal. A partir de todos estos datos, podemos entonces concluir, pero no con absoluta certeza, que la llegada de Tarquinio al trono de Roma no se produjo por vía de la usurpación, sino que fue legal, si bien hemos de suponer ciertas dificultades, traducidas quizá en la oposición de un sector del patriciado, dominante sobre los principales sacerdocios, que el nuevo rey trataría de anular en parte con ciertas reformas institucioneles, como veremos en seguida.

6.3.2. El nuevo panorama institucional

La transformación de Roma en ciudad, así como las dificultades surgidas en su entronización, obligan a Tarquinio Prisco a definir un nuevo cuadro institucional. El relato analístico se muestra muy opaco, pues a los ojos de la tradición no existen grandes diferencias entre la Roma de Anco y la que gobierna Tarquinio. Tan sólo se detiene a exponer algunas reformas, que afectan al Senado, las centurias de caballería y el sacerdocio de las vestales y que se limitan al incremento de los miembros que forman dichos colectivos. Pero por lo general no explica las razones que motivaron la actitud reformista del

monarca. La visión lineal y ascendente de la historia de Roma empujaba a los analistas a entender tales reformas como algo natural, determinado por el propio desarrollo de la ciudad. Como expresión de un rey legislador tenían bastante con Servio Tulio, que como veremos personaliza la imagen de gran monarca innovador. Sin embargo, si se busca en los escritos de los anticuarios, menos preocupados por ajustarse a la historia oficial, y se analiza con detenimiento el mismo relato de los analistas, la impresión que se obtiene es muy diferente. Las reformas emprendidas por Tarquinio no se limitan a una simple cuestión de número, sino que van mucho más allá. En definitiva, pretenden ofrecer un cuadro institucional e ideológico adaptado a las circunstancias políticas y sociales que exige una estructura urbana, de forma que respetando en lo posible las costumbres anteriores, se introducen nuevos elementos que con mayor o menor fortuna, seguirán siendo válidos durante gran parte de la República. Analizando todos los datos disponibles, se constata que las reformas no sólo alcanzan las instituciones arriba mencionadas, sino probablemente también el ejército y la propia figura del rey, y todo ello encuentra un reflejo perfecto en el nuevo esquema urbanístico. Comencemos entonces por la definición de la nueva monarquía.

A) El rey

A diferencia de los monarcas anteriores, que basaban su autoridad tan sólo en el consentimiento divino transmitido por el ritual de la *inauguratio,* Tarquinio Prisco hubo de buscar nuevos apoyos que cimentasen su poder sobre bases ideológicas más poderosas. Éstas las encontró sobre todo en la figura divina de Júpiter, pero no en cualquiera de sus manifestaciones tradicionales, sino en una nueva, creada a propósito como divinidad tutelar de Roma: no se trata sino de ese Júpiter cuyo templo se erigió sobre el Capitolio.

El santuario no sólo acogía a Júpiter, sino también a Juno y a Minerva, formando en su conjunto lo que se conoce como tríada capitolina. Mucho se ha discutido sobre esta agrupación de dioses y en particular sobre su origen, aceptándose por lo general una influencia etrusca sobre la tríada. Pero realmente no es más que una suposición, pues no se conoce paralelo alguno y hasta donde sabemos sólo existía en Roma –y más tarde en sus colonias–. A la luz de los datos que manejamos, la solución más sencilla, y también más probable, es considerar la tríada capitolina como una creación genuinamente romana. Por otra parte, como ya se avanzaba anteriormente, el señor absoluto del santuario era Júpiter, protagonista indiscutible de todos los rituales que se celebraban en él, pues las diosas que le acompañaban tan sólo eran sus huéspedes, de ahí la dificultad en explicar esta asociación, La respuesta a esta cuestión quizá se encuentre en el carácter eminentemente político que tenían tanto el templo como el Júpiter que lo presidía. Juno era una diosa de

gran importancia en el panteón latino, provista de numerosas funciones, y que en la cuenca baja del Tíber estaba obteniendo un gran renombre como divinidad poliada, bien en ciudades etruscas (Caere, Veyes), faliscas, (Falerii) o latinas (Tibur, Gabii, Lanuvium, Ardea). Su admisión en el Capitolio obedecía probablemente a estos mismos fines: se trataba entonces de eliminar una peligrosa rival que podía amenazar la hegemonía política de Júpiter, ya que al ser incluida en el santuario de este último, Juno se vio privada de su poder. Algo similar debió suceder con Minerva, divinidad curotrófica y guerrera, que comenzaba por entonces a adquirir en el Lacio una cierta importancia, sometida además a una fuerte influencia griega.

Este Júpiter político, firmemente asentado en el Capitolio, se convierte en el centro del sistema ideológico del rey. En este sentido, cobra especial significación la cuestión del epíteto que acompañaba a Júpiter. La práctica totalidad de las fuentes literarias califica a Júpiter capitolino con los términos *optimus maximus,* expresando así su altísima posición. No obstante, ya en el siglo XIX, a partir de escasas referencias de los antiguos, se vio la posibilidad de que el nombre originario del dios fuera *Iuppiter rex.* El cambio se produciría con la República, que privó a la divinidad poliada de todo vínculo con la monarquía. Sea como fuere, parece cierto que entre el rey y Júpiter se creó una íntima relación, la cual se manifiesta en diversas ceremonias que tienen su punto de referencia en el Capitolio y en las que el monarca asume el verdadero protagonismo. La principal de todas ellas era sin duda el triunfo.

El triunfo es una ceremonia que puede entenderse desde diversos puntos de vista que no se excluyen entre sí. Por un lado, no deja de ser un acto celebrativo de una victoria militar, cuando el general triunfador entra en Roma y la ciudad reconoce públicamente el éxito de su empresa. También el triunfo tiene un carácter purificatorio, puesto que todos aquellos que han participado en la guerra, por la destrucción y muerte que ésta implica, han de redimirse antes de su reintegración en la sociedad: así se explica la presencia de algunos elementos, como el laurel, que llevaban el triunfador y los soldados, y la *porta triumphalis.* Sin embargo, éste no es un elemento exclusivo, pues el calendario contenía, a comienzos del otoño, algunas festividades especialmente destinadas a este fin purificatorio, coincidiendo con el término de la campaña militar. Pero además, el triunfo era también una ceremonia de exaltación, y éste es quizá su aspecto más destacado. En efecto, entre el triunfador y Júpiter se establecía una proximidad muy estrecha, pues aunque en ningún momento puede hablarse de una identificación, no cabe duda de que en la época republicana el magistrado se elevaba por encima de sus conciudadanos y temporalmente se asimilaba a ese mismo Júpiter. A ello contribuía decisivamente el aparato externo, en especial la apariencia que adoptaba el triunfador, puesto que la vestimenta y adornos que utilizaba éste, los *ornamenta triumphalia,* eran los mismos que los que tenía la estatua de Júpi-

ter, el *ornatus Iovis,* lo cual se acentuaba todavía más por el hecho de que el triunfador se pintaba con minio las partes visibles de su cuerpo, a semejanza de la imagen cultual de Júpiter. El triunfo suponía una expresión tal de individualismo, que el Senado se mostraba muy reacio a conceder tal honor al magistrado victorioso. Si trasladamos la situación a la monarquía, todos estos elementos se magnifican: las insignias del triunfador eran las propias del rey y éste no requería la autorización senatorial para una ceremonia que le pertenecía en exclusiva. Por tanto el triunfo expresaba una proximidad muy estrecha entre el rey y Júpiter, en virtud de la cual el monarca puede justificar su poder invocando una asimilación con el dios, fuente de toda autoridad.

Por regla general, los antiguos atribuían a Rómulo la institución del triunfo, pero a la vez reconocían un destacado papel de Tarquinio Prisco en la definición completa de esta ceremonia. Ahora bien, tal como lo conocemos, el triunfo es muy difícil que existiera en época de Rómulo y en general durante la primera serie de reyes, pues exige la presencia de elementos que, hasta donde sabemos, no hacen su aparición en Roma antes de Tarquinio Prisco: tales son por ejemplo el recorrido que seguía el cortejo o el vínculo directo que la ceremonia tenía con el templo capitolino y la estatua cultual de Júpiter, obra de un artista etrusco. Así las cosas, es muy probable que la creación del triunfo fuese obra de Tarquinio Prisco, idea que se refuerza por dos aspectos colaterales: los nuevos símbolos del poder y el itinerario de la pompa triunfal. Respecto al primer punto, ya hemos visto con anterioridad las dudas que existían entre los antiguos acerca de quién introdujo las insignias reales, dividiéndose las opiniones sobre todo entre Rómulo y Tarquinio Prisco. Pero se trata de la anticipación sobre Rómulo de elementos más tardíos, pues los primeros reyes, y especialmente Rómulo, portaban el *lituus* como expresión de su autoridad. El introductor de estas nuevas insignias reales, procedentes de Etruria, fue indudablemente Tarquinio, quien además se los otorgó a Júpiter, con lo cual se remarcaba el acercamiento entre ambos. Estos símbolos son los mismos que lleva el triunfador, de manera que entre éste, el rey y Júpiter se establece una unión que se eleva a los mismos orígenes del triunfo. En cuanto al itinerario triunfal, éste se iniciaba en el Foro Boario, pasaba junto al área sacra de Sant'Omobono y se dirigía hacia el Foro por el *vicus Iugarius,* pero inmediatamente, y a través del *vicus Tuscus,* descendía hasta alcanzar el *ara Maxima,* donde una estatua de Hércules, adornada con los *ornamenta triumphalia,* se incorporaba al cortejo; a continuación éste se encaminaba por la *vallis Murcia* y rodeaba el Palatino hasta llegar al valle del Foro; allí tomaba la Sacra Vía que le conducía a los pies del Capitolio, donde el triunfador ascendía por el *clivus Capitolinus* para llegar al templo de Júpiter y rendir pleitesía al dios tutelar de Roma.

Vinculados estrechamente al triunfo se encontraban los *ludi Romani,* cuya introducción era atribuida expresamente a Tarquinio, quien hizo venir de

Etruria a especialistas en este tipo de prácticas. Se trataba de unos juegos celebrados en honor de Júpiter el día 13 de septiembre, aniversario del gran santuario capitolino. El origen y significado de estos juegos en relación al triunfo ya fue expresado por Th. Mommsen, y en efecto así parecen indicarlo diversos hechos: su institución tuvo lugar a consecuencia de una victoria militar, el presidente de los juegos se adornaba con las insignias triunfales y ambas ceremonias tenían varios aspectos topográficos y organizativos comunes. Es muy probable que en origen *ludi* y triunfo formasen parte del mismo complejo ritual y coincidiesen en su celebración. Si a través del triunfo el rey muestra su proximidad a Júpiter como garante de la defensa de la ciudad, con el ritual de los *ludi* el objetivo es el mismo, pero situándose en un plano civil y económico al asegurar la supervivencia de la comunidad a través de la riqueza agrícola, pues no es otro el fin de los juegos. Así se entiende que éstos se celebrasen en la *vallis Murcia*, un área de especial importancia en los cultos vinculados a la tierra.

Esta sobresaliente función del rey como garante de la existencia de la comunidad que representa en los planos militar y alimenticio, se repite en otros lugares, y en primer lugar en la Regia. Como veíamos, la Regia contenía dos *sacraria* consagrados respectivamente a Marte y a Ops. Muy poco se sabe sobre los cultos que se practicaban en la capilla de Marte. El gramático Servio *(Aen.,* 8.3) dice que, antes de partir a la guerra, el magistrado encargado de la misma entraba en el recinto, movía los *ancilia* o escudos sagrados de los salios y encarándose a una lanza, el *hasta Martis,* pronunciaba la fórmula *Mars vigila*. Por Festo (439L) se sabe también que en esta capilla oficiaba el pontífice acompañado de las *saliae virgines,* término que sin duda designa a las vestales ataviadas con los atributos de los salios. Si se traslada la situación a la época monárquica, en vez del magistrado y del pontífice hay que pensar en el rey, único, junto a sus pupilas las vestales, que podía cumplir los ritos en este lugar consagrado a Marte, con lo cual se quiere dar a entender la exclusividad de la función militar del rey, que se convierte en salvaguarda de la defensa de Roma gracias a su especial relación con la divinidad.

Algo similar sucede con Ops, símbolo de la abundancia agrícola. Los cultos de esta diosa que se celebraban en la Regia era misteriosos, pues no estaban abiertos a los ciudadanos y sólo podían oficiar el pontífice –el rey durante la monarquía– y las vestales. De aquí nació la identificación de Ops con la divinidad secreta que protegía los destinos de Roma. Falsa interpretación que esconde un hecho político: la prosperidad que dispensa Ops sólo se canaliza a través del rey, su intérprete directo, quien en consecuencia se presenta como dispensador de bienes y garante de la existencia de Roma. El vínculo de Ops con el rey se reafirma a través de la relación entre Ops y Consus, divinidades muy próximas entre sí tanto por su significado como por la

posición de sus fiestas respectivas en el calendario arcaico. Al igual que los cultos de Ops en la Regia, también las festividades de Consus, los *Consualia*, pueden considerarse regios, pues el rey y las vestales interpretan en ellas un papel destacado. Consus era el dios de la siembra y de los granos almacenados y por ello su altar, localizado en la *vallis Murcia*, estaba enterrado, como si fuese un silo. En definitiva, Consus expresa una función muy próxima a la de Ops, esto es, garante de la supervivencia alimenticia, e igualmente el rey se sitúa como intermediario entre la divinidad y los ciudadanos, justificando así su situación dirigente. No en vano los *ludi Romani* adoptaron como escenario esta área de Roma.

Una última manifestación del rey como dispensador de bienes y garante de la prosperidad de la comunidad se encuentra en el Foro Boario, pero no en el campo ritual sino en el mítico. Se trata de la leyenda de Acca Larentia, en cuya versión más antigua era una prostituta que fue entregada a Hércules en pago de una apuesta y el héroe la recompensó prometiéndole el matrimonio del primer hombre que se encontrase al salir del templo; la suerte quiso que fuese Tarutio, un rico etrusco, que a su muerte legó todos sus bienes a Acca, quien a su vez donó al pueblo romano varios *agri*, entre ellos el Turax o Tarax. Esta leyenda es muy similar a la de Gaia Taracia, una vestal que regaló al pueblo romano el Campo de Marte. Gaia era una antigua diosa vinculada al Tíber y presentaba rasgos nupciales y matronales, pero en su versión de Gaia Cecilia se identificaba a Tanaquil, siendo por tanto la esposa de Tarquinio Prisco. Los paralelos entre Gaia y Acca son muy estrechos: existe una coincidencia temporal, pues la leyenda de Acca se sitúa durante el reinado de Anco Marcio; ambas se casan con un rico y noble etrusco, Tarutio/Tarquinio, que probablemente sea una misma persona; el campo objeto de donación es el mismo, el *ager Tarax* o *Tarentum*, una parte del Campo de Marte de donde toma nombre la vestal; por último, se observa una proximidad funcional entre la vestal y la prostitución sagrada que representa Acca. La leyenda de Acca Larentia, luego convertida en madre adoptiva de Rómulo y Remo, parece señalar una intervención de Tarquinio en el *ara Maxima*. Por una parte, el rey se identifica con Hércules, que pasa a participar en el triunfo *(Hercules triumphalis)*, como hemos visto, y por otra la unión de Tarquinio con Gaia/Acca asume la forma de una hierogamia. Esta unión sacra no pretende otro fin que proporcionar riqueza, de manera que los terrenos donados al pueblo simbolizan los beneficios obtenidos por la comunidad. Según puede observarse, el rey se presenta de nuevo como dador de bienes.

Un último aspecto a tener en cuenta en la ideología monárquica radica en el calendario. En un capítulo anterior se señalaba cómo en el siglo VI tuvo lugar una reforma del calendario, y la tradición no desconoce al respecto el papel jugado por Tarquinio. En el ferial romano arcaico figuran unas fiestas,

de carácter mensual, en las que el protagonismo corresponde al rey o a su sustituto natural, el flamen Dialis, así como a sus respectivas esposas. El día primero del mes, las calendas, una vez que le comunicaban la aparición de la luna nueva, el rey anunciaba al pueblo cuándo serían las nonas, mientras que la regina sacrificaba en la Regia; en las nonas se celebraba los *sacra nonalia,* ocasión en la que el rey, situado en la Arx, comunicaba al pueblo reunido en el Comicio las fiestas de ese mes; en los idus tenía lugar el sacrificio de la *ovis idulis* por parte del flamen Dialis en honor de Júpiter, acto final de una celebración que se iniciaba en la Regia y culminaba en el templo capitolino; por último, durante las nundinas –instituidas según la tradición por Servio Tulio– la flaminica sacrificaba en la Regia mientras el rey trataba directamente con los ciudadanos según la costumbre etrusca. En todas estas ceremonias, el rey y su entorno más inmediato adquieren un notable significado. El monarca es el auténtico protagonista del calendario, quien con su actuación asegura el decurso normal del tiempo. Se convierte por tanto en garante de la estabilidad en la organización cívica del tiempo, garantizando las normales relaciones de la comunidad con los dioses.

B) Las reformas institucionales

Aunque los antiguos no lo afirman de manera rotunda, Tarquinio Prisco puede pasar por un rey reformista. Según el relato tradicional, su acción se centra en las instituciones fundamentales de Roma, a saber, el Senado, las centurias de caballería y algún sacerdocio; por otras vías, podemos suponer con cierto grado de certeza que su afán reformador se extendió a otros ámbitos, en especial al militar. La finalidad de esta política era doble, como parece sugerir Livio al referirse a la reforma del Senado (1.35.6). Por un lado, se trata de adaptar las instituciones al nuevo marco urbano, pero por otro Tarquinio pretendía introducir partidarios suyos en las esferas de poder, pues como se puede observar las reformas se dirigen hacia aquellos ámbitos donde el patriciado se había instalado con mayor firmeza.

La intervención de Tarquinio en el Senado consistió en el incremento del número de sus miembros, introduciendo en esta asamblea a representantes de unas familias que a partir de entonces fueron conocidas como *minores gentes.* La tradición ofrece diferentes versiones acerca de la cifra de nuevos senadores incorporados por Tarquinio, pues según unas era cien y otras, las menos, doscientos, mientras que una tercera opción habla tan sólo de una duplicación. Quizá esta última sea la más probable, pues es la que mejor concuerda con otras reformas de este mismo rey. De todas maneras, lo único que parece cierto, aunque tampoco existe unanimidad al respecto, es que a partir de ahora el número de senadores quedó fijado en trescientos, cifra que se mantendría inalterable hasta la reforma de Sila en el siglo I a. C. Otro aspec-

to que llama la atención es la terminología a propósito de la diferencia entre las *maiores* y las *minores gentes*. Tal distinción hace sin duda referencia al carácter más reciente de la nobleza de estas últimas, pues las *maiores* serían las familias patricias ya existentes. Lo cierto es que los antiguos y los nuevos senadores son llamados *patres*, lo que certifica la pertenencia al patriciado de sus respectivas familias. Quizá la distinción terminológica no sea originaria, aunque de hecho la diferencia existiese, sino que probablemente surgió con la reorganización del Senado a comienzos de la República, que fijó diferentes categorías de senadores en función de su nobleza.

La evolución de la primitiva caballería romana constituye uno de los aspectos más confusos en toda la tradición. Ésta atribuye intervenciones a diversos reyes, pero con muy poca claridad a la hora de especificar los números de los contingentes y la designación de estos últimos. Si la evolución del Senado bascula sobre Rómulo, Tarquinio y la República, la de la caballería parece tener sus hitos en Rómulo, Tarquinio y Servio Tulio, pero ya no resulta fácil reconocer la parte de cada cual. A tenor de los datos disponibles, la reconstrucción más probable sería la siguiente. Rómulo, como fundador de la ciudad e inspirador de su primera constitución, habría creado las tres centurias originarias reclutadas a razón de una por tribu, situación que, como veíamos, es perfectamente posible durante la primera fase de la monarquía. Por lo que se refiere a Tarquinio, dice la tradición que su intención primera era crear tres nuevas centurias, a las que denominaría con su nombre, pero como las antiguas estaban *inauguratae*, se encontró con la oposición el augur Atto Navio, quien al final impuso su criterio; el rey se limitó pues a duplicar los efectivos, diferenciándose a partir de entonces entre *equites priores* o *primi* y *posteriores* o *secundi*. El episodio del conflicto entre Tarquinio y el augur Navio contiene evidentes elementos fabulosos, pero no por ello deja de ser histórico en su esencia, mostrando las dificultades que encontró este monarca para llevar adelante sus propósitos y la oposición que le ofrecía el sector más conservador de la aristocracia romana. Finalmente Servio Tulio introdujo una última modificación, consistente en mantener el número de *equites* pero duplicando el de centurias. Así parece mostrarlo el concepto de *sex suffragia*, nombre que designaba a las seis centurias de caballería encuadradas en el ordenamiento serviano (Cicerón, *Rep.*, 2.22.39) y que de hecho derivan de la reforma de Tarquinio, como reconocen Livio (1.36.8) y Festo (452L).

Esta reforma de la caballería obedece, al igual que la del Senado, a dos causas principales, pero de diferente importancia. La vertiente militar presenta quizá un carácter secundario, pues la caballería primitiva poseía muy escaso potencial bélico, ya que la superioridad que representaba el caballo se compensaba con la pobreza del armamento. La única ventaja, por lo demás hipotética, estaría en la supuesta utilización de la panoplia hoplítica, como se deduce a partir de algunas escenas sobre lastras, en las que los jinetes apa-

recen con parte de este armamento y acompañados de un escudero, dando a entender que se trata de hoplitas montados ("berittene Hopliten"). En este caso el caballo servía tan sólo como medio para desplazarse al campo de batalla, pues una vez allí el jinete descendía y combatía a pie. Una verdadera caballería como arma militar no hace su presencia en Roma sino hasta mediada la República. Quizá haya que prestar mayor atención al criterio social a la hora de valorar la importancia de la caballería. Los *equites* son una expresión de la aristocracia, pues la posesión del caballo siempre fue símbolo de prestigio social, lo cual les situaba en una posición muy próxima al rey. Los nuevos integrantes de estas centurias introducidos por Tarquinio cumplen entonces una función similar a los *patres minorum gentium* en el Senado, esto es, representan una nueva savia en una institución de gran prestigio y refuerzan su posición personal frente al patriciado tradicional.

En cuanto a los colegios sacerdotales, cuya sistematización se eleva a la época de Numa, las noticias referentes a una intervención de Tarquinio son muy escasas. De hecho tan sólo existe referencia concreta a las vestales (Dionisio, 3.67.2-3; Zonaras, 7.8; Plutarco, *Num.*, 10.1, se inclina erróneamente por Servio Tulio), pero persiste la duda si se trata de una visión restrictiva sobre una reforma que afectaría a un número mayor de colegios sacerdotales. Según el relato de Dionisio, dos son las novedades introducidas en relación a las vestales: el incremento de sus titulares y la reglamentación del castigo. Sobre el primer punto los testimonios como siempre son contradictorios, pues si Dionisio dice que su número pasó entonces de cuatro a seis, cifra que ya no se alteraría, por Festo (468L) sabemos que el incremento a seis estaba en relación a una duplicación de las tres tribus primitivas, por lo que tuvo que ser contemporáneo a una reforma de estas últimas. Sobre el castigo impuesto a las vestales reas de incesto, entonces se introdujo la pena que asimismo habría de ser también definitiva: el enterramiento en vida. En cuanto a los otros colegios sacerdotales, las fuentes nada dicen. Se sabe que pontífices y augures experimentaron un crecimiento sucesivo de los tres originales pasando primero a seis y luego a nueve, siempre en proporción a la tribus primitivas. Existe por tanto la posibilidad de que el incremento de tres a seis sea obra de Tarquinio, pero pese a tratarse de una hipótesis legítima, es por el momento indemostrable.

Probablemente las reformas de Tarquinio no se detuvieron aquí, sino que debieron continuar alcanzando otros ámbitos. Todas las intervenciones anteriores están relacionadas entre sí, de forma que en su conjunto parecen indicar el paso de una estructura ternaria a otra senaria en la organización de la ciudad. En este sentido habría que entender un pasaje del gramático Festo (468L; 475L), en general despreciado y tenido como reconstrucción artificial, que explica el incremento a seis en el número de las vestales para que cada parte del pueblo contribuyera en la misma cantidad, pues "la *civitas* romana

estaba distribuida en seis partes, primeros y segundos Titienses, Ramnes, Luceres". Festo señala pues que las tres tribus primitivas fueron desdobladas, con lo cual se duplicaron todas sus manifestaciones, esto es, algunos sacerdocios y las centurias de caballería, mecanismo que, como hemos visto, también se aplicó al Senado.

Siguiendo esta línea, habría entonces que contemplar el caso representado por el ejército. Como veremos más adelante, el rey Servio Tulio creó un sistema organizativo que se apoya en un ejército compuesto teóricamente por 6.000 individuos, reduplicación de uno más antiguo de 3.000 relacionado con las treinta curias y las tres tribus. Cada vez está más asentada la idea según la cual la táctica hoplítica, así como la formación militar correspondiente, fue introducida en Roma en varios tiempos, el último de los cuales está materializado en el ordenamiento serviano. El primitivo ejército de 3.000 hombres, con cuadros de reclutamiento fijos y contingentes teóricos precisos, no puede encuadrarse en una estructura social de carácter tribal, donde priman los vínculos gentilicios. Por el contrario, su existencia es reflejo de una organización política fuertemente centralizada que sólo puede darse en el seno de una estructura ciudadana, contrastando por tanto con aquellas formaciones tumultuosas características del primer período monárquico. Esta estructura militar debió de nacer con la ciudad, como expresión del espíritu cívico en el ámbito del ejército, y posiblemente se organizara ya según el esquema hoplítico, si bien en forma todavía rudimentaria. Aunque los datos disponibles no permitan avanzar gran cosa, puede suponerse que este ejército de 3.000 hombres fue creado por Tarquinio Prisco en un intento por reordenar las formaciones guerreras, premilitares, que encontró cuando accedió al trono, dotándolas de una organización interna adaptada a la estructura ciudadana. En un momento más avanzado, pero siempre durante el reinado de Tarquinio, el ejército pasó a tener un contingente teórico total de 6.000 hombres, en una reforma general que afectó al conjunto de las instituciones romanas.

6.3.3. Roma y sus vecinos

Este incremento en los efectivos militares denuncia por un lado la existencia de un número creciente (aunque no necesariamente el doble) de ciudadanos capacitados para llevar armas, lo que a su vez muestra un aumento paralelo de la riqueza y de la población, indicios todos ellos de una mejora notable en el nivel de vida. Pero también hay que tener en cuenta las necesidades militares, que obligan a un esfuerzo de estas características. En efecto, Tarquinio Prisco es dibujado en el relato analístico como un rey guerrero, no tanto por haber ensanchado los dominios directos de Roma, pero sí por lo que supone en favor de la consolidación de la hegemonía romana y la

elevación de la ciudad a potencia en el contexto etrusco-latino. Aunque algunas de las campañas militares que la tradición atribuye a este monarca se repiten en el relato de otros reinados, diversos indicios permiten suponer que en este caso ya no se trata tanto de un tópico, sino que en el fondo puede latir un núcleo de historia verdadera. Gracias a la expansión territorial llevada a cabo durante el reinado de Anco Marcio, Roma disponía de un territorio y un potencial demográfico muy superior al de las otras ciudades latinas, de manera que esta situación le facultaba para empresas de cierta envergadura, incluso con capacidad para rebasar los límites naturales del Lacio. La tradición localiza las guerras de Tarquinio en los tres frentes tradicionales definidos por sus vecinos, a saber, los latinos, los sabinos y los etruscos.

La actividad bélica de Tarquinio frente a los latinos se caracteriza por dos tipos de actuación. El primero implica la conquista de nuevos territorios, continuando con ello la política de su antecesor. Pero estas nuevas anexiones son sensiblemente más reducidas que las de Anco, pues de hecho se limitan a dos incorporaciones, Apiolae y Collatia. La primera ha sido tenida por uno de los dobletes más significativos que caracterizan la historia de los Tarquinios, pues Apiolae no sería otra que Pometia, conquistada por Tarquinio el Soberbio, pero denominadas una en griego y otra en latín *(ápion = pomum)*. Pero realmente no existen razones serias para llegar a tal conclusión, sino que tan sólo es fruto de una idea preconcebida: que Apiolae sea una palabra griega no tiene mucho sentido, pues probablemente es un topónimo relacionado con la naturaleza, derivado de *apis* ("abeja"), *apium* ("apio") o algo similar. Apiolae era un *oppidum* situado en lugar desconocido para nosotros, pero en todo caso en el área inmediatamente al sur de los montes Albanos. Por lo que se refiere a Collatia, se trataba de un *oppidum* de gran valor estratégico, localizado en la orilla izquierda del río Aniene, en una importante encrucijada de caminos. El valor de esta plaza para Roma se manifiesta en que su custodia fue encomendada a un miembro de la familia real, según la tradición un tal Egerio, hijo de Arrunte, el hermano mayor de Tarquinio. Sea o no histórico este personaje, sí es cierta la existencia de una rama en la familia que utilizaba el *cognomen* de Collatino, cuyo origen no puede ser otro que éste. La segunda intervención de Tarquinio se centra en la región del Lacio situada entre los ríos Tíber y Aniene y los montes Sabinos, que Livio (1.38.4) atribuye a los *Prisci Latini*. Aquí la tradición concede el rey romano una amplia serie de conquistas que comprendería tanto ciudades como *oppida*, aunque más probablemente el objetivo no era la anexión territorial, sino más bien el reconocimiento de la hegemonía romana, así como la oposición a las continuas incursiones de los sabinos. Pero con ello Tarquinio prepara el terreno para una no muy lejana presencia romana en la orilla derecha del Aniene.

Uno de los aspectos más destacados en la historia del Lacio arcaico es la presión que sufre por parte de los pueblos itálicos, que a lo largo del siglo V

llegó a ser verdaderamente agobiante. La relación de los latinos, Roma incluida, con estos pueblos es muy antigua, en especial con los sabinos, y así no resulta extraño encontrar nombres, como el del rey Numa Pompilio, vinculados a ellos. De nuevo en el siglo VI, diferentes hechos prueban que tales relaciones pacíficas continúan, con presencia de individuos itálicos en las principales ciudades latinas. Sin embargo, parece que por estas mismas fechas comienzan a producirse las primeras infiltraciones violentas de tales pueblos, que lógicamente afectan a aquellas regiones y ciudades del Lacio más próximas al Apenino. En este sentido, si la atribución de una victoria sobre los ecuos a Tarquinio puede ser anacrónica, ya no lo sean tanto sus repetidas campañas contra los sabinos, resueltas en torno a Eretum, y tampoco los enfrentamientos que la ciudad de Tibur, llave de una de las principales entradas al Lacio desde el interior de la península, tuvo que soportar contra los volscos (Servio, *Aen.*, 8.285).

Por último, algunas fuentes antiguas narran diferentes guerras y victorias logradas por Tarquinio sobre los etruscos. La tradición magnifica sin duda los hechos, llegando a decir que toda la nación etrusca se vio implicada y que tuvo que reconocer finalmente la hegemonía de Roma. Se trata de una exageración evidente, aunque no por ello se debe rechazar por completo todo el relato. La Etruria meridional interna constituía una de las regiones de mayor importancia estratégica de toda la Italia central, pues por ella circulaba una cantidad ingente de productos tanto en la dirección costa-interior como en la norte-sur, por lo que era muy codiciada. De ahí el afán de ciudades y grupos aristocráticos por implantar su influencia en la región y aprovecharse al máximo de los beneficios que ofrecía. Roma, o su familia dirigente, no era ajena a estos intereses y en consecuencia no dejó de intervenir en los asuntos de la región, como lo muestra la tradición reflejada en las pinturas de la tumba François de Vulci. Como veremos más detenidamente en páginas sucesivas, en las pinturas aparecen representados diversos personajes distribuidos en dos grupos enfrentados. Uno de ellos está formado por individuos procedentes de Volsinii, Sovana y quizá Blera como partícipes etruscos y además Roma, representada por un tal Cneve Tarkhunies Rumakh, es decir Cneo Tarquinio el romano, un miembro de la familia real romana. En seguida, al hablar sobre Servio Tulio, entraremos a fondo en este interesante documento.

6.3.4. La importancia histórica de Tarquinio Prisco

En el trío de reyes que ocupan el trono de Roma durante el siglo VI, Tarquinio Prisco es sin duda el más olvidado por la historiografía moderna. Su existencia histórica, todavía puesta en duda hace apenas unos decenios, parece que ya se ha asentado incluso entre los más críticos, pero aun así en nume-

rosas ocasiones su nombre pasa desapercibido unido a referencias intrascendentes. Pero no puede decirse que sea éste un trato justo. Sin duda son los mismos antiguos los primeros responsables, puesto que prefirieron centrar su atención en los dos últimos monarcas, uno por simpatía (Servio Tulio) y otro por odio (Tarquinio el Soberbio), pero no es menos cierto que la propia tradición ofrece las claves para deshacer el engaño. A partir sobre todo de la investigación arqueológica han surgido nuevas perspectivas que pretenden situar el problema en el lugar que le corresponde. Los recientes descubrimientos arqueológicos relativos a la Roma arcaica imponen la necesidad de una aproximación metodológica diferente, obligando a una interpretación más adecuada de la tradición literaria que no incluya sólo el relato analístico, sino con mayor motivo las noticias de origen anticuario. Estos planteamientos ciertamente han cambiado en parte el panorama tradicional, de manera que Tarquinio Prisco comienza a tener una presencia más activa en la bibliografía moderna, aunque manteniéndose en un plano secundario.

Como ya se ha repetido en varias ocasiones a lo largo de este libro, tratar de establecer correspondencias exactas entre los hallazgos arqueológicos y la tradición literaria resulta aventurado, pero, actuando con prudencia, tampoco debe convertirse en coto prohibido. Fijada la cronología de Tarquinio en torno al año 600 a. C., nos encontramos que en fecha contemporánea la arqueología demuestra un cambio radical en el aspecto externo de Roma, lo cual nos debe llevar a relacionar ambos hechos. La construcción de nuevos edificios y la distribución del espacio que muestra la investigación arqueológica no se puede entender sin un significado ideológico, ya que tales innovaciones responden a presupuestos que hasta entonces no se habían planteado. La nueva Roma que se manifiesta a comienzos del siglo VI descansa sobre bases diferentes a la tradición anterior, y de ahí la necesidad tanto de una sustancial reforma política y social, que la tradición sí reconoce a Tarquinio, como de un marco renovado donde tales instituciones puedan desenvolverse de manera adecuada. De todo ello surge un conjunto perfectamente armonizado, en el que cada iniciativa urbanística aparece vinculada a una acción paralela en el campo institucional o a un nuevo soporte ideológico.

La visión de Tarquinio como "fundador" simbólico de Roma, o en todo caso como protagonista de un notable impulso en su desarrollo, no es por completo ajena a la tradición. Si nos fijamos en los hechos que la tradición atribuye a Tarquinio, se deducen conclusiones cuanto menos bastante singulares. Como ya hemos visto, la historia del Senado bascula sobre tres momentos, representados por Rómulo, Tarquinio y los comienzos de la República, esto es, dos situaciones fundacionales y una intermedia, la de Tarquinio. Esto mismo sucede con las centurias de caballería, sólo que aquí el momento final se personaliza en Servio Tulio, considerado segundo fundador de Roma. Por otra parte, algunas innovaciones que son otorgadas a Tarquinio, según otras

versiones corresponderían bien a Rómulo o bien a Servio, esto es, dos figuras fundacionales: así Tarquinio comparte con Rómulo la introducción del triunfo y de las *insignias* del poder y con Servio las reformas del calendario y del colegio de las vestales. Finalmente por diferentes indicios se puede pensar que otros hechos generalmente atribuidos a Servio no son sino consecuencia de la obra de su antecesor, como la introducción del sistema hoplítico. A la vista de todo esto, resulta bastante sospechoso que se mencione la participación de Tarquinio Prisco en relación a importantes elementos que conforman la Roma arcaica, y al mismo tiempo se le menosprecie o simplemente se le ignore. Da la impresión, por el contrario, de que Tarquinio es un personaje de mayor importancia de lo que a primera vista parece, que es verdaderamente con él cuando se rompe con la tradición, siendo por tanto protagonista de un momento trascedental de la historia de Roma, esto es, su conversión en ciudad. Cuando se crea la figura de Rómulo como fundador de Roma, lógicamente se le concedieron todas aquellos elementos y actuaciones que como tal le correspondían, aunque en su mayor parte estuviesen vinculadas a Tarquinio. De esta forma, la tradición sobre este último se ve despojada de elementos que en principio le eran propios, pero que ahora sirven para acrecentar la de otros monarcas "fundadores", Rómulo sobre todo pero también Servio Tulio, como inmediatamente comprobaremos.

6.4. Servio Tulio

Difícilmente se encontrará, en toda la galería de personajes de la Roma primitiva a alguien que provoque mayor fascinación que Servio Tulio. No puede negarse que se trata de una figura mimada por los analistas, que ven en ella el mejor exponente del perfecto gobernante, superior incluso al piadoso Numa. Servio no fue sólo un legislador justo y sensible hacia las necesidades del pueblo, sino que con él la ciudad adquiere su conformación casi definitiva y además supo elevarla a una posición de hegemonía en el Lacio como nunca se había imaginado. Su caracterización como segundo fundador de Roma estaba pues perfectamente justificada. Pero esta devoción que los antiguos prestaban a Servio Tulio tiene su continuación en la historiografía moderna, que en líneas generales le considera la pieza clave en la evolución histórica de la Roma arcaica. Valgan, sólo a título de ejemplo, las palabras que le dedica M. Pallottino, uno de los mejores conocedores del arcaísmo itálico: "[...] no es posible acercarse a la exposición de los tiempos que la tradición atribuye al reinado de Servio Tulio sin una cierta emoción: aquella emoción que debería ser ajena al análisis objetivo de los hechos del pasado, pero de la que difícilmente podrá librarse quien sepa aprehender el sentimiento vivo de los valores de la historia. En efecto, nos encontramos ante al

momento más sugerente de todos los primitivos acontecimientos de Roma". No hay duda de que Servio Tulio es un personaje muy atractivo, perteneciente a ese selecto grupo capaz de proporcionar a la historia cierto halo de misterio, de enigma, comenzando por las vicisitudes que adornan su origen. Su obra es de una importancia excepcional y verdaderamente supone un momento definitivo en la historia de la primera Roma. Pero aun reconociendo tales hechos, se tiene la sensación de que la figura de Servio se ha visto idealizada, y no sólo por los antiguos, que la utilizaron, al igual que la de Rómulo, en todos los sentidos posibles con un valor arquetípico, sino también por los modernos, que ya inconscientemente concentran en ella casi toda la esencia de la Roma arcaica.

6.4.1. Los orígenes de Servio Tulio

La procedencia de Servio Tulio, así como el camino mediante el cual logró ascender al trono de Roma, constituye una cuestión muy debatida en la historiografía moderna. Pero tampoco los antiguos parecían ponerse de acuerdo al respecto, ya que ofrecen diversas versiones sobre el nacimiento de Servio y su relación con Tarquinio, situación que se complica al disponer también de tradiciones etruscas, que ofrecen un cuadro muy diferente al que se observa en los relatos oficiales latinos. Si a esto se añaden ciertos prejuicios e ideas preconcebidas por parte de los modernos, no podremos negar que en efecto estamos ante una verdadera "cruz" historiográfica, como señala Cornell. Pero antes de nada, veamos cuáles eran las diferentes tradiciones que circulaban sobre el origen de Servio, para intentar llegar a conclusiones válidas. Inmediatamente después nos centraremos en la cuestión del acceso al trono.

En la versión canónica, ampliamente representada en las fuentes literarias, Servio era hijo de un *princeps* de la ciudad latina de Corniculum y de Ocrisia u Ocresia. Cuando se produjo la conquista de esta ciudad por parte de Tarquinio Prisco, el padre de Servio murió en el combate y Ocrisia, como el resto de las mujeres corniculanas, fue reducida a la esclavitud, pero a la vista de su noble porte la reina Tanaquil la reclamó para su servicio. Ocrisia entró en el palacio de Tarquinio ya embarazada y al cabo del tiempo parió un hijo, al cual "puso el *nomen* de Tulio por su padre y su familia y el *praenomen* de Servio dada su propia condición, pues ella era esclava cuando dio a luz" (Dionisio, 4.1.3). Una variante de esta versión canónica, con pretensiones de racionalismo, identifica al padre de Servio no con un noble sino con un cliente de Tarquinio, recalcando así su origen servil.

Pero Servio Tulio, como ya sabemos, gozó de una enorme consideración y fue alzado a una posición por encima de sus conciudadanos, algo que no podía dejar de reflejarse en las leyendas sobre su origen. Y en este sentido, una tercera versión, de la que existen igualmente variantes, propugnaba para Servio

una ascendencia divina. Cuando cumplía ciertos ritos domésticos, Ocrisia contempla sorprendida cómo de entre las llamas del hogar surge un miembro viril. Comunica el prodigio a Tanaquil y ésta, presintiendo que del falo nacerá un linaje superior, insta a Ocrisia a unirse al mismo. Vestida como una novia, Ocrisia se introduce en la estancia y es fecundada, tras lo cual el falo desaparece. Éste representaba a una divinidad del fuego, Vulcano o el Lar *familiaris*.

Existe en la actualidad una cierta querencia a considerar esta última tradición como la más antigua sobre el origen de Servio, puesto que la primera contiene demasiados elementos legendarios para tenerla por cierta, suponiendo que no se trata sino de una reconstrucción racional y por tanto tardía. Sin embargo, no parece que sea exactamente así. La segunda versión es producto de una tendencia a la heroicización de Servio, a incluirle en definitiva en el grupo de los héroes fundadores. En un capítulo anterior veíamos cómo el nacimiento de los héroes latinos está muy vinculado al fuego, con una participación directa del dios Vulcano tenido como padre de los mismos. Así sucede con las leyendas relativas a Caeculo y a Caco. Servio participa entonces de esta misma esencia heroica, pues como ya se ha dicho, los antiguos le consideraban el segundo fundador de Roma.

Aunque a primera vista resulte contradictorio, es bajo este prisma como debe interpretarse aquella versión del origen de Rómulo que Plutarco (*Rom.*, 2.4-8) atribuye a un tal Promation. Según veíamos en un capítulo anterior, en esta leyenda los gemelos Rómulo y Remo eran hijos de una esclava, la cual se había unido a un falo surgido en el hogar del palacio de Tarquetio, cruel rey de Alba. Al igual que sucede con la mencionada tradición sobre la concepción de Servio, también se supone que ésta es la más antigua de todas cuantas se refieren al origen de Rómulo, ya que contiene antiguos elementos que nos retrotraen a un pasado mítico. Sin embargo, un análisis riguroso no soporta esta interpretación. Se trata en efecto de un relato muy elaborado, en el que se combinan elementos dispares, ofreciendo por el contrario la apariencia de ser artificil y tardío: toma aspectos de la leyenda canónica de Rómulo y Remo, se fija en la versión del nacimiento maravilloso de Servio y por último incluye elementos de la *Odisea* homérica. El protagonista no es tanto Rómulo como sobre todo Servio, pues aparte del motivo del falo en el hogar, se observa que Tarquetio no es otro que Tarquinio y la presencia de la esclava, necesaria en la tradición sobre Servio, no tiene sentido en la de Rómulo. Da la impresión de que con esta versión se pretende identificar a Servio con Rómulo, remarcar la cualidad de fundador del primero y al mismo tiempo justificar históricamente su oposición a los Tarquinios. La leyenda de Servio se inspira en antiguas tradiciones heroicas del Lacio, la de Promation a su vez en la de Servio.

La versión canónica sobre el origen de Servio Tulio tiene por su parte algunos aspectos que parecen bastante verídicos. Tal es por ejemplo la patria

de este personaje, Corniculum. Se trata de un *oppidum* sin ninguna importancia histórica, sólo conocido por estar vinculado a Servio, lo que constituye la mejor garantía de la veracidad de la tradición. Pero sobre todo es el nombre de su madre lo que más llama la atención. Ocrisia es un nombre itálico, derivado de una raíz *ocr-* que significa "montaña", "acrópolis", y se localiza además en aquella región del Lacio donde más intensas fueron las influencias itálicas. Su presencia en esta zona se explica fácilmente por la movilidad social y las relaciones, trasladadas más de una vez al ámbito nupcial, existentes entre la aristocracia latina y la de tribus itálicas en contacto con la región. Por tanto, el que Servio Tulio fuese un noble latino, originario de Corniculum, no es algo que deba rechazarse como invención de los antiguos, sino que perfectamente puede reposar sobre hechos auténticos.

El problema está ahora en su presunto carácter servil. Se han propuesto soluciones diversas, desde identificar el término de siervo con el de extranjero, y hacer de Servio un personaje etrusco, hasta aceptar como válida una relación de dependencia cuyo grado no es posible determinar. Pero realmente es más un problema historiográfico que histórico, ya que desde la perspectiva de los antiguos, la única manera posible de explicar el nombre del rey era haciendo de él un esclavo, pues *Servius* se hacía derivar de *servus*. Pero si de esta forma se resolvía el problema etimológico, se creaba a su vez otro más grave, esto es, explicar cómo un esclavo pudo alcanzar la realeza, tratándose además de un personaje del prestigio y la dignidad de Servio. Como solución se buscó un recurso más literario que histórico, pues por una parte se acude a la intervención divina, que manifiesta la predestinación de Servio al trono, y por otra se destacan las extraordinarias virtudes de nuestro personaje, de forma que inmediatamente pasa a ser el preferido de la reina Tanaquil y unido mediante matrimonio a la propia familia real.

En realidad no hay razones para pensar que Servio tuviera relación alguna con el mundo servil. La prueba de ello la encontramos analizando precisamente su nombre. El gentilicio *Tullius* es un patronímico derivado de *Tullus*, nombre como sabemos infrecuente, arcaico, y que ya lo llevaba el tercer rey de Roma. Es por tanto un rasgo de nobleza. *Servius* presenta características similares: se trata de un *praenomen* que ya en época arcaica dio lugar a un gentilicio, *Servilius*, característico de una de las llamadas *gentes* albanas y que en los comienso de la República proporcionó varios miembros a la magistratura suprema; es por tanto una familia patricia. El *praenomen* Servio era por otra parte muy corriente en dos familias patricias, los Sulpicios y los Cornelios. Los primeros procedían de Cameria, como lo muestra el *cognomen* Camerino que llevan sus miembros más antiguos. Por su parte, los Cornelios dieron nombre a una tribu situada entre las vías Nomentana y Tiburtina, en la orilla derecha del río Aniene. Como puede observarse, este *praenomen* no era infrecuente en el Lacio arcaico y además lo llevaban prestigio-

sas familias patricias, por lo que difícilmente todas ellas tendrían un origen servil. En segundo lugar, tales familias, incluida la del rey, proceden de la misma región del Lacio, por lo que cabe la posibilidad que Servio fuese un nombre local, cuya exacto significado se nos escapa.

6.4.2. Servio Tulio y los hermanos Vibenna

El origen latino de Servio y su pertenencia a un nivel social elevado se refleja también en la tradición etrusca que le vincula a los hermanos Vibenna. Se trata de dos personajes, Aulo y Celio (en etrusco Avle y Caile Vipinas), originarios de la ciudad de Vulci, conocidos tanto en fuentes latinas como etruscas, que participaron activamente en los acontecimientos que propiciaron la entronización en Roma de Servio Tulio. Al mismo tiempo, los Vibenna son un fiel reflejo de la inestabilidad institucional que adolecía la ciudad, no sólo Roma, sino también la etrusca, pues sus empresas revisten en todo momento la apariencia de responder a iniciativas privadas. De aquí la imagen, tan extendida en la historiografía moderna, de los Vibenna como "condottieri", utilizando este término característico de los caudillos italianos prerrenacentistas.

El conocimiento de los Vibenna en medios culturales romanos no debió ser anterior al siglo I a. C. Un pasaje del autor cristiano Arnobio *(Adv.gent.,* 6.7) recuerda la etimología tradicional del Capitolio por el hallazgo de una cabeza humana, pero añade que ésta pertenecía a un tal Olus, es decir, Aulo Vibenna. La noticia es conocida también por otros autores tardíos, como el gramático Servio, Isidoro de Sevilla y el Cronógrafo del año 354, quien dice que la cabeza llevaba una inscripción, en letras etruscas, que decía *CAPVT OLI REGIS*, esto es, "cabeza del rey Olus". Como autoridades de esta tradición que hacía rey de Roma a Aulo Vibenna, Arnobio cita entre otros a Fabio Pictor y a Valerio Antias. A partir de aquí, algunos autores modernos deducen que los Vibenna eran conocidos ya por los primeros analistas, lo cual sin embargo es muy difícil de aceptar, pues más bien parece que Arnobio –o su fuente– tomó de la analística la etimología sobre el Capitolio a partir de la cabeza y de autores más recientes su atribución a Aulo. Hasta donde sabemos, las noticias más antiguas sobre los hermanos vulcentes se encuentran en dos autores del siglo I a. C., Varrón y Verrio Flaco, este último a través del epítome de su obra que redactó Festo; además, las diferencias entre ellos aseguran que esta tradición todavía no estaba asentada en medios romanos.

Para satisfacer sus inquietudes etimológicas, Varrón *(L.L.,* 5.46; también Dionisio, 2.36.2) recurre a la tradición sobre los Vibenna y dice que Celio era un noble etrusco que acudió en ayuda de Rómulo contra Tito Tacio; el jefe etrusco habría dado nombre al monte Celio y sus seguidores al *vicus Tuscus*. Más exacto en la apreciación cronológica es Verrio Flaco (Festo, 486L), pues aunque el pasaje en cuestión presenta muchas lagunas, se com-

prueba que también en él prima un interés etiológico acerca del origen del *vicus Tuscus,* pero menciona a los dos hermanos, Celio y Aulo, y sitúa la escena durante el reinado de Tarquinio Prisco, si bien no pueden precisarse las condiciones de su presencia en Roma. El siguiente testimonio se encuentra en un discurso que pronunció el emperador Claudio en el año 48 para promover la admisión en el orden senatorial de la aristocracia gala *(CIL* XIII 1668). Claudio opone dos versiones sobre el origen de Servio, la canónica romana y la etrusca. Según esta última, Servio recibía en Etruria el nombre de Mastarna y era un compañero fiel *("sodalis fidelissimus")* de Celio Vibenna, al cual acompañó en diversas empresas con fortuna variable, hasta que finalmente, y situado al frente de los restos del ejército de Celio, ocupó el monte Celio en Roma y reinó sobre la ciudad. Por último, disponemos de un texto de Tácito *(Ann.,* 4.65) relativo al mismo asunto en el que de nuevo destacan las preocupaciones etiológicas acerca del monte Celio y del *vicus Tuscus;* en su relato, Tácito parece unir dos tradiciones distintas, la de Varrón (Celio Vibenna acude en ayuda del rey romano) y la de Claudio (localización en la época de Tarquinio Prisco).

De las cuatro versiones latinas, dos son las principales, a saber, la de Verrio y la de Claudio, ambos conocidos etruscólogos y que indudablemente se inspiraron en fuentes etruscas. Una confirmación se encuentra en las pinturas de la tumba François de Vulci, fechada en el último tercio del siglo IV a. C. El programa decorativo de la tumba, muy rico, contiene dos cuadros principales, escenificándose en uno el sacrificio de los prisioneros troyanos por parte de Aquiles y en otro un acontecimiento histórico protagonizado por los Vibenna. En él aparece una serie de personajes agrupados por parejas, indicando el nombre de cada uno de ellos. En un extremo se representa a Caile Vipinas, que es liberado de sus ataduras por Macstrna; a continuación, las restantes parejas figuran en idéntica actitud: Larth Ulthes da muerte a Laris Papathnas Velznakh, Rasce a Pesna Arcmnas Sveamakh, Avle Vipinas a Venthica[---]s Plsakhs y Marce Camitlnas a Cneve Tarkhunies Rumakh. A través de las figuras se pueden obtener algunas características generales. Los atacantes, excepto Ulthes, están desnudos, lo que indica que eran prisioneros, como lo confirma la actitud de Caile. Por su parte, los atacados fueron sorprendidos durante el sueño; además, todos ellos llevan una vestimenta aristocrática. Otro aspecto interesante es el onomástico. Las víctimas llevan todas una fórmula trimembre formada por *praenomen, nomen* y un tercer elemento que indica la procedencia: Volsinii (Velznakh), Sovana (Sveamakh) y Roma (Rumakh), mientras que el cuarto, cuya inscripción está dañada, quizá proceda de Blera (Plsakhs). En cuanto a los atacantes, sus nombres carecen del tercer elemento, sin duda porque se trata de individuos familiares a las tradiciones de Vulci, aunque no necesariamente todos eran vulcentes. Caile y Avle Vipinas no son otros que Celio y Aulo Vibenna; Rasce parece un apo-

do, "el etrusco", pues quizá derive de *rasenna*, étnico que señala a los etruscos del norte; por último, Macstrna es el Mastarna mencionado en el discurso de Claudio.

La escena representa un episodio de un conflicto que enfrenta a dos grupos, cuando parte de uno de ellos, el de los hermanos Vipinas, ha sido capturado y es liberado por sus compañeros, que a su vez dan muerte a los jefes del grupo opuesto. La datación de este acontecimiento en la primera mitad del siglo VI está asegurada por una inscripción etrusca (*TLE*[2] 35), sobre un vaso de bucchero, que hace referencia a una dedicatoria realizada por Aulo Vibenna en el santuario veyense del Portonaccio, la cual proporciona una cronología exacta del personaje. El escenario del conflicto es la Etruria meridional interna y en el mismo interviene una alianza formada por elementos de Roma, Volsinii, Sovana y Blera, correspondiendo la jefatura probablemente a Laris Papathnas, mientras que el grupo vulcente está encabezado por Aulo Vibenna. No se trata de una guerra entre Estados, sino que tiene toda la apariencia de un conflicto entre formaciones aristocráticas de carácter guerrero que responden al concepto de *sodalitas*, cuyos miembros aportan diversos contingentes reclutados con sus propios medios, si bien la participación de Roma pudiera otorgarle cierto carácter institucional. El acontecimiento prueba cómo en estas fechas la situación de las ciudades era bastante inestable, con aristocracias que persistían en actitudes bélicas tradicionales al margen de la ciudad en la cual se integraban. La guerra seguía siendo una esfera fundamental para el desarrollo de los valores aristocráticos y a la vez fuente de grandes ingresos económicos.

En lo que se refiere a la historia de Roma, este episodio es de singular importancia, pues muestra un cuadro por completo diferente al de la tradición analística. En primer lugar, se comprueba la intervención de Roma a través de un miembro de la familia real, Cneve Tarkhunies (Cneo Tarquinio), a quien no hay que identificar con Tarquinio Prisco, sino que éste ha confiado en él la dirección de la parte romana en esta empresa conjunta. En segundo lugar, resulta de enorme interés la aparición de Servio Tulio llamado por su nombre etrusco, Macstrna. El hecho de tener un fórmula onomástica simple no indica una condición de dependencia social, como sostienen algunos, puesto que tal nombre no es sino la etrusquización de un título latino. En efecto, el término *macstrna* se desarrolla *mac(i)st(e)r-na*, esto es, el título latino *magister* con el sufijo *-na* indicando su personalización, de acuerdo con un fenómeno nada infrecuente en época arcaica. Esto quiere decir que Servio ocupó un cargo público, religioso o laico, en una ciudad del Lacio, probablemente Roma, lo que certifica su pertenencia al orden aristocrático.

No sabemos cómo, pero en un determinado momento Servio se presenta en Etruria, donde en razón a su antiguo cargo era llamado "el *magister*". Allí figura como compañero de armas de los hermanos Vibenna, junto a los cuales combate con suerte alterna en la Etruria meridional interna. Entre sus ene-

migos se cuenta un miembro de la *familia reinante* en Roma, lo que parece señalar que su marcha del Lacio estuvo relacionada con una política de enfrentamiento a Tarquinio. Esta oposición continuó durante la estancia de Servio en Etruria, donde éste debió prepararse para regresar a Roma en mejores condiciones. Reconstruir con fidelidad estos acontecimientos está fuera de nuestro alcance, pero sí es posible intuir las líneas generales por donde se desarrollaron los hechos.

Los años finales del reinado de Tarquinio Prisco estuvieron marcados por una situación de crisis política, que la tradición analística conserva en algunos destellos singulares. Así, la desaparición misteriosa del augur Atto Navio, que menciona Dionisio (3.71.3), oponente tradicional de Tarquinio, y sobre todo el asesinato de este último en una conspiración urdida por los hijos de Anco, según la tradición todavía rencorosos porque Tarquinio les había privado del trono de su padre, parecen reflejar una creciente oposición hacia el rey por parte de los círculos patricios más tradicionales. Por otra parte, la entronización de Servio no estuvo exenta de irregularidades. El relato analístico trata de salvar las distancias entre Tarquinio y Servio estableciendo vínculos familiares entre ambos, de manera que la sucesión no plantearía mayores problemas que la crisis provocada por la muerte violenta del rey. Sin embargo, la propia tradición no conoce una versión canónica sobre la investidura de Servio, pues para Livio (1.41.6) y Cicerón (*Rep.*, 2.21.38), el nuevo rey comenzó su gobierno tan sólo con el consentimiento del Senado, sin el refrendo popular, situación que invierte Dionisio (4.12.3) al afirmar que sí tuvo la aprobación de las curias pero no la ratificación senatorial. Pero estas dificultades parecen ser superadas haciendo intervenir a la divinidad, pues Servio, al igual que Tarquinio, también tuvo un presagio de realeza. Siendo todavía niño, una aureola de fuego rodeó su cabeza, prodigio que fue interpretado por Tanaquil como anuncio de su futuro reinado. Servio estaba pues predestinado a la realeza, de forma que las exigencias constitucionales pasan a un segundo plano. Piénsese sin embargo que el prodigio del águila sobre Tarquinio Prisco es un presagio de investidura, por tanto próximo a la idea de una entronización legítima, pero no así el de Servio, que queda de esta manera justificado para asumir el poder en la forma que fuere. Si ahora nos volvemos hacia la versión del emperador Claudio, la imagen que se percibe es muy diferente. Como hemos visto, Servio hace su entrada en Roma al frente de un ejército extranjero, y según da a entender llegó a ocupar militarmente el monte Celio, lo que implica la utilización de la violencia. Además, para alcanzar sus objetivos necesariamente hubo de contar con el apoyo de poderosos grupos internos, que a primera vista no pueden ser otros que aquellos enfrentados a Tarquinio Prisco. En definitiva, la entronización de Servio se produjo en unas circunstancias de profunda crisis política y de oposición a la familia reinante, los Tarquinios.

6.4.3. Las reformas de Servio Tulio

El nombre de Servio Tulio está indisolublemente unido a dos importantes reformas que cambiaron por completo el sistema organizativo de Roma. En consonancia a la imagen de legislador que la tradición ofrece sobre Servio, las palabras que le dedica Livio (1.42.4) comparándole con Numa son sumamante esclarecedoras, pues si este último fue el creador de las instituciones divinas, Servio por su parte fundó "una constitución que estableció el sistema de la división en clases", esto es, la estructura política y social en vigor durante la República y por lo que se refiere a las tribus, también durante toda la historia de Roma. Se trata por un lado de la organización llamada a partir de él serviana, o también centuriada al articularse sobre las centurias, y por otro de la institución de las tribus. Como veremos en las páginas siguientes, la tradición exagera la magnitud de tales reformas, pues atribuye a la iniciativa de Servio una situación que en realidad no se asentó sino hasta la República. Aun así, y pese a los problemas y dificultades que plantea comprender en su justa medida su obra, no cabe la menor duda de que Servio es una figura central en la Roma arcaica, impulsor de una reforma que afectó de forma sustancial las bases sobre las que se apoyaba la ciudad como institución.

A) Las tribus

Las tribus eran divisiones locales del cuerpo cívico, de forma que el ciudadano se integraba en la vida de la comunidad tomando como criterio su lugar de residencia. Este sistema se desarrolló de forma gradual, hasta quedar definitivamente fijado en el año 241 a. C. con la definición de treinta y cinco tribus, de las cuales cuatro eran urbanas y las restantes rurales o rústicas. Las primeras afectaban a la ciudad de Roma y las segundas al *ager*, de manera que las sucesivas incorporaciones territoriales en el ámbito jurídico romano se irían adjudicando a las treinta y una tribus rústicas existentes. Toda la tradición concuerda en otorgar a Servio Tulio la paternidad de esta organización, con la cual sustituyó como modelo organizativo al anterior esquema construido a partir de las tres tribus "romúleas" (Ramnes, Tities y Luceres) y las treinta curias, que sin embargo, dados los escrúpulos de los romanos a suprimir antiguas instituciones, no desapareció, sino que fue relegado a un lugar muy secundario. El problema, que en la actualidad sigue sin ser resuelto, radica en conocer hasta dónde llegó la reforma serviana.

Las fuentes literarias proporcionan escasa ayuda, pues a las carencias propias se añade la ausencia de una tradición uniforme. Por un lado, un grupo de autores entre los que figura Livio (1.43.13) tan sólo atribuye a Servio la institución de las tribus urbanas, cuyos nombres conocemos por otras vías:

Suburana, Palatina, Esquilina y Collina. En su conjunto comprendían la Roma de Tarquinio Prisco más los nuevos barrios añadidos por Servio, el Quirinal y el Viminal, que formaban la tribu Collina. Por su parte, otro grupo de fuentes va más allá al conceder a Servio no sólo la creación de estas cuatro tribus, sino que también habría extendido el sistema al territorio, dando lugar a las tribus rústicas. Así se lee en el relato de Dionisio (4.14-15), quien además trae a colación el testimonio de analistas anteriores con datos discrepantes sobre el número de tribus rurales creadas por el rey. Se trata de Vennonio, historiador del siglo II a. C., y de Fabio Pictor, quienes proporcionan respectivamente las cifras 31 y 26, cantidades por completo inexactas porque ambas suponen un momento avanzado del proceso.

El problema ofrece muy difícil solución. Con anterioridad al año 387, esto es, después de la conquista de Veyes y la anexión de su territorio, que supuso la instalación de cuatro nuevas tribus, el número total de éstas era veintiuno, cifra a la que se habría llegado en el año 495 tras la incorporación al territorio romano de la ciudad de Crustumerium y la institución de la tribu Clustumina, según consta en Livio (2.21.7). Esta última y la tribu Claudia, creada después del año 504 tras el asentamiento de la *gens* de este mismo nombre, son las únicas que con absoluta certeza se sabe que nacieron en los primeros años de la República. La cuestión se encuentra entonces en el origen de las quince tribus rústicas restantes. Orillando las opiniones que sitúan el nacimiento de las tribus rurales a partir de mediados del siglo V, lo que parece muy improbable, las soluciones que a primera vista se ofrecen son dos, según se fije su aparición en época de los últimos reyes o por el contrario en los inicios de la República. Esta última opinión se basa en definitiva en la idea que Servio creó solamente cuatro tribus, pues cada división de la ciudad comprendía también un sector del territorio, de manera que cada tribu se componía de una parte urbana y de otra rural, mientras que el territorio estaría a su vez dividido en *regiones* o *pagi;* en un segundo momento, una reforma transformaría tales divisiones en tribus individualizadas, naciendo así las tribus rústicas separadas ya de las urbanas. Este cambio habría tenido lugar con la República, e incluso se podría precisar más, pues según R. Thomsen, cuando Livio hace referencia a las veintiuna tribus en relación al año 495, la frase que emplea, *"Roma tribus una et viginti factae"* (2.21.7; también Dionisio, 7.64.6), sugiere que entonces no sólo se creó la tribu Clustumina, sino que sobre todo se llevó a cabo una completa remodelación que implicó de hecho la creación de veintiuna tribus.

Por sugestiva que parezca, esta reconstrucción no resuelve todos los problemas. Cierto es que Livio únicamente se refiere a las cuatro tribus urbanas, pero sólo habla de la ciudad, lo mismo que Dionisio, quien en un principio (4.14.1) dice que las cuatro nuevas sustituyen a las tres antiguas tribus. Pero poco más adelante, cuando recuerda las opiniones de Fabio Pictor y de

Vennonio, el mismo Dionisio las tacha de inverosímiles y se alinea con Catón, quien no detallaba número concreto de tribus, pero sí admitía una división del territorio por parte de Servio (4.15.1-2). Tampoco la interpretación propuesta sobre la antedicha frase de Livio es la única posible, pues con la misma razón otros autores ven ella una alusión a la creación de la tribu número veintiuno. Otro de los argumentos en que se apoyan los defensores de esta reconstrucción es la denominación de las primitivas tribus rústicas, pues todas ellas o su gran mayoría son llamadas con los nombres de *gentes* patricias, dominantes en las regiones respectivas. Este hecho puede sugerir que tal manifestación de orgullo aristocrático sólo sería posible en la República, cuando el poder está en manos patricias, y no durante el gobierno de reyes con características tiránicas, como serían Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio. Pero necesariamente no tiene por qué ser así, pues con idéntica o mayor probabilidad podría interpretarse como una concesión del rey hacia la aristocracia, pues como recientemente ha señalado Cornell, algunas de las tribus hacen referencia a nombres con escasa presencia política en las primeras décadas de la República.

Ante todo conviene comprobar si las quince tribus rústicas más antiguas podrían corresponder al territorio dominado por Roma en el siglo VI. Aquí topamos con algunas dificultades, puesto que desconocemos con exactitud hasta dónde llegaba el *ager Romanus*. Como punto de partida, podemos suponer que existían dos fronteras naturales, señaladas por los ríos Tíber y Aniene, mientras que en las otras direcciones el territorio romano colindaba probablemente con los de Gabii, Tusculum, Bovillae y Lavinium. Sin embargo, los límites fluviales no debían ser una frontera fija. En referencia al Tíber, los romanos tenían muy enraizada la idea de que su orilla derecha era etrusca, como se comprueba incluso en alguna disposición de la ley de las XII Tablas. Pero aun así, ya desde época antigua Roma ocupaba una pequeña porción de tierra en esa orilla derecha, según se deduce por la presencia del santuario de Dea Dia en la vía Campana y la tradición acerca de las aspiraciones romanas sobre los *septem pagi*. Algo similar cabría decir respecto al Aniene, que si bien con Tarquinio Prisco pudo representar una línea fronteriza más o menos estable, ésta debió de ser superada posteriormente y la orilla derecha del río comenzó a entrar en la órbita romana ya en época de los reyes, aunque la tradición nada dice al respecto; de todas formas, este hecho parece ser confirmado por la concesión de tierras a la *gens* Claudia para su asentamiento en el año 504.

Por otra parte, tampoco se conoce con absoluta certeza la localización de todas las tribus, aunque los especialistas tienden a situarlas en el interior de los límites mencionados, con las excepciones de aquellas ubicadas en la orilla derecha de los ríos Tíber y Aniene. En el primer caso se trataría de tres tribus, la Romilia, la Galeria y la Fabia. De ellas tan sólo la Romilia se localiza

con cierta probabilidad en ese pequeño territorio que Roma controlaba en la orilla opuesta del río, seguridad que no se puede extender a las otras dos, cuya ubicación en esta zona se basa en meras suposiciones: la Galeria por su relación con algunos topónimos de época medieval y la Fabia porque fue esta *gens* la que se enfrentó a los veyenses en el arroyo Cremera, situado efectivamente en la derecha del Tíber. La localización de ambas tribus en esta región en la época arcaica suprondría una ampliación del poder de Roma prácticamente imposible antes del último tercio del siglo V a. C., aunque nada puede afirmarse con rotundidad. En cuanto al entorno del Aniene, es posible que aquí estuviese situada la tribu Cornelia, cuya existencia puede entenderse como precedente inmediato de la tribu Claudia, bien en la época monárquica o bien ya en la República.

Como vemos, poco puede decirse con absoluta seguridad sobre la historia más antigua de las tribus, pero aun así parece probable que ya durante la monarquía el sistema de las tribus se aplicaba sobre el territorio. Quizá se deba pensar en una evolución que, partiendo de Servio Tulio, no alcanzaría su completa definición sino hasta el año 495, con creaciones sucesivas de nuevas tribus según lo exigiesen las circunstancias de cada momento. Lo que parece indiscutible es una intervención de Servio en el territorio para dotarlo de una estructura administrativa, hecho confirmado por su relación con los *pagi,* pequeñas unidades de población de carácter rural. Un documento del siglo II d. C., el *Papyrus Oxyrhincus 2088,* que trata sobre Servio Tulio, hace referencia a un reparto de los pagos entre las tribus llevada a cabo por este monarca, quien por otra parte aparece estrechamente relacionado con la festividad de los *Paganalia.* Se trataba de una fiesta móvil, que habría sido instituida por Servio con la finalidad de conocer los movimientos naturales de la población rural. En efecto, según relata Dionisio (4.15.4), el rey ordenó que todos los habitantes del territorio acudieran ese día a su respectivo pago para asistir a los ritos que allí se celebraban, y que contribuyesen a los mismos con un impuesto que variaba según fuese hombre, mujer o niño, para así saber el número de personas por sexo y grupo de edad. Algo similar instituyó en referencia a la ciudad con los mismos objetivos, especialmente para conocer cuántos ciudadanos se encontraban en edad militar (Dionisio, 4.15.5).

La institución de las tribus da lugar a una nueva organización que sustituye a las curias, cuya eficacia no servía a las exigencias del momento. Con la reforma serviana se produce la integración del campo en la estructura cívica, uno de los requisitos fundamentales de la ciudad antigua, donde no deben apreciarse diferencias entre el territorio y el núcleo urbanizado sede de los órganos de gobierno. Los habitantes de uno y otro han de ajustarse pues a los mismos criterios de ciudadanía. A partir de estos momentos, la condición de ciudadano va indisolublemente unida a la adscripción a una tribu, víncu-

lo que es conocido por el poder público a través de ciertos instrumentos de control. En este sentido, cobra especial relevancia la relación con el censo y con la organización centuriada, pues aunque Livio (1.43.13) afirma que centurias y tribus son independientes, ciertamente tuvo que existir algún nexo entre ambas, pues sin duda ya desde sus orígenes las tareas del censo se desarrollaban a través de las tribus, al tiempo que estas últimas servían también como base para el reclutamiento del ejército centuriado, vinculado precisamente a una organización censitaria, como veremos a continuación.

B) La organización centuriada

La organización centuriada es presentada por la tradición en una doble vertiente en cuanto a los objetivos que persigue. En primer lugar, pretende ser un nuevo cuadro político-social, en el que los derechos y obligaciones de los ciudadanos van unidos a su riqueza, por lo que reviste la forma de un sistema censitario que obliga a la declaración periódica de sus bienes por parte de los ciudadanos. En consecuencia, Servio habría sido asimismo el introductor del censo en Roma. La segunda perspectiva es la militar, ya que esta estructura cívica sería a la vez un reflejo perfecto del nuevo ejército hoplítico, otra de las innovaciones que habría que atribuir a este monarca. Pero como veíamos en páginas anteriores, no parece que esta visión sea del todo cierta, ya que la introducción del sistema hoplítico se realizó en varios tiempos. Lo mismo puede decirse del cuadro que resulta de la nueva organización sociopolítica vinculada a este ejército, pues el que nos ofrece la tradición probablemente no se conformó, como pronto, sino hasta la época del decenvirato legislativo, a mediados del siglo V a. C. Parece entonces como si la tradición hubiese comprimido en la personalidad de Servio Tulio un proceso que en realidad duró más de un siglo, obviando por completo los antecedentes y adelantando sus conclusiones.

Pero para intentar comprender el verdadero alcance de la reforma serviana debemos sin embargo partir de los datos que ofrece la tradición. Ésta presenta una división del cuerpo cívico en cinco categorías o *classes* según el censo, pues cada una de éstas exige a sus miembros unos bienes mínimos, deduciéndose de aquí la posición que cada ciudadano ocupa en el ejército y en la sociedad. Cada *classis* está a su vez dividida en centurias, pero no todas en igual número, aunque siempre con la particularidad de que una mitad corresponde a los *iuniores* y la otra a los *seniores,* siendo los primeros aquellos que desarrollan un servicio militar activo (de los 18 a los 45 años de edad) y los segundos, la reserva (entre 46 y 60 años). Cada clase requiere además que sus miembros acudan a la convocatoria del ejército con un tipo específico de armamento, pues cada ciudadano costeaba con sus propios recursos el equipo que aportaba. En su conjunto, estas cinco clases forma-

ban la infantería. Por debajo de esta clasificación, y reunidos en una única centuria, se congregaban todos aquellos que no poseían el censo mínimo requerido en la quinta clase: eran los proletarios, los *accensi* y estaban exentos del servicio militar. En el extremo opuesto, por encima de la primera clase, se encontraban los *equites* o caballeros, distribuidos en 18 centurias. El sistema se completaba con dos centurias de músicos, imprescindibles en toda formación hoplítica, y otras tantas de artesanos. El esquema que resulta es el del cuadro 6.1:

Cuadro 6.1. La organización centuriana.

	Centurias	*Armas defensivas*	*Armas ofensivas*	*Censo*
equites	18			
1 clase	80 (40 × 2)	*galea clipeus ocreae lorica*	*hasta gladius*	100.000
2 clase	20 (10 × 2)	*galea scutum ocreae*	*hasta gladius*	75.000
3 clase	20 (10 × 2)	*galea scutum*	*hasta gladius*	50.000
4 clase	20 (10 × 2)		*hasta verutum*	25.000
5 clase	30 (15 × 2)		*fundae lapides*	11.000
accensi	1			
fabri	2			
musici	2			

Éste es el esquema que la tradición (Livio, 1.43.1-7; Dionisio, 4.16.2-17.2, con ligeras variaciones) atribuye a Servio Tulio. Pero como antes se señalaba, se trata de algo anacrónico, de existencia imposible con anterioridad a mediados del siglo V a. C., establecido quizá en relación a la institución de los censores o bien, como prefiere Cornell, a finales de ese mismo siglo coincidiendo con la creación del *tributum*. En este cuadro comienza a percibirse el divorcio entre los aspectos militar y político que el propio sistema pretende aunar, pues una división de todo el cuerpo cívico en cinco clases no paritarias, sino con clara mayoría de los estratos sociales más poderosos, no tiene una finalidad militar sino política, que no es otra que definir una asamblea popular en beneficio de los elementos conservadores. La organización serviana, por el contrario, tiene una mayor relación con el ejército, al que intenta proporcionar una nueva y más sólida estructura, si bien esto no debe hacernos olvidar sus profundas implicaciones políticas, también presentes en el espíritu del legislador y en la propia materialización de su obra.

La situación originaria de la organización centuriada nos llega a través de escuetas referencias a términos arcaicos de ámbito militar *(classis procincta, classes clipeatae, infra classem)* cuyo exacto significado se presta a dis-

cusiones. El nudo de todo el problema se encuentra en la oposición *classis/infra classem* y en lo que se debe entender bajo tales expresiones. Derivado del verbo *calare*, "llamar", "convocar", el término *classis* equivale en su acepción originaria a ejército, y más en concreto a la primitiva formación hoplítica (Gelio, *Noct. At.*, 10.15.4; Festo, 48L; 49L; 251L). A partir de aquí puede deducirse el significado de *infra classem:* la expresión designaría, siempre en el ámbito militar, el conjunto de todos aquellos ciudadanos que no forman parte de la *classis*, aunque sí tienen obligaciones militares; se trataría en definitiva de los integrantes de tropas armadas a la ligera que combatían a los lados de la falange hoplítica. El problema se plantea en determinar cuáles son los criterios de separación entre ambas categorías, y para intentar resolverlo hay que partir de los datos contenidos en el cuadro tradicional, en concreto aquellos relativos a las cinco clases que formaban la infantería.

En una definición que se remonta a Catón, se identifica a los *classici* con los miembros de la primera clase, aquellos que declaran una fortuna igual o superior a los 125.000 ases según Gelio *(Noct. At.*, 6.13*)*, 120.000 en opinión de Festo (100L), mientras que son llamados *infra classem* los que poseen un censo inferior a éste, es decir, aquellos encuadrados en las clases segunda a quinta. Ahora bien, teniendo en cuenta que el peso real de la guerra lo soportan únicamente los *iuniores*, que son los que forman la falange, la *classis* originaria estaría compuesta tan sólo por las centurias de estos últimos, es decir, cuatro mil infantes repartidos en cuarenta centurias. Esta interpretación de la primitiva organización militar serviana se basa además en otros argumentos. Uno de los elementos que mejor definen el armamento hoplítico es la rodela, escudo redondo con doble agarradera que los latinos denominaban *clipeus*, por lo que según el cuadro anterior solamente los miembros de la primera clase son auténticos hoplitas, ya que los de las dos clases siguientes llevan el *scutum*, un escudo de forma oblonga. Además, según algunos de los defensores de esta teoría, el ejército de cuarenta centurias estaría directamente relacionado con las cuatro tribus creadas por Servio, de manera que cada una de ellas proporcionaba mil soldados al conjunto.

Pero ésta no es la única interpretación posible. Desde posturas contrarias, se ha invocado que la oposición *classis/infra classem* que procede de Catón no es la originaria, sino que refleja un momento avanzado, cuando los criterios militares han sido ampliamente superados por otros de carácter económico y social, pues entonces ya había desaparecido la formación hoplítica. Tampoco el argumento del escudo es aceptable. A tenor de la documentación arqueológica, un escudo alargado, oval, era relativamente frecuente en toda Italia central durante el período villanoviano (siglo VIII a. C.), pero desaparece en el orientalizante y queda relegado en época arcaica a las culturas alpinas, siendo entonces más corriente el escudo redondo; además, el *scutum* como tal no se introduce en el ejército romano sino hasta la reforma

manipular (véase Livio, 8.8.3), de cronología incierta pero en cualquier caso siempre muy posterior a Servio Tulio. Por otra parte, si nos fijamos en el cuadro tradicional de la organización serviana, la separación más neta en cuanto al armamento no se sitúa entre la primera y la segunda clases, sino entre la tercera y la cuarta, esto es, cuando el combatiente pierde el armamento defensivo, así como la posibilidad de acercarse al enemigo al carecer de espada *(gladius)*. El hecho de que entre las tres primeras clases haya diferencias en las armas defensivas no tiene gran importancia, pues todas ellas poseen los dos elementos fundamentales, el yelmo *(galea)* y el escudo *(clipeus)*, que eran exigidos para participar en la falange hoplítica. Hay que desterrar la imagen según la cual todos los combatientes llevaban idéntica panoplia. A partir de estos datos surge entonces una visión diferente de la *classis* serviana, que estaría compuesta por un contingente ideal de seis mil hoplitas estructurados en sesenta centurias.

Estas conclusiones fueron ya planteadas hace muchos años por P. Fraccaro. Este historiador observó que la infantería de línea estaba compuesta por aquellas clases que poseían armamento defensivo y ofensivo y que comprendía un total de sesenta centurias al sumarse las correspondientes a los *iuniores* de cada clase (40 + 10 + 10), teniendo presente que la centuria ha de entenderse como unidad de organización y no como el conjunto de cien soldados. Aparece así una estructura militar que se mantuvo inalterable en el esquema de la legión republicana. Pero además, este ejército de seis mil teóricos infantes, distribuido en sesenta centurias, representa "la duplicación del primitivo ejército con sus tres mil y treinta centurias [las curias] de infantes". Fraccaro no se sintió capaz de especificar cuándo tuvo lugar el paso de un ejército a otro, pero sí lo situaba con anterioridad a Servio Tulio.

De acuerdo con estos presupuestos y enlazando con lo anteriormente visto sobre las reformas de Tarquinio Prisco, es posible proponer la siguiente interpretación general. La legislación de Servio Tulio pretende una reorganización integral del sistema cívico romano, pero utilizando en lo posible elementos del pasado. En este sentido, Servio mantuvo la seis centurias de caballería heredadas de Tarquinio, así como el ejército de seis mil hoplitas, pero al que dotó de una nueva estructura. Las curias y las tribus "romúleas", que habían sostenido todo el armazón político protourbano y que Tarquinio había intentado adaptar a la ciudad, se habían demostrado por completo ineficaces para dar respuesta a las necesidades que continuamente se planteaban. Hasta donde sabemos, fue con Servio cuando por vez primera se integró en un mismo cuerpo el territorio y el núcleo urbano, para lo cual se hizo imprescindible crear una nueva organización, que no es otra que la representada por las tribus. Como emanación militar de la ciudad, el ejército también se vio afectado y, aunque mantuvo los mismos contingentes teóricos, sí varió su estructura. A partir de ahora, esta última por un lado se articula sobre

la centuria como célula de organización interna, cuyo tamaño varía según las circunstancias, mientras que por otro forzosamente tuvo que vincularse al sistema de las tribus como parte indisociable de un todo, la ciudad.

La relación entre la organización centuriada y las nuevas tribus se presenta pues como una necesidad orgánica, exigida por la propia naturaleza y objetivos de la reforma. Realmente se desconoce cómo se articuló tal relación, pero algunos datos sueltos reafirman su presencia. Así, los comandantes de las tropas de infantería se llamaban *tribuni militum*, nombre documentado en los inicios de la República pero que sin duda es anterior. Piénsese también que al existir una total identidad entre soldados y propietarios de tierras, una parte nada despreciable de los primeros habitaban en el campo, cuyo único vínculo administrativo –y por tanto también militar– con el gobierno de la ciudad se remite a las tribus rústicas. Es más que probable que las tribus interviniesen en el reclutamiento del ejército, como sucedía durante la República, pero también hay que suponer una participación de las centurias, según se deduce de un pasaje de Dionisio (4.19.1) considerado como el recuerdo de una situación arcaica. Descartada toda proporción numérica entre tribus y centurias, T. J. Cornell ha propuesto recientemente, a título de hipótesis pero no sin razones, la siguiente interpretación que tiende a conciliar ambos criterios. Cuando se procedía a la elaboración del censo, dentro de cada tribu se repartía a los *classici* en sesenta grupos de igual tamaño, de manera que las centurias podían constituirse juntando a los miembros de cada grupo procedente de su tribu respectiva. El mismo principio podría aplicarse a los *infra classem*. Esta reconstrucción puede explicar las diversas formas que tenía el Estado de cubrir sus necesidades, tanto si acudía a todas las tribus para hacer una leva general o parcial, como si tan sólo requería la contribución de algunas tribus, pues fácilmente se comprenderá que no en todas las guerras era necesaria la participación del conjunto de los ciudadanos movilizables.

Las operaciones del censo están íntimamente vinculadas a la constitución del ejército centuriado, pero a la vez sirven como instrumento para establecer la jerarquía social. En un pasaje que extrae de las *Tabulae censoriae*, Varrón (*L.L.*, 6.86) recuerda una fórmula relativa a la convocatoria hecha por el censor a los ciudadanos, que requiere la presencia de estos últimos armados (*"omnes Quirites pedites armatos"*). A partir sobre todo de este dato, G. Piéri concluye que el primitivo *census* se aplicaba exclusivamente en un sentido militar, pues lo que pretendía era conocer la capacidad de combate de cada ciudadano, quien en función de las armas que presentaba era destinado o no a la *classis*. Sin duda alguna hay parte de cierto en esta interpretación, pero no todo se resume en ella, pues el censo comporta tres aspectos complementarios ya desde sus orígenes, a saber, el militar, el económico y el político. El mismo texto de Varrón menciona la pre-

sencia, junto a los *Quirites,* de los representantes de las tribus y de los restantes ciudadanos que no desempeñaban magistraturas, lo cual ya no se explica por vía militar. El censo también comprendía la declaración de los bienes que cada ciudadano debía hacer ante el rey o sus delegados, operación que se realizaba dentro de la tribu y que tenía como último objetivo clasificar a los ciudadanos de acuerdo con sus bienes. La valoración de los mismos es presentada por la tradición en términos monetarios, lo cual no es posible en época de Servio. La riqueza objeto de censo era sólo aquella de naturaleza agraria, esto es, la tierra, su productividad, las cabezas de ganado, etc., pero para llegar a una clasificación real necesariamente había que utilizar una medida de valor en metal. En este sentido, la tradición atribuía a Servio una reforma del sistema de pesos y medidas e incluso la introducción de la moneda. Sin duda estamos ante una noticia anacrónica, pues las primeras monedas romanas en bronce son más recientes. No obstante, sí está comprobada para el siglo VI la utilización en la Italia tirrénica de unos trozos de bronce que llevan un signo en forma de rama o de espina de pescado, unas piezas con significado premonetal, pero que servían perfectamente para determinar el valor de las cosas.

C) Consecuencias políticas y sociales

Como acabamos de ver, el censo era una acción creadora de jerarquía, de manera que como resultado del mismo los ciudadanos se reparten en diferentes grupos. En la visión tradicional, Servio Tulio habría instituido cinco clases censitarias según la riqueza declarada por cada ciudadano, pero sabemos que tal como lo plantea es un anacronismo. En la constitución que unos años antes Solón había otorgado a los atenienses, se contemplaban cuatro categorías de población a través del censo, pero si algo similar se aplicó en la Roma de Servio, es algo que ignoramos. En el estado actual de los conocimientos, sólo es posible apreciar la existencia de diferencias sociales a través de unos pares antitéticos: así, la condición de *adsiduus,* de propietario de tierras, se opone a la de *proletarius,* el que carece de ellas; pero dentro de la primera definición se constata asimismo una oposición entre *classis* e *infra classem* en función de los deberes militares, como ya sabemos.

A partir de los nuevos elementos introducidos por Servio y otros vigentes de tradición anterior, se va perfilando un panorama social caracterizado por la presencia de grupos o categorías perfectamente delimitadas, aunque no por completo cerradas, pues teóricamente la puerta de la promoción estaba abierta, al menos por lo que se refiere a algunos grupos. La división más importante era quizá la que separaba a los *adsidui* de los *proletarii.* Estos últimos eran los más pobres en términos de economía agraria, pero no forzosamente representaban en su totalidad a los estratos más necesitados. El tér-

mino señala a aquellos que no poseen más que prole, esto es que carecen de tierra, por lo que en una sociedad donde las actividades agrarias no sólo constituyen la fuente principal de riqueza, sino que además significan el criterio fundamental de distinción, necesariamente han de ocupar el puesto inferior en la jerarquía social y política y de ahí que estuviesen al margen del ejército. En este grupo se situaban tanto los jornaleros agrícolas, que no tenían más riqueza que su fuerza de trabajo, como los integrantes de las llamadas clases urbanas, esto es, todos aquellos dedicados a la artesanía o al comercio y cuyo nivel de renta variaba en función de los beneficios de su negocio.

En el interior de la categoría de los *adsidui* los criterios de distinción social eran más variados. Por un lado existía una división en función del lugar que cada ciudadano ocupaba en el ejército, esto es, entre los *classici* y los situados *infra classem*. Estos últimos eran aquellos medianos y pequeños propietarios cuyo respectivo peculio no daba lo suficiente para adquirir el armamento hoplítico, al menos en los elementos mínimos requeridos, por lo que su función militar se limitaba a formar la infantería ligera. Por encima de ellos se situaban aquellos que eran admitidos en la *classis*, propietarios con los recursos económicos suficientes para procurarse las armas exigidas en la falange. Tanto en una como en otra categoría la situación no era idéntica para todos sus componentes, sino que existía una gradación en función de la respectiva riqueza; hay que contar además con la movilidad entre ambas, de manera que si uno del grupo inferior mejora su situación económica, puede pasar al superior, y a la inversa. El escalón superior de los miembros de la *classis* está representado por los individuos y familias de mayor riqueza, y en su cúspide se encontraban las *gentes* patricias. Entre sus miembros se reclutaban las seis centurias de caballería y alimentaban también el Senado y los principales sacerdocios. Éstos personifican pues el elemento dirigente.

Un problema se plantea respecto a la situación que los clientes ocupan en este cuadro social. Las tendencias aparecen divididas entre aquellos que niegan cualquier participación de los clientes en la *classis* y otros que por el contrario responden afirmativamente. Los primeros, como J.-C. Richard, se apoyan en que los clientes tendrían tan escaso peculio propio que difícilmente podrían acceder a la falange. Los segundos, por su parte, consideran que nada se opone a la presencia de los clientes y que incluso su entrada en la *classis* estaría arropada por sus respectivos patronos, miembros de poderosas *gentes* que de esta manera reforzarían su propia posición. Parece claro que los clientes eran hombres libres y ciudadanos y que si desde el punto de vista económico y social carecían de autonomía, no era así desde una perspectiva jurídica. Hay que tener en cuenta que la propiedad de la tierra pertenecía a los *sui iuris*, es decir, a los cabezas de familia, lo cual no impedía que sus hijos, si los recursos del grupo lo permitían, pudieran aportar el

armamento necesario y formar parte de la falange. Como ya sabemos, el cliente pertenecía también a la familia, aunque no era miembro cosanguíneo, de forma que si el patrono le proporcionaba los medios, no hay razón para que no fuese admitido en la *classis*. A este respecto es interesante señalar que la utilización del armamento e incluso de la táctica hoplítica no era algo exclusivo de las instituciones cívicas, donde ciertamente sí tenía un papel destacado en cuanto factor de cohesión y de expresión de un sentimiento de comunidad, lo que a la larga conduce a reforzar la solidaridad entre los ciudadanos. Pero también los ejércitos privados, constituidos por elementos gentilicios y sus clientes, se organizaban a partir de similares principios, siendo por tanto capaces de formar falanges según el esquema hoplítico. Si estas fuerzas centrífugas representan una amenaza implícita para la estabilidad y el desarrollo de las instituciones cívicas, no es menos cierto que su potencia no podía ser despreciada por el poder público, por lo cual, aunque resulte un tanto paradójico, sin duda el ejército admitía en sus filas a estos ciudadanos no ajenos a las prácticas de la guerra.

Las reformas de Servio no podían detenerse en este punto, sino que casi necesariamente, como una consecuencia lógica de la institución del censo y de la reorganización del ejército, tuvieron que continuar en el ámbito político. A este respecto, es una opinión bastante extendida considerar que fue entonces cuando se creó una nueva asamblea popular, los comicios por centurias. Este hecho no está perfectamente claro, aunque sí es una posibilidad más que razonable, puesto que en el seno de la ciudad arcaica, la organización militar no puede separarse de la política. Así como en la época anterior el ejército organizado por curias dio lugar a una forma embrionaria de los comicios por curias, es lógico pensar que a una nueva formación militar le acompañe su correspondiente político, una asamblea que represente al pueblo en armas. En el mejor de los casos, no puede considerarse como un auténtico *comitiatus*, tal como se definirá la asamblea popular durante la República, puesto que carecía de toda iniciativa y facultad de decisión. Se trataría simplemente de una reunión de los armados a los que el rey convocaría para comunicarles, y poder conocer una opinión general, aquellos asuntos que concernían a la defensa de la ciudad, en relación con la guerra. A este respecto, se ha señalado que la expresión con la que Livio concluye el período monárquico haciendo alusión al nombramiento de los primeros cónsules *ex commentariis Ser. Tulli* (1.60.4) reflejaría el conocimiento de una tradición firme, transmitida a través del colegio augural, sobre la existencia de unas instrucciones o reglas elaboradas por este rey en relación al funcionamiento de una primitiva asamblea. Sin embargo, la concesión del *imperium* o poder de mando al rey y posteriormente al magistrado supremo de la República, siguió siendo una facultad de los comicios por curias, pese a que ya no representaban al ejército, lo que no debe tomarse como argumento en contra de lo

anterior, sino como muestra del extraordinario conservadurismo institucional de los romanos.

La duda que se plantea entonces afecta a la composición de la asamblea. Una idea muy extendida considera que este privilegio se extendía tan sólo a los miembros de la *classis* y de las seis centurias de caballería, con exclusión de proletarios, clientes e *infra classem*. Naturalmente casi todo lo que pueda decirse no es en el fondo más que mera especulación, pero si nos situamos en la lógica de la reforma, la asamblea tendría que acoger a todos los que prestaban servicio militar, bien fuese en la *classis* o entre los *infra classem*. A este respecto se puede recordar la mencionada fórmula, transmitida por Varrón (*L.L.*, 6,86), sobre la convocatoria del censo y la ceremonia de purificación que seguía a la misma. En ella se menciona a todos los *Quirites*, es decir, los ciudadanos, *pedites armatos*, esto es, la infantería, por lo que debía incluir tanto a los miembros de la falange como a los de las tropas ligeras. La exclusión de los *equites* se explica desde el momento en que éstos no eran clasificados en la caballería a través de la operación normal del censo, celebrado en el Campo de Marte, sino mediante un acto específico (*probatio equitum Romanorum*) que tenía lugar en el Foro; su designación correspondía al rey y luego al magistrado, lo mismo que sucedió con la condición de senador (*lectio Senatus*).

6.4.4. Servio Tulio y la religión

Al igual que los otros reyes romanos, Servio Tulio aparece también muy implicado en el mundo de la religión, atribuyéndosele al respecto diversas innovaciones. Estas últimas están por lo general vinculadas a su quehacer político, bien sea como complemento religioso a determinadas empresas y reformas, bien como base y expresión de la ideología del monarca. Así, en relación al nuevo esquema organizativo representado por las tribus, la tradición concedía a Servio la creación de dos fiestas, los *Paganalia* y los *Compitalia*, como ya hemos tenido ocasión de comprobar. Ahora debemos centrarnos en los dos aspectos más importantes del universo religioso de Servio: la relación del rey con Diana y con Fortuna, dos diosas que apenas habían tenido presencia en Roma y que Servio situó en el centro de su sistema ideológico.

A) Diana

Toda la tradición antigua reconoce de manera unánime que Servio dedicó un santuario a Diana, y las dudas que todavía hace unas décadas levantaba este hecho han desaparecido prácticamente por completo. También se acepta de forma generalizada que este lugar nació como centro de una con-

federación política que reunía diferentes ciudades del Lacio, las cuales reconocerían en Roma a la ciudad hegemónica. Así lo hace saber la tradición y en concreto afirma Dionisio (4.26.4-5) que él mismo llegó a ver en el templo de Diana una tabla de bronce con inscripción latina arcaica, que él creía redactada en letras griegas, donde se especificaban las condiciones que regulaban la liga, así como las particularidades del culto, figurando el nombre de Servio y el de las ciudades firmantes de la alianza. Esta *lex arae Dianae* parece ser recordada también por Tácito *(Ann.,* 12.8), si bien en este caso las cosas no están tan claras. Según este historiador, Claudio ordenó realizar ciertos ritos expiatorios *ex legibus Tulli regis,* pero a propósito de algo que nada tiene que ver con los latinos o la política exterior romana, sino con el supuesto incesto de Silano y el suicidio de éste coincidiendo con el matrimonio del emperador con Agripina, aspectos que por otra parte sí se vinculan a la faceta matronal de Diana.

El santuario, que en origen estaría definido por un bosque sagrado y un altar, de acuerdo con el carácater selvático y naturalista de la diosa, se situó en el monte Aventino, por tanto al otro lado de la línea del *pomerium*. Este hecho justifica las pretensiones "internacionales" del lugar, pues aunque se encontraba bajo la tutela directa de Roma, estaba fuera de la ciudad, más allá de su límite jurídico y religioso. Además en sus proximidades se localizaba el Foro Boario, que como sabemos era la zona comercial de la Roma arcaica, el barrio de la ciudad más abierto al exterior, lo que reforzaba ese carácter internacional que pretendía irradiar el santuario.

La tradición remarca asimismo que Servio se fijó en el modelo griego de la anfictionía de los jonios y en el templo de Artemis en Efeso. Se sabe sin embargo que el centro de esta confederación jónica no era el Artemision efesio sino el templo de Poseidón en el promontorio de Micala, pero esto no quita valor a la influencia griega sobre Roma. A este respecto, es de singular importancia el comentario de Estrabón (4.1.5), que sin duda toma de Artemidoro de Efeso, sobre la estatua cultual de Diana, que presentaba estrechas similitudes con la de Artemis en Massalia, siendo ésta a su vez una réplica de la de Efeso, hecho confirmado por el análisis de la iconografía de la diosa en una serie monetaria del siglo I a. C. Es por tanto muy probable que en el contexto de las amistosas relaciones que desde época de Tarquinio Prisco (cf. Justino, 43.3.4) unían a la colonia focense de Massalia con Roma, la primera proporcionase a la segunda el prototipo de la imagen de su diosa, no siendo quizá ajena cierta influencia sobre el modelo de organización política confederal. De todas maneras no hay que olvidar que a lo largo del siglo VI la presencia de navegantes y artesanos jonios en Etruria y el Lacio fue muy intensa, constituyendo por ello un factor muy importante de aculturación.

Pero sin duda no debemos limitarnos a este arquetipo griego, pues en igual o mayor medida debieron incidir criterios indígenas, y ante todo la elec-

ción de Diana. Era ésta una divinidad itálica muy antigua, pero su temprana identificación con la griega Artemis transformó en parte su personalidad. Al igual que su homónima griega, Diana aparece vinculada a la naturaleza salvaje y a la caza, por lo que sus principales centros de culto eran extraurbanos. Así, además del santuario romano sobre el Aventino, Diana contaba con otros de notable fama en Corne, situado en las afueras de Tusculum, y el ya conocido del bosque de Nemi, en el territorio de Aricia. A pesar de ello, su faceta más destacada era la matronal, pues propiciaba el alumbramiento y cuidado de los recién nacidos, como lo muestran las características de su culto, con importante participación de mujeres, y de las ofrendas que se le hacían. A partir de este carácter matronal y curotrófico, Diana alcanzó una función política, según un proceso que se repite en otras diosas, como Fortuna y sobre todo Juno, la gran divinidad poliada en la cuenca tiberina. Pero al contrario de estas últimas, Diana se escapa al control de la ciudad y encuentra en la naturaleza un espacio más adecuado a sus características, por lo que su papel político no halla acomodo en ámbito cívico y se expresa mejor en un plano supranacional, el de las confederaciones.

A este respecto, siempre se ha planteado la cuestión sobre cuál de los santuario de Diana tiene la primacía como sede de la alianza latina, el de Aricia o el de Roma. A primera vista, parece que el primero puede invocar mejores argumentos en su favor, dada su mayor antigüedad y los elementos arcaicos que caracterizan su culto y su sacerdocio, el ya conocido *rex Nemorensis*. Sin embargo, su función política sólo está documentada a partir de un fragmento de Catón (fr.58 *HRR)*, que recoge en parte el texto de una antigua inscripción relativa a la consagración del bosque por parte del dirigente tusculano Egerio Baebio, con participación de otras ciudades. Este documento, que se fecha en las postrimerías del siglo VI, parece ser el acta de fundación del santuario de Aricia como centro político de la asamblea latina. Por otra parte, el santuario de Diana en el Aventino evoca un ambiente que no se corresponde con el de Aricia, pues mientras éste se enraíza en el fondo indígena, el de Roma se vincula a la Artemis efesia, según acabamos de ver, por lo que en ningún momento puede suponerse que el culto aricino fue transplantado a Roma. En la actualidad se cree que fue este último, por obra de Servio Tulio, el primero que proclamó sus pretensiones a ser el centro de una alianza latina, según el modelo jónico, mientras que el de Aricia, si bien existía desde época antiquísima, sólo adquirió una función política confederal a finales del siglo VI, cuando tras la expulsión del último monarca, la naciente República se disoció temporalmente de sus aliados latinos.

Aun reconociendo estos hechos, surge sin embargo la duda sobre el alcance real del carácter confederal del santuario aventinense de Diana. Las fuentes nada dicen acerca de victorias militares obtenidas sobre los latinos por Servio, cuya única acción militar se dirigió contra los etruscos meridio-

nales. Habría sido entonces la diplomacia la que, en sustitución de las armas, convenció a los latinos sobre la oportunidad de reconocer oficial y religiosamente la hegemonía romana, hecho que por fuerza tenía que apoyarse en los anteriores triunfos de Tarquinio Prisco. Por otra parte, en la activa política exterior llevada a cabo en el Lacio por Tarquinio el Soberbio, sucesor de Servio, nunca se hace mención del santuario de Diana como centro de la liga latina, sino que las referencias a los lugares comunes se limitan al *caput aquae Ferentinae*, probablemente en el territorio de Aricia, y al santuario de Júpiter *Latiaris* sobre el monte Cavo. Esta ausencia quizá se justifique por la repugnancia de Tarquinio a vincularse a los hechos de su antecesor, a quien se oponía violentamente, pero también habría que considerar que la empresa confederal de Servio no cuajó por completo, quedándose en un experimento que servía tanto a consolidar la posición de Roma en el Lacio como a los intereses personales del rey.

Relata la tradición que al poco de ser construido el templo de Diana en el Aventino, un prodigio vino a reafirmar la aquiescencia divina a la hegemonía romana. Según dice Livio (1.45.3-7), en la región de Sabina nació una ternera de tan extraordinaria belleza, que unos adivinos predijeron que la ciudad de aquel que la inmolase a Diana alcanzaría la hegemonía; el propietario del animal se desplazó a Roma para cumplir el sacrificio, pero el sacerdote del templo de Diana, conocedor de la profecía, le distrajo y fue él mismo quien inmoló la ternera para satisfacción de la ciudad y del rey. Todas las interpretaciones modernas coinciden en ver en este episodio un prodigio de soberanía, en virtud del cual Diana otorga a Roma la supremacía sobre el pueblo latino y la convierte en cabeza de Italia. Relatando este mismo episodio, Plutarco *(QRom.,* 4) introduce una significativa novedad, pues dice que fue Servio quien por propia mano llevó a cabo el sacrificio. Quizá sea ésta la versión más antigua (Plutarco invoca como autoridades a Varrón y a Juba) de una leyenda que posiblemente no sea anterior al siglo IV, pero que en todo caso nos informa sobre las intenciones de Servio. Con su acción sacrificadora, el rey intenta atraer hacia sí el beneficio del prodigio, de forma que pasa a ser intermediario entre Diana y el pueblo romano; así, la hegemonía que la diosa concede a Roma sólo se materializa a través de Servio. Éste por tanto intenta encontrar en Diana una base ideológica que justifique su poder a los ojos de la comunidad.

B) Fortuna

Si Diana sirve a los intereses de Servio de cara al exterior, su principal apoyo ideológico ante sus propios conciudadanos está representado por Fortuna, divinidad que entonces irrumpe con fuerza en el panorama religioso romano. Fortuna gozaba de gran predicamento en algunas ciudades del Lacio, como Praeneste y Antium, donde se convirtió en diosa poliada, pero

no así en Roma, hasta que Servio la alzó a un puesto de excepción. Como se puede observar en la monografía que J. Champeux dedicó a esta diosa, Fortuna era multifacética, pues a la vertiente política mencionada, se unen otras perspectivas que la presentan como divinidad guerrera, del destino, curotrófica, etc. Pero todo ello no es sino consecuencia de su función originaria, la de diosa de la fecundidad, comprendida sobre todo en un plano humano. Fortuna es dadora de vida, conocedora del misterio de la regeneración de los hombres y por tanto garante de la existencia de la ciudad.

Diosa primigenia, madre y a la vez hija de Júpiter, según la teología desarrollada en su santuario prenestino, Fortuna ofrecía innumerables ventajas para sustentar una ideología política. Servio no desaprovechó la ocasión, y utilizando todos los recursos que se le presentaban, elaboró un complejo sistema mítico-cultual en el que él mismo interpretaba, junto a la diosa, el papel de protagonista. El motivo central gira en torno a la estrecha proximidad que se establece entre el rey y la diosa, hasta el punto de convertir dicha relación en erótica: a través de una pequeña ventana, conocida con el nombre de *porta Fenestella,* la diosa descendía hasta el llamado "tálamo de la Fortuna" y se unía al rey. La tradición de estos amores entre Servio y Fortuna, que conocemos sobre todo a través de Ovidio *(Fast.,* 6.569ss.) y de Plutarco *(Fort. Rom.,* 10; *QRom.*, 36), es sin duda muy antigua y probablemente se refiera a ciertos aspectos del culto arcaico de Fortuna que comprenderían la realización de una hierogamia. Este ritual no es por completo extraño en la Roma arcaica, pues como ya hemos visto la leyenda de Acca Larentia supone algo similar en el santuario de Hércules en el ara Máxima, situado al igual que el de Fortuna en el Foro Boario. Además, en la vecina Pyrgi, puerto de la ciudad etrusca de Caere, se practicaba la prostitución sagrada.

El primer beneficiario de esta unión sacra fue naturalmente el propio Servio, que a cambio recibió de Fortuna la realeza. Esta imagen de la diosa que entrega el poder es sin duda alguna de origen oriental, de acuerdo con un mito bastante extendido en ambientes semitas, pero su presencia en Roma no debe extrañar, sobre todo en un área, el Foro Boario, donde los elementos cultuales de procedencia extranjera son tan abundantes. La dependencia política de Servio respecto a Fortuna no está muy bien expresada en el relato analístico, aunque sí se aprecia de forma latente en toda la tradición. En muy pocas ocasiones los antiguos afirman claramente que Servio debió el trono a la diosa Fortuna, tal como se lee en Plutarco *(Fort. Rom.*, 10). Según palabras de Valerio Máximo, "fue en la persona de Servio Tulio donde Fortuna mostró principalmente su poder, al dar a Roma por rey a un hombre que había nacido de una esclava" (3.4.3). Esta visión de la vida de Servio, caracterizada por un ascenso vertiginoso desde la esclavitud hasta el trono, estaba muy enraizada en la tradición, que en consecuencia presenta al rey como el más afortunado de los hombres y por tanto especial devoto de la

Fortuna. Pero esta relación va mucho más allá, pues no se trata realmente de una sucesión de golpes de suerte, sino del fundamento de una doctrina política. Así se veía ya con anterioridad a los primeros relatos históricos, según una imagen que vinculaba inexorablemente la figura de Servio con la actitud de la diosa Fortuna, hasta el punto que fue ésta quien provocó la perdición del rey, como lo muestra la célebre *sors* encontrada en Fiesole (figura 6.2) y cuyo texto se interpreta de la siguiente forma: "Si cedes no quiero traerte la desgracia, si no cedes (recuerda que) Servio pereció a causa de Fortuna" *(ILLRP* 1070: *se cedues perdere nolo. ni ceduas Fortuna Servios perit)*. Hasta que fue abandonado por ella, provocando su muerte y el final de su reinado, Servio se presenta como el favorito y el protegido de la Fortuna, de manera que a través de él los bienes que reparte la diosa se extienden a toda la comunidad. Pero al mismo tiempo, éste es precisamente el objetivo de la unión sacra, de la hierogamia, proporcionar riqueza, bienes, aspecto en perfecta consonancia con el carácter de Fortuna como diosa de la fecundidad. Así se justifica también el poder de Servio, pues se quiere hacer ver que la prosperidad de Roma depende de Fortuna y de su unión con el rey. Éste se ofrece pues como garante de la supervivencia de la ciudad.

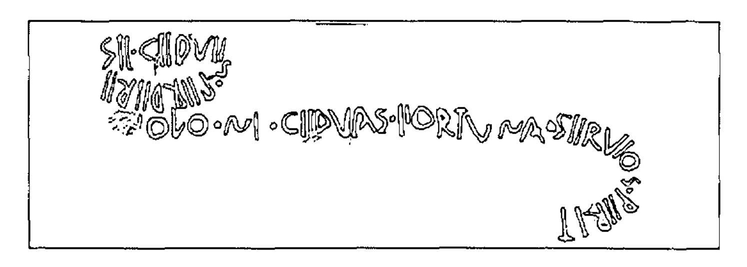


Figura 6.2. *Sors* de Fiesole relativa a Servio Tulio.

6.4.5. El significado histórico de Servio Tulio

La visión que los antiguos se hacían sobre la figura de Servio Tulio variaba entre dos posiciones, una que destacaba los aspectos aristocráticos de sus reformas y otra que le presentaba como un *rex popularis*, defensor de los estratos sociales más desfavorecidos y oponente al patriciado. Estas divergencias en las fuentes literarias no son en el fondo sino consecuencia de la utilización que del personaje de Servio hicieron las diferentes tendencias políticas de la República tardía, en especial a partir de la época de los Graco. Así, la concepción aristocrática de la legislación serviana debe mucho a los intereses de Sila, como ha puesto en relieve E. Gabba. Pero sin duda más llamativa resulta la faceta opuesta, la democrática, que se va desarrollando

conforme avanza el movimiento de los populares en el último siglo republicano. Tal se observa en algunos hechos atribuidos a este rey, que en palabras de J.-C. Richard, reflejan un interés manifiesto por "situar las preocupaciones y el comportamiento de Servio Tulio bajo el signo de la *popularitas*". En esta perspectiva se entroncan aquellas tradiciones relativas a repartos de tierra entre los necesitados, a la protección a los deudores insolventes, a la preocupación por el avituallamiento de la plebe, etc. A esta idea de *rex popularis* servía perfectamente la tradición que hace de Servio un antiguo esclavo, o que en todo caso sitúa su origen en un ambiente servil, lo que inmediatamente dará pie para convertirle en el patrono de los plebeyos e incluso de los esclavos. En este sentido intervienen con no escasa fuerza ciertos elementos religiosos que contribuyen a reforzar la imagen popular de Servio: así sucede con la diosa Fortuna, en cuyo santuario de la vía Campana adquiere cierto patronazgo sobre plebeyos y esclavos, como dice Ovidio *(Fast.*, 6.781ss.), al tiempo que estos últimos proclaman su fiesta *(dies servorum)* coincidiendo con el *dies natalis* del templo de Diana sobre el Aventino (Festo, 461L).

En la analística primitiva, sin embargo, e incluso en tiempos anteriores, la imagen dominante de Servio era la aristocrática. Su figura era verdaderamente contemplada como la de un prerrepublicano, en el sentido de que Servio había sido el inspirador de la República, pero de una república aristocrática como la que se instauró en Roma inmediatamente después de la expulsión de los reyes. Esta idea se percibe muy bien en la ya conocida frase de Livio (1.60.4) a propósito del nombramiento de los primeros cónsules republicanos, *ex commentariis Ser. Tulli,* y sobre todo en el célebre verso del poeta del siglo II a. C. Accio en su tragedia *Brutus* (en Cicerón, *pro Sest.*, 58.123): *Tullius qui libertatem civibus stabiliverat.* En esta obra se contrapone al buen rey Servio con Tarquinio el Soberbio, encarnación de la tiranía, y la *libertas* por él instaurada con el absolutismo despótico de su sucesor, entendiendo por *libertas* el régimen republicano, esto es, el dominio de la aristocracia y de los grandes porpietarios. Dependiente de esta idea es sin duda el pasaje de Livio (1.48.9) que atribuye a Servio ciertas veleidades republicanas, cuando en las postrimerías de su reinado el rey manifestó su intención de deponer los poderes regios e instituir un régimen basado en la *libertas,* es decir, la República; la inmediata conspiración urdida por Tarquinio el Soberbio, que acarreó finalmente la muerte de Servio, frustraría sus planes. En síntesis, en los estratos más antiguos de la tradición, Servio aparece como aquel que sentó las bases de la República patricia.

Las tendencias actuales siguen en cierta medida estas mismas líneas, aunque como es lógico utilizando diferentes argumentos. La opinión dominante identifica a Servio con un tirano, a imagen de aquellos que contemporáneamente gobernaban en diversas ciudades tanto de la propia Grecia como de

las colonias occidentales. Servio habría actuado entonces como un líder con carisma popular, defensor del pueblo frente a los privilegios tradicionales del patriciado. Sus reformas habrían estado enfocadas en esta dirección, esto es, atenuar la influencia de los grandes grupos parentales y promover la participación de aquellos elementos sociales que vivían al margen de la estructura gentilicia. Según esta opinión, en el nuevo sistema de reclutamiento militar, basado en las tribus y en las centurias, se rompería la articulación que tradicionalmente había existido entre ejército y *gentes*, al tiempo que la composición de las mismas centurias, formadas según criterios igualitarios, reduciría la influencia aristocrática en la nueva asamblea popular. A estos hechos habría que añadir algunos elementos de carácter ideológico, como la justificación del poder de Servio a través de sus vínculos con Fortuna, lo que vendría a mostrar que su entronización fue por completo irregular, al margen de las normas tradicionales de acceso al trono.

Continuando en esta línea, se invocan otros argumentos que suponen entrar en un terreno bastante resbaladizo. Por un lado, el paralelo con Pyrgi, el puerto de la ciudad etrusca de Caere, donde las excavaciones arqueológicas han puesto al descubierto un panorama religioso similar al del Foro Boario de Roma, con cultos de carácter empórico, y donde dos inscripciones en etrusco y una en lengua semita hacen referencia al gobernante ceretano, Thefarie Velianas, quien supuestamente habría recibido el poder de la divinidad (Astarté/Uni) y a quien se le atribuye un gobierno de corte tiránico. Volviendo ahora a Roma, no puede olvidarse el célebre grupo escultórico que representa a Hércules y una diosa armada perteneciente muy probablemente al templo de Fortuna, en el Foro Boario, cuya cronología para unos correspondería al reinado de Servio Tulio y para otros al de Tarquinio el Soberbio. La obra se interpreta como expresión de la apoteosis de Heracles, conducido al Olimpo de la mano de Atenea y convertido en dios, motivo que fue utilizado por Pisístrato en Atenas como base ideológica de su tiranía y que habría sido adaptado por uno de los últimos reyes romanos con idéntico propósito. En el primer capítulo ya tuvimos ocasión de comprobar cómo se ha incurrido en un evidente abuso al interpretar la iconografía de Hércules en Italia desde la perspectiva tiránica; incluso en el presente caso, mayores razones habría para pensar que la diosa armada del Foro Boario no es otra que Fortuna.

La interpretación de Servio como un tirano al estilo griego choca con algunas dificultades serias, que surgen al analizar los elementos más antiguos y auténticos que rodean a este personaje. Por un lado nos encontramos con la idea que sobre él se forjaron las generaciones sucesivas, no sólo como inspirador de la República patricia, según hemos visto, sino también en el proceso de heroicización que experimentó en época bastante temprana. En este contexto se sitúan aquellas tradiciones que hablan sobre su maravillo-

sa concepción a partir del falo que emerge del hogar y su relación estrecha con Vulcano como dios del fuego creador, manifestada asimismo en el presagio de realeza del que fue objeto cuando, siendo todavía niño, una aureola ígnea rodeó su cabeza durante el sueño. Estas leyendas no pretenden sino vincular directamente a Servio con la estirpe de los héroes latinos y en definitiva con los ideales tradicionales de la aristocracia. En segundo lugar, debemos considerar también su relación con los Vibenna, a quienes posiblemente debía en parte el trono de Roma. Estos hermanos etruscos pertenecían a la nobleza de Vulci y desde luego no existen razones para creer que representasen a los nuevos estratos sociales opuestos a la aristocracia, sino más bien al contrario. Por un lado, eran caudillos de un ejército privado, reflejo en el ámbito guerrero de los valores de la aristocracia, y en el cual participó el propio Servio como "compañero muy fiel" de Celio Vibenna. Este último, por otra parte, sufrió un similar proceso de heroicización, denunciado por una inscripción, de comienzos del siglo IV a. C., sobre un vaso de ambiente simposíaco cuyo posesor, un anónimo noble vulcente, se identificaba a Celio, según la ideología que se trasluce en las famosas copas griegas atribuidas a Néstor, Odiseo y otros héroes de la épica. Más tarde, se representaron las aventuras de los dos hermanos Vibenna en un gran hipogeo aristocrático, la tumba François de Vulci, y a continuación pasaron a participar, ya como héroes, de las leyendas vinculadas a Caco, como se ve en algunas representaciones etruscas de los siglos III y II a. C. Según podemos comprobar, los Vibenna encarnaban el ideal de la nobleza etrusca, un espíritu al cual Servio no pudo ser por completo extraño.

Desde luego es innegable que el acceso de Servio al trono se produjo en circunstancias anómalas, como ya hemos visto, y que su reinado tiene toda la apariencia de representar un poder personal, basado no tanto en un soporte institucional como sobre todo en sus propios méritos y en los apoyos que supo buscarse, que no pueden ser otros que aquellos sectores del patriciado opuestos a Tarquinio Prisco. Su obra política y legislativa supuso realmente una innovación, pero no necesariamente en favor de las clases inferiores. Una timocracia como la instaurada por Servio se opone a la ideología aristocrática tradicional, desde el momento en que ésta sustenta su superioridad en criterios de sangre y no tanto de riqueza. Sin embargo, no es menos cierto que en la práctica, los sistemas censitarios no son estrictamente antiaristocráticos, como tampoco favorecen a los estratos populares, pues en el fondo, y en un contexto arcaico, riqueza y sangre se identifican. No de diferente manera sucede en la Atenas contemporánea, donde la constitución introducida por Solón, si bien supone un primer paso en el camino hacia la democracia, se adaptó sin dificultad a las exigencias de la aristocracia. El legislador arcaico es un individuo de ideología conservadora, pero consciente de la necesidad de adaptar la ciudad a las nuevas condiciones socio-económicas que se van impo-

niendo, y éste es quizá el significado que tiene Servio Tulio. Sentó la ciudad, todavía inestable, sobre bases institucionales más firmes, pero a la larga concedió a la aristocracia nuevos instrumentos de poder, como lo demostraría escasos decenios después el funcionamiento de la República. Si hemos de buscar un tirano en toda la regla en la Roma arcaica, éste no puede ser otro que el último de los reyes, Tarquinio el Soberbio.

6.5. Tarquinio el Soberbio

Con Tarquinio el Soberbio se cierra la serie de los reyes de Roma; así lo creían los antiguos y no hay razones para dudar de ello. Otra cosa, sin embargo, es la relación parental entre éste y el otro Tarquinio, que, como veíamos al comienzo de este capítulo, ya suscitaba discrepancias entre los analistas. A la vista de la identidad de *nomen,* resulta evidente que uno y otro pertenecían a la misma familia, aunque por el momento no es posible determinar el grado de parentesco que les unía. Pero quizá sea más importante comprobar sus vínculos ideológicos y políticos que no los estrictamente familiares. Por el tono que emplea la tradición al hablar sobre Tarquinio el Soberbio, no parece que pueda establecerse una relación próxima entre ellos, al margen naturalmente de la parental, pero si nos detenemos en los hechos, entonces sí es posible observar una continuidad en más de un aspecto, como se irá comprobando en las páginas sucesivas.

6.5.1. La tiranía de Tarquinio el Soberbio

Las fuentes literarias son claramente contrarias a Tarquinio. No se trata simplemente de una oposición ideológica, sino además personal, puesto que la degeneración de la monarquía que representa su reinado no es sino consecuencia del carácter del propio monarca. De hecho, la monarquía fue rechazada más por odio al monarca que al sistema. En efecto, Tarquinio acumula en su persona todos los vicios y defectos del hombre, lo que le lleva a actuar de manera violenta y perversa, no deteniéndose ante nada, por muy sagrado que sea. Y no sólo él, sino que tales actitudes son también personalizadas en los miembros de su familia inmediata, especialmente su esposa Tulia y su hijo Sexto. En el relato de los antiguos, todos los hechos del rey tienden a ser minimizados, pues han sido obtenidos por medios que en nada se ajustan a los valores tradicionales, marcados por la justicia y la piedad. Así, como bien señala P. M. Martin, el magnífico programa urbanístico de Tarquinio habría sido ejecutado a base de esclavizar a la plebe, la adquisición de los libros Sibilinos mostraría la ceguera y el empecinamiento del rey, mientras que su política exterior, ciertamente exitosa, habría sido llevada a cabo utilizando malas artes.

El relato sobre el reinado de Tarquinio que se lee en Livio o en Dionisio es muy elaborado, con profusión de elementos literarios y un clima dramático de gran intensidad. Los personajes que intervienen están muy caracterizados y parecen interpretar a la perfección un guión que ha sido especialmente redactado para ellos. La narración analística acerca de esta época se basa naturalmente en tradiciones históricas, pero estas últimas fueron también utilizadas para la redacción de otro tipo de obras que a su vez incidieron sobre los historiadores. Así, no sin razones se ha creído descubrir, especialmente en el texto de Livio, una influencia más o menos directa de composiciones dramáticas, posiblemente la tragedia *Brutus* de L. Accio, a la cual ya se ha hecho referencia. En ella se reflejaban las ideas políticas existentes en la Roma del siglo II a. C., que conocemos a través de Polibio, y en las cuales se oponían la realeza legítima a su forma degenerada, la tiranía. Aplicado este esquema a la Roma arcaica, la primera situación se encarnaba sobre todo en Servio Tulio, como ya sabemos, mientras que la segunda se personificaba en Tarquinio el Soberbio. Frente a éste se alza Junio Bruto, quien para sobrevivir a la masacre de su familia ordenada por el tirano, tiene que hacerse pasar por idiota, hasta que finalmente y descubriendo su verdadera personalidad encabeza el movimiento contra Tarquinio y, enlazando con Servio, introduce la República en Roma.

La tradición cristalizó sobre la personalidad de Tarquinio el Soberbio el *odium regni*, uno de los soportes fundamentales de la ideología republicana. Así, no sintió prejuicio alguno para modelarla según el arquetipo del tirano griego. El propio *cognomen* de *Superbus*, añadido a su nombre en época tardía para reafirmar su caracterización política, no es sino la adaptación latina del concepto griego de *hybris*, profusamente utilizado en la literatura griega para singularizar la actitud de impiedad e injusticia propia del tirano. Incluso algunos episodios de la historia de Tarquinio están directamente inspirados por otros atribuidos a diferentes tiranos griegos. El más conocido es sin duda el del consejo que Sexto Tarquinio requiere a su padre a propósito de la aristocracia de Gabii (Livio, 1.54.4-8; Dionisio, 4.56), anécdota idéntica a una que narra Heródoto (5.92) con los tiranos Trasíbulo de Mileto y Periandro de Corinto como protagonistas. Muy ilustrativa resulta la comparación con Tarquinio Prisco y Servio Tulio acerca de los prodigios que les afectan. Mientras los protagonizados por estos dos monarcas se interpretan como presagios de realeza, en el caso de Tarquinio el Soberbio predicen su desgracia. Así se comprueba en un sueño que tuvo y en el que era mortalmente herido por un carnero (Cicerón, *Div.*, 1.22.44-45) o aquél sobre unas águilas atacadas por unos buitres en los jardines del palacio real (Dionisio, 4.63.2). Otros, por el contrario, anuncian la futura grandeza de la Roma republicana, según se observa en los presagios que rodean la construcción del gran templo de Júpiter (Livio, 1.55.5-6; Dionisio, 4.59-61; Plutarco, *Popl.*, 13). En defi-

nitiva, Tarquinio el Soberbio nunca contó con el beneplácito divino para sentarse en el trono de Roma, por lo que su reinado es por completo ilegítimo.

Ciertamente los antiguos parecen tener razón en esto: Tarquinio accedió al poder por vía de la usurpación y en circunstancias violentas. El relato tradicional sin embargo lo dramatiza en exceso. Como una versión profundamente negativa de Tarquinio Prisco y de Tanaquil, este Tarquinio y su esposa Tulia se adentran en una vía de crímenes que culminará con el asesinato del propio Servio. Pero una vez eliminados estos detalles macabros, no puede decirse que en el modo de obtener el poder Tarquinio fuese un innovador. Ya hemos visto en páginas anteriores cómo la entronización de sus inmediatos antecesores no se ajustaba de forma estricta a la legalidad, especialmente en el caso de Servio Tulio. La diferencia radica en que ahora la situación es más radical, lo que por otra parte se encuentra en consonancia con la propia evolución que en el último siglo experimentaba Roma. El poder ejercido por Tarquinio era personal, pero al contrario de sus predecesores, carente de todo soporte institucional, por lo que en toda justicia puede ser calificado como tiránico. Y en efecto, muchos rasgos que definen su reinado, al margen de los episodios introducidos posteriormente por la tradición, encuentran paralelo en las tiranías griegas arcaicas, de manera que quizá no sea exagerado reconocer una influencia helénica, aunque siempre sin perder de vista el contexto etrusco-latino al cual pertenece.

El gobierno de Tarquinio el Soberbio manifiesta en su acción una clara tendencia hacia el despotismo. Falto de apoyo institucional, Tarquinio se rodeó de personas de su estricta confianza y en especial de los miembros de su propia familia, a los que elevó a los niveles superiores del poder. Tal delegación de funciones no es algo exclusivo de este rey, sino que ya el primer Tarquinio había abierto el camino concediendo el gobierno de Collatia a un pariente directo, uno de cuyos descendientes, L. Tarquinio Colatino, aparece entre los allegados –y luego entre los oponentes– al poder real. En consonancia con esta actitud, fácilmente se puede suponer una suspensión, durante los años del reinado de Tarquinio, del funcionamiento de la constitución serviana, algo normal en el esquema de las tiranías. En favor de esta idea aboga el desprecio que en general manifestó el monarca hacia la asamblea senatorial. Toda la tradición coincide en afirmar que el Senado no sólo dejó de ser consultado, sino que avanzando más allá Tarquinio habría diezmado su composición mediante la depuración de aquellas familias abierta o presuntamente hostiles a su política. Según Dionisio (4.42.4), el rey habría sustituido a sus oponentes en el Senado con individuos afectos a su persona, mientras que para Livio (1.49.6) y Dion Casio (2.11.4) las vacantes permanecieron sin cubrir, en un gesto de claro manosprecio hacia la institución. Entre estas dos opciones, probablemente la segunda esté más cerca de la realidad, ya que en los primeros años de la República hubo que proceder a una reconstitución del Senado; la visión de Dionisio parece por el contrario

reflejar sobre la Roma monárquica un procedimiento corriente en el último siglo republicano. En el mismo sentido de ignorar la constitución vigente quizá habría que interpretar la noticia de Dionisio (4.43.2) sobre la prohibición de celebrar ceremonias religiosas en curias y pagos, en un intento por quebrar los lazos de lealtad y solidaridad hacia los influyentes grupos gentilicios que dominaban en esas circunscripciones.

Gobernando de espaldas al Senado y en contra del patriciado tradicional, Tarquinio ejerció su poder en beneficio de los elementos populares, aunque manteniéndolos al margen de la acción política. Señala Livio (1.49.2) cómo desde el principio de su reinado Tarquinio dirigió sus ataques contra los *primores civitatis*, término que designa a los *patres maiorum gentium*, selecto grupo del patriciado con el que posiblemente también había tenido problemas su homónimo antecesor, Tarquinio Prisco. En un primer momento por el contrario, buscó el apoyo de la nobleza de segundo orden, las *gentes minores*, con las cuales sin embargo también debió enfrentarse, al menos en parte, una vez cosolidado su poder personal. Aun así, la existencia en los albores de la República de una *factio Tarquiniana* (Livio, 2.18.1) parece sugerir que el rey contaba con partidarios entre la aristocracia, aunque quizá no tanto en la senatorial. Como era común en todos los regímenes tiránicos, la mala imagen de Tarquinio en la historiografía posterior deriva de esta oposición de principio a la aristocracia tradicional. En su afán por denigrar la figura del tirano, la tradición analística extiende también el descontento a los plebeyos, a los que Tarquinio habría forzado a trabajar en pésimas condiciones, en una especie de corvea obligatoria y gratuita, en la realización de sus proyectos urbanísticos y arquitectónicos. Nada más lejos de la realidad. Aquí nos topamos con una nueva característica de las tiranías, los programas de monumentalización de las ciudades, en los que las clases urbanas, especialmente dedicadas a actividades artesanales y mercantiles, encontraban ocasión para desarrollar su actividad profesional y mejorar notablemente su situación económica. Las repetidas referencias al descontento de la plebe tras la caída de Tarquinio y su predisposición a apoyar un retorno de éste a Roma, parecen aludir a una tradición firme en favor de la dependencia hacia el tirano por parte de los estratos más desfavorecidos de la sociedad.

Las semejanzas con las tiranías griegas arcaicas se extienden a otros aspectos quizá más formales, pero que reflejan en igual medida que los anteriores la nueva ideología que entonces reinaba en Roma. En este sentido destaca en primer lugar la existencia de una guardia personal del monarca. Es ésta la segunda vez que el relato analístico hace mención a un cuerpo armado de protección al rey, siendo la primera en referencia a Rómulo por parte de aquella versión que pretendía reafirmar el carácter tiránico del fundador de Roma. En un Estado ciudadano, este hecho viene a mostrar que el gobernante está respaldado no tanto por la ley y las instituciones, sino sobre todo

por su propia fuerza. También se ha invocado como reflejo del poder personal la definición de una especie de "corte", donde la familia y allegados del monarca practicaban un estilo de vida marcado por el lujo y la *tryphé*, según la costumbre etrusca, como se manifiesta en la anécdota, ya mencionada al inicio de este capítulo, sobre los continuos banquetes que entretenían a las nueras de Tarquinio, en contraste con la vida austera practicada tradicionalmente por la matrona romana. Asimismo se encuadra en este contexto el gusto por las creaciones artísticas y la literatura sagrada.

Este último hecho no carece de interés, pues se refiere a la introducción en Roma de los libros Sibilinos, lo cual nos lleva a considerar algunos aspectos de la política religiosa de Tarquinio. Los libros Sibilinos eran una colección de instrucciones para expiar los prodigios que afectaban al Estado. La tradición que atribuye su adquisición a Tarquinio el Soberbio parece ser segura, si bien modifica su sentido originario al hacer participar a la sibila de Cumas. En efecto, se decía que ésta había ofrecido a Tarquinio nueve libros de profecías por un precio determinado, pero siendo rechazada la oferta por el rey, la sibila quemó un tercio de los libros y mantuvo el precio original, y ante una nueva negativa real, destruyó un segundo tercio sin alterar el precio, por lo que finalmente Tarquinio, intrigado y a instancias de los augures, decidió aceptar las condiciones de la sibila. Los libros fueron entonces depositados en el templo de Júpiter Capitolino y su custodia encargada a dos sacerdotes creados a tal fin, los *duumviri sacris faciundis*, convertidos en *decemviri* y con estructura de colegio en el año 367 a. C.

Aunque los antiguos conceden a los libros Sibilinos un origen griego, en principio eran de inspiración etrusca. Por su contenido se vinculan directamente a la tradición de la literatura sagrada etrusca, tanto a los *libri ostentaria*, que trataban sobre la interpretación de los prodigios, como a los *libri fatales*, aquellos que permitían conocer los secretos del destino. La introducción de estos libros muestra la voluntad de Tarquinio por abrir el horizonte religioso de Roma a nuevas experiencias procedentes de Etruria, actitud que se repite en otro hecho atribuido al mismo monarca, la institución de los *ludi Taurei*. Se trata de unos juegos dedicados a las divinidades infernales y que contemplaban carreras de carros, creados con el fin de superar el maleficio de los abortos que en breve tiempo sufrieron muchas mujeres romanas. Quizá no sería aventurado pensar que esta iniciativa de Tarquinio, de clara impronta etrusca; fuese consecuencia de una consulta a los libros Sibilinos, pues el mal que aquejaba a las mujeres afectaba seriamente a la propia ciudad al impedir que se produjeran nuevos nacimientos. Y en efecto, los preceptos contenidos en los libros estaban especialmente destinados a conjurar aquellos prodigios que amenazasen a Roma, de donde se deduce un importante valor añadido al que de por sí presentaban tales libros, y que asimismo justifica su introducción en la ciudad: al contener los secretos que aseguran la vida y pros-

peridad de la *Vrbs,* los libros Sibilinos pasan a ser una garantía del destino eterno de Roma. Por ello no en vano fueron depositados en el santuario de Júpiter, la divinidad tutelar y garante de los destinos de Roma.

Precisamente el templo de Júpiter sobre el Capitolio se erige como objetivo fundamental en el programa de monumentalización elaborado por Tarquinio. Como veíamos con anterioridad, la tradición vincula a los dos Tarquinios con el templo de Júpiter, pues el primero lo habría prometido y el segundo construido, con un señalado vacío serviano, mientras que su consagración habría tenido lugar en el primer año de la República. En la actualidad muy pocos dudan sobre la existencia de dos fases relativas a este santuario, la primera definida por un pequeño edificio atribuible a Tarquinio Prisco y la segunda correspondiente al Soberbio. Por desgracia apenas quedan restos del edificio de esta última fase, pero lo poco conservado da perfecta idea de su carácter monumental. Se trata de los cimientos, que proporcionan las medidas del podio o plataforma sobre la cual se alzaba el santuario propiamente dicho, resultando una superficie próxima a los 3.500 m^2. Construido en estilo tuscánico y de proporciones magníficas, el templo era hexástilo y disponía de tres *cellae* para acoger a cada una de las divinidades que componían la tríada capitolina.

La especial dedicación de Tarquinio hacia este santuario no se explica sólo por un afán de monumentalización, sino que en mayor medida se percibe una idea de continuidad respecto a Tarquinio Prisco. Esto no quiere decir que el templo fuese exclusivamente un símbolo dinástico, ignorado por Servio Tulio, pero sin duda algo de ello existe. Tarquinio mantiene y desarrolla el significado de Júpiter Capitolino como divinidad principal de Roma y de carácter político, según acabamos de comprobar por la relación que se establece con los libros Sibilinos. Pero al mismo tiempo, Tarquinio se vincula directamente a Júpiter como base ideológica de su poder, con lo cual se distancia de Servio y se aproxima al primer Tarquinio. El templo de Júpiter sobre el Capitolio es ante todo la expresión religiosa de la comunidad ciudadana, como ya sabemos, pero también posee cierto espíritu dinástico en función de los Tarquinios. Por ello cuando se produce la llegada de la República y se plantea la necesidad de enfrentarse a los símbolos monárquicos, la actitud frente a este santuario fue la de conservar su esencia política, por lo que siguió representando a la divinidad poliada, pero se suprimieron sus rasgos dinásticos, y así fue probablemente entonces cuando se modificó el epíteto del dios (*Iuppiter Rex* dejó paso a *Iuppiter Optimus Maximus)* e inmediatamente se concede su dedicación a M. Horacio, uno de los primeros cónsules del nuevo régimen republicano.

El intenso programa urbanístico y constructor de Tarquinio el Soberbio refleja en general una continuidad en relación a la política del primer Tarquinio. No sólo se aprecia así en el caso del templo de Júpiter, sino que a estos decenios finales del siglo VI corresponden nuevas fases constructivas

en la Regia y en el Comicio. Al mismo tiempo, Tarquinio se presenta como un monarca urbanizador que proporcionó un notable impulso a las obras de infraestructura urbana, otorgándose a su iniciativa la construcción de la *cloaca maxima,* a partir de la red hidráulica diseñada por su antecesor, y de un *agger,* sin duda refuerzo y ampliación del anterior sistema defensivo atribuido a Servio. Más difícil resulta establecer la relación de Tarquinio con el área arqueológica de Sant'Omobono en el Foro Boario, donde se alzaban los templos de Fortuna y Mater Matuta, como ya hemos tenido ocasión de ver, pues la tradición nada dice al respecto y por el contrario concede el protagonismo a Servio Tulio. Sin embargo, por razones culturales e ideológicas, parecería más apropiado negar toda intervención de Tarquinio en un lugar donde mejor se identifica la personalidad de su inmediato antecesor y enemigo político. Donde sí conviene apreciar la mano de Tarquinio es en la urbanización del área comprendida entre el Palatino y la Velia, donde entre los años 530-520 a. C. se levantó un barrio ocupado por casas aristocráticas de magnífica presencia, según han mostrado las recientes excavaciones de A. Carandini.

Con todos estos trabajos, Roma alcanza un punto culminante en su expresión urbanística, mostrando una situación de florecimiento económico y cultural que tardará mucho en recuperar. A tenor de los datos ofrecidos por las investigaciones arqueológicas, los últimos decenios del siglo VI asisten a un notable desarrollo de todas las actividades productivas. Así se observa en las manifestaciones artesanales, sobre todo en aquellas vinculadas a la construcción de edificios, y en la gran apertura comercial, mostrada por las grandes cantidades de cerámica ática que continuamente llegaban a Roma. En este contexto se hace necesario aludir al primer tratado romano-cartaginés, que según Polibio (3.22) fue firmado por los primeros cónsules de la República, Junio Bruto y Horacio Pulvillo, por lo que debe fecharse en el año 509 a. C. Aun en el supuesto de que este último dato fuese auténtico, lo que no está probado, el verdadero autor y negociador fue sin duda Tarquinio el Soberbio; en otras palabras, el ambiente evocado por el tratado corresponde al existente en Roma durante el reinado del último monarca. Casi necesariamente hay que situar este tratado en el contexto de las relaciones etrusco-púnicas de época arcaica, y más en concreto el texto de Aristóteles *(Pol.,* 1280a) que hace referencia a las mismas. Éste menciona la existencia de convenios entre etruscos y cartagineses en los que se contemplaban aspectos tanto políticos como comerciales, los cuales no difieren mucho de las cláusulas que figuran en el tratado romano-cartaginés transmitido por Polibio. En este último no se observa una situación de equidad entre los firmantes, sino que Cartago ocupa una posición de predominio, pues Roma no representa todavía una potencia con grandes intereses marítimos. Aun así, se destacan diversas conclusiones, como la existencia de un comercio directo de los romanos y sus aliados en Cer-

deña, Sicilia y África y sobre todo el reconocimiento internacional a la hegemonía de Roma sobre el Lacio.

6.5.2. Roma y la liga latina

El aspecto histórico en el que más insisten las fuentes sobre Tarquinio es el de la política exterior, especialmente en lo que respecta a las relaciones con los latinos. Por vez primera en la historia de Roma se asiste a la concreción de un ambicioso proyecto hegemónico por parte de los romanos, materializado en unos resultados prácticos que van mucho más lejos del experimento confederal que con anterioridad había planteado Servio Tulio. El instrumento del que se sirvió Tarquinio para alcanzar sus propósitos fue la liga latina, expresión política, con carácter federal, de la comunidad de origen, lengua y cultura del pueblo latino. El origen de esta institución, muy oscuro, se encuentra sin duda en aquellas asociaciones de *populi* que ya desde época protohistórica se reunían con fines religiosos en distintos lugares de culto. Diversas ciudades poseían santuarios que con mayor o menor fortuna proclamaban ciertas pretensiones panlatinas, como Lavinium, Ardea, Tusculum, Aricia y la propia Roma. Pero entre todos los candidatos, un centro de culto alcanzó mayor importancia que los demás, el santuario de Júpiter *Latiaris* sobre el monte Cavo, heredero directo de las tradiciones que situaban en el macizo Albano el origen del pueblo latino. Aquí tenían lugar todos los años las *feriae Latinae*, que congregaba a los enviados de las ciudades para la celebración de un sacrificio, seguido del banquete ritual y de diversas manifestaciones lúdico-religiosas. Era una ceremonia de solidaridad, mediante la cual periódicamente se renovaban los lazos que unían entre sí a los pueblos del Lacio.

Cuándo se dio el paso definitivo desde este nivel religoso a otro político no es fácil precisarlo, pero posiblemente no antes de mediados del siglo VI. Hay que tener presente que hasta entonces no se daban las condiciones más apropiadas para ello. En los últimos decenios del siglo VII e iniciales del siguiente, coincidiendo con la última etapa en el proceso de formación de los núcleos urbanos, se producen importantes modificaciones demográficas y territoriales causadas por la necesidad de las incipientes ciudades de perfilar su territorio y área de influencia. Así se ha podido comprobar, para el caso concreto de Roma, a propósito de los reinados de Anco Marcio y de Tarquinio Prisco. Una vez superada esta fase, o al menos cuando se encuentra en un momento muy avanzado, se plantea la ocasión de redefinir, sobre bases nuevas, las relaciones entre las ciudades, para evitar acudir a las armas si surge un conflicto entre ellas y con el reconocimiento de una posición hegemónica a aquella que verdaderamente sea capaz de aunar los intereses particulares. La iniciativa de Servio Tulio parece ir encauzada en este sentido

mediante el carácter federal que otorgó al santuario de Diana sobre el Aventino. Pero fue sobre todo Tarquinio el Soberbio quien plasmó la hegemonía romana en una realidad política y militar dentro de la liga.

El proyecto hegemónico de Tarquinio se va realizando simultáneamente dentro y fuera de la liga. Por un lado, atrajo hacia su política la participación de algunas destacadas familias latinas, como los Mamilios de Tusculum, a cuyo jefe Octavio, que por otra parte era uno de los principales dirigentes de la ciudad, concedió la mano de su hija, vinculándole por lazos parentales. Un segundo procedimiento fue conceder el gobierno de ciudades y *oppida* a personas de su confianza, como ya sabemos, de manera que el dominio de Roma estaba garantizado por la relación personal existente entre el rey romano y el gobernante de la localidad. El ejemplo más señalado al respecto lo proporciona Gabii, donde se impuso el hijo del rey, Sexto Tarquinio. La tradición ofrece sobre este acontecimiento una narración muy novelesca, según la cual los Tarquinios recurrieron a una compleja argucia, basada en el engaño, que propició la eliminación del dirigente gabino Antistio Petro y su sustitución al frente de la ciudad por Sexto Tarquinio. Pero a pesar de lo artificioso del relato, la historicidad de la alianza entre Roma y Gabii está avalada por un antiquísimo documento jurídico, el *foedus Gabinum*, escrito sobre la piel que cubría un escudo guardado en el templo romano de Semo Sancus. Este tratado concedía a los ciudadanos de Gabii los mismos derechos que a los romanos e incluía su territorio en una situación jurídica especial dentro del propio *ager Romanus*, hasta el punto de ser objeto de una consideración específica en el derecho augural.

A las acciones anteriores se unen otras intervenciones concretas de Tarquinio en el seno de la liga. Un paso decisivo en el camino hacia la hegemonía exige la eliminación de todos los rivales posibles, situación de la que la tradición ha conservado un recuerdo en el episodio del enfrentamiento entre Tarquinio y Turno Herdonio. Este último habría sido un dirigente de la ciudad de Aricia, oponente a las pretensiones hegemónicas ambicionadas por el rey de Roma, quien urdió un engaño para acusar falsamente de traición a su rival. Herdonio fue condenado y ejecutado mediante un suplicio que tiene mucho de expiación religiosa: según Livio (1.51.9) fue precipitado en la fuente Ferentina y sobre él se echó un zarzo lleno de piedras para ahogarle, mientras que en el relato de Dionisio (4.48.2) Turno fue arrojado a una fosa y sepultado vivo. Naturalmente el episodio es utilizado en la tradición analística para reafirmar la perversidad y falta de escrúpulos de Tarquinio, pero contiene elementos de cierto interés. Según se cree, el relato sobre Turno Herdonio, con el suplicio final, tiene un fin etimológico relacionado con el topónimo *lacus Turni*, identificado con el *caput aquae Ferentinae*, pero el personaje mismo de Turno puede ser histórico, como ejemplificación de los diferentes intereses particulares existentes en el interior de la liga. El escenario

donde se desarrolla el episodio, llamado por unos *lucus* y por otros *caput aquae*, según se haga referencia al bosque o a la fuente o laguna, se ha localizado en el área de Castel Savelli, al sur del lago Albano, perteneciente sin duda al territorio de la antigua ciudad de Aricia. Se trata de una localidad de gran interés estratégico, donde confluían aquellas rutas que ponían en comunicación el monte Cavo, centro religioso latino, con la región meridional y occidental del Lacio, muy apropiado por tanto como lugar de reunión política. El hallazgo de una terracota arquitectónica de época arcaica parece hablar en favor de la existencia de un lugar de culto, que no sería otro que un santuario federal consagrado a la diosa Ferentina, sede de las asambleas de los delegados y lugar de convocatoria del ejército.

Según el relato de Dionisio (4.49), tras desembarazarse de Turno Herdonio y ser reconocida su hegemonía por el *concilium Latinorum*, Tarquinio invitó a participar en la alianza a las ciudades de los hérnicos y de los volscos e instituyó las *feriae Latinae*. Realmente no fue así, pues sabemos que la fiesta de los latinos en honor de Júpiter *Latiaris* existía con anterioridad y sin duda ya provista de un carácter político. Lo más probable es que Tarquinio hubiese adaptado este antiguo centro de culto a sus propias necesidades, convirtiéndolo en un instrumento más en su favor para alcanzar los objetivos marcados. No deja de ser significativa al respecto la ausencia en todo el relato de la más mínima referencia al templo de Diana levantado por Servio Tulio en el Aventino, al cual Tarquinio da la espalda dirigiendo toda su atención hacia el culto de Júpiter sobre el monte Cavo. Este hecho demuestra por un lado la voluntad de Tarquinio por desvincularse en lo posible de su antecesor, con el que parece no querer mantener relación alguna no sólo de cara a sus conciudadanos sino también al exterior. Pero al mismo tiempo, es también indicativo del escaso éxito que debió de tener el experimento confederal de Servio, ideado quizá más en función de los intereses romanos del rey, que no desde el punto de vista latino.

La hegemonía romana sobre el Lacio en los últimos decenios del siglo VI parece un hecho incontestable, a pesar de las dudas que durante muchos años sembró la autoridad de A. Alföldi. Pero reconocer este acontecimiento como histórico no significa echarse sin más en los brazos de la tradición. Ni siquiera es por completo factible decidir si tal posición hegemónica correspondía a Roma como ciudad o a Tarquinio a título casi individual, como se inclina a creer P. M. Martin. Desde luego, al poco tiempo de producirse la expulsión de los reyes, la liga latina, a cuyo frente figuraba la ciudad de Tusculum y el mismo Octavio Mamilio, se puso al lado de Tarquinio contra la República, es decir, contra Roma. Parece como si esta hegemonía hubiese existido mientras gobernaba Tarquinio, no después. De todas formas, que en las ciudades latinas predominasen entonces intereses particulares o de clase por encima de los generales, no es algo que deba sorprender. Sea

como fuere, Tarquinio es presentado por la tradición como el comandante en jefe del ejército confederal y como tal llevó a término diversas campañas victoriosas sobre los pueblos vecinos, como los sabinos y los volscos, al tiempo que aseguraba otras fronteras mediante la firma de tratados, como actuó respecto a los etruscos y los ecuos. Además reforzó el sistema defensivo del Lacio enviando grupos de colonos a Signia y a Circeii, situada esta última en la costa y la primera en el valle del río Sacco.

La historicidad de tales acontecimientos es difícil contrastarla, pero en líneas generales, sin descender a los detalles, sí debe contener un núcleo de verdad. A través de la arqueología se ha podido comprobar que la presión de los volscos, y en general de los pueblos centro-itálicos, sobre el Lacio se fue intensificando en la segunda mitad del siglo VI, de forma que en los primeros decenios del siguiente estaban ya perfectamente asentados en ciudades de antigua tradición latina. Es muy posible por tanto que en la época de Tarquinio el Soberbio, los latinos que habitaban en regiones periféricas sufrieran con frecuencia los efectos de las violentas avanzadas de estos pueblos, antesala inmediata de la ocupación permanente del territorio. Para hacer frente a esta amenaza no sólo se requerían operaciones militares directas, sino que también era necesario reforzar la presencia latina en esas áreas de mayor peligro. Así se explica el envío de nuevos pobladores, no la fundación de colonias, a las mencionadas localidades de Signia y Circeii, y posiblemente a otras más. De nuevo la arqueología acude en nuestra ayuda, pues en correspondencia a estos años muestra transformaciones urbanísticas, más evidentes en Circeii que en Signia, que inevitablemente hay que poner en relación con la supuesta llegada de esos colonos.

Un interesante testimonio se encuentra en el primer tratado romano cartaginés, cuyas cláusulas de carácter político hacen referencia no sólo a Roma sino a todo el Lacio. En él se distinguen tres categorías en el conjunto de los pueblos latinos, los que están sometidos a Roma, los que no lo están y por último un grupo de ciudades que hay que considerar como aliadas de Roma y que estaba formado por Ardea, Antium, Lavinium, Circeii y Terracina, esto es, aquellas –pero no todas– que controlaban la costa. En el tratado se prohíbe a los cartagineses intervenir en aquellas partes del Lacio controladas directamente por Roma o por sus aliadas, pero si lo hacen en el resto deben entregar sus conquistas a los romanos. Para los cartagineses, Roma es por tanto la cabeza política del Lacio, aquella que representa al conjunto del pueblo latino, a los que se encuentran bajo su dominio directo, en relación de alianza o por completo independientes, pero en todo caso susceptibles de entrar en su área de influencia. Todo este entramado político, militar y cultural, urdido por los últimos reyes y que alcanzó su plenitud con Tarquinio el Soberbio, se difumó con la caída de éste.

6.5.3. La desaparición de la monarquía

Como no podía ser de otra forma, la tradición explica la caída de la monarquía en Roma como consecuencia del intolerable comportamiento de los Tarquinios. Esta vez no habría sido el propio rey, sino su hijo Sexto, quien violó a la honesta Lucrecia, esposa de su pariente Colatino e hija de un destacado miembro de la aristocracia romana, provocando con ello el alzamiento generalizado contra Tarquinio. Éste, que se encontraba sitiando la ciudad de Ardea, regresó al momento a Roma, pero la revuelta se había extendido hasta el punto de ser ya imposible reprimirla, por lo que abandonando la ciudad se exilió al sur de Etruria. La versión tradicional reúne todos los requisitos de un drama, que continúa con la conspiración a favor de Tarquinio urdida por parte de la juventud romana dirigida por los hijos de Bruto, quien, descubierta la trama por la delación de un esclavo, ordenó como magistrado la ejecución de los traidores. Las pretensiones del depuesto monarca por recuperar el trono no cesaron. Pimero involucró a algunas ciudades etruscas, que enviaron una fuerza expedicionaria detenida en la selva Arsia, donde los romanos obtuvieron la victoria pero perdieron a Bruto, muerto en el combate al igual que Arrunte Tarquinio. Entonces interviene Porsenna, rey de Clusium, quien marchó sobre Roma y le puso sitio. Este nuevo intento también terminó en fracaso, pues impresionado Porsenna del heroismo de algunos romanos (Horacio Cocles, Mucio Escévola, Clelia) y habiendo sido derrotado su hijo frente a los muros de Aricia, se retiró a Etruria sin lograr sus objetivos. Por último recurrió Tarquinio a su yerno Octavio Mamilio, quien organizó una coalición de los latinos contra Roma, derrotada en la batalla del lago Régilo. Tarquinio ya desistió de sus propósitos y se retiró a Cumas, donde acogido por su amigo Aristodemo murió en el año 495 a. C., catorce después de su expulsión de Roma y treinta y nueve desde su toma del poder. Una versión secundaria dice por el contrario que Tarquinio se retiró a Tusculum tras perder el trono y que allí vivió como un privado hasta su muerte (Eutropio, 1.11.2; Agustín, *Civ. Dei*, 3.15).

La cuestión del fin de la monarquía y del origen de la República es sin duda uno de los principales retos que tiene planteada la crítica histórica. Nos encontramos en definitiva ante un momento fundacional, que la tradición tiene que tratar como tan importante suceso merece. De ahí la profusión de elementos legendarios, hazañas heroicas y un ambiente de gran dramatismo. De todos los peligros que la rodean, surgirá triunfante una renovada Roma imbuida del espíritu de la libertad. Pero el rechazo de la visión tradicional, tachándola de falsa e interesada, no debe llevarnos a elaborar una nueva versión que pretenda proyectar de manera definitiva la luz de la verdad histórica. Con los datos disponibles, intentar una reconstrucción detallada de los hechos es poco menos que imposible, por lo que toda propuesta ha de limi-

tarse a asentar unos puntos básicos sobre los que supuestamente gravitaron los acontecimientos.

En el relato tradicional sobre le tránsito de la monarquía a la República operan factores internos y externos, pero a la vista del escaso crédito de los primeros, una tendencia muy extendida en las últimas décadas se inclina por conceder mayor credibilidad a los segundos, aunque ciertamente no a todos por igual. El núcleo de la cuestión no sería otro que la expedición de Porsenna, completamente adulterada por el carácter nacionalista de la tradición romana. En efecto, resulta insólito que este caudillo etrusco acudiese en ayuda de Tarquinio y a la vez atacase el corazón de la liga latina, por lo que mayor fiabilidad merece una versión secundaria, sólo recordada por Tácito *(Hist.,* 3.72) y Plinio *(Nat. Hist.,* 34.139), que menciona una rendición de Roma ante Porsenna. La conclusión no sería otra que Porsenna expulsó a los Tarquinios y favoreció la creación de la República. Ante todo hay que reconocer que la presencia de Porsenna en Roma es un hecho histórico, pues no sólo está avalada por la tradición romana en dos versiones diferentes, sino también por una fuente griega por completo independiente. Se trata de la llamada "crónica cumana", un fragmento histórico griego, atribuido a Hiperoco por los modernos, que Dionisio (7.3-6) incluyó en su relato sobre estos hechos. En él se narran las hazañas del tirano Aristodemo de Cumas, vencedor ante los muros de su ciudad sobre una formidable coalición formada por etruscos, umbros y daunios, y que más tarde acudió en ayuda de Aricia contra un ejército etrusco conducido por Arrunte, hijo de Porsenna, al que asimismo derrotó.

Pero, antes de nada, ¿quién era Porsenna? La tradición analística le otorga el título de rey de Clusium, una ciudad de la Etruria interna, lo que sin duda es una *interpretatio* latina de una situación de poder personal. En un texto de Plinio *(Nat. Hist.,* 2.140) se dice que salvó a la ciudad de Volsinii evocando un rayo contra el monstruo Volta, que sembraba el terror en la región provocando el despoblamiento de los campos. A partir de estos datos, se ha forjado una imagen de Porsenna como la de un personaje de naturaleza tiránica que elevó a Clusium a una posición hegemónica en Etruria, creador de una formación política de notable importancia, que incluiría no sólo Clusium sino también Volsinii, y dotado de un ambicioso plan de expansión meridional. Sin embargo, no todo apunta en esa dirección, comenzando por los datos arqueológicos etruscos, pues tanto la estructura del poblamiento como la información que se desprende de las representaciones de los relieves clusinos muestran un panorama profundamente aristocrático. El propio ejército de Porsenna, compuesto según la tradición de mercenarios, denuncia la poca consistencia social de las clases medias de Clusium. Por ello, otra posición se inclina por ver en él un ejemplo de "condottiere" aristocrático, jefe de una de las bandas armadas que en época arcaica recorrían aquellas regiones de Etruria donde la estructura urbana estaba menos implantada, ejércitos privados similares a los que años

atrás habían dirigido los hermanos Vibenna y ayudado a Servio Tulio a sentarse en el trono de Roma. El posterior enfrentamiento armado con Aristodemo no altera esta imagen, pues la crónica cumana que narra las hazañas de este último es un relatao apologético, en el cual se exageran notablemente los hechos, tanto en lo que se refiere a la batalla de Cumas como a la de Aricia.

Como acabamos de ver, la Roma de Tarquinio el Soberbio era una ciudad poderosa, respaldada por grandes recursos humanos y materiales, por lo que explicar la caída del tirano invocando un ataque exterior resulta a primera vista bastante improbable. Esta opinión se refuerza además desde el momento en que el enemigo, Porsenna, procede de la Etruria interna, por lo que el desplazamiento de un ejército, dotado del potencial necesario para alcanzar tales fines, tendría que contar con la colaboración de las ciudades etruscas meridionales, especialmente Veyes, lo cual en ningún momento está confirmado. La expedición de Porsenna quizá se entienda mejor como una "razzia", que aprovechando la crisis que atraviesan los centros menores de la Etruria meridional interna, incluyendo los del valle del Tíber, puede recorrer la región sin grandes dificultades, siempre y cuando no interfiera de manera directa en los intereses inmediatos de las ciudades.

A pesar del escenario que dibuja el relato analístico, el derrocamiento de Tarquinio se explica con menor dificultad a través de una crisis interna, línea por donde avanza parte de la crítica reciente. La visión tradicional presenta una revuelta de palacio, en la que miembros colaterales de la familia del rey encabezan el movimiento contra éste. Probablemente habría que ver aquí una reacción de la aristocracia patricia contra la tiranía de Tarquinio, que logró el objetivo de la expulsión del rey, pero sin alcanzar una consolidación inmediata. Este hecho creó un vacío de poder y un clima generalizado de inestabilidad, pues los estratos inferiores de la sociedad, así como parte de la aristocracia, la *factio Tarquiniana,* no verían con buenos ojos el cambio de régimen, lo que explica la política de conciliación, marcada por el signo del *aequum,* practicada por el patriciado gobernante durante los primeros años de la República. La ausencia de un claro soporte institucional y la necesidad de reconstruir la vida política, adaptada a esta nueva situación, generaron un ambiente de confusión que afectó no sólo a la propia Roma, sino también a la liga latina, privada de su *hegemon.*

Es en este contexto dominado por el desconcierto donde mejor se inserta la intervención de Porsenna, cuya impacto real es siempre difícil de medir. Aprovechando quizá la inestabilidad política existente, Porsenna lograría momentáneamente imponer ciertas condiciones a Roma, a través de un pacto de subordinación acatado por la facción que entonces creyera representar a la ciudad. El ataque que a continuación dirigió contra Aricia suscita algunos problemas. ¿Se trata de un intento por dominar la liga latina o por el contrario significa tan sólo una expedición de rapiña? No hay que olvidar que

en la zona se encontraban importantes santuarios con tesoros sin duda nada despreciables. Si hacemos caso de la crónica cumana, la liga latina no intervino en estos acontecimientos y la ayuda prestada por Cumas se hizo expresamente a instancias de los aricinos. El cuerpo expedicionario enviado al mando de Aristodemo no es descrito como un ejército regular, sino que estaba formado por dos mil hombres, "escogidos entre los más incapaces y viles" dice el texto (Dionisio, 7.5.3), parte de los cuales se quedó además al cuidado de las naves cuando desembarcaron en el Lacio. La victoria sobre Arrunte no tuvo por otra parte repercusiones en la política exterior de Cumas (pensar que de esta forma se salvó a Campania de una gran invasión etrusca es cuanto menos fabuloso), sino únicamente benefició a Aristodemo, quien inmediatamente se convirtió en tirano. A partir de estos momentos, la liga latina se presenta de nuevo reconstituida, pero según parece bajo la hegemonía de Tusculum. Así lo muestra por un lado la conocida inscripción de Egerio Baebio, recordada en un fragmento de Catón (fr.58 *HRR*), según la cual este personaje, titulado como *dicator Latinus* (dictador latino), consagró el templo de Diana en el bosque de Nemi en Aricia, como nuevo centro religioso confederal, y por otro la organización de una coalición latina contra Roma, sugerida por Octavio Mamilio, con la intención de reponer en el trono a Tarquinio (Livio, 2.18.3; Dionisio, 5.50.1).

Un nuevo factor de inestabilidad que contribuye a complicar el panorama histórico de estos años se concreta en determinas actuaciones gentilicias. Por un lado se producen movimientos demográficos traducidos en el desplazamiento de *gentes* y su inmediato asentamiento en un nuevo territorio. El caso mejor conocido es el de los Claudios, una *gens* de origen sabino que en el año 504 abandonó su región de procedencia y se desplazó a Roma, en cuya estructura política se integró al momento. Según la tradición, el jefe de la familia, Atto Clauso, modificó su nombre para adaptarlo al latín, llamándose a partir de entonces Apio Claudio, y fue admitido en el Senado y en la aristocracia patricia; sus seguidores, en número de cinco mil, fueron hechos ciudadanos romanos y asentados en un territorio convertido inmediatamente en la tribu Claudia. El caso de esta *gens* no debió ser único, pues analizando la onomástica de los cónsules correspondientes a los primeros años de la República, se descubren familias de procedencia etrusca e itálica cuya presencia en Roma no debe ser muy antigua. Ahora bien, este mismo hecho demuestra también la capacidad de Roma para absorber nueva población y a la vez integrarla en su estructura socio-política, lo que en definitiva no es sino indicio claro de fortaleza.

Pero al mismo tiempo, en esta constante ambigüedad que caracteriza la época arcaica, se destapan fuerzas centrífugas que si bien no amenazan directamente a la ciudad sí ponen en entredicho su estabilidad política. De nuevo nos encontramos con la acción de ejércitos privados de carácter aristocráti-

co que parecen actuar al margen de las instituciones o, en el mejor de los casos, en el límite de su competencia. El ejemplo más significativo es quizá el que se refleja en el célebre *lapis Satricanus* (figura 6.3), una inscripción de finales del siglo VI hallada en la antigua ciudad de Satricum. El texto, de difícil interpretación, hace referencia a una dedicatoria realizada, en honor de Marte, por los *sodales* de Poplios Valesios, esto es, Publio Valerio. En su penetrante estudio histórico sobre este documento, H. S. Versnel llega a la conclusión de que el personaje en cuestión es un miembro de la *gens* romana de los Valerios, aunque naturalmente, si bien la tentación es muy fuerte, no es posible sin más identificarlo con el P. Valerio Publícola que, según la tradición, fue uno de los grandes protagonistas en los acontecimientos que marcan el fin de la monarquía y los primeros años de la República. Pero en todo caso, y el hecho es en sí mismo ciertamente importante, el documento demuestra que los Valerios tuvieron una posición destacada en el Lacio a finales del siglo VI a. C., por lo que su papel en tales acontecimientos no sería despreciable. Destaca también Versnel cómo el significado de *sodales* no puede entenderse en este contexto más que en un sentido militar, pues se trataría de los compañeros de armas, los camaradas de P. Valerio, a quien acompañaban al frente de sus clientes y otros dependientes y subalternos en expediciones tanto privadas como públicas. Con su admirable capacidad de comprensión histórica, A. Momigliano señala cómo la potencia y cohesión de las *gentes* se alimentaba con estas aventuras, en las que se pretendía obtener botín, buena tierra y fama heroica, conforme a los valores tradicionales de la aristocracia.

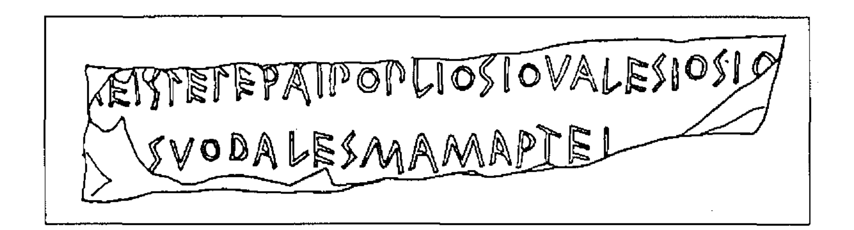


Figura 6.3. *Lapis Satricanus.*

En conclusión, los últimos años del siglo VI se caracterizan por la inestabilidad y, hasta cierto punto, también por la confusión, pero una vez disipado el humo la situación parece de nuevo equilibrada. La expulsión de Tarquinio del trono de Roma fue probablemente el factor desencadenante de la crisis, que al momento se vio agravada por una coyuntura exterior poco propicia. Quizá haya que entenderlo como una crisis de autoridad, visto que Tar-

quinio no sólo era rey de Roma, sino que además desempeñaba un papel hegemónico en el ámbito latino. El vacío que se produce crea naturalmente un desconcierto, que se complica con la intervención de Porsenna, algo por completo episódico, pero que en poco tiempo fue superado recuperándose cierto equilibrio. Así parece mostrarlo la arqueología, cuyo testimonio no da señales absolutas de ruptura, sino que, más bien al contrario, sugiere una idea de continuidad. La crisis verdadera está todavía por llegar.

Bibliografía

General

Orígenes de Roma

AA.VV. (1981): *Lazio arcaico e mondo greco, PdP*, 32,1977; 36.

AA.VV. (1980): *Roma arcaica e le recenti scoperte archeologiche*, Milano, Giuffrè¡.

AA.VV. (1992): *La Rome des premiers siècles, Légende et histoire*, Firenze, L. S. Olschki.

Beloch, K. J. (1926): *Römische Geschichte bis zum Beginn des punischen Kriege*, Berlin, De Gruyter.

Bloch, R. (1965): *Tite-Live et les premiers siècles de Rome*, París, Les Belles Lettres.

Bloch, R. (1967): *Les origines de Rome*, París, P.U.F.

Campanile, E. (ed.) (1988): *Alle origini di Roma*, Pisa, Giardini.

Carandini, A. (1997): *La nascita di Roma. Dèi, Lari, eroi e uomini all'alba di una civiltà*, Torino, Einaudi.

Ciaceri, E. (1937): *Le origini di Roma. La monarchia e la prima fase dell'età repubblicana*, Firenze, Dante Alighieri.

Cornell, T. J. (1995): *The Beginnings of Rome. Italy and Rome from the Bronze Age to the Punic Wars (c. 1000-264 B.C.)*, London, Routledge, (trad.esp.: Barcelona, Crítica, 1999).

De Sanctis, G. (1980): *Storia dei Romani. I* (ed. de S. Accame), Firenze, La Nuova Italia.

Fayer, C. (1982): *Aspetti di vita quotidiana nella Roma arcaica*, Roma, L'Erma.

Grandazzi, A (1991): *La fondation de Rome. Réflexion sur l'histoire*, París, Les Belles Lettres.
Heurgon, J. (1969): *Rome et la Mediterranée occidentale jusqu'aux guerres puniques*, París, PUF, (trad. esp.: Barcelona, Labor, 1971).
Mangas, J. y Bajo, F. (1989): *Los orígenes de Roma*, Madrid, Historia 16.
Momigliano, A. (1989): *Roma arcaica*, Firenze, Sansoni.
Momigliano, A. y Schiavone, A. (eds.) (1988): *Storia di Roma. I. Roma in Italia*, Torino, Einaudi.
Ogilvie, R. M. (1976): *Early Rome and the Etruscans*, Glasgow, Fontana, (trad.esp.: Madrid, Taurus, 1982).
Pais, E. (1923-1928): *Storia di Roma. Dalle origini all'inizio delle guerre puniche* (3.ª ed.), Roma, Optima.
Pallottino, M. (1993): *Origini e storia primitiva di Roma*, Milano, Rusconi.
Peruzzi, E. (1970): *Origini di Roma. I. La famiglia*, Firenze, Valmartina.
Peruzzi, E. (1973): *Origini di Roma. II. Le lettere*, Bologna, Pàtron.
Raaflaub, K. A. (ed.) (1986): *Social Struggles in Archaic Rome*, Berkeley, University of California Press.
Richard, J.-C. (1978): *Les origines de la plèbe romaine. Essai sur la formation du dualisme patricio-plébéien*, París, De Boccard.
Ternes, Ch. M. (ed.) (1991): *Condere Urbem*, Luxembourg, Centre Universitaire.

Religión

Altheim, F. (1930): *Griechische Götter im alten Rom*, Giessen, A. Töpelmann.
Altheim, F. (1951): *Römische Religionsgeschichte*, Baden-Baden, Verlag für Kunst und Wissenschaft.
Brelich, A. (1949): *Vesta*, Zúrich, Rhein-Verlag.
Brelich, A. (1949): *Die geheime Schutzgottheit von Rom*, Zúrich, Rhein-Verlag.
Brelich, A. (1976): *Tre variazioni romane sul tema delle origini*, Roma, Ateneo.
Capdeville, G. (1995): *Volcanus. Recherches comparatistes sur les origines du culte de Vulcain*, Roma, École Française.
Champeaux, J. (1982): *Fortuna. Le culte de Fortune à Rome et dans le monde romain*, Roma, École Française, (vol. I).
Dumézil, G. (1966): *La religion romaine archaïque*, Paris, Payot.
Koch, C. (1937): *Der römische Juppiter*, Frankfurt, V. Klosterman.
Levi, M. A. (1997): *Ercole e Roma*, Roma, L'Erma.
Liou-Gille, B. (1980): *Cultes héroïques romains. Les fondateurs*, Paris, Les Belles Lettres.
Marco, F. (1996): *Flamen Dialis. El sacerdote de Júpiter en la religión romana*, Madrid, Ed. Clásicas.
Piccaluga, G. (1974): *Terminus. I segni di confine nella religione romana*, Roma, Ateneo.

Pouthier, P. (1981): *Ops et la conception divine de l'abondance dans la religion romaine*, Roma, École Française.
Rüpke, J. (1995): *Kalender und Öffentlichkeit. Die Geschichte der Repräsentation und religiösen Qualifikation von Zeit in Rom*, Berlin, De Gruyter.
Scholz, U. W. (1970): *Studien zum altitalischen und altrömischen Marskult und Marsmythos*, Heidelberg, C. Winter.
Scullard, H. H. (1981): *Festivals and Ceremonies of the Roman Republic*, London, Thames & Hudson.
Torelli, M. (1984): *Lavinio e Roma. Riti iniziatici e matrimonio tra archeologia e storia*, Roma, Quasar.
Wissowa, G. (1912): *Religion und Kultus der Römer*, München, Beck.

Instituciones

Alföldi, A. (1952): *Der frührömische Reiteradel und seine Ehrenabzeichen*, Baden-Baden, Verlag für Kunst und Wissenschaft.
Alföldi, A. (1974): *Die Struktur des voretruskischen Römerstaates*, Heidelberg, C. Winter.
Catalano, P. (1960): *Contributi allo studio del diritto augurale*, Torino, G. Giappichelli, (vol. I).
Coli, U. (1951): "Regnum", *SDHI*, 17, 1-168.
Cornelius, F. (1940): *Untersuchungen zur frühen römischen Geschichte*, München, E. Reinhardt.
De Francisci, P. (1959): *Primordia Civitatis*, Roma, Apollinaris.
De Martino, F. (1972): *Storia della costituzione romana*, Napoli, Jovene, (vol.I).
Linderski, J. (1986): "The Augural Law", *ANRW*, II.16.3, 2146-2312.
Linke, B. (1995): *Von der Verwandtschaft zum Staat. Die Entstehung politischer Organisationsformen in der frührömischen Geschichte*, Stuttgart, Steiner.
Magdelain, A. (1968): *Recherches sur l'*imperium*, la loi curiate et les auspices d'investiture*, Paris, PUF.
Magdelain, A. (1990): *Jus Imperium Auctoritas. Études de droit romain*, Roma, École Française.
Magdelain, A. (1995): *De la royauté et du droit de Romulus à Sabinus*, Roma, L'Erma.
Martin, P. M. (1982): *L'idée de royauté à Rome*, Clermont-Ferrand, ADOSA, (vol.I).
Martínez-Pinna, J. (1981): *Los orígenes del ejército romano*, Madrid, Universidad Complutense.
Mazzarino, S.: *Dalla monarchia allo stato repubblicano. Ricerche di storia romana arcaica*, Catania, Agnini [s.a.].
Mommsen, Th. (1971): *Römisches Saatsrecht*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, (reimpresión de la 3.ª ed., Leipzig, 1887-1888).

Palmer, R. E. A. (1970): *The Archaic Community of the Romans*, Cambridge, University Press.
Piéri G. (1968): *L'histoire du cens jusqu'à la fin de la République romaine*, París, Sirey.
Rodríguez Adrados, F. (1948): *El sistema gentilicio decimal de los indoeuropeos occidentales y los orígenes de Roma*, Madrid, CSIC.
Rosenberg, A. (1911): *Untersuchungen zur römischen Zenturienverfassung*, Berlín, Weidmann.
Tondo, S. (1983): *Leges regiae e paricidas*, Firenze, L.S. Olschki.
Versnel, H. S. (1970): *Triumphus. An inquiry into the origin, development and meaning of the Roman triumph*, Leiden, Brill.

Sociedad

Ampolo, C. (1970/71): "Su alcuni mutamenti sociali nel Lazio tra l'VIII e il V secolo", *DdA*, 4/5, 37-68.
Ampolo, C. (1976/77): "Demarato. Osservazioni sulla mobilità sociale arcaica", *DdA*, 9/10, 200-210.
Capogrossi Colognesi, L. (1981): *La terra in Roma antica. Forme di proprietà e rapporti produttivi. I (età arcaica)*, Roma, La Sapienza.
Colonna, G. (1977): "Un aspetto oscuro del Lazio antico: le tombe del VI-V secolo", *PdP*, 32, 131-165.
De Martino, F. (1979): "Clienti e condizioni materiali in Roma arcaica", *Philías chárin. Miscellanea in onore di E. Manni*, Roma, G.Bretschneider,, II 679-705 (= *Nuovi studi di economia e diritto romano*, Roma, Ed. Reuniti, 1988, 29-52).
Diósdi, G. (1970): *Ownership in ancient and preclassical Roman law*, Budapest, Akadémiai Kiadó.
Drummond, A. (1989): "Early Roman clientes", A. Wallace-Hadrill (ed.), *Patronage in Ancient Society*, London, Routledge, 89-115.
Franciosi, G. (1995): *Clan gentilizio e strutture monogamiche. Contributo alla storia della famiglia romana*, Napoli, Jovene.
Franciosi, G. (ed.) (1984, 1988, 1995): *Ricerche sulla organizzazione gentilizia romana*, Napoli, Jovene, I, II, III.
Mancuso, G. (1973): "Patres minorum gentium", *ASGP*, 34, 397-421.
Richard, J.-C. (1978): "Sur les prétendues corporations numaïques: à propos de Plutarque, Num. 17,3", *Klio*, 60, 423-428.
Romano, A. (1986): *Economia naturale ed economia monetaria nella storia della condanna arcaica*, Milano, Giuffré.
Storchi Marino, A. (1979): "Artigiani e rituali religiosi nella Roma arcaica", *RAAN*, 54, 333-357.

Historiografía

Ampolo, C. (1989): "Arnaldo Momigliano, Roma arcaica e le tendenze attuali della ricerca: vecchi problemi e nuovi sviluppi nello studio della storia romana più antica", *Ommagio ad Arnaldo Momigliano. Storia e storiografia sul mondo antico*, Como, New Press, 103-120.

Barbagallo, C. (1926): *Il problema delle origini di Roma da Vico a noi*, Milano, Unitas.

Erasmus, H. J. (1962): *The Origins of Rome in the Historiography from Petrarch to Perizonius*, Leiden, Van Gorcum.

Temática

Fuentes literarias

Ampolo, C. (1983): "La storiografia su Roma arcaica e i documenti", *Tria Corda. Scritti in onore di A. Momigliano*, Como, New Press, 9-26.

Ampolo, C. y Manfredini, M. (1988): *Romolo. Le vite di Teseo e di Romolo*, Milano, Mondadori.

Burck, E. (1964): *Der Erzählungskunst des T. Livius*, Berlin, Weidmann.

Cassola, F. (1991): "Le origini di Roma e l'età regia in Diodoro", *Diodoro Siculo e la storiografia classica*, Catania, Prisma, 273-324.

Cornell, T. J. (1986): "The formation of the historical tradition of early Rome", *Past Perspectives. Studies in Greek and Roman Historical Writing*, Cambridge, University Press, 67-86.

D'Anna, G. (1976): *Problemi di letteratura latina arcaica*, Roma, Lucarini.

Fascione, L. (1988, 1993): *Il mondo nuovo. La costituzione romana nella "Storia di Roma arcaica" di Dionigi d'Alicarnasso*, Napoli, Jovene, I y II.

Fox, M. (1996): *Roman Historical Myths. The Regal Period in Augustan Literature*, Oxford, Clarendon Press.

Fraccaro, P. (1952): "La storia romana arcaica", *RIL*, 85, 85-118 (= *Opuscula*, Pavia, Athenaeum, 1957, I 1-23).

Frier, B. W. (1979): *Libri annales pontificum maximorum: the origins of the annalistic tradition*, Roma, American Academy in Rome.

Fugmann, J. (1990): *Königszeit und Frühe Republik in der Schrift "De viris illustribus urbis Romae". I*, Frankfurt, P. Lang.

Gabba, E. (1967): "Considerazioni sulla tradizione letteraria sulle origini della Repubblica", *Les origines de la République romaine*, Vandoeuvres, Fondation Hardt, 133-169.

Gabba, E. (1991): *Dionysius and The History of Archaic Rome*, Berkeley, University of California Press.

Mazzarino, S. (1965-1966): *Il pensiero storico classico*, Bari, Laterza.

Miles, G. B. (1995): *Livy: Reconstructing Early Rome*, Ithaca, Cornell University Press.
Montanari, E. (1990): *Mito e storia nell'analistica romana delle origini*, Roma, Ateneo.
Mora, F. (1995): *Il pensiero storico-religioso antico. Autori greci e romani. I: Dionigi d'Alicarnasso*, Roma, L'Erma.
Musti, D. (1970): *Tendenze nella storiografia romana e greca su Roma arcaica. Studi su Livio e Dionigi d'Alicarnasso*, Roma, Ateneo.
Ogilvie, R. M. (1965): *A Commentary on Livy 1-5*, Oxford, Clarendon Press.
Poucet, J. (1967): *Recherches sur la légende sabine des origines de Rome*, Louvain, Université de Louvain.
Poucet, J. (1985): *Les origines de Rome. Tradition et histoire*, Bruxelles, Facultés Universitaires Saint-Louis.
Poucet, J. (1992): "Les préoccupations étiologiques dans la tradition "historique" sur les origines et les rois de Rome", *Latomus*, 51, 281-314.
Poucet, J. (1994):"Les rois de Rome. Autopsie d'un récit historico-légendaire", *BAB*, 5, 159-184.
Schröder, W. A. (1971): *M. Porcius Cato. Das erste Buch der Origines. Ausgabe und Erklärung der Fragmente*, Meisenheim, A. Hain.
Timpe, D. (1972): "Fabius Pictor und die Anfänge der römischen Historiographie", *ANRW*, I.2, 928-969.
Von Haehling, R. (1989): *Zeitbezüge des T. Livius in der ersten Dekade seines Geschichtswerkes*, Stuttgart, Steiner.

Fuentes arqueológicas y epigráficas

AA. VV.: *Archeologia Laziale*, Roma, CNR, I,1978; II,1979; III,1980; IV,1981; V,1983; VI,1984; VII,1985; VIII,1987; IX,1988; X,1990; XI,1993; XII,1995.
AA. VV. (1981): *Enea nel Lazio. Archeologia e mito*, Roma, Palombi.
AA. VV. (1977): *Naissance de Rome*, Paris, Les Presses Artistiques.
AA. VV. (1990): *La grande Roma dei Tarquini*, Roma, L'Erma.
Andrén, A. (1940): *Architectural Terracottas from Etrusco-Italic Temples*, Lund, Gleerup.
Aubet, M.ª E. (1971): *Los marfiles orientalizantes de Praeneste*, Barcelona, Universidad.
Carafa, P. (1995): *Officine ceramiche di età regia. Produzione di ceramica in impasto a Roma dalla fine dell'VIII alla fine del VI secolo a.C.*, Roma, L'Erma.
Cifani, G. (1995): "Aspetti dell'edilizia romana arcaica", *SE*, 60, 185-226.
Cornell, T. J. (1979/80): "Rome and Latium Vetus 1974-79", *ArchRep*, 26, 71-88.
Cornell, T. J. (1985/86): "Rome and Latium Vetus 1980-85", *ArchRep*, 32, 123-133.

Downey, S. B. (1995): *Architectural Terracottas from the Regia*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
Gierow, P. G. (1964, 1966): *The Iron Age Culture of Latium*, Lund, Gleerup, II.1, I.
Gjerstad, E. (1953, 1956, 1960, 1966, 1973): *Early Rome*, Lund, Gleerup, I, II, III, IV, V y VI.
Ross Holloway, R. (1994): *The Archaeology of Early Rome and Latium*, London, Routledge.
Marco, F. y Fontana, G. (1996): "Sponsio matrimonial en la Roma arcaica: el vaso de Duenos", *RIDA*, 43, 213-267.
Menichetti, M. (1994): *Archeologia del potere. Re, immagini e miti a Roma e in Etruria in età arcaica*, Milano, Longanesi.
Palmer, R. E. A. (1962): *The King and the Comitium. A Study of Rome's Oldest Public Document*, Wiesbaden, Steiner.
Pairault Massa, F. H. (1992): *Iconologia e politica nell'Italia antica. Roma, Lazio, Etruria dal VII al I secolo a.C.*, Milano, Longanesi.
Pinza, G. (1905): "Monumenti primitivi di Roma e del Lazio antico", *MAL*, 15, 5-844.
Quilici, L. (1979): *Roma primitiva e le origini della civiltà laziale*, Roma, Newton Compton.
Smith, C. J. (1992): *Early Rome and Latium. Economy and Society c.1000 to 500 B.C.*, Cambridge, University Press.
Stary, P. F. (1981): *Zur eisenzeitlichen Bewaffnung und Kampfesweisen in Mittelitalien (ca. 9. bis 6. Jh. v.Chr.)*, Mainz, Ph. von Zabern.
Stibbe, C. M. (ed.) (1980): *Lapis Satricanus. Archaeological, epigraphical, linguistic and historical aspects of the new inscription from Satricum*, Gravenhage, Nederlands Instituut te Rome.
Torelli, M. (1997): *Il rango, il rito e l'immagine. Alle origini della rappresentazione storica romana*, Milano, Electa, 1997.

Cronología

Bessone, L. (1982): "La gente Tarquinia", *RFIC*, 110, 394-415.
Bettelli, M. (1994): "La cronologia della prima età del ferro laziale attraverso i dati delle sepolture", *PBSR*, 62, 1-66.
De Cazanove, O. (1988): "La chronologie des Bacchiades et celle des rois étrusques de Rome", *MEFRA*, 100, 615-648.
De Cazanove, O. (1992): "La détermination chronographique de la durée de la période royale de Rome", *La Rome des premiers siècles*, Firenze, L.S. Olschki, 69-98.
Gantz, T. N. (1975): "The Tarquin Dinasty", *Historia*, 24, 539-554.
Gierow, P. G. (1977): (*Relative and absolute chronology of the Iron Age culture of Latium in the light of the recent discoveries*, Lund, Gleerup.

Martin, P. M. (1976): "Le souci chronologique dans la tradition sur la généalogie des Tarquins", *AION. Le temps chez les Romains*, Paris, Picard, 55-64.
Martínez-Pinna, J. (1989): "Aspectos de cronología romana arcaica. A propósito de la lista real", *Latomus*, 48, 798-816.

El Lacio

AA. VV. (1986): *Il Tevere e le altre vie d'acqua del Lazio antico* (QuadAEI 12), Roma, CNR.
Ampolo, C. (1980): "Le condizioni materiali della produzione. Agricoltura e paesaggio agrario", *DdA*, 2, 15-46.
Ampolo, C. (1988): "Rome archaïque: une société pastorale?", C.R. Whittaker (ed.), *Pastoral Economies in Classical Antiquity*, Cambridge, The Cambridge Philological Society, 120-133.
Barker, G. (1988): "Archaeology and the Etruscan countryside", *Antiquity*, 62, 772-785.
Bietti Sestieri, A. M. (1980): "Cenni sull'ambiente naturale", *DdA*, 2, 5-13.
De Grossi, J. (1989): "Testimonianze di allevamento e caccia nel Lazio antico tra l'VIII e il VII sec. a. C.", *DdA*, 1, 125-142.
De Martino, F. (1979): "Produzione di cereali in Roma nell'età arcaica", *PdP*, 34, 241-255 (= *Nuovi studi di economia e diritto romano*, 53-65).
De Martino, F. (1984): "Ancora sulla produzione di cereali in Roma arcaica", *PdP*, 39, 241-260 (= *Nuovi studi di economia e diritto romano*, 143-162).
Della Corte, F. (1972): *La mappa dell'Eneide*, Firenze, La Nuova Italia.
Le Gall, J. (1953): *Le Tibre, fleuve de Rome, dans l'Antiquité*, Paris, PUF.
Solin, H. (1996): "Sul concetto di Lazio nell'Antichità", H Solin (ed.), *Studi storici-epigrafici sul Lazio antico*, Roma, Istitutum Romanum Finlandiae, 1-22.

Topografía de Roma

Ammermann, A. J. (1990): "Morfologia ed ambiente dell'area del Foro Romano", *ArchLaz X* (QuadAEI 19), Roma, CNR, 13-16.
Ammermann, A. J. (1990): "On the Origins of the Forum Romanum", *AJA*, 94, 627-645.
Ammermann, A. J. (1992): "Morfologia della valle fra Palatino e Velia", *BollArch*, 16/18, 107-111.
Ammermann, A. J. (1996): "The Comitium in Rome from the Beginning", *AJA*, 100, 121-136.
Ammermann, A. J. y Terrenato, N. (1996): "Nuove osservazioni sul Colle Capitolino", *BCAR*, 97, 35-46.
Caerols, J. J. (1995): *Sacra Via (Ia.C. - Id.C.). Estudio de las fuentes escritas*, Madrid, Ed. Clásicas.

Carafa, P. (1993): "Il tempio di Quirino. Considerazioni sulla topografia arcaica del Quirinale", *ArCl*, 45, 119-143.
Carafa, P. (1998): *Il Comizio di Roma dalle origini all'età d'Augusto*, Roma, L'Erma.
Castagnoli, F. (1988): "Ibam forte via Sacra (Hor., Sat., I,9,1)", *QuadITA*, 10, 99-114.
Coarelli, F. (1983): *Il Foro Romano*, Roma, Quasar, (vol. I).
Coarelli, F. (1988): *Il Foro Boario*, Roma, Quasar.
Coarelli, F. (1997): *Il Campo Marzio*, Roma, Quasar.
Holland, L. A. (1961): *Janus and the Bridge*, Roma, American Academy in Rome.
Platner, S. B. (1929): *A Topographical Dictionary of Ancient Rome*, London, Humphrey Milford.
Steinby, E. M. (ed.) (1993, 1995, 1996): *Lexicon Topographicum Vrbis Romae*, Roma, Quasar, I, II, III.
Ziolkowski, A. (1989): "The Sacra Via and the Temple of Iuppiter Stator", *OpRom*, 17, 225-239.

Tradiciones legendarias

Alföldi, A. (1957): *Die trojanischen Urahnen der Römer*, Basel, F.Reinhardt.
Basto, R. G. (1980): *The Roman Foundation Legend and the Fragments of the Greek Historians*, Ann Arbor, University Microfilm Internatinal.
Bickerman, E. J. (1952): "Origines gentium", *CPh*, 47, 65-81.
Binder, G. (1964): *Die Aussetzung des Königskindes Kyros und Romulus*, Meisenheim, A. Hain.
Bömer, F. (1951): *Rom und Troia. Untersuchungen zur Frühgeschichte Roms*, Baden-Baden, Verlag für Kunst und Wissenschaft.
Bremmer, J. N. y Horsfall, N. M. (1987): *Roman Myth and Mythography*, Londres, Institut of Classical Studies.
Briquel, D. (1983): "Les enfances de Romulus et Rémus", *Hommages R. Schilling*, Paris, Les Belles Lettres, 53-66.
Briquel, D. (1984): *Les Pélasges en Italie. Recherches sur l'histoire de la légende*, Roma, École Française.
Carcopino, J. (1925): *La louve du Capitole*, Paris, Les Belles Lettres.
Castagnoli, F. (1982): "La leggenda di Enea nel Lazio", *SR*, 30, 1-15.
Classen, C. J. (1963): "Zur Herkunft der Sage von Romulus und Remus", *Historia*, 12, 447-457.
Cornell, T. J. (1975): "Aeneas and the Twins: the Development of the Roman Foundation Legend", *PCPhS*, 201, 1-32.
Dury-Moyaers, G. (1981): *Énée et Lavinium*, Bruxelles, Latomus.
Galinsky, G. K. (1969): *Aeneas, Sicily, and Rome*, Princeton, University Press.
Mastrocinque, A. (1993): *Romolo (la fondazione di Roma tra storia e leggenda)*, Este, Zielo.

Perret, J. (1942): *Les origines de la légende troyenne de Rome*, Paris, Les Belles Lettres.
Strasburger, H. (1968): *Zur Sage von der Gründung Roms*, Heidelberg, C. Winter.
Vanotti, G. (1995): *L'altro Enea*, Roma, L'Erma.
Wiseman, T. P. (1995): *Remus: a Roman Myth*, Cambridge, University Press.

El Lacio primitivo y la formación de Roma

AA. VV. (1976): *Civiltà del Lazio primitivo*, Roma, Multigrafica.
AA. VV. (1980): *La formazione della città nel Lazio*, *DdA*, 2.
AA. VV. (1985): *Roma e il Lazio dall'età della pietra alla formazione della città*, Roma, Quasar.
Bettelli, M. (1997): *Roma. La città prima della città: i tempi di una nascita*, Roma, L'Erma.
Bietti Sestieri, A. M. (1992): *The Iron Age community of Osteria dell'Osa. A study of socio-political development in central Tyrrhenian Italy*, Cambridge, University Press.
Carafa, P. (1996): "La 'grande Roma dei Tarquini' e la città romuleo-numana", *BCAR*, 97, 7-34.
Carandini, A. (1992): "Le mura del Palatino, nuova fonte sulla Roma di età regia", *BollArch*, 16-18, 1-18 (datos arqueológicos en pp.111-138; 190-195).
Colonna, G. (1974):"Preistoria e protostoria di Roma e del Lazio", *Popoli e civiltà dell'Italia antica*, Roma, Biblioteca di Storia Patria, II 273-346.
Colonna, G. (1988): "I Latini e gli altri popoli del Lazio", *Italia omnium terrarum alumna*, Milano, Garzanti-Schweiwiller, 411-528.
Gierow, P. G. (1983): "I Colli Albani nel quadro archeologico della civiltà laziale", *OpRom*, 14, 7-18.
Gjerstad, E. (1962): *Legends and Facts of Early Roman History*, Lund, Gleerup.
Guidi, A. (1982): "Sulle primi fasi dell'urbanizzazione del Lazio protostorico", *Opus*, 1, 279-289.
Meyer, J. Ch. (1983): *Pre-Republican Rome. An Analysis of the Cultural and Chronological Relations 1000-500 B.C.*, Odense, University Press.
Müller-Karpe, H. (1959): *Vom Anfang Roms*, Heidelberg, Kerle.
Müller-Karpe, H. (1962): *Zur Stadtwerdung Roms*, Heidelberg, Kerle.
Pacciarelli, M. (1994): "Sviluppi verso l'urbanizzazione nell'Italia tirrenica protostorica", *La presenza etrusca nella Campania meridionale*, Firenze, L.S. Olschki, 227-253.
Peroni, R. (1960): "Per una nuova cronologia del sepolcreto arcaico del Foro. Sequenze culturale e significato storico", *Civiltà del Ferro*, Bologna, A. Forni, 461-499.

Sancho, L. (1988): "Contribución al estudio de los orígenes romanos", *Veleia*, 5, 145-172.

La Roma de los primeros reyes

Briquel, D. (1995): "Le règne d'Ancus Marcius: un problème de comparaison indo-européenne", *MEFRA*, 107, 183-195.
Briquel, D. (1997): "Le règne de Tullus Hostilius et l'idéologie indo-européenne des trois fonctions", *RHR*, 214, 5-22.
Fiocchi, L. (1990): "Tito Livio I 22ss.: un tentativo di conciliare verità storica ed esigenze artistiche", *CCC*, 11, 125-140.
Hooker, E. M. (1963): "The Significance of Numa's Religious Reforms", *Numen*, 10, 87-132.
Köves-Zulauf, Th. (1982/84): "Die Herrschaftsdauer der römischen Könige", *AAHung*, 30, 191-203.
Liou-Gille, B. (1995): "Une loi de Numa: Ne supra genua tollito", *Euphrosyne*, 23, 27-42.
Martínez-Pinna, J. (1985): "La reforma de Numa y la formación de Roma", *Gerión*, 3, 97-124.
Martínez-Pinna, J. (1988): "La Roma de Anco Marcio", *Gerión*, 6, 56-68.
Ménager, L.-R. (1976): "Les collèges sacerdotaux, les tribus et la formation primordiale de Rome", *MEFRA*, 88, 455-543.
Monaco, G. (1972): "Bonus Ancus", *GIF*, 24, 245-250.
Montanari, E. (1972): "Il mito degli Horatii e Curiatii", *R&C*, 1, 229-284 (= *Roma. Momenti di una presa di coscienza culturale*, Roma, Bulzoni, 1976, 19-82).

Roma arcaica

AA. VV. (1981): *Gli Etruschi e Roma*, Roma, G. Bretschneider.
AA. VV. (1993): *Bilancio critico su Roma arcaica fra monarchia e repubblica*, Roma, Accademia Nazionale dei Lincei.
Alföldi, A. (1965): *Early Rome and the Latins*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
Alföldi, A. (1976): *Römische Frühgeschichte. Kritik und Forschung seit 1964*, Heidelberg, C. Winter.
Ampolo, C. (1980): "Le origini di Roma e la 'Cité antique'", *MEFRA*, 92, 567-576.
Ampolo, C. (1982): "Die endgültige Roms im 7. und 6. Jh.v.Chr. Wann entstand die civitas?", *Palast und Hütte. Beiträge zum Bauen und Wohnen im Altertum*, Mainz, Philipp von Zabern, 319-324.
Ampolo, C. (1988): "Roma e il Latium Vetus nel VI e nel V sec. a.C.", *Popoli e civiltà dell'Italia antica*, Roma, Biblioteca di Storia Patria, VIII 391-467.

Briquel, D. (1990): "Le témoignage de Claude sur Mastama/Servius Tullius", *RBPhH*, 68, 86-108.
Brown, F. E. (1974/75): "La protostoria della Regia", *RPAA*, 47, 15-36.
Capdeville, G. (1990): "Servius Tullius et le mythe du premier roi", *Mythe et politique*, París, Les Belles Lettres, 45-74.
Coarelli, F. (1983): "Le pitture della tomba François di Vulci: una proposta di lettura", *DdA*, 1.2, 43-69.
Cristofani, M. (1977): "Artisti etruschi a Roma nell'ultimo trentennio del VI secolo a.C.", *Prospettiva*, 9, 2-7.
Cristofani, M. (ed.) (1987): *Etruria e Lazio arcaico*, Roma, CNR.
Cristofani, M. (1992): "Über die Anfänge der "Römischen Kunst". Die Zeit der Tarquinier", *MDAI(R)*, 99, 123-138.
Colonna, G. (1981): "Tarquinio Prisco e il tempio di Giove Capitolino", *PdP*, 36, 41-59.
Dovere, E. (1984): "Contributo alla lettura delle fonti su Porsenna", *AAN*, 95, 69-126.
Fauth, W. (1976): "Der Traum des Tarquinius", *Latomus*, 35, 469-503.
Fraccaro, P. (1957): "La storia dell'antichissimo esercito romano e l'età dell'ordinamento centuriato", *Opuscula*, Pavia, Athenaeum, II 287-292.
Gagé, J. (1976): *La chute des Tarquins et les débuts de la République romaine*, Paris, Payot.
Grottanelli, C. (1987): "Servio Tullio e l'Oriente", *DdA*, 5.2, 71-110.
Guarino, A. (1975): *La rivoluzione della plebe*, Napoli, Liguori.
Last, H. (1945): "The Servian Reforms", *JRS*, 35, 30-48.
Levi, M. A. (1992): *Plebei e patrizi nella Roma arcaica*, Como, New Press.
Martínez-Pinna, J. (1996): *Tarquinio Prisco. Ensayo histórico sobre Roma arcaica*, Madrid, Ed. Clásicas.
Mastrocinque, A. (1988): *Lucio Giunio Bruto*, Trento, La Reclame.
Mitchell, R. E. (1990): *Patricians and Plebeians. The origin of the Roman state*, Ithaca, Cornell University Press.
Richard, J.-C. (1983): "L'oeuvre de Servius Tullius: essai de mise au point", *RHD*, 61, 181-193.
Richard, J.-C. (1987): "Recherches sur l'interprétation populaire du roi Servius Tullius", *RPh*, 61, 205-225.
Ridley, R. T. (1975): "The Enigma of Servius Tullius", *Klio*, 57, 147-177.
Sancho, L. (1988): "Equitatus y tribus en el ambiente de la Roma de Tarquinio Prisco", *Actas del I Crongreso Peninsular de Historia Antigua*, Santiago de Compostela, Universidad, III 149-165.
Thomsen, R. (1980): *King Servius Tullius. A Historical Synthesis*, Kobenhavn, Gyldendal.
Valditara, G. (1986): "Aspetti religiosi del regno di Servio Tullio", *SDHI*, 52, 395-434.
Valditara, G. (1989): *Studi sul magister populi. Dagli ausiliari militari del rex ai primi magistrati repubblicani*, Milano, Giuffrè.

Los latinos y los otros pueblos del Lacio

Ampolo, C. (1981, 1983): "Ricerche sulla lega latina", *PdP*, 36, 32-35; 38, 321-326.

Ampolo, C. (1993): "Boschi sacri e culti federali: l'esempio del Lazio", *Les bois sacrés*, Napoli, Centre J. Bérard, 159-167.

Bellini, V. (1961): "Sulla genesi e la struttura delle leghe nell'Italia arcaica. III. Le leghe laziali", *RIDA*, 8, 167-227.

Bernardi, A. (1964): "Dai *Populi Albenses* ai *Prisci Latini* nel Lazio arcaico", *Athenaeum*, 4, 223-254.

Bernardi, A. (1973): *Nomen Latinum*, Pavia, Collegio Ghislieri.

Coarelli, F. (1990): "Roma, i Volsci e il Lazio antico", *Crise et transformation des sociétés archaïques de l'Italie antique*, Roma, École Française, 135-154.

Cristofani, M. (1992): "I Volsci nel Lazio. I modelli di occupazione del territorio", *I Volsci* (QuadAEI 20), Roma, CNR, 13-24.

Grandazzi, A. (1996): "Identification d'une déesse Ferentina et la Ligue Latine archaïque", *CRAI*, 273-294.

Liou-Gille, B. (1992): "Une tentative de reconstruction historique: les cultes fédéraux latins de Diane Aventine et de Diane Nemorensis", *PdP*, 47, 411-438.

Liou-Gille, B. (1996): "Naissance de la ligue latine, mythe et culte de fondation", *RBPhH*, 74, 73-97.

Liou-Gille, B. (1997): "Les rois de Rome et la ligue latine", *Latomus*, 56, 729-764.

Rosenberg, A. (1919): "Zur Geschichte des Latinerbundes", *Hermes*, 54, 113-173.